
ROSAS INGLESAS
El Beso del Villano
DEBUTANTES VICTORIANAS 1
Mile Bluett



Mile Bluett



Escuela Rosas Inglesas
English Roses School
for Distinguished Young Ladies

Título: El beso del villano
Libro 1
Serie: Debutantes victorianas
Autora: Mile Bluett.
©Mile Bluett, Abril, 2025.

Banco de imagen: ©Shutterstock
Diseño de Portada: Pamela Díaz

Esta obra está debidamente registrada y tiene todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción, la divulgación y de esta por cualquier medio o procedimiento sin la autorización del titular de los derechos de autor. Es una obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es solo coincidencia.



CONTENIDO

Contenido

Sinopsis

Dedicatoria

Prefacio

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

Epílogo

Próximamente

Nota de la autora

Mile Bluett

Agradecimientos

SINOPSIS



«A veces, del odio al amor solo hay un paso».

Enamorarse del enemigo debería estar prohibido en las reglas del corazón.

Lady Henriette es una de las estudiantes de la prestigiosa escuela para señoritas «*English Roses School*», ubicada en Londres. Tres años lleva enclaustrada entre sus muros, añorando los intermitentes períodos vacacionales para volver a sentirse viva. Cuando concluya las exigentes lecciones estará lista para hacer su presentación en sociedad, con la intención de atrapar a un par del reino.

El problema es que Ettie, como la llaman sus allegados, no alberga dicha ilusión, ni ansía aprender absolutamente nada de lo que pretenden enseñarle. Considera que el paso previo para el matrimonio es un arrebatado amor, y su corazón no le ha dado señales de desfallecer por caballero alguno.

¿Seguirá pensando igual cuando conozca a **Valentine Severn, duque de Hayden**? El oscuro e impaciente aristócrata, que ha heredado la escuela, odia de manera ferviente la nueva responsabilidad que considera indigna de su rango. Las señoritas lo apodan *Ogro Gruñón*. Por algo será. Se ha enterado del sobrenombre y no lo encuentra simpático. ¿De quién fue la idea? Cuando encuentre a la perpetradora, se encargará de que no escape sin recibir una reprimenda.

DEDICATORIA

Para ti, mi querida lectora.

Gracias por el cariño y la ilusión con la que esperas mis libros.

Deseo que sumergirte en este nuevo universo de mis

***DEBUTANTES VICTORIANAS**,*

alumnas de **English Roses School**

***for distinguished young ladies**,*

te haga soñar y vivir la intensidad de las pasiones de los protagonistas.

ROSAS INGLESAS

PREFACIO



Londres, septiembre de 1871

Con un libro en sus manos y los baúles repletos de sueños, Ettie abandonó el carruaje. Con sentimientos encontrados, alzó la vista para observar las escalinatas de mármol frente a sí. Lanzó un suspiro. En una leyenda tallada sobre la fachada, en lo alto de la entrada principal, podía leerse:

English Roses School

***for Distinguished Young Ladies*.**

Y esa expresión para referirse a las jovencitas de su clase, hizo que un escalofrío le recorriera la espina dorsal. Una rosa inglesa era todo lo que Ettie no se consideraba y, menos, lo que aspiraba a ser. Su mirada estaba puesta en horizontes más lejanos. ¿Acaso era un pecado, delito o imprudencia anhelar algo más?

Las vacaciones terminaron y el ingreso a la escuela para señoritas fue inevitable. Un suspiro entrecortado abandonó sus labios. Tomó aliento para enfrentar su destino.

Habría dado lo que fuera por retrasarlo otra vez, pero no volvería a salirse con la suya. Ya había rogado por un año más en casa con éxito, su ingreso a la escuela era inevitable. No quiso abrumar a su hermano, el conde, con sus peticiones. No pudo ser el motivo de un desencuentro entre él y su progenitora. Ahí estudiaron sus hermanas y había llegado su turno. Era una tradición de antaño, una que detestaba. Pero las damas de su familia la mantuvieron con

orgullo, como una distinción o un sello que garantizaba la idoneidad de cada una.

Su madre decidió, hacía muchos años, que sus hijas también aprovecharían las bondades de la escuela más prestigiosa de Londres, y como sus hermanas, tendría que cursarlo de inicio a fin.

Tres largos años, donde perdería su valioso tiempo. La institutriz que la formó hasta la fecha gozaba de una envidiable reputación, por eso era muy codiciada entre los de su círculo.

¿Qué le enseñarían que no supiera ya? ¿A realizar una impecable reverencia ante la reina? Estaba segura de que dominaba ese movimiento. ¿A convertirse en una buena esposa? Era absurdo pensar en casarse si aún su corazón no le daba señales de desfallecer por caballero alguno. ¿A ser la perfecta anfitriona cuando fuese la esposa de un par del reino? La lista podría ser interminable. Pero Ettie no se sentía preparada, ni siquiera esperanzada o ansiosa por cumplir con los requisitos establecidos por alguien más. Tenía sueños. Y presentía que en ese lugar se iban a asegurar de aniquilar su capacidad de anhelar.

Si al concluir, salía con las mismas aspiraciones con las que llegó a casa su hermana mayor, al abandonar ese sitio: concertar un matrimonio ventajoso donde el amor surgiera con el tiempo, su personalidad quedaría por completo arruinada.

Incluso, su segunda hermana, quien era de ideas más sensatas, terminó sucumbiendo ante las exigencias de las matronas y estaba a punto de casarse, tras comprometerse en un tiempo impresionantemente corto.

Para Ettie, una boda era una consecuencia lógica del más descarnado amor y no al revés. Tenía el ejemplo en casa, su hermano mayor era un hombre enamorado, como jamás conoció a ninguno. No se conformaría con menos.

La vara estaba muy alta, y ningún internado donde pretendieran refundirla hasta ser presentada en sociedad, iba a cambiar ni una gota de su esencia.

1



Londres, septiembre de 1873

Era su último curso. Dieciocho años cumplidos y tantos anhelos por realizar al alcance de las manos. En cuanto la temporada social abriera sus puertas en febrero del siguiente año, iba a verse envuelta en una espiral de eventos, hasta el punto de volverse agotador. Así que Ettie intentaba con todas sus fuerzas dejar atrás el agobio y esforzarse para terminar la escuela con las mejores impresiones. Sus hermanas hablaban maravillas del internado, aún recordaban llenas de nostalgia su paso por el lugar. Ella, sin embargo, jamás se adaptó. Cumplía para no desairar a su madre y, sobre todo, a su hermano, el conde de Pembroke. Pero English Roses School era el último sitio donde deseaba estar.

Concluir su formación tendría un sabor agridulce. Por un lado, la libertad; por otro, enfrentarse a los designios de su progenitora. Para su madre, debutar era sinónimo de encontrar a un estupendo partido. En cambio, para Ettie significaba librarse del encierro y poder continuar con sus sueños. Lo último que tenía en su lista de metas era el matrimonio.

Con sus objetivos en mente, se desplazó con gracia entre las demás estudiantes que seguían el estricto código de vestimenta, que a ella le gustaba desafiar: lana o algodón azul marino según la época del año, silueta ajustada al torso con un corsé liviano y falda con poco volumen. Solo en ocasiones formales podían usar un discreto polisón. Estaban prohibidas las joyas, pero ella escondía debajo del camisón una cadena de oro que le regaló su madre, que poseía un significado especial. Sentía que le daba cierta protección y

en ese momento la necesitaba. Iba a dejar su tarea en manos de la maestra de Bordado y Costura, la más estricta del colegio, la señora Sable.

Logró llegar a tiempo y cumplir su cometido. Pero, justo tras entregar su labor de bordado y a punto de abandonar el despacho de la señora Sable, Ettie vio llegar a la alumna Florence Fairbairn, y extenderle su trabajo a la mujer de unos cuarenta y cinco años.

Henriette Montagu, mejor conocida por Ettie en su círculo cercano o lady Henriette Montagu para el resto, cerró los ojos con pesar. Sabía que Florence era la mejor en bordado —y en casi todo —, seguro la iba a desplazar.

Sus esperanzas de obtener el primer lugar en el estupendo concurso por el Premio Cumberland se desvanecieron. Había confiado en que Florence, debido a su penosa situación económica, no iba a conseguir los delicados y costosos hilos de oro y la seda que eran parte de los requisitos. Miró el reloj, para ver si podía acogerse a la regla de la hora límite y negó con la cabeza al notar que faltaba un minuto para el plazo establecido por la señora Sable.

Y mientras se retiraba con las esperanzas rotas, escuchó:

—Ha llegado tarde, señorita Fairbairn. —La afilada voz de la señora Sable era muy molesta para los afables oídos de Ettie, era como escuchar la punta de un clavo arañando el metal.

—Aún falta un minuto —titubeó Florence, suplicante. Como todas necesitaba ganar. Ser acreedora del Premio Cumberland traía consigo privilegios, que para ella eran, más bien, una necesidad.

Ettie se volvió al reloj frente a la señora Sable, para comprobar —aunque ya lo había hecho— que Florence tenía razón, y continuó escuchando la conversación entre la alumna y la maestra.

—Se lo suplico, señora Sable, no me descalifique. Mi tutor es muy severo y no acepta fallas en mi persona —rogó Florence.

En ese momento, el reloj dio las nueve de la mañana. El suave clic del minutero retumbó en la mente de Ettie como una

campanada ruidosa.

Sabía que no debía intervenir, justo ese rasgo de carácter —su veta justiciera y defensora de los más débiles— ya le había traído consigo muchas amonestaciones. Corría el riesgo de quedarse en la institución un año más del estipulado por no cerrar la boca cuando correspondía. La directora ya le había advertido. Era su última oportunidad de salir como toda una «dama», la «perfecta rosa inglesa». Faltaba tan poco para la llegada de la temporada. Además, si guardaba silencio y volvía a sus asuntos tenía la posibilidad de ganar. Con Florence Fairbairn descalificada en el Reto de Bordado del premio, sus probabilidades aumentaban.

—La señorita Fairbairn tiene razón, faltaba un minuto para que se cumpliera el plazo cuando le entregó su trabajo —soltó Ettie en un exabrupto para referirse a Florence.

—Lady Henriette Montagu, no es de su incumbencia. Le pido, por favor, que se retire —la sermoneó la señora Sable, no podía disimular que disfrutaba reprenderla.

—No es de mi incumbencia, pero sí lo es quedarme de brazos cruzados cuando una compañera de clases es perjudicada sin razones. Y no puedo callarme cuando se le arrebata a una de las estudiantes más hábiles en bordado su posibilidad de calificar. —Ettie la desafió uniéndose a la causa de Florence.

—Mejor ocúpese de sus asuntos, lady Henriette. Debería hacer algo con su peinado. —La señora Sable reprobó la melena rubia alborotada de la estudiante—. Ya le hemos advertido que hay reglas estrictas sobre cómo llevar el cabello, suelto no es una de las opciones. Ajústese al código de vestimenta de la institución.

—El recogido me dio dolor de cabeza, tuve que prescindir de las horquillas —se justificó, pero la verdad era que lo hacía por completa voluntad.

—Esa excusa ya la ha desgastado de tanto recurrir a ella. No tiente a la suerte, lady Henriette Montagu.

Ettie odiaba que le llamaran por su nombre completo y el tratamiento de cortesía incluido, pero la mujer se negaba a llamarla Ettie o lady Ettie, como hacía la mayoría de las alumnas y las docentes. Por otra parte, no era la primera vez que tenía un cruce de palabras con la señora Sable; sobre todo, por cómo llevaba el pelo. Toda señorita que estudiaba en el colegio sabía que la señora Sable no pedía, ordenaba —aunque con sus palabras disfrazara muy bien sus intenciones—.

—Por favor, señora Sable. —Las lágrimas de Florence se desbordaron por sus mejillas y un hipido se escapó de su garganta —. No me descalifique.

Ettie despreció más a la señora Sable por hacer sufrir a Florence y como protesta hizo un gesto de fastidio con los ojos que la maestra reprobó al instante.

—Señorita Fairbairn, cese de comportarse de modo inapropiado pidiendo una oportunidad que no merece. Y no llore por los pasillos, solo quedaría en vergüenza. Retírense ambas, por favor —exigió la mujer clavándole los ojos a Ettie con arrogancia. Si mortificar a Florence molestaba a Ettie, haría más honda la herida. Siempre era así, disfrutaba ensañarse con quien la desafiaba—. Y no olviden cerrar la puerta al retirarse.

Las dos alumnas salieron del estudio, Florence llorando, Ettie con la sangre a punto de hervir dentro de sus venas.

Ettie no debía sentir compasión. Florence Fairbairn no era su amiga. Aunque no tenían un conflicto personal, eran afluentes distintos de un mismo río. Aquella siempre secundaba a lady Valery Belcher, quien sí no le agradaba. Pero no podía dejar de sentirse ofuscada. En el fondo sabía que la decisión de la señora Sable era injusta y Ettie… Por Dios… No toleraba las injusticias.

La lógica disfrazada de diablito intrigante le susurraba que respirara profundo y no se entrometiera: la desgracia de Florence podría ser su fortuna. Si Florence era descalificada, ella tenía oportunidad de ganar. Se repitió una y otra vez. Pero, la bondad

intrínseca en su fuerte corazón, ataviada como un ángel justiciero, le susurraba que aunara fuerzas con el desvalido: en ese caso Florence.

Y abrió su boca, fuente de su perdición.

—Debe ir con el siguiente eslabón en la cadena de mando, señorita Fairbairn —sugirió Ettie como si tal cosa, sin siquiera dedicarle un gesto amable a su contraparte.

—¿Se refiere a…? —inquirió Florence cautelosa. Ettie casi no solía dirigirle la palabra. ¿La ayudaba o fingía para meterla en problemas?

—Me refiero a la directora del colegio. Ella pondrá a la señora Sable en su lugar —alegó elevando la nariz al cielo raso para poner en lo alto su dignidad, un rasgo que la caracterizaba.

—No sé si pueda ha-blarle, es tan inti-mi-dante —Florence titubeó.

Ettie suspiró, sin dar crédito a lo que hacía, alisó su amplia falda y continuó:

—La acompaño… —dijo tomándola del brazo sin darle derecho a replicar—. La señora Holt parece intimidante, pero no se come a nadie. Yo me encargo. La señora Sable fue injusta y no podemos permitir que se salga con la suya.

Florence suspiró y dejó de dudar, comprendió que el propósito de Ettie sí era ayudarla. Así se comportaba siempre, apoyando a quienes tenían una necesidad.

—Gracias, lady Ettie. Ahora entiendo por qué la quieren tanto las demás estudiantes. Con su optimismo ilumina hasta los días donde no sale el sol. Emily y Charlotte son muy afortunadas por contar con usted. —Se refería a otras dos alumnas, las más cercanas a Henriette.

—Puedes llamarme Ettie y podemos tutearnos, hace mucho nos conocemos. —Salió disparado de su boca y no supo por qué. Se reiteró que no eran amigas, solo compañeras de clases.

—De acuerdo, puedes llamarme Florence. Te agradezco intentar ayudarme, pero ir con la directora, no sé… Quizás sea demasiado, no quiero meterme en problemas. —Florence trató de oponerse, pero titubeaba, no sabía decir que no.

—¿Permitirás que la arpía favorezca de ese modo a su sobrina? Lady Valery ahora podría ganar el premio. El dinero del concurso podría servirte como dote y dejarías de penar por las migajas de tu benefactor. —La maravillosa y florida boca de Ettie no sabía lo que era la prudencia.

Su madre la previno de que hablar sin pensar la metería en problemas, y con más razones la envió al internado para que doblegara su carácter. Era la hermana de un conde, debía comportarse, muy pronto iba a ser presentada ante la reina. Pero a la joven le costaba callar ante una injusticia.

—¡Oh! Pero eso no es posible, Valery es mi amiga.

—Disculpa por ser una entrometida, Florence, las escuché hablar por accidente a ti y a tu amiga. —Ettie se refería a Valery—. Por eso supe que no podías conseguir los hilos y la seda.

—No te preocupes, tampoco es un secreto la situación de mi familia, aunque prefiero que mi condición se mantenga dentro de los límites de la discreción más oportuna.

Ettie alzó los ojos al cielo raso, de nuevo —también otro de sus gestos muy censurados por la señora Sable—. ¿Cómo podía decirle a la pobre Florence que su ruina y caída en desgracia estaba en boca de las demás alumnas? Era el tema favorito del *petit comité* de la escuela, a falta de grandes cotilleos, lo que sea que cayera en las garras de las señoritas de la escuela era un chisme muy suculento.

—Vamos con la directora, yo te respaldaré.

—Para ti es fácil decirlo, yo no puedo. Eres la hermana de un conde, jamás te doblegas ante nadie. Somos diferentes, no hay una gota de actitud rebelde en mi persona. Solo de pensar en lo que perdería mi familia si me expulsan de la escuela, después de todo lo que se han esforzado para que yo pueda estudiar aquí.

—No te expulsarán por exigir algo a lo que tienes derecho. Si te preocupa tu posición, ya puedes sentirte respaldada, como dices soy la hermana de un conde y estaré de tu lado para ayudarte a pelear. Florence, eres una excelente estudiante. Estoy segura de que la directora estará de nuestra parte. Siempre te felicitan en las tareas. La señora Holt sabe que mereces tener una posibilidad en el concurso. Una dote, un excelente matrimonio. Te he escuchado hablar, sé que es tu sueño.

Los ojos de Florence se llenaron de esperanza. Todo lo que Ettie aconsejaba que podía lograr con ese dinero era cierto, y tan necesario para una jovencita de cuna noble en sus circunstancias.

Ambas acudieron ante la directora y aunaron esfuerzos. Vencieron la barrera de lidiar con la mujer de recio carácter y explicaron con detalles muy específicos el «latrocinio» del premio sufrido por Florence.

—Lo dispuesto por la señora Sable no se cambiará, faltaba menos —sentenció la directora. La señora Holt era una mujer cercana a los cincuenta años, de rostro afable y maneras refinadas, pero con mano rígida para las gestiones administrativas del colegio.

Con esas palabras las despidió. Ambas quedaron estupefactas. Florence ya no lloró, pero sintió una daga en el pecho. Ettie pudo notarlo y no entendió por qué se preocupaba tanto. ¿Por qué simplemente no seguía con su vida?

—La señora Sable fue quien me donó los hilos y la seda, Valery intercedió por mí y me los dio en persona —reveló Florence y Ettie creyó que lo refería para que dejase de culpar a su amiga.

—¿Te ayudó? —Era de conocimiento de toda la escuela que Valery hacía hasta lo inimaginable por ganar.

—Aunque es mi amiga me los dio cuando estaba a punto de terminar su bordado, no la culpo. Era una cantidad de seda considerable y de hilos también, sin contar con todo lo demás que se necesitaba, los hilos de seda, los canutillos —confesó al fin muy

avergonzada por pronunciar una palabra en contra de la antes mencionada.

—¡Oh! —Ettie no quiso decir que Valery había sido cruel por entregárselos al final. Aunque no le agradaba en lo absoluto, prefería no emitir ningún juicio de una persona hasta tener todos los elementos que probaran su alevosía y su toma de ventaja.

—Parece que no hay nada que hacer, al menos tienes la oportunidad de ganar, Ettie. Con sinceridad, creo que has mejorado mucho, tu bordado supera al de Valery.

Un elogio de parte de Florence, quien solía destacar en todas las lecciones, era muy amable de su parte.

—No nos quedaremos cruzadas de brazos, debemos dirigirnos a una instancia superior. —La vulnerabilidad de Florence la impulsaba a insistir, a no conformarse, menos detenerse.

—¿Todavía quieres luchar? ¿Más? —Florence negó con una triste sonrisa—. Pero casi nos han cerrado las puertas en las narices.

—El nuevo dueño del colegio tendrá que oírte —esgrimió con el entrecejo arrugado.

—Es una soberana estupidez —se le escapó a Florence.

Ettie iba a abrir los ojos para asombrarse por el improperio de Florence, pero a medio camino se arrepintió y se rio. No le conocía esa faceta a la «correcta» Florence, pero le encantó, se le hizo más simpática.

—Lo es, pero soy especialista en este tipo de solicitudes. Jamás acepto que limpien el piso con mi nombre. La señora Sable se ha burlado de las dos, es hora de darle un escarmiento y ofrecerle una cucharada de su propio brebaje. Ella nos ha humillado, el nuevo dueño la pondrá en su lugar.

—Ettie querida, la señora Sable se burló de mí. No te humillaría jamás, ni te descalificaría injustamente. Repito, eres la hermana de un conde. Sabe con quién ensañarse.

—Vamos, pediremos una cita —insistió sin dejarse disuadir de lo contrario.

—No, no, no. El señor Hayden me da pavor. Es intimidante y oscuro.

—¿Lo conoces? No hemos sido presentados. Escuché que el nuevo dueño es tan escurridizo. Nadie lo ha visto de cerca.

—No lo conozco. Lo vi de lejos una vez y no me atrevo a molestarlo. Parecía que un aura sombría lo envolviera.

—Tonterías. Es solo un hombre, Florence.

—Dicen que no le gustan las personas, por eso no se presenta ante casi nadie. Escuché que su tía sacó adelante el absorbente negocio familiar y por eso no pudo cuidar en persona a su sobrino huérfano. Él creció de la mano de niñeras, después con tutores y terminó de formarse en Eton, antes de marchar a Cambridge. Refieren que por eso es tan frío, no tuvo calor humano. —Florence repitió los rumores que suscitaron la reciente toma de posesión del mando de la escuela del heredero.

—Vaya si estás enterada. Supongo que obtuviste la información de muy buena fuente. —Recordó la amistad de Florence con Valery, la sobrina de la señora Sable, una de las profesoras favoritas de la anterior dueña. En el ambiente de maestros, seguro se cotilleaba también, y qué era más jugoso que la vida del dueño del establecimiento.

—Perdió a su padre a los cinco años y su madre se volvió a casar al poco tiempo, dejándolo al cuidado de su tía paterna, custodio del título. Se dice que la falta de sus padres endureció su corazón.

—La mayoría de las personas de nuestro círculo crecen en circunstancias similares a la del dueño de la escuela, incluso si sus padres están vivos. Muchos miembros de la aristocracia son muy indiferentes con sus hijos —observó Ettie.

—Pero al menos los progenitores de la mayoría están en momentos significativos. Dicen que el dueño es un alma solitaria que repele el contacto humano. No hace vida social. Sigue soltero a sus veintiséis y jamás se le ha escuchado con intención de casarse.

—Florence, estás muy empapada del asunto —expresó al fin lo que pensaba al respecto.

—Valery me lo comentó, supongo que al ser su tía docente de esta institución le llegaron los rumores. —Justo confirmó lo que Ettie sospechaba.

—El dueño es un hombre de carne y hueso, y tú debes defenderte, Florence. ¿Puedo ser franca? —agregó indecisa, ya lo era de todas formas. Compartieron una sonrisa cómplice. La otra asintió, y Ettie negó con la cabeza, al darse cuenta de que llevaban un rato tratándose con familiaridad, como dos amigas, desde que unieron fuerzas en el mismo lado de la contienda—. Debes defenderte o nadie más lo hará. Además, hasta corres con suerte, escuché que hoy el dueño está aquí. No viene tan a menudo. ¿Esperarás a que la casualidad lo haga volver o te quedarás cruzada de brazos mientras otra se apropia de tu mérito?

—Tal vez no lo merezco, de no ser por Valery no habría tenido el hilo y la seda, quizá ella lo merezca más que yo… O tú.

—Eres tan buena, alma de Dios. Yo solo quería impresionar a mi hermano… Y, sobre todo, a mi madre. Últimamente está muy descontenta con mi proceder, pero puedo vivir con ello o encontrar otra forma de alegrarla. En cuanto a Valery, es la sobrina preferida de la maestra de más alto estatus del colegio, no faltará quien la favorezca. En cambio, tú… Digo, este premio representa una oportunidad inigualable de poder participar en los eventos más importantes de la temporada. La dote te pondrá en igualdad de condiciones con otras señoritas con más privilegios. —Fue directo al grano.

—Eres muy generosa… Gracias, Ettie.

—No es necesario que me agradezcas, es lo justo.

No admitió que tenía sus propios motivos para anhelar el premio: callar a su madre para que dejara de verla como una causa perdida, tener cierto dominio sobre su porvenir… Poder dedicarse el resto de sus días a la pasión que le daba placer, sentido a su vida, un propósito, independencia. Su hermano era benévolo y la dejaría disponer del sustancioso monto. Si ocurría, Ettie iba a correr con todas sus fuerzas en la dirección de sus sueños. Ella ya había dado el primer paso hacia sus metas, solo faltaba afianzarlas.

Sin embargo, si ganaba debía ser un triunfo limpio, no manchado por el abuso de poder de la señora Sable.

Con un gesto animó a Florence a no conformarse y avanzaron. Aquella titubeando caminó con Ettie a su lado y, aferrándose a su última esperanza, llamó a la hermética puerta de madera de espeso grosor.

Un gruñido fue la única respuesta. Florence puso una mano sobre la puerta y esta crujió. Le lanzó una última mirada asustadiza a Ettie y pasó al estudio, pero con deseos de salir huyendo despavorida.

Ettie no se movió de la antesala al despacho, sabía que la podían llamar para corroborar la información de Florence y estaba dispuesta a hacerlo. Tras un par de minutos vio salir a Florence con lágrimas en los ojos.

La interrogó con la mirada, Florence se escurrió por los pasillos, negada a continuar intentándolo. Mientras Ettie trataba de indagar qué había sucedido, comenzó a perseguirla.

—¿Por qué estás en ese estado? ¿Tampoco te ayudará?

—Ni siquiera pude plantearle el dilema —confesó Florence.

—¿Cómo?

—Cuando me vio en la puerta, soltó una frase tras otra y terminó por despedirme.

—¿Qué te dijo con exactitud? —Ettie sentía que su sangre bullía por la indignación y le coloreaba las mejillas.

—Me preguntó que «¿qué narices hacía en su estudio?».

—¿De esa forma tan poco educada? —No podía creerlo. Se llevó una mano al pecho, disgustada.

—Sí. —Las lágrimas abandonaban sus ojos a torrentes—. Dijo que para las señoritas estaba prohibida la entrada en su despacho, siempre que no vinieran acompañadas de una carabina, que no se vería comprometido por alguna de nosotras. Después, añadió que ninguno de mis asuntos era de su incumbencia, que fuera a plantearle mis preocupaciones a la directora o a una de las maestras. Y, por último, agregó que era tarde, que no siguiera haciéndole perder su valioso tiempo.

—¡Oh! —Las carmesíes mejillas de Ettie estaban ardientes al tacto, su cuerpo entero temblaba de furia.

—Me dijeron que era rígido y de muy mal carácter, pero se han quedado muy cortas.

—Es un maldito ogro gruñón —concluyó Ettie, arrugando el entrecejo.

—No hay nada que hacer, debo conformarme.

—¿Conformarse? Esa palabra no existe en mi vocabulario, tampoco debería existir en el tuyo, Florence. Ahora mismo iré a poner a ese ogro en su sitio. No debe hablarle así a una señorita, menos en un lugar donde se supone que nos enseñan modales.

—No te lo recomiendo, Ettie, recuerda tu historial, tu advertencia. —Tampoco era secreto para nadie—. No querrás que tu madre te deje aquí otro año más… Podría ser tu ruina.

Si Florence se convirtió en la comidilla de la escuela por la situación financiera de su familia, los continuos reportes que la familia de Ettie recibía, también eran parte del jugoso cotilleo de las alumnas.

—Lo siento, no puedo quedarme cruzada de brazos.

—Pero si no eres la agraviada, Ettie; además, ni siquiera somos… amigas. —Suspiró.

—No sería fiel a mí misma si permito que se cometa tal injusticia.

Ettie respiró profundo, se alisó el vestido y volvió sobre sus pasos rumbo al despacho del ogro.

Se aclaró la garganta y llamó a la puerta. Un gruñido le indicó que podía pasar, aunque no de buen grado.

Ettie era valiente, pero la oscuridad y frialdad de la estancia la sobrecogió, se habría mimetizado con la madera de la puerta de haberle sido posible. Observó a un hombre joven, con el cabello rubio caramelo oscuro y dorado, que leía una hoja de un abultado volumen de papeles, los que firmaba sin siquiera levantar el rostro para ver quien había entrado.

Ettie volvió a carraspear.

—Hable —dijo el hombre sin levantar la cabeza de su labor. Su voz era rasposa, llena de intención sin proponérselo. A Ettie la recorrió un escalofrío. El calor de sus mejillas comenzó a disminuir, como si una gelidez ártica la amenazara.

Solo podía ver su cabello caramelo que parecía suave al tacto y sus fuertes y ágiles dedos moviéndose entre las hojas de papel.

—Se ha cometido una infamia en su escuela, señor —murmuró ella apenas audible y se lamentó por la elección de palabras. Justo en la escuela le habían enseñado que una discusión se podía ganar si se elegían las palabras con sutileza. Poner a la defensiva al ogro sería contraproducente.

—Su excelencia —la corrigió con dureza. Y siguió en sus asuntos sin levantar el rostro.

—¡Oh! Perdone usted, no nos han informado de… su rango. —Se molestó consigo misma por su despiste, jamás escuchó hablar de la identidad del nuevo dueño. Solo supo que, tras la muerte de su tía, el sobrino heredó sus bienes. De pronto, recordó que momentos

atrás Florence había mencionado que justamente la tía quedó como custodio del título de su sobrino. Negó mortificada—. Habría sido conveniente que nos reunieran a las alumnas y al personal y nos pusieran al corriente de su nombre y su título, su excelencia.

—No tienen por qué estar al corriente de nada sobre mi vida —la cortó con brusquedad y su voz sonó aún más rasposa—. ¿Cuál es la razón por la que se atreve a venir a interrumpirme? Lo que sí debería saber es que para las señoritas de este colegio está terminantemente prohibida la entrada a mi despacho, siempre que no vengan acompañadas de una carabina. ¿O pretende usted suscitar una situación que ponga en entredicho nuestros nombres? Es importante para mí mantener su virtud y mi honor en un pedestal incuestionable. Y los rumores, señorita «lo que sea», suelen esparcirse con más rapidez que un parpadeo. Antes de que usted abandone esta estancia, ya sabrán que ha estado a solas conmigo en mi estudio. ¡Este maldito negocio será mi ruina!

—No es mi intención… —Las palabras de él seguían dándole vueltas en la cabeza. Lo estaba detestando. Escupía maldiciones como un habitante de los bajos fondos. Si acudía con su hermano y le contaba la mitad de las «elegantes» frases elegidas por el «noble», Pembroke le daría un escarmiento, quizás hasta lo retaría a duelo. Su hermano era feroz cuando alguien ofendía a su familia.

—No creo que pueda ayudarla con sus quejas o reclamaciones de la índole que sean, sus problemas no son de mi competencia —siseó aún sumergido en sus asuntos—. Debería ir a plantearle sus preocupaciones a la directora o a una de las docentes.

—Ya lo hice, digo, lo hicimos la señorita Fairbairn y yo, pero nuestros esfuerzos fueron en vano, por eso he llamado a su puerta. —Y siguió hablando todo lo rápido que pudo antes de que la echara del lugar—. La señorita Fairbairn entregó su bordado un minuto antes de las nueve, hora acordada en el plazo. La señora Sable se negó a aceptarlo diciendo que ya era muy tarde… Y Florence es la mejor en bordado, en casi todo. Hay un premio que podría salvarla de su penosa situación, no puedo quedarme cruzada de brazos,

mientras la señora Sable comete una injusticia con total alevosía y ventaja. Usted tiene que hacer algo, de inmediato.

—¿Oh? ¿Usted sigue hablando? —emitió con sarcasmo, fingiendo amabilidad. Evidentemente exasperado por la cháchara de Ettie, levantó la cabeza de sus responsabilidades y su rostro quedó develado.

—Yo… —Ella no pudo concluir la frase o terminaría balbuceando. No podía hacer más que estudiar ese rostro.

—¡¿Cómo se atreve?! —rugió y, entonces, también la vio.

—Es que… —Se detuvo.

—Hable de una vez. ¿No vino aquí para eso? Ya me hizo perder el tiempo. —La ferocidad del tono del hombre fue menguando. Su voz hizo una inflexión involuntaria cuando sus ojos ambarinos y grandes se clavaron en los de Ettie. El caballero realizó un gesto inescrutable con la boca al toparse con el asombro del rostro femenino.

Ettie se preguntó: «¿Qué estaría pensando?». Parecía que estaba planeando cómo asesinarla. Tan duro era su semblante. Aterrada, enmudeció ante su ataque, pero no por sus amenazas veladas y sí por la imagen que completaba el cuadro del misterioso dueño de la escuela. Él era más joven de lo que habría imaginado, unos veintiséis años, había dicho Florence. Aunque la rigidez de su porte le hacía parecer mayor.

Reunió valor. Ningún entrecejo arrugado iba a disuadirla de sus intenciones o convertirla en una cobarde. Inspiró profundo y contraatacó.

—La maestra se niega a retractarse y la directora rehúsa desautorizarla, pero fui testigo. Y conste, que no tengo interés inmediato. Si la señorita Fairbairn fuera descalificada, yo tendría oportunidad de ganar y sí que me daría unos puntos muy valiosos con mi madre, porque nuestra relación no vive sus mejores días. No necesito el dinero del premio, pero me regodearía muchísimo si pudiera restregarles en las caras a varios mi triunfo.

—Entiendo —simuló tan bien que era comprensivo, que Ettie se dejó llevar por el impulso de continuar argumentando.

—Yo debo egresar este año, pero mi madre considera que mis reportes no fueron los mejores y que aún tengo mucho que aprender. Me ha amenazado con dejarme doce meses más, y la señora Sable la secunda. Esa mujer es pura maldad... No mi madre, por supuesto, ella cree que me hace un bien. Sable disfruta con el sufrimiento de las alumnas —soltó ella con completo desahogo. El varón se reacomodó en su silla. Su boca de labios carnosos y rojos aún seguía apretada, pero sus ojos resplandecían con un brillo muy cínico; mientras resoplaba por la nariz, casi divertido, como si estuviera ideando dar un zarpazo que lo librara del incesante y fastidioso parloteo—. ¿No cree usted que la señorita Fairbairn merece que alguien vele por sus intereses?

—Y esa es usted, evidentemente —arguyó él con ironía, pero Ettie fascinada por su propio discurso, no captó el sarcasmo en las palabras del dueño.

—Alguien debe supervisar que las maestras respeten los acuerdos. —Al fin «alguien» sensato haría que el colegio funcionara sin tantas injusticias.

—Lady Henriette Montagu, hágame el favor de… —siseó bajo.

—Su excelencia, aún no nos han presentado y yo no le dije quién soy —lo interrumpió, sorprendida, al escucharlo pronunciar su nombre completo.

—Créame que su fama le precede. La directora me advirtió sobre el alumnado e hizo hincapié en cierta lady tendenciosa, de la que, por desgracia, no nos podremos librar este año si no logramos que respete las reglas más básicas —explicó poniéndose de pie cuan largo era, asombrándola por su altura y la anchura de sus hombros.

Ettie, a pesar de no tener baja estatura, se sintió diminuta, indefensa y con enormes deseos de esconderse en un agujero y no salir jamás.

—¡Oh! —Retrocedió dos pasos. Seguro Florence terminó más intimidada, era aún más pequeña y delgada que ella.

—¿Tiene intenciones de seguir escalando con esta reclamación? ¿O de convocar a una especie de revuelta si sus demandas no son atendidas, milady? ¿Escribirá cartas a ciertas autoridades? ¿Le contará a su hermano? Tiemblo. ¿Incendiará mi colegio? ¿Cómo se saldrá con la suya? —masculló con los dientes apretados. Los ojos de su excelencia lanzaban dardos llenos de ponzoña.

—Yo… ¡oh! ¿Me está acusando de… rebeldía, sedición? —preguntó y le dio vergüenza pronunciar la última palabra.

—Sé que en primer año culpó a las maestras de ser demasiado exigentes y que solo se calmó cuando su madre le puso un correctivo. Tengo un expediente muy grueso que relata todos sus intentos de socavar la autoridad de la escuela. No está bien incitar a sus compañeras a emitir quejas sobre el funcionamiento del internado.

—Yo no incito a nadie a hacer… —Se le escapó en una exhalación. No terminó porque reflexionó y se dio cuenta de que, tal vez, en ocasiones era justo lo que hacía.

—¿Está segura? —inquirió soberbio, acercándose tres pasos más, hasta que la tela de su impoluta chaqueta rozó los rizos de Ettie—. Si acostumbró a hacerlo en tiempos de mi tía, sepa que ahora me encargaré de mantener todo bajo el más estricto control. Si la mano de la administración anterior le pareció dura, más le vale terminar pronto esta controversia, porque no permitiré ninguna de sus conspiraciones.

—Sus acusaciones son muy serias, su excelencia. Supongo que no ayudará a la señorita Fairbairn —dijo llenándose de valor, aunque él la ponía a temblar. Ettie tenía la tendencia de envalentonarse y enfrentar a los bravucones.

—Supone bien, las maestras están contratadas para hacer su trabajo. Si me tuviera que presentar para corregirlas cada vez que intentan dar una lección, dirigiría muy mal este lugar. La elección del

personal estuvo a cargo de mi tía, que en paz descanse, y confiaré ciegamente en su juicio.

—No lo dudo, así usted tiene menos de qué preocuparse —soltó haciendo un mohín y como quien da una lección, continuó—: Pero si ha heredado la escuela debería comprometerse y poner cada cosa en su lugar.

—He heredado la responsabilidad de la que se ocupaba mi tía, pero no la escuela, siempre ha sido mía. Infórmese antes de iniciar una batalla.

—¿Una batalla? ¿No cree que esté exagerando?

—English Roses School siempre ha sido de mi propiedad, la recibí de mi padre cuando abandonó este mundo.

—Pues atiéndala mejor, el ganado está campando a sus anchas sin supervisión. Y no me refiero al alumnado, lo digo por ciertas maestras que toman decisiones tiránicas —repuso sin importarle que el hombre estallara de un momento a otro o la echara de «su propiedad» en las próximas horas. Tras un respingo dio media vuelta para retirarse. Odiaba perder, pero al menos tendría la satisfacción de intentarlo y no tragarse la humillación.

—i¿Le ordené que se marche?! —gruñó muy irritado casi sin dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Pensé que su tiempo era valioso… Ya soy responsable de que pierda demasiado —blandió y entrecerró los ojos.

—Sí, y hay que hacer algo al respecto.

—¿A qué se refiere? —Dudó.

—Para cada ofensa hay una consecuencia. No solo la señorita Fairbairn será descalificada en su bordado o lo que sea —argumentó restándole importancia al reto—. Usted también está fuera de las finalistas de ese apartado del concurso.

¿Tenía ese poder? ¿El concurso no le pertenecía a los Cumberland?

—Pero yo entregué a tiempo mi bordado, su excelencia.

—¿La señora Sable dijo que la señorita Fairbairn estaba descalificada?

—Sí.

—¿La directora asumió que la decisión de la señora Sable era correcta?

—Sí.

—Uhm. ¡Interesante! —Alzó la voz que se rasgó casi como un rugido—. Notificaré ahora mismo a la señora Sable que por desacato a las autoridades de la escuela, usted no califica en bordado.

—¡No es justo! —lo desafió.

—Tampoco es justo que mi limitado tiempo de revisar y firmar documentos importantes para el funcionamiento de la escuela haya sido perturbado por las insolencias de quien, tras cursar el tiempo establecido, aún no aprende cómo comportarse.

—¡Como si usted hiciera gala de todas las cortesías! —protestó en un chillido.

—Ahora, por favor, váyase. —Ya no pudo caer en su juego, no volvió a alzar la voz—. Y no vuelva a llamar a mi estudio sin una carabina. Aunque mi proceder es intachable, no quisiera que alguien malinterpretase su presencia en mi despacho. Las consecuencias serían lamentables. Si, al menos, una persona insinuara lo que no es debido, me vería en la penosa tarea de tener que desposarla para salvaguardar su honor.

—¿Salvarme? ¿Teniendo que verle la cara todos los días? La tortura sería para mí, casi que preferiría mi ruina. Me lanzaría feliz a los brazos del ostracismo social antes de necesitar que usted me socorriera de esa forma.

La cara del duque no solo estaba roja por la ira, sus músculos faciales jamás estuvieron tan tensos.

—Pues evítenos la penosa alternativa a ambos y sea más sensata. Tampoco quiero verle la cara todas las mañanas. Y, por favor, haga algo con su peinado, es una escuela de élite para jóvenes y distinguidas damas, controle esa melena rebelde. Gracias a Dios ya no estamos en la época medieval.

—Con su permiso, su excelencia —masculló entre dientes, reparando en el cabello del caballero, confinado con pomadas de olor en un estricto peinado, como si tuviera el poder de controlar incluso los mechones rebeldes.

—Tenga un estupendo día, milady —pronunció con fingida amabilidad, pero su mirada no podía ocultar su molestia.

2

Valentine Severn, duque de Hayden, se dejó caer en la silla de su escritorio. Esa joven lo sacó de quicio, lo que no era difícil. Él no era un ejemplo de paciencia, pero sentía que llegó al extremo con lady Henriette. Debía reconocer que en el fondo le afectaba tener que ocuparse de la escuela y que ser enfrentado por una alumna sacó ese resentimiento a flote.

Siempre supo que algún día, cuando su querida tía abandonara este mundo, tendría que asumir el mando del colegio. Ella misma se lo encargó una vez y aceptó la gran responsabilidad para tranquilizarla. Pero jamás creyó que llegaría tan pronto. Pensó que, tal vez, en un futuro lejano, podría pasar esa responsabilidad a su esposa o a una de sus hijas…

Pero todavía era soltero.

Soltero, sin deseos de dejar de serlo y con muchos planes. Aborrecía ser responsable del colegio para señoritas más prestigioso de Londres. No lo consideraba adecuado para su rango, su imagen y su hombría.

Reconocerlo lo hizo sentirse mal, pero tenía que ser sincero consigo mismo.

Dedicó un último y fugaz pensamiento para lady Henriette, su figura alta y esbelta tenía el porte característico de la nobleza. Su cabello dorado parecía haber atrapado la luz del sol y haberla dejado perenne, reluciendo según se moviera. No pudo negar que le llamó la atención que lo llevara suelto, enmarcando su rostro de querubín, y rompiendo las estrictas normas de la escuela, que exigían un pulcro recogido. Y sus ojos también eran dignos de admirar, no

podían disimular el constante brillo de curiosidad y la determinación que vivía dentro de ella.

Lo que tenía de hermosa competía con su actitud desafiante.

Exhaló con fuerza y desterró la imagen de la díscola muchacha.

Terminó de firmar cada documento que descansaba sobre su escritorio de ébano con patas de gárgolas y ribetes de oro. Una exuberancia en la que había crecido y que ya no le molestaba. Los muebles barrocos de maderas oscuras estaban resaltados con innumerables detalles en oro, como en el resto de la propiedad, que Valentine habría cubierto con pintura negra de no ser parte del sello de la escuela. Al principio, se negó a entrar al estudio que su tía ocupó durante años, porque tenía impregnado su esencia y resultaba doloroso. Con el tiempo, lo aceptó, veía su circunstancia como algo temporal. No iba a ocuparse de la escuela por el resto de su vida.

Unos toques en la puerta lo sacaron de sus pensamientos, era la directora, anunciando a sus dos mejores amigos. Tenía una pequeña reunión con los tres. Se puso de pie y les ofreció acomodarse frente a sí. El asiento del medio fue para la señora Holt, sus camaradas ocuparon los extremos.

—Bienvenidos a English Roses School. —Valentine hizo los honores.

La directora lucía orgullosa de su trabajo y lo que había logrado hasta ese momento, tras años en el cargo.

—Es increíble, Valentine. La edificación es majestuosa. La disposición de cada elemento me roba el aliento, las columnas, los lustrosos mármoles. La arquitectura barroca es impresionante —lo felicitó Frederick Banes.

—Fue remodelado por el arquitecto favorito de la reina Charlotte y años después por el de Su Majestad, la reina Victoria, pero sin perder su antigua esencia —explicó la directora.

—Jamás tuve la oportunidad de entrar. Y hasta ahora que la escuela para señoritas más prestigiosa de Londres está bajo tu mando, amigo, tengo el placer de conocerla. Te ofrezco mis respetos por tan colosal obra —continuó Frederick, uno de los periodistas más notorios.

Su periódico era muy lucrativo, y tenía varias secciones como política, cultura, economía, sociales. Pero Frederick se encargaba de redactar los apartados dedicados a la alta sociedad. Lo más destacado de la aristocracia quería salir en sus páginas: logros de los nobles parlamentarios, anuncios de matrimonios, nacimientos, celebraciones…

También era dueño de una pequeña editorial, se motivó a abrirla tras editar el primer libro de la condesa de Pembroke. Aunque Fred era un año mayor que Valentine, se conocieron durante su paso por Eton y tras egresar se reunían siempre que tenían alguna oportunidad. Llevaban estilos de vidas muy diferentes, pero compartían la impetuosidad.

—No es mi mérito. En todo caso lo fue de mis antepasados, de mi tía que lo mantuvo, que en paz descanse, y lo es hoy gracias al empeño de la señora Holt. —Esta última se infló como un pavo real.

—Como sea, Valentine, es una labor loable estar al mando de tan importante escuela —lo felicitó Edward, su otro amigo presente —. No imaginé que fuese tan grande y estructurada. Un negocio rentable. Ahora me siento como un tonto por secundar a Fred y bromear a tu costa, diciendo que te sumergirías entre encajes y puntadas cual matrona experimentada.

Edward Raleigh, un año menor que Valentine, era hermano de un conde, y graduado de Medicina en Cambridge, tras intentarlo en otra carrera y ser arrastrado por pasión y convicción hasta la noble ciencia. Conoció a Valentine en Eton; pero la amistad entre ambos no se forjó hasta que se reencontraron durante sus estudios universitarios y se volvieron inseparables. Aunque no compartieron carrera, sí se hospedaron en la misma propiedad.

El alma oscura y atormentada de Valentine contrastaba con la templanza de Edward. Era un amigo que siempre le situaba los pies en la tierra, de consejos sabios, y que lo envolvía en una nube de serenidad.

Fue Valentine quien le presentó a Frederick —Edward y el periodista solo se conocieron en Eton de vista—. Y con el tiempo, los tres formaron una fuerte alianza, a pesar de que eran muy diferentes.

Cuando Valentine comenzó a encargarse de los asuntos de la escuela, sus dos mejores amigos lo volvieron el centro de las bromas. Los apreciaba tanto que se las dejaba pasar. A otros los habría retado a duelo sin derecho a retractarse mediante una disculpa. Así que recibir en este momento sus comentarios cargados de admiración por la institución lo llenó de orgullo.

—Díganselo más a menudo, señores. Su excelencia estuvo a punto de vender la escuela cuando su tía nos dejó —intervino la directora—. Sus palabras fueron: «Un hombre como yo no podrá lidiar con tal encomienda». Gracias al Creador, el afecto que le tuvo a lady Imogen fue inconmensurable y no le permitió rechazar la responsabilidad. Asumió el reto con entereza.

—En fin, basta de halagos —zanjó Valentine—. Los he mandado a llamar como aliados. Es un honor para mí hacer negocios con ambos. Y no soy partidario de mezclar negocios y amistad, pero sé que se desempeñarán a la altura de las circunstancias.

—Eres un gran amigo al darnos trabajo —aceptó Edward, tras reacomodar su oscuro cabello.

—No lo necesitan, pero sus servicios son muy cotizados, no quería quedarme atrás —concedió Valentine al elogiarlos de vuelta —. Edward, bienvenido como doctor de la escuela. Espero que, en tu apretada agenda, hagas un hueco para atender a tus nuevas pacientes.

—Siempre que los padres de las estudiantes no prefieran a otro médico, cuidaré la salud de cada alumna y maestra con esmero y

dedicación —aceptó el galeno.

Valentine agradeció con el gesto y se volvió a Frederick.

—Las noticias son tuyas, hermano mío, sabes que no soy partidario de hacer públicos mi vida y mis negocios. Pero, la señora Holt considera que una publicidad bien llevada será mejor que depender de otras gacetas en las que la lealtad está por debajo de las ganancias.

—No me considero un dechado de virtudes, más con lo que a mi negocio respecta. Sin embargo, debido al lazo que nos une, tanto tu escuela, como las estudiantes, serán tratadas con amabilidad en mi diario. Eso sí, dejaré fuera a sus familias de este convenio, o me quedaría sin notas jugosas que publicar —bromeó Frederick, quien no dudaba en sacarle una suculenta tajada a los cotilleos de temporada.

—Amigo mío, mis límites están bien marcados —recalcó Valentine—. Las familias tendrán que responsabilizarse de sus asuntos. Solo me concierne lo que atañe directamente al colegio.

—Ahora háblenme de English Roses School, quiero sacar una nota cuanto antes. Para eso he venido.

Valentine suspiró.

—Mi tía tuvo un alma bondadosa, caritativa, por eso se encargó de mantener en alto nuestro legado. El colegio fue construido en terreno de mi familia generaciones atrás y costeado desde cero con parte del patrimonio de mis predecesores. Es una tradición que las mujeres de mi estirpe llevaron con orgullo. Ningún hombre de mi apellido jamás se ocupó de administrarlo.

En ese momento, el negocio marchaba sobre ruedas. Su tía logró involucrar como benefactoras a un grupo de damas de alta sociedad, quienes compartían su interés. Estaban a favor de la estirpe, la nobleza, la sangre y que ciertas costumbres perduraran. Valentine no admiraba esos principios, aunque creció en ellos.

—Los servicios que la escuela brindaba eran y son costosos, lo que suscitó una inquietud particular entre las matronas más encumbradas —continuó la señora Holt—. Veían cómo señoritas de la burguesía se quedaban con los mejores partidos entre los solteros disponibles y que damitas de la alta nobleza, pero con economías en desgracia, debutaban sin tanto éxito y sin grandes dotes u oportunidades de lograr buenos matrimonios.

Valentine miró de reojo a Frederick, su amigo tenía una relación de amor-odio con la nobleza y la buena mujer parecía desconocerlo. Aquel pasado de la escuela no era algo que Frederick aplaudiría.

—Así fue cómo le vendieron la idea a mi tía, Imogen Severn, y dichas damas orquestaron el modo de ayudar a esas jóvenes de cuna noble, pero caídas en desgracia, para que pudieran obtener buenos enlaces, gracias a solventar su paso por el colegio.

—Adoro hablar de la historia de esta magna casa —continuó la directora.

—Solo abrevie, por favor, señora Holt. Mis amigos disponen de poco tiempo. —Valentine debió advertirle que no fuera tan efusiva exaltando la sangre y la estirpe, temas que le dolían mucho a su amigo Fred y que no eran valorados tampoco por Edward. Pero ya era tarde. Se mordió la lengua, si rugía como de costumbre hasta la señora Holt aprobaría que las alumnas se quejaran de él. La mujer siguió como si le hubiesen dado cuerda.

—Las damas del comité tenían un fondo común y un proceso por el que elegían a jovencitas tres años antes de su presentación en sociedad, y les permitían tener una educación acorde a sus apellidos, cuando sus padres o sus tutores no podían solventarlo. Y, además, podían codearse y establecer relaciones con otras señoritas de su mismo círculo cuyas arcas familiares estaban rebosantes.

Un ejemplo le vino a la mente a Valentine, el de Florence Fairbairn, por la que abogaba lady Henriette. Era hija y ahijada de estudiantes egresadas. Ella ostentaba el apoyo del fondo de las damas patrocinadoras.

Pero eran temas que muchas veces ni las mismas alumnas dominaban, el estatus económico de las familias era manejado con suma discreción.

—¿Algo más que deseen agregar? —insistió el periodista.

—La minoría de las estudiantes son becadas por el comité de damas. Parecía que el problema de las señoritas en desgracia de ascendencia noble estaba resuelto, pero se vislumbró otra dificultad. Cuando debutaban estas estudiantes, muchas seguían sin tener una dote. Ya era un caso muy particular. Así surgió el Premio Cumberland, con el nombre del título de la primera dama que dotó el premio de muchas libras para entregar una suma fuerte a la ganadora. Revelar que el motivo del concurso era la caridad, no iba acorde a la costumbre de la aristocracia, cuando se trataba de dotar de una fuerte suma de dinero a un miembro del selecto círculo. Así que disfrazarlo de concurso fue la mejor decisión, según sus fundadoras.

—Interesante —soltó entre dientes Edward.

Frederick, por el contrario, no se mordió la lengua.

—Oh, las prominentes matronas guardan un intrincado secreto. —Al escuchar el título Cumberland con el que estaba emparentado en un grado bastante lejano, torció los ojos. Sentía resentimiento por ellos, en algún momento, su abuelo fue el hijo de repuesto de un antiguo lord Cumberland, pero tanto este como su padre tuvieron que buscarse la vida, pues no heredaron ni el título ni sus bienes. Hasta convertirse en un extraño para esas personas, que despilfarraban el dinero en «dotes», mientras a sus otros descendientes no les tocaba nada, solo por no haber nacido primero.

—Los requisitos que deben cumplir las concursantes son muy específicos y cada año pueden cambiar según la severidad de las exigencias de la sociedad —siguió la mujer.

Hayden no estaba convencido de que el premio Cumberland fuera una idea digna de aplaudir, sentía que las tiernas señoritas terminaban como fieras que luchaban en una guerra encarnizada por

obtener la jugosa cifra de treinta mil libras. El primer disgusto ya se lo había llevado con lady Henriette, aunque particularmente, la dama no venía a exigir algo para sí; al contrario, trataba de beneficiar a otra de las estudiantes.

Vio en los ojos de sus amigos que opinaban igual que él, y suplicó para sus adentros que Frederick no lo soltara, o a la señora Holt le daría un soponcio. Para ella era digno de alabar todo lo que hacían las damas del comité.

Quería proponer que el monto se dividiera entre las jóvenes que lo necesitaban y punto, a partes iguales, sin rivalidades. Pero cuando alguna vez lo propuso en vida de Imogen, las damas casi lo devoran vivo. Era el dueño de la escuela, pero no tenía poder sobre el Premio Cumberland, se lo dejaron claro. Sí tenía autoridad sobre el proceso del concurso, porque evaluaban sus maestros principalmente y eran examinadas sus estudiantes, —aunque el jurado conformado por las damas elegía a la ganadora y las aprobadas en ciertos retos—.

Ese año el concurso tendría cinco retos que debían ser superados. La que ganara más categorías sería acreedora del primer lugar. De haber empate, el jurado de las damas fundadoras del premio, elegirían a la vencedora. Solo podía haber un primer lugar.

Buscó entre sus papeles las bases del concurso y repasó los retos, para después extendérselos a Frederick. La cara del más mordaz de sus amigos no pudo evitar hacer un gesto de completo y descarado sarcasmo.

PREMIO CUMBERLAND PARA SEÑORITAS DE ÚLTIMO AÑO

English Roses School for distinguished ladies

Comité de Damas Fundadoras

Las señoritas demostrarán sus talentos en las áreas enlistadas a continuación. Se les notificará de la fecha y la hora en las que deben evaluarse. Los docentes o responsables a cargo de cada reto

calificarán basándose en criterios preestablecidos. La ganadora de cada reto será quien ostente el mayor puntaje y la ganadora del concurso quien lidere la competencia general. En caso de empate, un jurado compuesto por cinco damas fundadoras elegirá a la ganadora en cada reto o en la etapa final.

Retos:

Bordado: Diseño a libre elección, se exigen que se usen hilos de oro.

Presentación: Ejecución de la presentación delante de la reina, con especial atención a la reverencia.

Música: Dominio de un instrumento de manera plausible o cantar con excepcional talento.

Etiqueta y Conversación: Para probar su desempeño social en una conversación.

Baile: Habilidad sin fallas en un gran baile: gracia, actitud y destreza.

El premio consistirá en treinta mil libras, entregadas al tutor de la joven. La familia podrá disponer del uso del monto, aunque se sugiere que sea utilizado para incrementar la cantidad fijada como dote.

—Interesante. —Volvió a pronunciar Edward guardándose su inconformidad.

—No me gustaría presenciar la batalla que suscitará el elevado monto. O la presión que algunos padres ejercerán sobre sus hijas para que no se dejen vencer —blandió Frederick.

—¿Por qué no exigir que el dinero sea para la dote, si ese es el propósito del comité? —preguntó Edward muy reflexivo. Se le hacía absurdo, pero no quiso externarlo.

—Sería como admitir que la familia atraviesa por vaivenes económicos, señor Raleigh —manifestó alarmada la directora—. Los

motivos de la existencia del premio no son públicos y no debe salir en el periódico, se los he comunicado solo para ponerlos en contexto y porque su excelencia me lo pidió. Además, tampoco se trata de premiar la mediocridad, con el perdón del Altísimo. Las jóvenes deben esforzarse, si la más brillante de ese año, no proviene de una familia con dificultades, nadie puede oponerse a declararla ganadora.

—Es lógico pensar que cada debutante desea ganar ese premio para satisfacer una necesidad importante en sus vidas y que más de una se inscribirá —observó Frederick—. ¿Y tú estás bien con esto, Valentine?

El duque no pudo responder directamente. Así era, él heredó una escuela para señoritas, pero el Premio Cumberland no le pertenecía.

—A grandes rasgos ya están informados. Edward, en cuanto tengamos alguna situación de salud te mandaremos a buscar —concluyó Valentine.

—Supongo que tal batalla por el premio impactará los ánimos de las estudiantes —observó Edward—. Atenderé muchos dolores de cabeza, de estómago, pobres almas.

—En cuanto a ti, Frederick, puedes coordinarte con la señora Holt para las notas que irás publicando. Por lo pronto, requerimos que el concurso y las bases del premio encabecen una de tus páginas. Es todo. Agradezco a ambos por integrarse a nuestra pequeña sociedad.

—Hay algo más que me gustaría preguntar —profundizó Frederick—. ¿Cuál es el currículo de formación que imparten en este centro? Si lo que buscan es publicitar el establecimiento, es algo que a los padres seguro les gustará saber.

Edward asintió considerando la pregunta relevante. Valentine entrecerró los ojos, ya no le parecía tan buena idea inmiscuir a su amigo en los asuntos de la escuela. Frederick adoraba la moda, la alta sociedad, la realeza y todo lo relacionado con la *crème de la*

crème londinense. Y a su vez, odiaba las excentricidades de la aristocracia por las que se sentía deslumbrado. Todo se debía a su resentimiento con la familia Cumberland, y este rencor radicaba en haber sido «despojado» de los privilegios del título. O sea, para Valentine, su amigo quedaba tan claro como un libro abierto, aunque no dejaba de ser uno muy contradictorio. Por lo mismo, no entendía ¿a qué se debía su inusitado moralismo?

—Claro, con mucho gusto le aclaro ese punto —dijo la señora Holt—. Enfatizamos conducta moral y valores, así como comportamiento social y etiqueta, lenguas, escritura, lectura, aritmética para administrar el hogar. Y otras enseñanzas muy adecuadas para una dama como música, pintura, dibujo, costura, bordado, incluso escultura. El arte es de gran importancia.

—¿Y ciencia? —atacó Frederick.

—No creo que la ciencia aporte algo necesario para el futuro rol doméstico y social de las estudiantes. Por el contrario, restaría refinamiento y delicadeza para la nueva esposa de un aristócrata —insistió la señora y sin más pidió permiso para retirarse, el periodista la estaba agotando, se justificó con la frase—: Las ocupaciones no terminan.

Los tres hombres se pusieron de pie mientras la observaban marcharse.

A Valentine no le gustaron las miradas llenas de interrogantes y reclamos que sus amigos le lanzaron al quedar a solas. Ya no había burla en estas, ni la resolución de que se había metido en un terreno femenino. Tampoco lo felicitaban por poseer un negocio rentable y que sería todo un reto de administrar. Había un reclamo velado en la punta de las lenguas de cada uno, no lo liberaban porque entendían que era su herencia. Pero era evidente que con sus semblantes demandantes le exigían que tomara al toro por los cuernos, y no se quedara de brazos cruzados contemplando el atropello.

La lucha de las señoritas por el premio tenía varios trasfondos y lo que más los alarmaba era la batalla campal que estaba a punto de

comenzar.

—¿Un brandy? —les propuso Valentine para aligerar el ambiente —. Parece que van a incinerarme con sus miradas.

—No es eso, Valentine. Entiendo que heredaste el colegio con sus principios ya establecidos. Pero no deja de ser sorprendente que un hombre como tú termine tan a gusto con un mecanismo tan arcaico —se aventuró Edward y después se alzó de hombros—. Sin embargo, no te voy a juzgar. Acepto el brandy.

—Yo también lo acepto. Pero no me quedaré callado. Me asombra que ahora que tienes el mando, no deshagas ese maquiavélico premio. Hasta dudo que el trasfondo sea ayudar a esas «damas en desgracia». —Frederick dio un énfasis burlón a la última frase—. Lo digo porque no sé si conseguir una dote para casarte con un estirado aristócrata, que solo te acepta porque vienes junto con una jugosa suma de dinero, tenga algo de beneficioso. ¿Por qué, simplemente, no reparten ese dinero entre las que lo necesitan? ¡Malditos Cumberland y sus ideas!

El carraspeo del interpelado y sus uñas aferrándose al ébano instaron a Frederick a no seguir insistiendo, conocía de cerca el humor de su amigo y ya lo había pinchado más de lo usual. La tolerancia no era una virtud destacable en Valentine.

Él sabía todo lo que estaba mal con ese premio, y se opuso por varios años. Incluso, tras fallecer su tía intentó volver a intervenir, pero ya destinaba mucho tiempo a la escuela y a asuntos que consideraba fuera de su competencia. Las damas le reiteraron que el Premio Cumberland era un terreno fuera de la injerencia de los dueños de la escuela. Por esa razón se quedó cruzado de brazos cuando lady Henriette acudió a pedirle ayuda y, por consiguiente, se exasperó todavía más. La joven solo le recordó donde estaban sus límites.

Claro que podía obligar a la señora Sable a cambiar su calificación, pero esta iría con la queja a lady Cumberland, hermana de la maestra. Y su manejo de la situación dejaría de ser interno.

3



Ettie estaba en una de las salas de lecturas que más le gustaba de la escuela. Era, como toda la construcción y su decoración, una mezcla entre la elegancia de la época victoriana y la opulencia de la barroca. Aunque odiaba el colegio, no podía negar que estar en aquel recinto o sus jardines, la hacía sentirse dentro del libro que tenía en las manos. Era el mismo con que ingresó tres años atrás. En la portada decía: «*Cuentos de hadas*, *por Daisy Peasly*», nombre de soltera de su cuñada.

La admiraba por cumplir sus metas, era su ejemplo, su modelo a seguir en la vida y la había inspirado para lograr sus propios sueños. Pero Daisy no estudió en la escuela. En cambio, sus hermanas, quiénes sí pasaron por English Roses School, ¿qué lograron en sus vidas? Casarse. Ambas hicieron buenos matrimonios. La mayor sin enamorarse, pero juraba que con el tiempo consiguió sentir cierto afecto ante las atenciones de su esposo, y viceversa. La mediana sí hizo un matrimonio por amor, o eso decía. Ella y su marido se la pasaban enfurruñados.

Emily y Charlotte dos de sus compañeras no tardaron en entrar a la salita, eran con las que mejor había congeniado. Las dos jóvenes tenían una sólida amistad desde hacía muchos años. La primera era la nieta de un barón, la segunda era la hija de un prominente marqués de ascendencia escocesa.

Ambas repasaron las estanterías repletas de libros, Charlotte eligió uno de poesía sin mucho entusiasmo, Emily suspiró decepcionada. Ya había manifestado en varias ocasiones que todo lo que allí exponían le parecía insulso y falta de interés para ella.

—¿Hay nuevo capítulo? —indagó Charlotte con un guiño cómplice.

Ettie inspirada por Daisy, por su editor Frederick Banes, y tras ser testigo del proceso de publicación del libro, se llenó de valor para hacer lo que siempre había querido y comenzó a escribir sus propias novelas. No eran cuentos de hadas como los de Daisy, ella prefería una trama más apegada a la realidad. Su inspiración era *Orgullo y Prejuicio* de Jane Austen, y toda la obra de la autora, a quien admiraba en lo más profundo. El señor Darcy era su enamorado en secreto, por eso no tenía ojos para nadie más. Conseguir alguien que lo superara estaba lejos de hacerse realidad.

Gracias a su empeño, lo mucho que leía y los consejos que le pidió a Frederick sobre redacción, fue terminando historia tras historia. Banes las consideró prometedoras y acordaron publicarlas bajo seudónimo, con total hermetismo. Le otorgó una columna en su periódico donde cada semana salía un capítulo. Y estos fueron del agrado del público que empezó a demandar aún más el periódico.

—No he escrito nada, el Reto de Bordado se llevó todo mi tiempo libre —contestó.

Y, aunque para ella escribir era un secreto que solo compartía con dos personas —Daisy y Frederick—, un día Emily y Charlotte la sorprendieron en plena faena, y desde ese momento se convirtieron en sus devotas lectoras, capítulo a capítulo, de sus nuevos proyectos.

—¿Estás bien, Ettie? —le preguntó Emily—. Te noto incómoda, desde que llegamos tienes el libro abierto en la misma posición.

—La señora Sable no aceptó el trabajo de bordado de Florence —reveló jugando con una de sus doradas trenzas sujetadas al final con un sencillo listón de satén color crema.

—¿De Florence? —preguntó Charlotte sin entender. La referida era la alumna más destacada, jamás fallaba en nada. Incluso, a veces, le parecía exasperante, aunque sabía que Florence era un alma de Dios y no tenía culpa de ser brillante y talentosa.

—Faltaba un minuto para que el tiempo terminara y se atrevió a decirle en mi cara que ya era tarde —explicó Ettie.

—Eso podría dejar fuera a Florence —soltó Emily esperanzada, y después se sintió terrible por desear su desgracia. Ella también tenía sus propios motivos para ansiar el primer lugar.

—Si Florence está descalificada en bordado significa que tienes más oportunidades, Emily —celebró Charlotte, quien seguro sabía por qué anhelaba tanto ganar su amiga. Ettie sospechaba las razones, no era un secreto. Pero tampoco se hablaba en voz alta.

—Fue muy injusto, entiendo que más de una quiere ganar por diversos motivos muy justificables. Pero no sé si pueda quedarme callada y ver de brazos cruzados que la despojen de algo que es su derecho —argumentó Ettie. Y se sintió injusta a su vez con Emily, para aquella ganar representaba mucho. No podía compararse con los motivos de Emily o de Florence. Era la hermana de un conde con una posición económica muy sólida.

—La señora Sable es malvada, seguro lo hizo para favorecer a lady Valery y no entiendo por qué, ni siquiera lo necesita —opinó Emily.

—¿Y Florence cómo está? —preguntó Charlotte. A ella también le vendría muy bien la suma, podría librarse de las exigencias de su padre, pero tal vez era una quimera. El marqués de Blair se las arreglaría para anular su voz como siempre. Como fuera, si ganaba, le entregaría cada penique a Emily. Lo consideraba justo.

—Triste —les confirmó Ettie—. Y no sé por qué me preocupa si es la mejor amiga de lady Valery. Sin embargo, ahora que es víctima de Valery y su tía, no puedo más que solidarizarme.

—Creo que debemos ayudarla —decidió Emily.

—¿Estás segura, Em? —preguntó Charlotte. Ettie admiraba la complicidad entre las dos jóvenes, parecían hermanas.

—Sí. Lo necesita más que yo —contestó la interpelada. Y fue toda la indicación que dio sobre su propia dificultad—. Si le gano en

buena lid, bien. Pero si le gano porque la señora Sable hizo de las suyas no podría vivir con el remordimiento.

—Debo advertirles que desafié a la señora Sable, a la directora y al dueño y les exigí que le devolvieran la oportunidad a Florence —aclaró Ettie—. Pero todos desestimaron mi petición. Quizás no sea la mejor alianza que puedan establecer. Podrían tomarla contra alguna de ustedes y afectarle en el desempeño en el concurso.

—¿Fuiste con él a quejarte? —Charlotte no salía de su asombro.

—Es un insoportable ogro gruñón. Un hombre funesto, un ser por completo irracional —las previno Ettie—. Las otras dos tampoco lo conocían, pero le llegaron los rumores.

—Podemos ir a hablar con la directora, sin Florence presente. Quizás si vamos las tres sienta mayor presión —propuso Charlotte, como la hija de un marqués estaba acostumbrada a que nadie, que no fuese su propio padre, podía atreverse a decirle que no.

Con el libro abrazado a su torso, Ettie se puso de pie y ya estaba lista. Las otras dos también. Sin pensarlo dos veces caminaron hacia el despacho de la señora Holt. Iban sincronizadas, pensativas, cuando un trío de hombres les cerró el paso.

El que iba al frente era él, Ogro Gruñón, parecía que lo habían invocado. Él hizo un gesto de desdén cuando sus miradas se encontraron un par de segundos y su vista reposó de modo reprobatorio sobre sus trenzas, tampoco aprobaba ese peinado. Fue él quien desvió los ojos, Ettie no se intimidó ante su mirada cargada de descortesía. Lo normal en esos casos sería que las señoritas bajaran los párpados y que los caballeros les dedicaran un corto saludo, lleno de corrección, más si no habían sido presentados. Pero Ettie no era de las que se apegaban demasiado a las convenciones sociales, y sus acompañantes parecían compartir ese rasgo interesante con ella.

—¿Lady Ettie? —preguntó Frederick asombrado de encontrarla allí. Ya se conocían y en privado prescindían del trato formal. Cuando Daisy, la condesa de Pembroke, siguió el llamado de su vocación y

quiso publicar el primer texto que escribió, se apoyó en él. En el proceso de publicación de la obra, Ettie estuvo involucrada y también se acercó de cierto modo a Frederick. Así tuvieron la oportunidad de conocerse más y compartir el amor por la literatura. Gracias a su imprenta, su formación y los contactos en el mundo editorial se convirtió en su mentor—. ¿Y con el libro de lady Pembroke en las manos? ¿No te cansarás de leerlo?

—¿Fred? ¿Qué haces aquí? Si no es indiscreción. En los años que llevo en la escuela jamás nos habíamos encontrado en el recinto. Oh, Edward, tú también. —Esbozó ella de modo muy familiar y sintió la reprobación de las pupilas de Ogro Gruñón clavarse en ella.

El doctor la saludó con afecto. También se conocían. Sus hermanos eran grandes amigos por lo que Edward y Ettie tuvieron varias oportunidades de convivir. Ella tenía la mejor opinión del joven médico.

—Querida, ¿cómo va tu estancia en la cárcel de rosas? —bromeó Edward. Ettie le había robado varias carcajadas al quejarse de su encierro.

—Más bien de espinas. —Ella le devolvió la broma.

—La siniestra prisión de espinas —jugó Frederick—. Buen título para un libro.

—Permítanme presentarlos, el doctor Edward Raleigh y el señor Frederick Banes. —Al tener que introducir al tercer caballero, Ettie se dio cuenta de que desconocía el nombre del dueño, tampoco habían sido presentados, pero no se molestó en seguir la etiqueta, decidió ignorar al ogro y continuó—: Ellas son lady Charlotte Moray y la señorita Emily Grant.

Los antes mencionados correspondieron con reverencias ante la presentación, una que tal vez debió corresponder al dueño de la escuela. Sin embargo, este seguía congelado, impactado por la escena, como si esas trenzas que se balanceaban atentaran contra su tolerancia. Ettie tuvo el descaro de ignorarlo a propósito. Pero,

aunque sus amigos no se dieron cuenta de sus intenciones, Valentine no las pasó por alto.

Sin embargo, la hostilidad encubierta en el rostro de Ettie no duró demasiado.

—¿Y hay brujas en estas mazmorras? —Pronto Edward hizo otro comentario gracioso.

—Estoy seguro de que sí, esculquen detrás de los armarios, ahí encontrarán las escobas. —Frederick lo secundó, provocando que las jovencitas tuvieran que disimular sus carcajadas, para mantenerse entre los límites del decoro.

—Por el Altísimo, señores, hacía tiempo no me aguantaba tanto las ganas de reír. Si aparece la bruja que ahora queremos cazar nos llevaremos una regañina —atajó Ettie.

El ameno momento fue cortado de tajo por la autoridad ahí presente, a la que al parecer algunos habían decidido ignorar. Ettie a voluntad, los caballeros sin querer. Emily y Charlotte, al contrario, permanecían a la expectativa, entre intrigadas e intimidadas. Valentine respondió como estaba acostumbrado. Carraspeó para hacerse notar.

—Usted de nuevo y secundada, lady Henriette. ¿Pretende descarrilar a más de un tren? ¿Y con trenzas? —La voz de Valentine ni siquiera simuló amabilidad. Sus amigos dejaron de reír y lo miraron asombrados, sabían de su ánimo turbulento, pero al menos delante de las damas se comportaba. Jamás lo vieron en esa tesitura.

—¿Usted es el dueño? Qué vergüenza, no hemos sido presentados —profirió Emily quedándose más quieta que una vela al descubrir que estaban ante el ogro del que Ettie les previno.

—No se conocían, qué descuido el nuestro —advirtió Frederick —. Su excelencia, el duque de Hayden y dueño de la escuela. Lady Charlotte Moray, la señorita Grant y lady…

—A lady Henriette Montagu ya tuve el gusto de conocerla —soltó con el ánimo cortante Valentine, pero simuló amabilidad.

—¿La hija del marqués de Blair? —Valentine resopló como si todas sus ovejas comenzaran a descarriarse por el simple hecho de juntarse con Henriette—. Milady, señorita Grant, el colegio es muy estricto, espero que no imiten el mal comportamiento de…

—¿Qué pasa, Valentine? —intervino Edward sin poder contenerse. Por un lado, le tenía cariño a Ettie, sabía que era desafiante, a veces; pero no podía permitir que su amigo se comportara como un hosco dragón escupiendo fuego en todas direcciones.

—¿No lo ves? —musitó Frederick muy reflexivo, tratando de mantener la mesura—. Está en su papel de autoridad de la escuela. Quizás nos excedimos en las bromas, sin pensar en que íbamos a perjudicar a la dulce Ettie y sus amigas. No es el lugar ni el momento. También debemos respetar los estatutos y las costumbres del colegio. Vamos, Edward, no importunemos más.

—Los acompaño, solo permítanme encargarme de un asunto menor —dijo Valentine para referirse a las jóvenes.

Edward negó evidentemente molesto con Valentine. No le dijo lo que pensaba, porque era un hombre comedido, las palabras de Fred le daban vueltas en la mente. Era mejor tratar sus diferencias cuando estuviesen a solas.

—No es necesario, amigo mío, recordamos el camino —lo excusó Edward—. Estimadas damas, con permiso.

—Nos vemos esta noche en White’s, Valentine. — Frederick se despidió de las muchachas con un gesto de cabeza y le lanzó una mirada a Valentine para instarlo a mantener el buen juicio.

Cuando los caballeros se retiraron, Valentine estaba de pésimo humor. Ettie buscó molestarlo y él cayó en su trampa. Terminó mostrando una de sus peores caras delante de sus amigos, las personas que mejor lo conocían desde que su tía abandonó este mundo y que le brindaban confianza y sinceridad sin reservas.

—¿Qué hacen en esta área de la escuela? —Las interrogó—. Se supone que no es el sitio para el alumnado.

—Veníamos a entrevistarnos con la directora —respondió Charlotte. Tampoco tenía el don de la paciencia, pero odiaba que su padre le riñera cuando había algún reporte sobre su comportamiento de parte de la escuela. Por lo anterior, se contuvo de responderle como le hubiese gustado. Coincidía por completo con los rumores y lo expuesto antes por Ettie, era un maldito ogro.

—¿Tienen cita? —preguntó muy serio, pero el sarcasmo brillaba en sus ojos, disfrutaba lo que estaba haciendo, quería reprenderlas.

—Vamos a tratar un asunto de suma importancia —expuso Emily, saliendo en defensa de Charlotte, no quería que su amiga lo enfrentara y que aquello provocara el tener que lidiar con el malgenio del marqués de Blair.

—Uno por el que usted también debería abogar —lo pinchó Ettie sin nada de temor, una valentía que nacía de su espíritu lleno de optimismo, y que para Valentine solo era un optimismo ingenuo. De conocer a quién se enfrentaba no habría abierto la boca.

—¿Y se puede saber cuál es? —El brillo irónico en la superficie de los ojos del varón se intensificó. Charlotte que convivió de cerca con la maldad humana, su tiránico padre, lo captó al instante. Emily y Ettie, que fueron criadas con más amor y protección, seguían envueltas en nubes de algodón, provistas de desconocimiento.

—La señora Sable descalificó a Florence Fairbairn, es una excelente estudiante, no se nos hace justo —abogó Emily. Charlotte quiso frenarla, pero no lo consiguió a tiempo.

—Ya, ya, ya conozco la historia. ¿Y desde cuándo mis estudiantes se unen para desafiar lo establecido por una maestra y la directora? ¡¿Y esas trenzas, lady Henriette, por el amor de Dios?! —No lo pudo aguantar más, enardeció por las doradas trenzas. Resopló tan fuerte que las jóvenes evocaron a una locomotora—. Formamos a distinguidas damas, no a campesinas.

Las miradas de Valentine y Ettie se cruzaron de modo desafiante, sus amigas pensaron que ahora sí la expulsarían de la escuela, o algo peor.

Emily apretó los puños, pero se tragó sus objeciones. No podía perder su lugar en el colegio, su abuelo y su padre no podrían permitirse otro gasto semejante.

—Vamos, Ettie, por favor. —Emily tomó a la aludida por el brazo para hacerla desistir de despegar los labios y soltar lo que sea que su mente ya estaba preparando.

—Mi padre será informado de su peculiar trato con las estudiantes —amenazó Charlotte, era experta en intimidar a sus enemigos con su poderoso padre—. En tiempos de su tía había más cordialidad y educación. También podrías avisarle al conde de Pembroke, Ettie, ¿no lo crees?

—Por supuesto —agregó Ettie en tono amenazante, solo para desafiar al ogro. Por nada de la vida perturbaría a su querido hermano, prefería luchar sus propias batallas.

—Estoy temblando —se burló Valentine con los nervios crispados.

—Usted es… Usted es… —De los labios de Ettie estuvo a punto de salir un «Ogro Gruñón», pero él la interrumpió a tiempo.

—¡Regresen a sus lecciones! —rugió ante la osadía de sus estudiantes, con la idea de poner a la venta la escuela, cuanto antes —. Usted no, lady Henriette, la quiero ver en cinco minutos en el despacho de la directora. Tendremos una charla.

La invitó a caminar delante de él. Las tres se miraron a la vez muy turbadas.

4

Valentine apretó su puño izquierdo de la cólera que sentía y se tragó una maldición. Se pasó las manos por el cabello rubio oscuro, como el caramelo, y emprendió la marcha hacia el despacho de la directora, detrás de los pasos desesperantemente lentos de lady Henriette.

La escuela para señoritas no solo le consumía un valioso tiempo que podía destinar a asuntos más provechosos, lo rebajaba a ocuparse de situaciones que consideraba indignas de su rango y su masculinidad. Rumiando en voz baja su descontento, desfiló por los amplios pasillos custodiados por columnas revestidas de mármol y esculturas majestuosas, que le recordaban el orgullo y la tradición que el edificio le daba al apellido de su familia.

Ni eso lo detuvo en sus maquinaciones sobre cómo se desharía de la institución. Lady Cumberland seguro sería la primera en ofrecer una suma exorbitante, le atraía el prestigio que ser dueña de la escuela traería a su nombre, así como el poder de tener la última palabra en cuanto a las decisiones.

Al llegar a la puerta del despacho se detuvo.

—Después de usted, lady Henriette —le ofreció, ante todo era un caballero, aunque a veces lo olvidaba.

Ella lo castigó con una mirada desconfiada por su incongruencia, y él contestó con un movimiento de cabeza, como si no entendiera su nuevo motivo para reclamar.

—Su excelencia, se comporta de modo reprobable cuando juega a ser el animal más poderoso en la cadena alimenticia de esta

escuela. Sin embargo, ¿ante una puerta cerrada recuerda los modales que olvidó hace solo unos minutos?

—Me preocupa su actitud —dijo negándose a responder—. Su lengua no sabe cuándo mantenerse muy quieta dentro de su boca, y sus labios no reconocen cuando les conviene permanecer sellados.

—Su excelencia… —murmuró y se quedó sin palabras ante tal osadía. Hizo un mohín reprobatorio, cruzándose de brazos con el libro aún en manos, y continuó hacia el interior de la estancia.

Para sorpresa de ambos quedaron dentro del despacho de la directora y no había ni rastros de la señora Holt. Él carraspeó ante el inconveniente. Estaban a solas otra vez. Debía salir corriendo de la escuela y dejar todos los asuntos en mano de la directora o terminaría comprometido y casado antes de la próxima temporada. Y en sus planes estaba alargar su soltería tanto como le fuese posible.

—¿Y bien? —lo retó ella con la barbilla alzada.

—La señora Holt no debe tardar, yo mismo la escuché decir que volvía a su despacho. Mientras tanto aprovechemos para aclarar unos puntos.

A propósito, dejó la puerta abierta de par en par y ocupó el asiento de la directora, tras ofrecerle a la joven el que estaba justo frente a él.

—Lo escucho —convino Ettie a disgusto, no le quedaba otra opción.

Él se perdió en el gesto irreverente de los labios carnosos de la muchacha y en el pozo insondable de sus ojos. Jamás pensó que se sentiría afectado tras colarse por la puerta de la escuela donde las señoritas en edad casadera pululaban a sus anchas. Pero lady Henriette trastocaba sus nervios de acero, no podía negar que se sentía vulnerable ante su presencia. Era hermosa de un modo particular, y aunque se sentía protegido contra las flechas de Cupido —sabía que no iba enamorarse— no podía negar que ella le resultaba atractiva, pero también, en la misma medida, irritante.

La regañina que preparó mientras caminaba no emergió de su boca, se quedó deambulando entre sus pensamientos. De pronto, se sintió hastiado, harto, superado. ¿Qué demonios estaba haciendo, comportándose como un energúmeno por tratar de ocupar el lugar que dejó su tía en la escuela? No, sus días no se convertirían en los de un dictador. No lidiaría con muchachitas malcriadas, que las educaran las maestras, la directora o sus familias. Él detestaba ese papel.

Exhaló con fuerza, no quería llevar esa guerra hasta proporciones insospechadas. Lady Henriette era una jovencita y él se sentía a sus veintiséis un hombre hecho y derecho, incluso mayor de la edad que ostentaba. Tenía que combatir aquella situación con madurez y su primera resolución consistiría en dejar de asistir a firmar absolutamente nada. A partir de ese momento, pediría que le llevaran la documentación a su residencia o lo que fuera.

Tomaría distancia, eso haría. Se concentraría en sus demás negocios, limaría asperezas con Edward y Frederick y volverían a sus charlas descaradas en White's, a sus paseos matutinos en Hyde Park, a las subastas de caballos de carreras en Tattersalls en Knightsbridge y a sus reuniones de negocios para hacer buenas inversiones. Valentine se dedicaba a comprar acciones en todo negocio que consideraba rentable como ferrocarriles, acero, fábricas textiles, de alimento. La escuela era una ínfima parte de sus ingresos, y aunque reconocía que iba viento en popa y que el dinero le entraba a la escuela por una manga muy ancha, si seguía dándole dolores de cabeza, sin remordimientos la iba a vender.

—No pedí ser el dueño de English Roses School, milady. Cualquier asunto que desee tratar en el futuro, diríjase a la directora o siga el protocolo que se indica en esos casos. Con esto quiero exigirle que no vuelva a llamar a mi puerta. Ahora retírese —soltó en una exhalación, recobrando la conciencia.

—¿Eso es todo? —preguntó Ettie tratando de disimular su ironía, sin mucho éxito—. Pudo decírmelo delante de mis compañeras.

La mirada dorada y espesa como la miel de Valentine contra los ojos altivos de Ettie fue letal.

—Deténgase —siseó ya sin contenerse, con una frialdad que dejó al descubierto lo más despiadado de su alma. Pudo percibir que la joven frenó en seco y se quedó en alerta—. Este juego debe acabar o se volverá personal, y le aseguro que no le gustará.

—¿Es una amenaza? —soltó y casi se lleva la mano a la boca para impedir que ese pensamiento en voz alta emergiera, mas fue tarde.

—Es una advertencia. Usted no me conoce, pero le adelantaré algo, no me he ganado a pulso la reputación de ser un hombre intratable, con poco tiempo para conversaciones triviales o convencionalismos sociales. Su juego debe acabar o se topará con una pared muy dura y le aseguro que no le gustará.

Valentine se puso de pie y la escoltó hacia la puerta, por donde ambos salieron. La señora Holt llegó en ese justo instante y se mostró espantada al comprender que el duque y la alumna estuvieron a solas.

Ettie intentó despegar los labios y manifestar su queja contra la señora Sable ante la directora.

—No —la atajó el caballero con un tono seco y cortante—. Después de usted, señora Holt, tenemos un asunto que tratar con urgencia.

La aludida lucía espantada. La muchacha estuvo a punto de protestar, pero algo la disuadió de continuar su camino. Y antes de un suspiro, la puerta del despacho quedó cerrada.

—¿Estaba usted a solas con una de las estudiantes, su excelencia? —Su tono era alarmado, aunque lo trataba con la deferencia de una subordinada. Holt era su empleada, no podía olvidar del todo que lo conoció desde que era un chiquillo que lloraba pegado a la falda de su tía. Valentine frecuentó bastante la escuela en su niñez—. ¿Sabe las habladurías que eso podría suscitar

si alguien los hubiese descubierto? Pero ¿qué ha sucedido? Supongo que hay una explicación razonable.

—Agradezco su confianza y el crédito que me da, por supuesto que hay una razón. Y puede quedarse tranquila, la puerta siempre estuvo abierta y no ocurrió nada reprobable.

—A veces no importa si lo ocurrido fue dentro del marco del decoro, los rumores suelen ser devastadores. Si me permite le haré una observación con todo respeto. Considero que debe evitar que esta situación se repita. No solo estarían sobre el tablero su reputación y la de la estudiante, la escuela no aguantaría tales habladurías.

—Lo sé, vivo en la misma estricta sociedad de la que usted forma parte —replicó muy serio.

—¿Entonces?

—Lady Henriette Montagu es tal como la describió. Acudió a mí con una reclamación, preferí tratarla en su despacho, creyendo que usted estaría aquí. Intenté negarme, pero es tan intensa y dramática que temí que causara una revuelta, le he dejado claro que no estaré disponible para sus reclamos, sus peticiones o lo que sea. Por favor, señora Holt, espero que sus alumnas no vuelvan a incomodarme. Y, en especial, la hermana de lord Pembroke. Sé que el ánimo del conde es bastante exaltado y el mío es como dinamita. Trataré de evitar un duelo en la medida de lo posible por salvar la reputación de la escuela.

—¿Un duelo? ¡Por todos los cielos! ¿Tan grave es la situación? Esa criatura solo intenta que la señora Sable apruebe a Florence Fairbairn. ¿Qué ha sucedido?

—Lady Henriette es rebelde, impetuosa, orgullosa, nada la detiene.

—Eso y mucho más. Un torbellino cuando tiene una guerra que pelear. Sin embargo, es una excelente alumna, trata de cumplir con sus tareas y las demás estudiantes la adoran.

—Por supuesto que la adoran, es la cabecilla de todas las revueltas —arguyó exasperado.

—Sí, es verdad. Pero, también tiene cualidades, su risa y su calidez contagia al resto de las señoritas. Ayuda a todas las que están en problemas y acuden a ella buscando soporte. Cuando tenemos un proyecto conjunto las impregna de júbilo, de unidad, y todas colaboran por el bien común. Claro, que su alegría y su buen corazón no deben confundirse con docilidad. —Rio por lo bajo.

—Como sea, es su estudiante, usted debe controlarla. Si me permite también hacerle una observación, cumpla con sus obligaciones para que yo pueda seguir con las mías. Mi puerta solo estará abierta para manejar los asuntos mayores de la escuela. No acudo una vez por semana para lidiar con quejas sobre agujas, hilos y posibles ganadoras de dotes.

—Comprendo, su excelencia —agregó escarmentada y estudiándolo con la mirada, como si una duda latente acabara de resolverse. Se recompuso de la llamada de atención de su superior y atacó. La señora Holt no era la directora de la institución, precisamente, por tener mano blanda. Era una líder por naturaleza —. Lamento no haber podido estar presente cuando acudió a mi despacho para atender la solicitud de lady Henriette, pero tuve un asunto urgente del cual ocuparme. Tal vez debería involucrarse más con el manejo de la institución, como lo hacía su querida tía.

Valentine la escuchó con cierto aburrimiento, mientras las palabras le daban vueltas en la mente para zafarse de lo que sea que la mujer pretendía comunicarle sobre el funcionamiento de la escuela. Ya había tenido demasiado con el dilema del bordado y el concurso.

—No llevaré el negocio como lo hacía mi tía —informó de manera directa y tajante. En sus ojos un brillo dorado mordaz relució, señal de que no cejaría y de que su paciencia se agotaba de nuevo. Era tan escasa—. Me ocuparé de lo concerniente a lo económico y dejaré lo demás a su cargo, esperando los mismos resultados de cada año. Pida un salario más alto por las molestias

extras que recaerán en sus manos. No puedo abandonar el groso de mis asuntos para jugar a dirigir la escuelita para señoritas.

—Por supuesto que puedo con el reto y le haré llegar el monto de mis honorarios por escrito —dijo envalentonada. Le molestó el desdén en sus palabras, como si la complejidad que traía implícito manejar un colegio de tal tamaño y con tantas obligaciones fuera una insignificancia.

—No pienso ser un ingrato, pagaré lo justo para que desempeñe sus funciones con motivación.

—Sin embargo, sigo creyendo que debería involucrarse más en el manejo de la escuela. Más cuando el asunto que me alejó de mi asiento está relacionado con su persona. —Ahora fueron sus pupilas las que brillaron afiladas, decidida a lidiar con la altanería del nuevo dueño.

—¿Con mi persona? —preguntó Valentine de pronto interesado.

—Nada de importancia… Por ahora. Atajaré el mal antes de que salga de los confines de estas paredes.

—¡Hable! —gruñó sin poderlo evitar. La orden salió certera de su boca sin siquiera meditarla.

—Las alumnas… Son demasiado jóvenes e inexpertas. De lo contrario, elegirían mejor sus batallas. ¿Quién se habrá atrevido a semejante murmuración? —continuó por las ramas, hasta cierto punto divertida, aunque simulando consternación.

Valentine podía leerla a la perfección, se tragó una risa sardónica que no embelleció sus mordaces y carnosos labios, su atractivo más irresistible, según las damas que se derretían a su paso. Percibió que la señora Holt era un hueso duro de roer, y que trataba de asestarle un zarpazo, como una astuta fiera.

—¡¿Va a escupirlo de una vez o es necesario que lo averigüe por mí mismo?! Tengo métodos bastante persuasivos.

—Le han puesto un mote, un apodo que no le gustará. Ya estoy tomando las medidas para llegar a la raíz del rumor. Las estudiantes

suelen divertirse a costa de algunas maestras o alumnas… Tener un grupo numeroso de damitas de quince a dieciocho o diecinueve años confinadas en el mismo sitio suele avivar la creatividad de las señoritas. No es maldad, es más bien sinvergüencería, ocio; pero, por supuesto que cuando detectamos burlas salidas de control, tomamos medidas. No está admitido bajo nuestro techo. Menos con la máxima autoridad de la escuela.

Valentine ya llevaba unos segundos con los ojos entrecerrados estudiando el placer que le causaba a la directora asestarle aquel gancho al hígado o, mejor dicho, a su ego inmenso.

—Oh, es eso —soltó con la mandíbula tan tensa que su voz parecía de ultratumba. Su orgullo recibió un golpe, no acostumbraba a pavonearse en eventos de temporada, pero en los pocos momentos sociales que hacía acto de presencia, no era ajeno y podía notar la reacción que provocaba en las damas de alcurnia. No solo era un estupendo partido, era un hombre deseable, uno que ellas querían llevar a la cama, no sobre el que se pusieran creativas buscando apodos para burlarse de su persona. No obstante, no iba a reconocer su exasperación delante de la señora—. No perderé mi tiempo con nimiedades de jovencitas que seguro mueren de aburrimiento. Tengo que retirarme. Me da igual lo que haga con el rumor o su origen.

—Ser bautizado como Ogro Gruñón en sus primeros días como autoridad en la escuela no me parece una nimiedad. ¿En qué momento pudieron percatarse de su mal genio? Perdón, se me escapó, lo siento. —Simuló consternación con total descaro.

Valentine trató de contenerse para no fulminarla con la mirada.

—Ya le dije que esas estupideces me dan exactamente igual —largó sin importarle que la señora Holt se exaltara por soltar un improperio ante su presencia. Él lo creyó justo, se lo merecía por atreverse a desafiarlo y ser tan descarada como para fingir preocupación.

El varón hizo una breve reverencia con la cabeza y desapareció por el umbral con paso firme. Por supuesto que iba a averiguar de dónde surgió el rumor. Hizo una lista mental.

La señorita Fairbairn era una posibilidad, fue con la primera estudiante que habló en ese lugar. La muchacha salió aterrada tras el intercambio de palabras.

Después estaba lady Henriette, de esta no dudaba absolutamente nada. Era su sospechosa número uno. Incluso, logró poner a sus mejores amigos, Edward y Frederick, en su contra.

Sus otras sospechosas eran lady Charlotte Moray y la señorita Grant, pero estas no tuvieron tiempo de esparcir el rumor. ¿O sí?

Se dirigió hacia su estudio para tomar su sombrero y su capa tan negros como el resto de su atuendo, con la intención de marcharse. Si respiraba un segundo más el aroma a rosas que invadía la magnífica edificación iba a terminar empalagado.

5



Londres, octubre de 1873

Ettie se retorcía las manos al escuchar lo que decían sobre su persona. Cada cierto tiempo los padres recibían reportes. La señora Holt no pudo callarse, como siempre, y tuvo que soltarle a su madre la retahíla de costumbre. Ettie soportó con estoicismo la larga lista de acusaciones que leyó la mujer en su contra:

> *Lleva el cabello suelto o en trenzas en situaciones inapropiadas.*
> *Se excusa para no usar el corsé o no vestirse acorde a su rango o la ocasión, contraviniendo de continuo el estricto código de vestimenta.*
> *Anda rescatando a cuanto pájaro, ardilla, lagartija o animalejo en dificultades se le ocurre hacer vida en los amplios jardines. Semanas atrás cuidó un nido de petirrojos cuya madre no regresó y esta semana anda jugando al doctor con una ardilla gris que se lastimó una pata.*
> *Trata al personal de servicio —mucamas, mozos, jardineros, cocheros— como iguales, no como se espera de la hija de un conde.*
> *Y la más grave infracción, continúa retando a la autoridad, en este caso específicamente a la queridísima maestra, la señora Sable, a la directora e, incluso, al dueño de la escuela. Porque si los reclamos de la señorita no son atendidos o satisfechos, escala por la cadena de mando de esta honorable institución con la intención de salirse con la suya.*

¿Cuántas páginas de la libreta de notas de la directora estaban destinadas a las «travesuras» de Ettie?

La condesa viuda de Pembroke escuchó con aplomo y con su mejor cara, aunque estaba afligida y decepcionada. Más por los detalles que añadió la señora Holt sobre el comportamiento de su hija en el último apartado.

—¿Dónde puedo hablar con Henriette a solas? —Fue todo lo que expresó Patience.

—Por supuesto, milady. La señora Sable las conducirá a una de nuestras salitas privadas. Pero añadiré algo más, milady, es muy penoso para mí comunicarle lo siguiente. En fin, es mi deber hacerlo. Una de nuestras estudiantes tuvo la osadía de apodar de modo inapropiado al dueño de la escuela. Estoy en medio de mis indagaciones para dar con la autora intelectual de tal crimen. Espero que lady Henriette no esté implicada porque sería la gota que derrame la copa.

La señora Sable tosió evidenciando que sospechaba de Ettie, es más pondría las manos al fuego para afirmarlo.

—¿Un apodo es un crimen? ¿No cree usted que está exagerando? —protestó Ettie, y con cada palabra a su madre se le enrojecían más las mejillas por la irritación, el descaro y el desparpajo con que retaba a la directora.

—Hija, por favor, guarda silencio —exhortó la madre en un susurro.

—Crimen fue tomar a aquella perra moribunda con sus cachorros recién nacidos de la entrada de la escuela y mandar a echarlos para que no arruinaran la fachada de la propiedad —manifestó Ettie lo que parecía muy lógico para hacer entrar en razón a la directora.

—Ettie, no. No permitiré que repliques a la autoridad, menos ante mi presencia. Hablaremos a solas, ahora —resolvió la condesa viuda sin levantar la voz, por nada del mundo lo haría. La mención de su hija le recordó aquel incidente como otros tantos, la joven no

permitió que el mozo cumpliera con la orden de la señora Holt, y tomó a la perra y las crías y los alojó en su habitación causando un gran revuelo. Casi la expulsan de la escuela, no lo hicieron porque su hermano intercedió, y lady Imogen no pudo desairar al conde de Pembroke. Patience aún tenía a la perra y sus crías ocupando sitio en su casa, donde Ettie se cercioró de que viviesen una vida feliz, apacible y con mucha comida.

Acto seguido, Ettie y su madre siguieron a la señora Sable que, con una sonrisa de puro disfrute, guio a la estudiante y su madre a una de las tantas salitas de estudio. La mujer esperaba que Henriette se llevara una buena reprimenda.

Sin embargo, Ettie sabía que su madre no tomaba medidas drásticas; además, su hermano no lo permitiría. Solo le daría un sermón, como solía hacer, y lo aderezaría con un poco de drama.

Se adentraron por un pasillo cubierto de estanterías repletas de partituras antiguas para violín, era el saloncito Vivaldi, que constaba de tres áreas. Un recibidor con dos butacones daba la bienvenida. Contiguo había una salita donde se podría reunir una maestra con sus alumnas para afinar alguna lección. Y al final, terminaba en una sala posterior más amplia, separada por una puerta donde descansaba un viejo piano que nadie usaba jamás. Quedó olvidado cuando trajeron uno nuevo y reluciente el año en que ella ingresó a la escuela. Se suponía que ese piano no estuviera allí, pero en ese trasfondo de la estancia que algún día sirvió para honrar al virtuoso músico, descansaba con violines de antaño que también fueron abandonados cuando llegó la reciente dotación de instrumentos.

Existían otros salones similares en la edificación, con nombres de músicos más conocidos, donde guardaban violines, violas, violonchelos y flautas que permanecían colocados estratégicamente de manera aislada unos de otros, para que las distintas estudiantes tuvieran algo de privacidad para practicar. Y poseían un gran salón de música con el piano más nuevo.

Ettie miró de reojo a la señora Sable, típico de ella, mandarla a aquel sitio en desuso, ni siquiera conocía a Vivaldi. De haber sido su

hermana la visitante, la madre de lady Valery Belcher, la habría recibido en el salón principal del té. Patience era muy inocente, no notaba los constantes agravios que la arpía Sable trataba de causarle.

Al llegar al recibidor, la señora Sable se detuvo:

—Ninguna maestra solicitó hoy la sala Vivaldi para repasar alguna lección con las estudiantes, estarán a solas. Por el piano del fondo no se preocupen, está obsoleto, nadie vendrá a ocuparlo.

La condesa viuda asintió sin percibir el aguijonazo. Un descuido más de Patience y las mandaba al cuarto de desahogo, junto a los muebles viejos. Como sea, Ettie se sintió más a gusto cuando la arpía se marchó.

A solas, Patience instó a su hija a sentarse en una de las butacas del mismo recibidor.

—¿No deseas pasar a la sala contigua? Es más espaciosa, hay dos amplios sofás…

—No es una visita social.

Sin dilatarlo más, Patience tomó asiento y soltó lo que tenía en la punta de la lengua desde que comenzó a escuchar las quejas de la directora.

—¿Otra vez, querida? ¿No te da vergüenza?

—Mamá, nada es como te lo han contado. La señora Sable, esa maestra, es una maldita arpía muy retorcida.

—¡Hija, tu vocabulario! —regañó ya sin poder contenerse, llena de vergüenza por si la mujer que acababa de retirarse la escuchara —. Empezaré a dudar de lo que aquí te enseñan, tu lenguaje es más florido cada vez.

—La arpía le robó descaradamente a la señorita Fairbairn la posibilidad de ganar en bordado. Tuve que apiadarme. No sabes cuánto necesita el premio. Y no diré más porque me regañarás,

alegando que no hablamos de la situación económica de otras familias.

—¡¿Y tú eres la defensora de las causas perdidas, Ettie?! —Odiaba gritar, pero estaba desesperada. Ya no sabía cómo conseguir que la escuchara, menos que la obedeciera.

—¿Por qué no lo sería? ¿Por qué me quedaría indiferente ante la injusticia?

—¿La arpía? ¡¿Cómo puedes dirigirte así a tu maestra?! —Negó apesadumbrada—. Tal vez es estricta o quizás, incluso, no es una buena persona, pero no es apropiado dirigirse así a alguien que contribuye a tu educación. Espero que no seas la responsable de buscarle apodos al dueño de la escuela. Ettie, por favor. Gracias a Dios tus hermanas provienen de tu mismo hogar y no tuvieron tus problemas. Pensarán que soy indulgente.

—Mamá, en eso no la contradigo.

—Por favor, Ettie, compórtate a la altura de la familia.

—Mamá, en primer lugar, recuerdas que te rogué que no me obligaras a estudiar aquí. Va en contra de todo lo que respeto. ¿Y ahora pretendes que me cruce de brazos? ¿Qué me quede callada? Es una escuela con normas injustas, regida por convenciones arcaicas y que se empeña con cada estatuto en limitarnos a las mujeres a un papel muy reducido. Sí, me gustaría casarme y también quisiera ser madre algún día, pero no respiro solo para conseguir esos propósitos. Contraeré matrimonio si consigo enamorarme, no para procrear, no para asegurarme un futuro. De mi futuro me ocupo yo. Lo siento si te escandalizo con mi forma de pensar. Si hubieras permitido que me educara en casa con una institutriz menos rígida o con un tutor abierto a nuevos horizontes, no estarías lamentándote ahora y yo no tendría que lidiar con mis actuales dificultades.

—Queda tan poco para que termines. Ven. —Le abrió los brazos y la refugió en ellos—. Sabes que te adoro, hija mía. Me preocupo por ti.

—No te aflijas.

—Quiero ayudarte, pero tienes una tendencia intrínseca a meterte en problemas. —No se reconocía. Era un manojo de nervios —. Piensa en ti por una vez en la vida. No quiero ser egoísta, me apena la situación de la señorita Fairbairn, pero estás en la cuerda floja. La señora Sable, la señora Holt son personas muy tomadas en cuenta en nuestra sociedad, ambas están emparentadas con la nobleza, no lo olvides. Las matronas podrían acercarse con sutileza a ellas para pedir opiniones sobre ti, antes de considerarte una opción viable para sus hijos. Podrías arruinar tu reputación con tu rebeldía y que los excelentes candidatos huyan de ti como de la peste. La belleza no es suficiente para encontrar un marido. Sé que eres encantadora en el fondo, conozco lo mejor de tu corazón. ¿No puedes esforzarte un poco para que los demás también lo vean?

—Mamá. —Le tomó las manos y las besó con cariño—. No ardo en deseos de casarme. No soy como otras señoritas que no tienen más ambición que el matrimonio. Por más que lo explico, no quieres entenderlo.

—¿Y qué pretendes? ¿Quedarte solterona? ¿Sabes la angustia que me causas? Cuando te cases habré acabado. Todos mis hijos habrán salido de debajo de mi ala, ya tendrán su propia familia y yo podré confiar que podrán volar sin mi protección.

—Mamá, yo no necesito un marido para levantar el vuelo.

—¿Estás segura? ¿Cómo vas a mantenerte? ¿Posees dinero más allá de tu dote? Una dote que solo tiene una finalidad, ser usada para conseguirte un marido. Ettie, querida hija, sé razonable.

Tenía planes, pero no podía compartirlos con su madre o se escandalizaría más. Una cosa era que Daisy —su nuera— escribiese cuentos de hadas. Otra distinta era que su hija pretendiera labrarse un futuro como escritora de esas novelas que las mujeres tanto adoraban leer.

—Podría intentar ganar el Premio Cumberland y hablar con mi hermano para que me permita administrarlo. —Si obtenía ese

dinero, más lo que ya redituaba de lo que Frederick le publicaba bajo seudónimo, podría mantenerse. Claro que sí. Quería reunir los capítulos y publicar libros. Hasta la fecha ya tenía tres y eran de gran extensión. Frederick le daba alas, decía que eran buenos. Pasaron la prueba, el público los amaba. Pero, Patience jamás daría su consentimiento. Su hermano Bradley, tal vez, no podría negarse; su esposa era escritora. Pero aún no reunía el valor para confesárselo, aunque Daisy la animaba para que le revelara ese gran secreto.

—Por el Altísimo. Entonces, es cierto que pretendes quedarte sola el resto de la vida. ¿Qué daño te he hecho? ¿Tan desdichados crees que fuimos tu padre y yo? Tienes el ejemplo de tus hermanos, son felices en sus matrimonios. ¿Por qué no puedes aspirar a encontrar esa dicha?

—Mamá, no estoy en contra de casarme. Pero lo haré solo si encuentro un amor que desee compartir con alguien por el resto de mi existencia. Si no me enamoro, no tiene sentido para mí la vida en pareja —le repitió.

—Me cuesta aceptar y asimilar lo que pretendes. Oh, Ettie, mi mente es muy tradicional. No entiendo que una mujer pueda estar segura si no tiene un marido. Y ya no diré nada más, por hoy solo te pediré que no interfieras más con el funcionamiento de la escuela. Maneja un bajo perfil, ya falta tan poco para que egreses.

—De acuerdo —terminó por aceptar, no quería contribuir a su pesar. Entendía que no podía comprenderla—. Trataré de no darte dolores de cabeza. Pero es difícil quedarme cruzada de brazos cuando un ser sufre delante de mí y yo tengo la posibilidad de cambiar su suerte. En ese importante detalle, será difícil ceder.

—Al menos elige mejor tus batallas. Por ejemplo, en el caso de aquella perra y sus crías, aunque tu método no fue el adecuado, eran seres que no podían valerse en una situación delicada. Puedo justificar tu proceder, tampoco los habría abandonado a su suerte. Pero, en el de la señorita Fairbairn debiste dejar que ella peleara su

propia guerra o que, en su defecto, sus padres se encargaran del asunto. ¿No crees?

—Dudo que Florence hiciera otra cosa más que llorar. Pero, escogeré en qué contienda participar, como sugieres.

—Me iré, pero mi corazón late más atribulado. No descansaré hasta saberte casada. Por el Altísimo que no conozco otra forma de velar por ti. Y más tú que tus hermanas, sola te perderías, necesitas la guía de un esposo para controlar tu ánimo impetuoso.

—El matrimonio no es una cura y yo no necesito tal medicamento —replicó y para enfatizar su punto largó un profundo suspiro.

—Eso lo discutiremos después. Ya estoy agotada. Siempre fuiste la más alegre de mis hijas, la más dulce, la más sonriente. ¿Qué te ha cambiado?

—No he cambiado. Sigo siendo feliz, aunque no lo creas. Y esa misma luz que siento en mi interior es la que me impulsa a desear el bien para todos los que me rodean, como Florence, la perra y sus cachorros, el petirrojo, la ardilla…

—Pues desea el bien también para tu afligida madre y eso lo conseguirás casándote.

—¿Me intentas manipular? —bromeó entendiendo por donde venía.

—Solo un poco y no de buen grado, pero ya no sé qué más hacer. Te quiero, Ettie. Cuídate, nos vemos pronto.

La condesa viuda se puso de pie dispuesta a retirarse.

—Perdóname, mamá. De verdad que no me agrada contrariarte y menos que te hagan venir por algo tan tonto. —Negó mortificada.

Patience se puso de pie y antes de irse tuvo que indagar.

—Por cierto, no lo mencionó la directora, pero me da curiosidad. ¿Cómo le dicen al dueño de la escuela?

—Ogro Gruñón.

—¡Qué ofensivo! Escuché que es un hombre joven. En vez de desafiarlo deberían comportarse de manera encantadora y elegante delante de él y mostrarse interesadas en su conversación. He escuchado que es muy rico. Quizás es un estupendo partido. Buscaré referencias acerca de su persona. Creo que es muy reservado, porque no recuerdo haber escuchado mucho sobre él. Tampoco hemos sido presentados. ¿Lo conocerá tu hermano?

—¿Cómo saberlo?

—¿Me juras que no tienes nada que ver con el sobrenombre? —Aún quedaba un rastro de ingenuidad en el carácter de Patience, conociendo a la perfección a su hija se atrevía a dudarlo.

—Mamá, solo le responderé que el dueño se lo tiene muy merecido. Las murmuraciones poseen mucha razón, es un ogro, uno que gruñe como el mismo demonio.

—¡Ettie! No te expreses así que me causarás un soponcio.

—Para qué preguntas si harás tal aspaviento con mi respuesta.

—Cuídate, pequeña. —Le dejó un beso en la frente.

6



Ettie suspiró mientras la enorme falda de encajes del vestido de su madre se alejaba por el pasillo repleto de partituras. La sonrisa de sus labios —la misma que usó para rebatirle a su progenitora y defender su postura— se desvaneció. Negó reflexionando en las palabras compartidas y deambuló por el pequeño recibidor admirando el sublime recubrimiento de las paredes, con flores ocres a relieve y cenefas doradas.

Continuó hasta la salita contigua y se dejó caer en uno de los dos mullidos sofás. Bajó la cabeza, sumergida en un océano de pensamientos. ¿Tenía razón o estiraba los límites al máximo como sugería su madre?

Unas notas armoniosas y tristes comenzaron a escucharse, unas que ella no había tenido la oportunidad de oír jamás. La melodía la envolvió como un melancólico manto, uno que arropó su alma y le otorgó alivio, pero a la vez pérdida…

De pronto, dejó de perderse en los sonidos del piano… Aquello significaba que alguien más estaba ahí, siempre estuvo ahí, mientras ella y su madre revelaban verdades tan íntimas. ¡Por el Creador! Las alumnas eran todo menos discretas, y los cotilleos detrás de las puertas estaban a la orden del día.

Se puso de pie en el acto. ¿Era mejor huir o enfrentar a quién sea que se ocultaba en el salón del fondo junto al enorme y viejo piano?

Su mente hizo una lista repentina de las estudiantes que dominaban con tal maestría las teclas, para tocarlas con tal perfección. La encabezaba lady Valery, quien menos le simpatizaba.

¡Oh, no! La sobrina de la señora Sable no era de las que amaban el chismorreo, pero bastaba con que le dijera a una persona… La vergüenza coloreó sus mejillas.

Pero Ettie no era cobarde, enfrentaría a quien fuera. Se le hacía una descortesía quedarse callada mientras su madre y ella conversaban en supuesta «intimidad». Hasta donde sabía, la única puerta para acceder a ese sitio era por donde había entrado.

Sin pensarlo se introdujo al último salón.

En penumbras, solo iluminado por unos escasos haces de luz que caían directamente sobre el piano de cola, sin levantar la cabeza de la marejada de teclas blancas y negras que bailaban tras ser castigadas por sus dedos, divisó una figura masculina. Esto no la detuvo.

El duque de Hayden ignoró por completo a la recién llegada. Ettie quiso interrumpirlo, reclamarle, pero la música era tan suave, tan pura, que no pudo pronunciar una palabra hasta que las ágiles manos que volaban como golondrinas se detuvieron.

—¡Usted! —le reclamó ella cruzándose de brazos. Nada como la presencia de ese caballero para borrar la sonrisa de golpe del rostro de Ettie.

Si él alegaba que no había escuchado una sola palabra sería una vil mentira. Su madre y ella hablaron más alto que de costumbre y que lo esperado para dos damas.

—¿Casualidad o trampa del destino? —Jugó Valentine ocultando que aguijonearla le resultaba entretenido. Sus últimos días tampoco transcurrieron como un paseo sobre nubes de algodón. Por extraño que pareciera, contender con la muchacha de las trenzas rebeldes le insuflaba una energía que lo revitalizaba por completo.

Ella no pudo evitar acercarse enfurruñada por semejante descaro y colocar sus manos encima de la cubierta de las teclas con la intención de dejarla caer sobre los dedos largos del pianista. Valentine elevó el rostro para verla a la cara, intrigado por su atrevimiento, buscando leer sus intenciones en la intensidad del

brillo de sus ojos. Ambos sostuvieron la mirada hasta que fue ella quien tuvo que apartarlos, pero entonces su lengua sagaz salió en su defensa.

—Lo último que imaginé fue encontrar a su excelentísima soberbia aquí en el saloncito Vivaldi. ¿El salón principal de música no sería más adecuado a su rango?

—¿Acaso sabe quién fue Vivaldi? —Negó sin quitarle los ojos de encima.

—¿El nombre del salón de los instrumentos viejos y desvencijados?

—Era el salón favorito de la fundadora de la escuela por una razón muy especial, estaba dedicado a violines, flautas; incluso había un laúd que con al final se perdió. Es irónico que aquí descanse el piano, componía para cuerdas o instrumentos de viento.

—Pues parece que a nadie le importa. Si fue tan importante, ¿por qué nadie lo menciona?

—El tiempo, pero creo que algún día le harán justicia. A mí me gusta este salón en particular. Y su historia. Vivaldi fue un gran músico en otra época. Aquí conservamos una partitura muy antigua de *Las Cuatro Estaciones* que heredó la fundadora. Dicen que la cautivó por completo, como hechizada, y se dio a la tarea de investigar la obra del autor, por eso le dio el nombre a la sala.

—Como sea, aclarado su punto de la razón por la que ha venido a tocar el piano en la estancia más abandonada de la escuela… ¡¿Por qué no se fue al oírnos?! ¡¿Por qué no se hizo presente cuando la señora Sable nos ofreció la sala para conversar a mi madre y a mí?! ¡Pudo advertirnos que el sitio estaba ocupado, su excelencia!

—¿Está irritada? ¿Necesita un vaso de agua para aplacar su malhumor? Debe poner cuidado con las explosiones, después aparecen «inquisidores de las reglas de etiqueta» y ponen apodos muy despectivos e injustos como «Ogro Gruñón». Pero no, eso no le pasará a usted, sonríe hasta en situaciones en las que la mayoría de

los mortales nos rasgamos las vestiduras. —Enhebró cada palabra como finos hilos de seda, jugó con ellos para encenderla más.

—No ha respondido a mis preguntas —insistió bajando la voz, solo para no darle el gusto de verla perder los estribos. Aunque no estaba segura de cuánto podría contenerse.

—No las escuché llegar. Copiaba a mano la partitura que me prestó el maestro de piano, para devolvérsela después. Hasta que sus afilados gritos perforaron mis oídos entendí que no estaba solo. De haber salido, su madre y usted se habrían sentido avergonzadas delante de un caballero. Quise ahorrarle a la condesa viuda el mal rato, se escuchaba bastante alterada ya.

—Oh —esbozó incrédula, sin confiar en la nobleza de su acto.

—¿Duda de mis palabras?

—¿Ahora es un caballero? —bufó por lo bajo. Él la escuchó y decidió ignorarlo—. ¿No se supone que este piano es antiguo? ¿Por qué no usa el del salón de música?

—Me gusta más, fue con el que aprendí cuando era niño. Aunque no lo crea, pasé mucho tiempo aquí en English Roses School de pequeño. Este piano resume mis buenos momentos, lo demás fue… —Calló al darse cuenta de que iba a revelar más de lo que estaba acostumbrado—. En fin, por eso lo mandé a afinar.

—¿Y por qué no aguardó para hacerse notar hasta que yo también me retirara, su excelencia? ¿Su consideración alcanzó solo para mi madre, no quedó nada para mí?

—No pude resistirme, culpa mía —reconoció ladino y se puso de pie cual largo era, haciéndola sentir pequeña, junto a él.

Apenas veinte centímetros separaban sus cuerpos.

—¿Por qué no salir y decirme que era usted quién husmeaba? —lo retó de nuevo, le encantaba usar esas palabras para señalar la escasa honorabilidad del aristócrata.

—En ocasiones soy más teatral, aunque la mayoría de las veces prefiero ser reservado. El instante lo ameritaba. Usted tampoco ha sido amable conmigo. Me parece justo hacerla zozobrar al menos un poco.

Sin saber por qué, él acortó la distancia con sus pupilas clavadas en las de ella.

—No es un poco. De todas las personas que pudieron escuchar a hurtadillas usted es la última que habría deseado —se quejó y dio un paso hacia atrás, la cercanía del caballero ya no le pareció apropiada.

Valentine ladeó la cabeza y aprovechó la oportunidad. Ella lucía vulnerable, no sabía si era la cercanía o que acababa de percatarse, como él, que estaban a solas, en una situación muy comprometedora.

—¿A mí sí me dirá quién se atrevió a ponerme tan patético apodo?

—No suelo delatar a mis compañeras —contestó recomponiéndose en el acto. El aroma a bergamota que envolvía al hombre se le hizo consciente de golpe, así como el calor corporal que su anatomía emanaba, como si estuviese cerca de una hoguera.

—Leal e inocente —siguió con fingida clemencia—. Leal porque guardará silencio. Inocente porque al asegurar que protege a alguien más, da a entender que la idea no proviene de mi principal sospechosa.

—¿Y para qué desea saberlo? —protestó sintiendo su corazón latiendo apresurado, y negándose a permitirle a su cuerpo tal falta de control. ¿Por qué su materia la traicionaba, por qué no seguía firme como su determinación? Y más con el arrogante y despreciable Ogro Gruñón—. ¿Qué hará cuando obtenga tan delicada información?

—Tampoco diré nada al respecto. —Trató de seguir de largo, para dejarla con la palabra en la boca, adoraba ganar una discusión y con lady Henriette se estaban volviendo frecuentes.

Pero ella no era de las que perdían en una contienda e intentó detenerlo, para tener la última palabra. Y para su desgracia, su zapato se enredó con un pliegue de la alfombra, haciéndole perder el equilibrio. El soporte más cercano al que agarrarse para no caer estrepitosamente al suelo, era la torre estable y bien apuntalada de Hayden. Sin pensar en las consecuencias decidió que su única salvación era asirse con fuerzas al duque.

El caballero percibió que la damisela estaba en apuros, y que iba a aterrizar a sus pies. Un brote de honor no le dejó verla en tan penosa y peligrosa situación. Dios no permitiera que se lastimara. Se abalanzó en su rescate antes de que se abatiera.

Y en un movimiento descoordinado de ambos, tropezaron y sus bocas chocaron para sorpresa de los dos, que se quedaron con los labios sellados, petrificados por la suavidad y la premura del contacto. Mientras él la sujetaba con fuerza por la cintura, los segundos parecieron una eternidad. Ella sintió el calor que emanaba de esa boca y él se derritió por el exquisito sabor que descubrió, por el aroma dulzón y apetecible que la lady desprendía.

Nadie despegó los labios y las lenguas se quedaron muy quietas dentro de sus bocas.

Valentine fue el primero en tomar conciencia y reaccionar. Sus manos ejercieron más presión alrededor de la estrecha cintura, hasta dejarla bien plantada y firme sobre la alfombra. Ambos se incorporaron. Él carraspeó hambriento sin despegar sus ojos de esos tiernos labios. ¿Cómo esa irreverente muchacha podía despertar su hombría después de resultarle tan fastidiosa? Detestó desearla. ¡No a ella! Era incorregible y un maldito dolor de cabeza. Su sentido común le exigía escapar a toda prisa del inconveniente que esa dama traía escrito en la frente: problemas, grandes problemas.

Ettie se llevó una mano al pecho para tratar de aplacar a su corazón desbocado. Casi aprieta los puños y grita de frustración. Él era el ogro insoportable y gruñón, ¿por qué sus latidos se descontrolaron? ¿Acaso carecía de sentido común? Lo miró reflexiva,

para intentar discernir lo que sucedía en el interior del hombre, bajo su máscara de indiferencia.

Valentine no pudo evitar pasar la punta de la lengua por sus labios, un acto involuntario, que perseguía investigar, indagar el verdadero sabor de esa boca que estuvo pegada a la suya.

—Lo siento —susurró él con el sabor enloqueciéndolo. Quería más, pero era un caballero, no podía aprovecharse de la situación—. No fue mi intención.

—Me ha arruinado para siempre —musitó claramente afectada.

—¿Pretende que le pida matrimonio por culpa de un tropezón? Solo quise rescatarla. —Se dio cuenta cuán desagradable debió resultar el comentario para su contraparte, pero ya lo había soltado y su ego no le permitió retractarse.

—Nadie está hablando de matrimonio, su excelencia —refutó ofendida—. Usted ha arruinado para siempre mi primer beso, ya no podré guardarlo como un bello recuerdo para el resto de mis días. El beso del villano es todo lo que lograré rememorar.

—Oh —exclamó ofendido. Fue un golpe a su ego y se salió por la tangente—. ¿Soy el villano? Eso ni siquiera fue un beso. No cuenta. No tiene que preocuparse.

—Se equivoca, yo no podré olvidarlo —reveló Ettie desde lo más profundo de su corazón, mientras se perdía en los pozos insondables y difíciles de leer del hombre, sin saber por qué. Se arrepintió en el acto de mostrar esa veta de debilidad. Se envaró y endureció su semblante.

Valentine no pudo contestar, su frase lo desarmó por completo. Ya no podía dar batalla. La contempló en silencio. Ella ganaba. Desafiarlo con una mirada cargada de reclamos y dar media vuelta para escapar cuanto antes, como si huyera del mismísimo diablo, lo dejó sin poder responder.

7

Valentine abandonó la sala del piano y se encaminó a su estudio muy confundido. Al llegar, cerró la puerta con rudeza y se llevó la mano a la frente. El dolor de cabeza punzó. ¿Qué había sucedido?

—Por Dios, la he besado en contra de mi total voluntad… Y la suya.

Sin embargo, el sabor delicioso, dulce y aromático de esos labios aún no se despegaba de su boca. Y, aunque la tersura y delicadeza eran apetecibles, no se doblegó ante la dama.

—¿Me llamó villano? ¿Qué se cree esa damita malcriada?

Reconoció que fue mala suerte, ninguno fue responsable de que sus bocas terminaran selladas. ¿Se sentiría avergonzada, humillada, si sus conocidos supieran que fue «besada por el villano»?

Si alguien los vio, si el rumor acababa en boca de quien fuera, sería catastrófico para la reputación de la jovencita y de la escuela. Él sabía que lo más honorable era pedir su mano y adelantarse a cualquier cotilleo. No obstante, lo más honorable no siempre iba a la par de sus deseos, él no quería casarse. Además, si él se declaraba seguro lady Henriette lo rechazaría. Pero no debía olvidar a los familiares de la dama, si se enteraban del «beso» ejercerían presión y a él le tocaría insistir para que ella lo aceptase.

Ya se imaginaba transitar por esa horrible situación: él «rogando» y ella resistiéndose. Pero él no la quería, si lo hacía era solo para evitar un escándalo, uno que hundiría la reputación de la joven y de la escuela que a su familia tanto le costó levantar.

Necesitaba consejo. El de Edward ni por asomo, era de una moral incorruptible, le exigiría desposar en el acto a lady Henriette, así la tuviera que llevar esposada al altar. Frederick era más cínico que él mismo, lo ayudaría a razonar sin que mediaran los prejuicios. Era el elegido para debatir tan espinosa cuestión.

El carruaje emprendió la marcha. Se perdió entre las callejuelas de Londres, bordeó las inmediaciones de la ribera del Támesis, que lucía regio con sus puentes y sus embarcaciones transitando por él, como si esa mañana fuese igual a otras. Pero no, los labios de la joven dama aún hacían palpitar los del caballero, que se debatía en su interior entre su deber y el apego a su soltería.

En menos de treinta minutos estaba en *The Golden Gazette*, el periódico de su amigo, donde podía encontrarlo a esa hora de la mañana. Lo recibió en su amplio despacho de editor con una sonrisa y los brazos abiertos, sin reproche alguno por el intercambio de palabras que tuvieron en English Roses School. Así era Frederick, con él era fácil convivir.

—Bendigo los vientos que te traen a mi humilde morada —dijo Fred, hacía años que invirtió todos sus ahorros en su único negocio, cuando lo heredó de su padre. Era una construcción de tres pisos, de pocos metros de frente, pero muy bien ubicada en Bond Street. Vivía en la última planta.

—Estoy metido en problemas —se lamentó depositando su sombrero y su abrigo en una percha que estaba arrinconada, en la elegante estancia.

—Creo que es la primera vez que te escucho decir algo así, a pesar de tu mal genio, ¿qué más podría acarrearte problemas? En los negocios eres muy metódico y minucioso.

—Se trata de una dama.

Una ceja se arqueó en el rostro de Fred. Su amigo jamás le consultaba sobre sus incursiones en el terreno romántico.

—Escucho.

—Un beso. —Valentine relató a detalle lo ocurrido con lady Henriette. Una sonrisa burlona se lució en el rostro de Frederick.

—Debes confiar mucho en mí para confesarme un chisme tan jugoso. Vendería miles y miles de periódicos.

—¡No juegues ahora! —Casi le ladró tomando conciencia de que acababa de revelarle su secreto más comprometedor al periodista que muchos llamaban a su espalda: *el látigo*, por la forma en que azotaba a quien trastabillara dentro de la aristocracia. Pero, la lealtad entre los dos estaba más que probada.

—Perdón. —Tuvo que reírse con total descaro—. No puedes negar que la situación es para desternillarse de la risa. Más, después del encontronazo entre Ettie y tú. Parece que iban a fulminarse con las miradas. Fuiste un tirano con la muchacha. No lo entiendo, ella es increíble. Curiosa, despierta, tan consciente de su realidad. No camina de puntillas sobre nubes de algodón como otras damas de su edad.

—La tratas con demasiada familiaridad. Y, créeme, no es una tierna florecita. Tal vez hemos tenido distinta experiencia al alternar con ella. Te ha tocado su parte menos belicosa, quizás no has tenido que decirle la palabra «no» o negarte a sus demandas, ahí sale su versión más desafiante y subversiva. Te juro que es de armas tomar y ya no parece tan «increíble» —agregó la última palabra con sarcasmo.

Más risas de Frederick, pero tuvo que contenerse para no hacerlo enojar más de lo que ya se veía.

—De acuerdo, te concederé que soy solo un amigo y que ama mi periódico por eso es afable conmigo. Tú eres la máxima autoridad de la escuela que odia y puede ser que te vea como un dictador. Y si le sumas tu falta de…

—¿Mi falta de qué? —preguntó intrigado interrumpiéndolo, sin dejarlo terminar la frase.

—Accesibilidad, eres muy cerrado —soltó sin pelos en la lengua, así era Frederick. Y, aunque a Valentine no le gustó escuchar la verdad, odiaría más que le mintiera, por eso era su amigo, porque Fred no era un hipócrita.

—Ah, entiendo. Porque atender todas las demandas de las señoritas sobre puntadas con hilos de oro y sus diversas preocupaciones, las haría comportarse menos hostiles. Eres un genio. Qué estupenda idea. —La mordacidad era la carta de presentación más recurrente en Valentine—. Terminaría de árbitro entre alumnas y maestras y batallas infinitas. Tendría que dejar que el resto de mis negocios se desplomasen para dedicarle todo mi tiempo a una fila permanente de damitas inconformes. Es la idea más brillante que se me podría ocurrir para vivir en paz y armonía.

—No tienes que ser un desgraciado irónico, ni irte a los extremos. Solo fue una sugerencia. Si conoces una manera más idónea para resolver tus problemas te invito a ponerla en práctica. No soy yo quien corrió a tu puerta para soltar una bomba. Porque supongo que, si después de besarla estás aquí, buscando un cómplice para rehuir de tu responsabilidad es debido a que no quieres casarte con Ettie. No te preocupes, la alta sociedad es muy benévola con quienes resbalan. Ni siquiera juzgará que casi has arruinado a la hermana del conde de Pembroke y que detestas la idea de casarte con ella, podrían incluso aplaudirte. —Fred también podía dar cátedra de sarcasmo y frialdad si se lo proponía.

—Jamás te había escuchado tan santurrón. Fue solo un beso y, a la vez, ni siquiera fue un beso. Te he explicado a detalle que tropezamos.

—Tus reflejos son muy buenos, los he visto por años en acción. ¿Quieres que enliste situaciones en los que brillaron? Si no hubieses querido que la boca de Ettie terminara convenientemente sobre la tuya, te habrías esforzado más en evitarla.

—No vine aquí para escuchar los reclamos de una matrona, Fred. Además, ella me odia. La primera en oponerse con creces a un posible matrimonio entre ambos sería la antes nombrada susodicha.

Frederick se quedó repasando el tono y la cadencia usados por Valentine, habían compartido muchos momentos juntos, era involuntario no captar en el aire sus deseos, incluso los más ocultos. A otros podía engañar, no a él, ni a Edward, con quienes se permitía ser él sin ninguna de sus máscaras.

—¿Ettie te parece atractiva?

—Por Dios, no. Me pone los pelos de punta —se defendió. Muy Valentine. No iba a reconocerlo ni, aunque le apuntaran con una pistola.

—Claro. —No iba a llevarle la contraria, se enzarzarían en una discusión y el testarudo de su amigo no daría su brazo a torcer—. Entonces tendrás que arriesgarte. Si nadie los vio, la reputación de ella y de tu escuela estarán a salvo. De lo contrario, arderá Troya. —Esa última era una de las frases favoritas de Fred, la soltaba bastante a menudo—. ¿No querías vender la escuela? Hazlo, al menos si se desata el escándalo English Roses School saldría indemne, ya nadie podría relacionarla contigo. Pero tendrás que apurarte, los rumores son veloces.

—Ya estás pensando, no es mala idea. Sin embargo, falla en algo tu plan.

—¿En qué? ¿En que la dulce Ettie pagaría sola los platos rotos? Si quieres comportarte como un canalla ahí tienes una salida para ti. La pobre estará condenada. —Lo estudió con la mirada.

—Exacto y aunque no lo parezca soy un caballero. Tu idea no solo se tambalea en ese aspecto. Ya no estoy tan seguro de querer vender la escuela.

—¿Cómo?

—Por toda esa palabrería que salió de tu boca y de la de Edward. Si la vendo estoy seguro de que lady Cumberland dará la mejor oferta, y nada cambiaría. English Roses School seguiría teniendo el mismo propósito deleznable que disfrutaron tanto de criticar. La escuela está ligada a mi sangre, siempre se relacionará con mi apellido. Y no estoy seguro de querer que su imagen perdure

en el tiempo como un sitio donde las señoritas van a pulirse con el único objeto de buscar marido.

—Ahora sí me dejas con la boca abierta, Valentine.

—En una época de tantos avances, tengo la oportunidad de dejar un legado. ¿No te parece?

—Me parece —balbuceó asombrado, tal vez compartir tanto tiempo con su amigo el aristócrata, estaba haciendo que aquel cambiara de opinión en varios asuntos relevantes. Lo consideraba maravilloso. Bajó la guardia.

—Quizás no puedo modificar las bases del Premio Cumberland o las intenciones del Comité de Damas al elegir a qué señorita en desgracia apoyar económicamente para ingresar a mi escuela… Pero puedo revisar y actualizar el currículo que se imparte para el siguiente curso. Es más, lo haré.

—Muy válido. E incluso, podrías ponerte exigente con el comité y el premio. No puedes cambiar sus propósitos, pero sí poner algunas condiciones.

Frederick recordó los motivos por los que sentía un gran afecto por Valentine. Desde niños estuvieron juntos, incluso cuando los jovencitos pertenecientes a la alta nobleza excluían de su círculo a los que poca probabilidad tenían de heredar un marquesado o condado, como él. La sangre noble en Frederick se había diluido, y solo le quedaba la reminiscencia de un parentesco muy lejano con los Cumberland, los que ni siquiera conocía en persona.

—Podría.

Valentine se sintió bien al ver que su amigo respiraba hondo, conmovido.

—Amigo, con respecto a tu problema creo que solo es un beso inocente, no están impelidos a casarse. —Le otorgó el consejo que aquel pidió al arribar a su periódico—. Créeme, Ettie no es de las que sucumben al mandato de la familia y se casan contra su voluntad. Tú no pareces ser de su agrado. Tan solo fue un traspié.

Lo primero que debes hacer es cerciorarte de que nadie más los vio, después preocúpate por las consecuencias.

—Gracias, llevaré una investigación muy rigurosa.

—Cuenta conmigo para ello. Los chismes más jugosos siempre terminan en *The Golden Gazette*, si alguien viene con la información serás el primero en enterarte.

—Gracias, Fred.

—No tienes nada que agradecer, Valentine. Somos familia, lo fuimos desde ese día que me defendiste cuando algunos se burlaban de mí en Eton por no tener un título de cortesía rimbombante, ni la promesa de ser un par del reino algún día.

—Eres mi hermano, Fred. Los demás que se vayan a freír espárragos.

8

Una visita a la modista para medirse el vestido con que haría su presentación ante la reina habría sido suficiente; pero no para Patience, quien estaba obsesionada con la moda, a pesar de que, su criterio no siempre era acertado. Si escuchaba que amarrarse plumas de pavo real en los escarpines era el último grito de la moda, ella sucumbía, aunque terminara por hacer el ridículo. Era una buena madre, pero no podía ser perfecta. Por suerte sus hijas no le seguían la corriente y se salvaban de sus desaciertos.

La elegante modista francesa tuvo que acudir a Pembroke House y afanarse con el hilo y la aguja bajo los ojos avizores de la condesa viuda, así como de una invitada especial, lady Abbott.

Para Ettie no era un misterio por qué la dama estaba ahí, era una de las casamenteras más demandadas de su círculo cercano. Sus servicios no eran solicitados, por lo general. Ella era quien elegía sus próximos clientes, por llamarlos de alguna manera. Al principio, lady Abbott ejerció su labor como parte de su obligación con la familia, le consiguió un esposo maravilloso a su sobrina, después a la hijastra de la anterior. Y cuando su sobrina enviudó, tras los años de luto de rigor, la hizo volver al ruedo y hacer un estupendo matrimonio por amor, cuando las especulaciones de las más influyentes matronas casi se lo impiden.

La presencia de lady Abbott, de nombre de pila desconocido para ella, solo podía indicar que era su próxima víctima. Les seguiría el juego, pero por supuesto que no formaría parte de un complot para atrapar a un lord.

Cuando *madame* Roux puso los alfileres en los sitios que ajustaban el vestido a la medida, le pidió que se quedara quieta para que su madre y lady Abbott pudiesen admirar su obra de arte.

—Precioso, lady Ettie brillará en su presentación —comentó lady Abbott.

—Aún faltan los atuendos que lucirá en cada baile. —Patience no podía disimular la emoción.

—Por favor, no me hagas probármelos hoy, mamá —suplicó Ettie ya hastiada.

—Querida, es el único día libre que tienes para ese fin antes de que arranque la temporada —explicó su madre—. No puedo complacerte. Bueno, lady Abbott no solo ha venido a contemplar la destreza en costura de *madame* Roux, hay un asunto del que queremos hacerte partícipe.

El tono usado por su madre, aunada a la expresión del rostro de la invitada hicieron a Ettie suponer que tenían un cotilleo jugoso entre manos. Pero, ¿por qué la experimentada dama y su madre la llamarían para compartir chismorreos? La joven enarcó una ceja muy intrigada.

—Lady Abbott tiene en la lista a los más cotizados solteros —explicó Patience. Cabe mencionar que tu hermano la revisó y tras arrugar el entrecejo de manera exigente, rechazando a todos los posibles candidatos, solo aprobó a uno de ellos.

—Ay no. —Ettie entendió por dónde venía el asunto principal de la reunión, y desde ese instante decidió que no le gustaba nada. Creyó que, tal vez, lady Abbott fue convocada para convencerla de la importancia de casarse, no que ya traía el nombre del candidato. Comenzó a barajar opciones en su mente para dar por acabada la charla. No le importaba quién encabezaba la lista, ni quien la finalizaba. El matrimonio no estaba en sus planes, al contrario, los echaba por tierra. Quería disfrutar sus años de temporadas de reír, conocer personas, bailar y socializar sin pensar en el amor. Consideraba que si en el proceso se enamoraba sería maravilloso, pero que no era algo que se podía forzar.

—Es importante que escuches con atención —inició lady Abbott su labor de convencimiento—. La mayoría de las señoritas, más si

tienen un título de cortesía, anhelan desposar a un lord, pero lord Pembroke ha rechazado a todos los exponentes de la nobleza de mi listado. Para su hermano es más importante que el futuro pretendiente tenga ciertas cualidades en su carácter que sean compatibles con su personalidad, lady Ettie.

—Créame, lady Abbott, que así me consiga un príncipe no voy a deslumbrarme… Yo…

—Es bueno saberlo —la interrumpió la casamentera—. La cuna del candidato es noble, más él no posee título.

Lo anterior sonó como si fuese catastrófico, para Ettie fue insignificante, no era la razón por la que se iba a oponer. No importaba el rango que ostentara, su respuesta iba a ser la misma.

—Según tu hermano es el candidato ideal —prosiguió su madre —. Es un joven de excelente educación y con valores intachables… No obstante, si tú quieres un lord, pequeña mía, en ese caso podemos continuar indagando.

—Pero si le presenté a lord Pembroke primogénitos de cunas de alta nobleza sin mácula y a todos los rechazó —intervino lady Abbott sofocada—. ¿De dónde sacaría un buen partido con los atributos exigidos por el conde?

—¿Y cuáles son esos atributos? —La curiosidad fue creciendo en Ettie, porque las razones por las que rechazó el conde a los candidatos no fueron limitantes para que su hermano escogiera esposos para Josephine y Margaret.

—Un hombre sensato para que no permita sus arrebatos, milady, y que le haga poner los pies en la tierra; pero que lo haga con ternura, paciencia y amor —leyó muy complaciente lady Abbott de su libreta, donde previamente anotó los requisitos de lord Pembroke para el pretendiente de Ettie—. Número dos, que sea muy cercano a la familia. El conde se niega a dejar de verte por largos períodos. Continúo: intachable, de probada moral, con solvencia económica, de buena familia, joven, bien parecido y de carácter afable para que te puedas enamorar.

—Oh. —Ettie estaba sorprendida. Su hermano sí que sabía exigir.

—Por último —agregó la dama recobrando el aliento—, que usted también lo apruebe. El conde se niega a casarla en contra de su voluntad.

Ettie suspiró aliviada, ese era su querido hermano.

—No te emociones tanto, hija. Si le dijera a tu hermano la cuarta parte de las quejas que has acumulado de la escuela y que me guardo para no atormentarlo, sería el primero en conducirte al matrimonio como un corderito al matadero.

—Mamá, qué fea comparación.

—Con el candidato traído por lady Abbott tendrías la oportunidad de ser feliz. Tu hermano los ha visto convivir y cree que son compatibles, afines… —insistió su madre para convencerla y aplacar a la casamentera—. Y Bradley recalcó que le agrada saber que cuando están juntos los ha visto reírse incluso a carcajadas.

—¡¿Lo co-noz-co?! —preguntó casi atorándose con su propia saliva.

—Es el doctor Raleigh, Edward, el hermano del conde de Allard —agregó lady Abbott con orgullo. Su sobrina era la esposa de Allard y el joven vivió con ellos hasta independizarse—. Lo considero mi sobrino.

—¡Oh! ¿Se refieren a Edward? —La información le cayó de golpe como un baño de agua helada—. ¿Y él sabe lo que están tramando?

Por supuesto que conocer la identidad del «candidato» era todo un acontecimiento, pero averiguar su opinión al respecto era todavía más interesante.

—Lo sabe —contestó lady Abbott.

—¡¿Y Edward está de acuerdo?! —Ettie sintió que el calor la invadía de pronto, el joven doctor era su amigo, jamás lo había visto

con otros ojos. Ella no deseaba casarse, pero de hacerlo, encontrar un hombre con un carácter similar al de Edward sería una bendición. No se atrevió a manifestar en voz alta aún su negativa.

—Sus palabras exactas fueron: «si para Pembroke no hay persona sobre la tierra al que podría darle su bendición para desposar a Ettie, podría considerarlo. Dios no permita que mi amiga se quede soltera para el resto de su existencia». —Lady Abbott poseía una excelente memoria.

Las palabras de Edward se repitieron en la mente de Ettie y tuvo que carraspear. Sí, sonaba como su amigo. Él sería capaz de desposarla solo por honor.

—No me gustaría que Edward se casase conmigo por sentirse acorralado —musitó la joven. No era ingenua. Sabía que las matronas urdían planes muy intrincados para llevar a cabo sus planes y para concertar tantas uniones convenientes como les fuera posible. Para Edward casarse con la hermana de un conde era una gran oportunidad y entendía si lady Abbott pretendía favorecerlo, pues eran familia.

—Pequeña, Edward quiere estudiar la posibilidad. Créame, no se casará si no está de acuerdo —zanjó lady Abbott y anunció su retirada muy agotada—. Tendrán oportunidad de conversar al respecto y espero que sea un encuentro muy exitoso.

9



Cuando Valentine escuchó de la boca de su mayordomo quién había llamado a su puerta esa tarde enarcó una ceja. Según él, aguardaba por la señora Holt para tratar asuntos de la escuela, entre ellos la enfermedad de tres alumnas con tos y dolor de garganta. Esperaba que no fuese una epidemia, y que no empezara en su escuela. Y también pensaba tratar con ella ciertas irregularidades que encontró en los libros de cuentas.

Desconocía por qué la directora venía acompañada por lady Abbott. Sabía a quién se refería, aunque no habían sido formalmente presentados, era conocida de su difunta tía y acostumbraban a tomar el té en ciertas ocasiones sociales.

Tal vez venía porque se había unido al jurado calificador en lugar de su fallecida tía, honor que a él le fue negado por ser varón, y que agradeció pues lo último que deseaba era decidir quien tenía la calificación más alta en bordado, conversación, etiqueta y actividades similares.

—¿Las recibirá en su estudio, su excelencia, como tenía pensado para la llegada de la señora Holt? —preguntó Russell.

—Ya no lo sé, dispón el pequeño salón de recibir a amigos cercanos. El grande podría parecer desolador para solo tres personas. Como desconocemos el motivo de la añadidura sin previo aviso, podría ser más apropiado. La dama es familia política de Raleigh, mi querido amigo, y sé que tiene fama de casamentera. Quizás la señora Holt o el comité de damas del Premio Cumberland han decidido que debemos ser presentados, que sé yo… Dudo que sea por la enfermedad de las alumnas de primer año. Edward quedó

en visitarlas más tarde. Lo extraño es que la señora Holt no haya avisado que traía compañía. —Volvió a rumiar para sus adentros sobre sus nuevas obligaciones como titular de la escuela—. ¿Puede creer que tenga que ocuparme de estos menesteres que le fascinaban a mi tía, Russell?

El mayordomo disimuló una sonrisilla, su señor era de todo menos elegible para esa tarea.

—Comprendo, su excelencia.

—Bordado, salones de té, presentaciones ante la reina, bailes. —La última palabra la soltó con tal ironía que al mayordomo le costó todavía más esfuerzo mantener a raya la risita que amenazaba con escaparse de sus labios.

—Con toda modestia, si puedo colaborar en algo o aliviar su carga, ofrezco mi ayuda, ya lo hacía con su tía. Para el Reto de Etiqueta y Conversación el año pasado me encargué de preparar una cena colosal aquí mismo, es una pena que usted haya tenido que viajar para esas fechas.

—Lo recuerdo; pero, ya estás muy ocupado. No me parece bien sobrecargarte con esos menesteres, se debe contratar personal aparte.

—No es molestia para mí —lo dijo con tanto énfasis que Valentine tuvo que creerle.

—Lo pensaré, aunque mi deseo es liberarnos a todos los habitantes de Hayden House de tan pesada carga. —Tras la última palabra sopesó si lo era solo para él, Russell se veía emocionado con la visita de las mujeres, como si anhelara que le solicitaran una encomienda similar a la de la cena del año anterior.

—Haré pasar a las mujeres al saloncito, estaré listo para anunciarlo cuando me indique.

Valentine aprobó su comentario con un movimiento de cabeza e inspiró hondo, necesitaba prepararse mentalmente para lo que venía.

Diez minutos después entró al saloncito donde las mujeres aguardaban estupendamente atendidas. La señora Holt hizo la presentación y Valentine fue todo oídos; sí, tal vez Russell tenía razón. Quizás debía contratar a una persona para que lo supliera en el manejo de los asuntos de la escuela o dejarlo en manos de la señora Holt —como le propuso— y aumentarle sus honorarios. Pero seguir perdiendo horas decidiendo asuntos de esa índole era un mal uso de su tiempo.

—Es un honor recibirla en mi casa, lady Abbott. Edward la menciona con afecto. —Valentine se esforzó por causar una buena impresión como le enseñó su tía. Tuvo deferencia solo por el parentesco con su amigo, de lo contrario, hubiese mostrado su usual semblante.

—Lo mismo digo, su excelencia. Edward me ha dado magníficas referencias acerca de su persona.

—¿A qué se debe su presencia en mi hogar?

La señora Holt carraspeó y tomó el turno de la palabra.

—He solicitado su apoyo para una cuestión que no es urgente, pero sí a considerar en un corto plazo.

—Supongo, las escucho —continuó Valentine con una voz serena, mientras ponía de su parte para no mostrar su lado más impaciente y hastiado, lo que deseaba era concluir el motivo de la visita cuanto antes.

—La última vez que hablamos noté su preocupación sobre el destino de la escuela en sus manos, y creo tener la solución.

¿La señora Holt estaría pensando en lady Abbott para el puesto? Hasta donde sabía Valentine, la dama como tía de la condesa de Allard, no solo vivía con ellos, sino que la labor de casamentera la realizaba por entretenimiento, más que por necesidad.

—Recuerdo haberle ofrecido tomar el control. ¿No le interesa? —Seguramente no estaría de acuerdo con los cambios que Valentine

ya tenía en mente introducir tras hablar con Frederick. La señora Holt debía apoyarlo o tendría que buscar a alguien más progresista.

—Su excelencia, por supuesto, siempre estoy dispuesta a tomar más responsabilidad. Sin embargo, hay asuntos que le competerán al dueño, o en su defecto, como se ha manejado hasta la fecha a una dama de la familia. Si usted estuviese casado, su esposa podría asumir el mandato.

—Eso lo sé, no obstante, no aclara mi interrogante. —Valentine lanzó una mirada a lady Abbott. Se sentía incómodo. ¿Qué trataban de insinuar?

—Habla de casarlo para mejorar la reputación de la escuela. La señora Holt me ha hecho venir para ofrecer mis servicios de casamentera —explicó lady Abbott.

—Asunto resuelto. —La directora casi aplaude ante su «asombrosa» idea, y Valentine casi se atraganta con su propia saliva al intentar llenar sus pulmones.

—¿Y bien, su excelencia? ¿Cuáles son sus intereses? ¿Hay cualidades que desea resaltar en su futura prometida? —indagó lady Abbott dispuesta a tomar notas en una libreta que sacó de la nada.

Todo iba tan acelerado que él sintió el calor arremolinarse en su cabeza.

—No, no, no. Esto es una equivocación. —Comenzó a reforzar su negativa con un movimiento de cabeza, pero a medida que se hacía consciente de las intenciones de las mujeres, el ogro gruñón dentro de su pecho comenzó a enardecerse.

Casi las fulmina con la mirada y cual dragón furioso quiso escupir fuego por la boca.

¡¿Qué se creían?!

¡¿Quién las autorizó para inmiscuirse en su vida privada?!

¡¿Cómo se atrevían a perturbar su solitaria y pacífica existencia, y pisar su morada con semejantes ideas?!

Lady Abbott en vez de ponerse a la defensiva u ofenderse por la mirada afilada del duque, lo contempló como a un pequeño cachorro magullado y perdido, lo que lo enfureció todavía más. Nada en ella era obra de la casualidad, la casamentera sabía cómo lidiar con solteros reacios al matrimonio.

—¿Lo hemos sorprendido? —Lady Abbott lo percibió en el acto, pero nada la movió del camino de su importante propósito. La señora Holt ya la había convencido de sumarse a sus filas y más allá de complacer o no a la exigente mujer, pensó en el joven duque y su solitaria existencia. Era evidente que necesitaba compañía. Su vida era triste y muy ermitaña. Se apiadó de inmediato de él—. Oh, tendría que ver su expresión, su excelencia. ¿No me diga que le aterra el matrimonio como a la mayoría de los solteros disponibles? Le confieso un secreto, no sabe lo que se pierde. Todos los corazones que han conocido el amor gracias a mi intervención me lo agradecen.

El varón respiró hondo, era un estratega consumado y más en la guerra de palabras. Entendió en el acto por donde venía la dama, debía pensar con claridad y no dejarse manejar.

—Si es tan buena como aseguran para leer la mente de un desesperado caballero por encontrar a la esposa perfecta, no creo que necesite interrogarme —soltó muy contenido, mientras la señora Holt rogaba para sus adentros que el caballero no explotara o espantaría a la educada casamentera—. No estoy buscando esposa. No ha llegado el momento en mi vida en el que me siente a reflexionar sobre qué cualidades debería tener la mujer que me soportará por el resto de su existencia. Pero si la encuentra, milady, preséntemela.

—No dude que la encontraré, a veces está más cerca de lo que uno imagina. Solo hay que estar muy atentos —concluyó la dama y comenzó a anotar algo en su libreta que le causó mucha curiosidad a Valentine. No tardó en descubrir qué era, ella leyó muy locuaz—. «Paciencia», su futura esposa necesitará mucha, ¿no cree? Ya tenemos algo por dónde empezar.

Lady Abbott tuvo el descaro de guiñarle un ojo, dejándole claro que era un hueso muy duro de roer.

Él soportó estoico la afrenta, aunque por dentro ya estaba pensando en cómo desarmar el plan de matrimonio de las dos pérfidas cómplices. Lady Abbott sonreía con un brillo de suspicaz ironía, como si disfrutara conducir hacia el altar a todos los nobles de Londres en edad de casarse. Y la señora Holt menos efusiva no podía cambiar su expresión de arrepentimiento, como si supiese que se había metido en un lío muy grueso por ser la responsable de orquestar la encerrona.

De inmediato, las visitantes comunicaron sus intenciones de irse.

—Es hora de retirarnos, su excelencia, agradecemos por recibirnos —dijo la directora de la escuela—. Espero verlo pronto en English Roses School.

—Interesante visita, su excelencia, presiento que usted y yo seremos buenos amigos. Sueñe con la maravillosa prometida que le conseguiré. —Fue más osada aún lady Abbott.

Él se puso de pie y les hizo una corta reverencia, el dolor de cabeza le pegó con fuerza, mientras aquellas abandonaban el recinto. Ya buscaría el momento de tratar los asuntos pendientes con la señora Holt, ahora lo último que deseaba era continuar viéndola.

—¡Russell! —gritó mientras se sostenía con dos dedos a modo de pinza el puente de la nariz, como si con ese gesto pudiese calmar su malestar.

El hombre llegó casi corriendo, sabía que a su señor no le gustaba esperar.

—¿Qué sucede, su excelencia?

—Mi cabeza parece que va a estallar. ¿Podrías pedir que me preparen algún brebaje de esos que sabe hacer el cocinero? No

puedo languidecer toda la tarde, tengo asuntos que no deben esperar. Aguardaré en mi estudio.

—¿Por qué mejor no se recuesta? ¿No tendrá que ver su repentino dolor con la visita que acaba de atender?

—No soy de los que duermen de día. Y con respecto a la visita no considero que sea tan fulminante, solo un poco fastidiosa. ¿Puede creer que han urdido una pequeña conspiración a mis espaldas? Tienen la disparatada idea de tratar de emparejarme —bufó y las sienes le pulsaron más, emitió un corto gruñido para quejarse.

—Una duquesa no le vendría mal a esta casa.

—Lo que me faltaba, que mi mayordomo se les una en total complicidad.

—Si me ordena que me mantenga aparte obedeceré a ciegas. Supongo que en ese caso la respuesta a la pregunta que deseaba formularle será un no rotundo. —Pensó en voz alta y estaba listo para retirarse con el propósito de mandar a preparar la infusión para el dolor de cabeza, cuando el duque arremetió ante la duda.

—¿A qué pregunta se refiere?

—Lady Abbott me dejó una lista de preguntas sobre sus gustos y otros pormenores, alegando que como lo conozco desde que nació…

—¡¿Que hizo qué?! —La punzada en sus sienes vibró aguda y dolorosa mientras alzaba la voz.

—La dama ya la traía elaborada, pero escribió ágil sobre su libreta para añadir una pregunta más antes de marcharse, son quince en total… Arrancó la hoja y me la entregó junto a la tarea de contestar el detallado escrutinio sobre sus gustos, sus rutinas, sus pasatiempos. Solo lo tomé, no me dio derecho a réplica, partió veloz en su carruaje. Pero, sabe que no muevo ni una hoja de los rosales del jardín en esta propiedad sin consultárselo…

—¡¡Arroje el papel a la chimenea!! ¡¡Cerciórese de que arda!! Quieren casarme. —Unas roncas y tristes carcajadas se escaparon de su garganta. No salieron sarcásticas como deseó y ambos lo notaron. ¿Se estaba ablandando? Valentine carraspeó para aclararse la voz. Ante la fuerte curiosidad sobre lo que tramaba la casamentera, resolvió—: Déjelo encima de mi escritorio, me ocuparé de hacerlo trizas en persona.

—Como indique, su excelencia, aunque si me permite un comentario totalmente fuera de lugar y de mi incumbencia, sería hermoso que se casara. ¿Se imagina una duquesa inundando de luz la mansión? Y si tuvieran hijos… ¿Se los imagina corriendo y llenando de vida las estancias? —La cara ilusionada del mayordomo era un poema.

Valentine esbozó una pequeña «o» de sorpresa, pero al darse cuenta de que era muy evidente su asombro, cerró la boca de inmediato. Hacía mucho tiempo que la alegría abandonó Hayden House, cuando su padre murió y su madre decidió traicionarlo, yéndose lejos, casándose de nuevo y dejando a Valentine solo para que cumpliera con las obligaciones del título.

¿Tendría otros hijos? ¿Sus hermanos? Nunca más supo de ella. Se fue y se llevó su bella sonrisa, su consuelo en la tristeza, su calidez que hacía brillar el hogar con el calor de una flama, la esperanza…

Lo dejó solo con su tía, quién lo ayudó a sobrellevar sus nuevas responsabilidades, mientras se ocupaba de la escuela. Un manto de solemnidad y obligaciones cubrió Hayden House y todo lo que tenía que ver con el ducado.

—Una duquesa no garantiza la felicidad de esta casa. No olvide qué sucedió con la última…

—Tampoco entiendo por qué jamás regresó. Todos la queríamos. —Rusell no se atrevió a pronunciar en voz alta lo que pensaba, pero el duque tenía razón. Ella ni siquiera quiso mantener

el contacto con su hijo… ¿Por qué le importaría la casa, el personal de servicio?

10



Ettie suspiró al poner el punto final en el nuevo capítulo que le mandaría a Frederick para publicarlo semanalmente sin falta. Antes pasaría el filtro de la inspección de Charlotte y Emily, que ya aguardaban con ansias para devorarlo. El dinero que recibía por la columna no era suficiente para mantenerse, pero otra cosa sería si publicaba los libros o si ganaba el Premio Cumberland. Estaba dispuesta a luchar por su independencia. Aunque, claro, para ello necesitaba tener veintiún años. En enero cumpliría diecinueve lo que la acercaría cada vez más.

La vida volvía a su curso. Dejó atrás la insistencia de su madre de querer unirla con Edward, al asegurarle que lo estaba pensando. ¿Con Edward? Pero si no podía verlo con esos ojos. Sería una locura, jamás tomaría con seriedad sus obligaciones matrimoniales. Su amigo siempre la hacía reírse a carcajadas. Seguro hablarían y concluirían que era disparatado una unión entre ambos. Por supuesto, que él no iba a negarse frente a lady Abbott, ante todo era un caballero y no le haría tal desaire precisamente a ella. Pero en cuanto pudiesen dialogar, se resolvería ese sinsentido.

Mientras su vida retomaba su camino original, dejar a su madre fantaseando con la idea, alejaba a la pertinaz mujer de atosigarla. Así ella podía ocuparse de lo que en realidad le importaba: escribir, esforzarse en los retos del premio, disfrutar la cercanía de Emily y Charlotte.

Si ganaba el concurso demostraría a sus familiares que todas esas aseveraciones sobre su conducta eran infundadas. Con ese dinero podría comenzar algo propio, suyo. Y, aunque pensaba en la

desesperación en los ojos de Florence por obtenerlo, retractarse del premio no garantizaba que la joven ganara, menos con la señora Sable en contra y la canallada que le hizo en el Reto de Bordado.

Por suerte del destino, las amenazas de Hayden cayeron en saco roto, aunque él le aseguró a Ettie que la reprobaría también, nunca lo hizo. Una de las pocas buenas noticias que recibió su madre el día del reporte fue que le fue muy bien en ese apartado del concurso.

Aún tenía oportunidades de ganar. Debía esforzarse. Por sus propios motivos también necesitaba la victoria. Quería demostrar su capacidad ante su madre y sus reproches, quien se quedaría con la boca abierta frente a tal acontecimiento. Porque, aunque no le faltaba el cariño de Patience, sentía que no la creía capaz de lograr sus metas. Le era imperioso tener los medios para poder independizarse y realizar sus sueños más secretos.

Así que, sin pensarlo dos veces, se dirigió al salón de música. Necesitaba un piano. Era el instrumento del que tenía más dominio y llevaba una partitura muy fácil en la mano. No causaría una ovación de pie. Lo que deseaba era cumplir y pasar ese escaño para seguir en la competencia. No se consideraba una virtuosa de la música, pero la amaba y detonaba en ella todo tipo de emociones. Había practicado junto a sus hermanas durante lecciones interminables, creía que le bastaba para realizar una presentación decente.

Cuando se plantó en la puerta del salón de música se dio cuenta de que estaba ocupado, lo que era lógico, todas practicaban su número. ¿Por qué no lo pensó antes?

Se quedó observando a lady Valery Belcher. La joven siempre le había intrigado. Era como si estuviese en un plano distinto al de las otras estudiantes —las mortales—. Lucía impecable, rostro sereno, un pulcro recogido, vestido sencillo y sobrio acorde al código de vestimenta del colegio. Un halo angelical la envolvía. Se reprochaba sentir cierto rencor en su contra, más porque casi no intercambiaban palabras, y quizás la juzgaba muy severamente. Pero su tía, sí que tenía un efecto adverso para la joven, tenía tantos privilegios para

Valery que provocaba que algunas estudiantes la envidiaran secretamente. Con Valery no había punto medio, o la odiabas porque su tía te orillaba a sentirle cierta animadversión, o la adorabas porque su brillo celestial era tan cegador que no conseguías ver nada más. Suponía que esto último le ocurría a Florence, su mejor amiga, por no decir la única.

Con la única que Valery conversaba era con Florence, y era porque sus familias se conocían desde tiempo atrás. No sabía si era algo que la joven elegía libremente o su tía, sobreprotegiéndola, la apartaba del resto. Y, no tocaba nada mal el instrumento, sus dedos se deslizaban ágiles sobre las teclas como colibríes volando con su mágica capacidad de hacerlo en todas las direcciones, sin perder el ritmo.

—¿Venía por el piano, milady? —La media sonrisa un poco cínica de la señora Sable la sacó de sus reflexiones. Claro, todas sabían que Ettie iba a tocar ese instrumento también.

—Sí.

—Qué pena, está ocupado.

—Lo veo. Pero puedo esperar mi turno. Lady Valery no lo usará toda la tarde, aguardaré a que termine. —Trató de armarse de paciencia y poner su mejor semblante. La fría arpía no iba a amargarle el día. Era lógico que no era la única en la escuela que necesitaba tocarlo.

—Me temo que le queda una hora más de ensayo. Y después —dijo con su voz tan cortante como el filo de una daga al pasar por la porosa piedra de agua. Revisó un papel que traía—, siguen dos estudiantes más. Más tarde será la hora de cenar, y sabe que a la señora Holt no le gusta que nadie llegue atrasada.

—Oh, ¿me puede entonces anotar para mañana? —pidió Ettie tras inhalar y contenerse, percibía que la mujer sí que le tenía poca paciencia y que su objetivo era hacerla estallar.

—Mañana todos los turnos están ocupados.

—No me quedará otro remedio que practicar después de la cena, cuando todas se retiren a sus habitaciones. Supongo que en ese horario nadie ocupará el piano.

—Supongo… —Sonrió tomándose su tiempo—. Pero sería ir en contra del reglamento lo que merecería un reporte. Cierta cantidad de reportes, invalida la destreza en los retos. Da igual cuanto se esfuerce una estudiante en el concurso si su conducta en el día a día deja mucho que desear.

—Su recomendación es invaluable, la tomaré en cuenta. —Sonrió para molestar a la arpía, su día había amanecido estupendo y la señora Sable no iba a estropearlo.

Las piezas de su rompecabezas se iban acomodando: su madre estaba distraída con el supuesto cortejo de Edward y ella estaba decidida a esforzarse para ganar ese premio que significaba su libertad. Con el capital pondría un modesto negocio y lo haría trabajar para sostenerse, mientras escribía y luchaba por conseguir sus metas en la vida —o lo que era lo mismo—: la escritura. Era cierto que las mujeres no tenían el dominio sobre su destino como los hombres, pero su hermano era un hombre distinto al resto. La apoyaría si ella demostraba que era capaz, estaba segura.

Se despidió de la señora Sable que aún se preguntaba por qué Ettie no había protestado sobre «la injusticia» de no prever que más de una alumna necesitaría el piano. Y cuando estuvo lejos de la vista de la señora Sable, corrió.

Había otro piano en la propiedad y lo recordó de pronto, mientras el azote de las palabras de la maestra intentaba castigarla con sus reprimendas. En la sala Vivaldi, seguía el antiguo instrumento en el que el duque tocaba. No había otro, tendría que servir. Y no todos tenían la información, porque Ogro Gruñón lo había arreglado solo para sí, para satisfacer su nostalgia.

¡Adiós listas de turnos! No iba a decirle a alma alguna. Sería egoísta por una vez en la vida y repasaría hasta estar preparada para su demostración.

Su alegría se desvaneció dentro de su pecho al comprobar que la puerta permanecía cerrada. Se mordió la lengua, tenía que acercarse a alguien para encontrar la llave que le daría acceso. Había un ama de llaves, la señora Wells, y no dudó en buscarla. Era una buena mujer, aunque en el fondo parecía ser estricta. En realidad, era una fachada o las alumnas no la iban a dejar en paz con sus peticiones.

Se acercó a la sala particular de la mujer y tuvo la suerte de encontrarla allí, tomando en cuenta la amplitud de la propiedad y que podría estar en cualquiera de sus estancias.

—Oh, señora Wells, qué maravilla verla esta tarde.

—Lady Henriette Montagu, ¿se le ofrece algo? —La señora conocía a todos los que habitaban en la escuela. Se rumoreaba en broma, que era más vieja que las piedras que sirvieron para la construcción del inmueble.

—El saloncito Vivaldi está cerrado y me es imperioso entrar, necesito practicar en el piano…

—Claro, querida, puedo acompañarte y abrir la puerta. Seguro es un descuido, no suelo pasarle llave a ese tipo de salas. No hay nada valioso adentro que alguien pueda desear hurtar, y menos en un sitio tan respetable. Aquí jamás se ha perdido nada. —Celebró orgullosa de su gobierno de la propiedad.

Ettie suspiró aliviada y siguió a la buena mujer, que con el manojo de llaves tintineando en su cintura precedió la caminata hasta las puertas a dos hojas del salón.

—No sabe cuánto se lo agradezco, señora Wells —cantó victoria llena de dicha.

—Nada qué agradecer —dijo risueña tanteando entre las llaves para hallar la correcta casi sin ver, conocía cada una hasta con los ojos cerrados. De pronto, su expresión cambió, y buscó de manera más concienzuda—. No está, no la tengo.

Ettie también dejó de sonreír ante la eventualidad.

—¿Cómo? Debe estar entre las demás, pruebe con algunas, seguro solo está confundida, son muchas.

—No, milady, las conozco al dedillo, no la tengo y no se la he dado a nadie. ¿Cómo es posible algo así?

—Qué desastre. Y ahora qué haré. Estoy perdida. La señora Sable se las arreglará para poner a quien sea delante de mí. No tendré oportunidad de llegar al piano. Si no practico mi presentación será caótica. No soy un talento innato, puedo hacerlo bien, pero necesito estudiar.

—Oh, esa bruja, cuando la toma contra alguien es implacable. No dudes que ella misma la haya robado para salirse con la suya. Dicen en las cocinas, que usará armas maléficas con tal de que su sobrina gane el Premio Cumberland.

Ettie se quedó perpleja ante el vocabulario usado por la señora y más por revelarle sin tapujos lo que murmuraba la servidumbre en contra de la arpía Sable.

—Gracias, señora Wells. Por favor, si la encuentra hágamelo saber.

Se escuchaba desanimada y la mujer se apiadó en el acto.

—Durante mis años en la institución, no había conocido maldad semejante hasta que contrataron a la señora Sable. Primero fue alumna, jamás me agradó su cara de mosca muerta. Después apareció como maestra. Vino muy bien recomendada por estar emparentada con la nobleza. La difunta lady Imogen era una mujer de buen corazón, no debió permitirle entrar. Ahora se fue al más allá y nos dejó a esa plaga.

—Se llevaban muy bien, creo que era su maestra favorita, por eso la señora Sable hace y deshace a sus anchas. —Se sorprendió de abrirle su corazón al ama de llaves, pero se sentía bien ser escuchada por alguien y que, además, concordaba con su punto de vista.

—Su favorita no era, eso lo sé sin dudas. Tal vez era muy evidente que coincidía en casi todo con la señora Sable, pero su favorita era la señorita Langley, la maestra de Etiqueta y Modales. Y, si mal no recuerdo, la difunta me hizo facilitarle un juego con copias de todas las llaves, pero antes de fallecer se la entregó a la señorita Langley. Como ella vive en el colegio y durante las vacaciones no tiene a donde acudir... Además, de que la maestra era de su completa confianza.

—¿Me está insinuando que me acerque a ella? —La señorita Langley era muy joven y dulce, pero reservada. ¿La ayudaría? ¿O seguiría el siniestro plan de la señora Sable que, según la deducción del ama de llaves, había maquinado fastidiar a Ettie?

—No pierde nada con intentarlo.

—Gracias —se despidió con una sonrisa de esperanza, recobrando el ánimo. Había una solución.

No tardó en encontrar a la señorita Langley, quien ordenaba unos libros en uno de los salones de clases, después de impartir una lección a las jovencitas del primer año. En torno a esta joven maestra había muchos rumores —al parecer ciertos— que pululaban susurrantes por los pasillos de English Roses School. Se sabía que fue alumna de la institución, que pertenecía a una familia respetable que falleció hacía años y que la dejó con una modesta dote que no le alcanzaría para atrapar a un buen partido. Y gracias a su talento y habilidades, el año en que concluyó sus estudios a sus diecisiete fue acreedora del Premio Cumberland. Todos esperaban que hiciera un matrimonio exitoso, pero ella no se casó, no quería. En la actualidad tenía veintiún años y era una solterona declarada que se resguardó en la escuela, tomando el puesto de maestra de Etiqueta y Modales.

Ettie golpeó dos veces la puerta y entró cuando la autorizaron.

—Señorita Langley, perdone la intromisión. Como sabe me inscribí para tocar el piano para el Reto de Música del Premio

Cumberland, y parece que no seré la única.

—Es un instrumento muy popular, también es uno de mis favoritos —añadió con dulzura, prestándole atención.

—Creo que debí cantar, podría arriesgarme y no torturar los oídos de los espectadores en el intento. Parece que mi elección complica la situación porque hay muchos violines, violas, flautas, pero un único piano disponible. Cantar solo dependería de mi propio instrumento, la voz.

—Sí, habría sido una salida muy inteligente —respondió sin presionar, dándole tiempo de llegar al punto.

—En fin, he descubierto que el viejo piano del saloncito Vivaldi funciona, y quise escabullirme lejos de la horda de pianistas que aguardan en la lista del maestro de música, que ha caído en manos de la señora Sable. Los mejores horarios para tocar siempre los tiene lady Valery. Y para mi desgracia, «alguien» sustrajo la llave del salón Vivaldi y sigo sin tener acceso. —No aclaró que el ama de llaves y ella sospechaban de la señora Sable—. Me comentó la señora Wells que usted podría tener una copia, sería tan amable de prestármela. Haría buen uso de ella.

—Oh, si el viejo piano está disponible, es una fantástica oportunidad no solo para usted, también para las que aguardan a que llegue su turno en la interminable lista. —Al final de la frase emuló el tono de Ettie, tratando de ser comprensiva con la muchacha.

—Bueno sí. —¡Qué remedio! Tendría que compartir su hallazgo con las otras agraviadas por la señora Sable. Se sermoneó para sus adentros por ese matiz egoísta, la señorita Langley tenía razón. Debía compartir, como siempre lo hacía. No podía olvidar que era Ettie, «la defensora de las causas perdidas», como su madre le había llamado, de cierta forma. No podía amargarse por las trabas que la señora Sable le ponía en el camino, siempre pensaba en los demás antes de en sí misma—. Solo, por favor, le suplico que me

permita tomar el primer turno, ya que descubrí la disponibilidad del piano.

—Me parece justo —aceptó la maestra y Ettie volvió a ver su cielo despejado de nubes tormentosas—. Solo hay un problema. Esta mañana su excelencia se acercó a mí con una demanda muy inusual. Tal vez debí empezar por ahí, pero no sé si quería discreción al respecto.

Ettie iba comprendiendo, la señorita Langley era sumamente discreta.

—Lo que tiene que revelar es un asunto que le compete al duque y usted preferiría no hacerlo.

—Se lo diré, pero debe guardar silencio al respecto. El duque de Hayden vino esta mañana y me pidió la llave del saloncito Vivaldi.

—¿Por qué? ¿Para qué? —Algo en su interior comenzó a incendiarse. ¿Estaría complotado con la señora Sable? Era lo último que le faltaba.

—Sus preguntas son las mismas que me hice, pero no las planteé. Es el dueño de la escuela. Incluso le ofrecí el manojo completo de llaves, su tía lo dejó a mi custodia. Lo más lógico es que se lo entregue a él. Pero el duque me dijo que no cambiaría lo dispuesto por lady Imogen, salvo lo relativo a esa habitación.

Ettie entrecerró los ojos muy enfurecida, era evidente que el duque algo tenía que ver con el piano y el listado inaccesible para ella, que estaba en manos de la señora Sable.

11



En su estudio en la escuela, Valentine se frotaba las sienes aún palpitantes con el ungüento que le ofreció su amigo Edward, minutos antes. El aroma mentolado era placentero, una mezcla de *wintergreen*, clavo de olor y, sobre todo, menta.

—No era necesario que te trasladaras hasta aquí, podía atenderte en tu casa. Rusell pudo mandarme a llamar, más si no te sientes bien —le dijo Edward en tono conciliador a su amigo. Ya lo había examinado y se acomodó frente a él, al otro extremo de donde estaba sentado Valentine.

Alguien pidió permiso para entrar, era un lacayo con un servicio de té, con el que la directora pretendía agradecer al joven médico, además de abonar sus honorarios. Valentine le permitió pasar y esperó mientras el hombre servía una taza a su amigo.

—¿Su excelencia? —El lacayo le preguntó al duque si también deseaba una taza, y el aludido asintió.

Cuando dieron un sorbo a la bebida caliente que les sirvieron continuaron conversando tranquilamente, entre ambos estaban de más las formalidades.

—Recordé que estarías aquí, Edward, atendiendo a las alumnas por ese resfriado. Pensé que sería más rápido acercarme —explicó Valentine—. ¿Cómo las encontraste? ¿Debo preocuparme por una epidemia en la escuela?

—No lo creo. Son solo tres alumnas con algo de tos y dolor de garganta, y ya están aisladas y atendidas. No hay que alarmarse, ni siquiera tienen fiebre. Solo hicieron una travesura y como no están

acostumbradas se inquietaron por las consecuencias. Reconocieron que se bañaron en la lluvia y se quedaron un par de horas con la ropa mojada pegada al cuerpo. Quizás la educación en English Roses School es más estricta de lo normal. Las muchachas se aburren. Se recuperarán en tres días o una semana a lo máximo.

—Una preocupación menos. —Exhaló de alivio—. Hasta creí estar presentando síntomas también.

—No lo creo. Espero que el ungüento te ayude pronto. Si, por el contrario, te sientes cada vez peor, háblame de inmediato. Aunque considero que no será necesario.

—Pensé que me recetarías algo más fuerte para la jaqueca, ¿unas gotas de láudano, tal vez?

—Por ahora no, no nos precipitemos. Hidrátate mucho, a veces los dolores de cabeza son causados por no beber suficiente agua. ¿Has notado resequedad en los labios o el resto de la piel? ¿Hormigueo en las extremidades?

—No. Bebo agua con la frecuencia correcta.

—No tienes síntomas de resfriado y no sueles padecer de dolores de cabeza. Creo que estás cansado por las nuevas responsabilidades de la escuela y abrumado también. No es de tu agrado velar por la institución, eso te está causando un conflicto interior. Debes tomar una decisión al respecto de una vez, una que te permita estar en paz con tu conciencia.

—Deshacerme de la escuela atormentará mi conciencia de por vida y quedarme al frente se ha vuelto desesperante. Tengo tantos asuntos de los que ocuparme y tener que hacerme presente en la escuela me desvía de mis negocios de más peso. Sin embargo, aunque es un fastidio la encomienda, siento cierto afecto por cada piedra de este edificio y lo que representa. Si no vendo la escuela haré todo diferente… Modificaría el currículo.

—Pues no la vendas, quien la compre seguro dejaría todo como está. —Le hizo ver.

Valentine lo pensó por unos segundos, pero no quiso profundizar en ese hecho tan determinante todavía, aunque le daba vueltas.

—Mi familia adoraba este legado particular. No me molestaba mientras mi tía se ocupaba de administrarlo. Me conoces. ¿Concurso de bordado? ¿Etiqueta? ¿Tener que asistir a un maldito baile? Aunque modifique el currículo no podré prescindir de esos temas que las damas creen necesitar o nadie se inscribirá. —El dolor punzó todavía más—. ¿En serio no me recetarás láudano?

—Si lo deseas, traigo algunos medicamentos que podrían relajarte. Pero mañana cuando despiertes la tensión regresará al recordar tus obligaciones. ¿Hay algún modo de que te libres de la parte que no te gusta de ser dueño de English Roses School?

Unas sonoras y roncas carcajadas abandonaron su garganta. Negó e inspiró hondo al comentarle.

—A veces pareces más un oficiante religioso que médico. Tienes un don especial para sanar el alma de los que vienen con tormentos ante ti, Edward.

—Ya me lo han dicho. Pero no soy religioso, soy doctor.

—Lady Abbott y la señora Holt tienen una «estupenda idea» para «aliviar» mi carga. —Su tono era sarcástico—. Creen que, si me caso, mi posible esposa podría quedar al frente. Lo que sería maravilloso, pero me dejaría con un problema mayor que el actual. Uno para el que aún no estoy preparado: tener que lidiar con mi nueva duquesa.

—Es cierto que eso resolvería tu problema. Pero, entiendo, que también te crearía otro. Para lady Abbott el matrimonio es la solución para todos los males. —Su afecto por la dama se notó en su expresión.

—No creo que exista mujer sobre la tierra dispuesta a lidiar con mi carácter. Solo Fred y tú me soportan —se compadeció, pero en realidad era su salida para huir de la posibilidad remota de desposarse.

—Eso también es verdad. Llegar a determinada edad siendo soltero nos vuelve el blanco predilecto de matronas y casamenteras. Lady Abbott también quiere emparejarme con una de las damas que debutará esta temporada. Se abren las puertas al mercado matrimonial. Justo como la temporada de caza, solo que las señoritas casaderas y los hombres con un futuro establecido somos las presas.

—No te has salvado, amigo mío. ¿Y tú quieres casarte?

—Yo…

Unos toques sobre una de las puertas a dos hojas los interrumpió en la parte más interesante del diálogo. Valentine deseaba escuchar la respuesta, pero los insistentes toques no le dieron la oportunidad.

—Adelante —dijo con la voz firme.

Las puertas chirriaron y ante ellos apareció quien menos imaginaban… Lady Henriette Montagu. La expresión de Valentine se recrudeció, como si la principal fuente de su dolor de cabeza se personificara. En cambio, en el rostro de Edward se reflejó la felicidad. Ella parecía haber perdido la capacidad de hablar, se quedó mirando de uno a otro, mientras ambos se ponían de pie ante su presencia.

—Milady, no hay día en que no pise el colegio y que usted no me sorprenda con sus requerimientos. ¿Cómo la puedo ayudar? —preguntó Valentine irreverente, sin regresar a su silla.

—¿Ettie? Qué sorpresa —expresó Edward, ofreciéndole el asiento a su lado, a lo que ella se negó con un gesto—. Pensé que me iría sin verte. Pregunté a la directora por ti y me informó que hoy de nuevo tenías pruebas de vestido con la modista.

Valentine casi puso los ojos en blanco, lo que le faltaba, ahora su amigo también era devoto de las actividades en las que perdían su tiempo las damas de sociedad.

—Horrible, terminé como el alfiletero de *madame* Roux. He tenido varios días de esos, de pruebas de vestuario. Amaba comprar ropa nueva, pero creo que ahora lo estoy detestando.

—Te compadezco —le contestó juguetón el doctor.

El duque comprendió que se equivocaba, no era que Edward fuera diestro en el vocabulario que usaban las damas, y que se interesara por sus compromisos sociales. Entendió que Ettie y Edward compartían cierta complicidad que él no tenía con mujer alguna. Para él la amistad entre géneros opuestos jamás fue una posibilidad.

—Su excelencia —saludó ella después de dejarlo olvidado unos minutos.

Él sabía que la clase de Etiqueta y Modales era muy exigente en la escuela, por eso más le molestaba que en cada ocasión que estuvo frente a Ettie, ella olvidara lo aprendido y eligiera ser descortés ante su presencia. Los tres seguían de pie, tras ella rechazar el asiento, lo que sugería que no iba a tardar.

—¿Ha llamado a mi puerta para hacerme una consulta o se ha enterado que mi amigo —hizo énfasis y resaltó el lazo que lo unía a Edward— estaba aquí y decidió pasar a saludar?

—Nuestro amigo —lo corrigió—. Y no, no sabía que estaba aquí. El motivo que me ha traído a su estudio es otro. Resulta que para el Reto de Música cada concursante debe interpretar una canción o ejecutar una pieza musical en el instrumento de su elección.

—Ahí vamos de nuevo, a la carga —masculló el duque y llenó sus pulmones.

—El piano es donde creo tener más posibilidad, aunque no soy un talento asombroso… —continuó sin darle importancia a sus reclamos—. Con esfuerzo me desempeño bien a secas, pero la clave de mi éxito es practicar hasta desfallecer, concentrarme… Claro que, si el maestro pudiese dedicar más horas a repasarme, sería fabuloso, pero somos muchas alumnas…

La mirada de Valentine la fustigaba para que llegara al punto y Edward lo notó, intervino en defensa de la muchacha, la apreciaba.

—¿Y has venido a solicitar el apoyo del dueño de la escuela? No es un secreto que mi amigo es un virtuoso del instrumento que sea, pero en el piano es donde más destaca. Aunque jamás lo verás tocar en público, no le gustan los aplausos.

—Oh, no, yo… —Ettie se quedó sin palabras ante el malentendido.

—Exageras, Edward, solo lo dices porque eres mi amigo… —soltó lo que fuera con tal de escabullirse de lo que sea que la joven estaba a punto de solicitar. Ser su tutor unos días o unas semanas para que ella pudiese presentarse al concurso era impensable… Menos ella.

—No vine a pedir tal cosa, ni siquiera me pasó por la cabeza. —Ella arremetió al leer la negativa en el rostro de Ogro Gruñón. Era tan fácil detestarlo. ¿Por qué no podía ser más amable?—. Hay un solo piano disponible para las estudiantes, y hay una lista acaparada por quienes la señora Sable desea poner. El caso es que, sé que hay otro piano en el saloncito Vivaldi y yo… Quería saber si… Quería saber si algunas alumnas podríamos utilizarlo.

—No. —Valentine negó con toda su voluntad.

—Es propiedad de la escuela y no debería usarse para uso exclusivo. —Algo se apoderó de Ettie, su sed de justicia.

—Ese piano estaba descartado, incluso casi le dan de baja del inventario de muebles del colegio. Mandé a repararlo, con la única intención de llevarlo hasta mi casa. Es de mi propiedad y ahora será de mi uso exclusivo.

—¿Por qué? —Ettie cuestionó.

Valentine se apretó el puente de la nariz. Jamás creyó tener que dar una explicación al respecto.

—Tiene un valor sentimental. ¿Le satisface mi respuesta?

—¿Tiene sentimientos? Creí que Ogro Gruñón no los poseía. —Las palabras de Ettie salieron disparadas por el calor de la discusión, se arrepintió en el acto, pero como ya no podía borrarlas se armó de valor y lo retó con la mirada. No era de las que se empequeñecía ante una batalla.

El silencio se extendió un par de minutos durante los que las pupilas de Ettie y Valentine parecían lanzar llamas en dirección del otro. Antes de que Valentine abriera la boca y escupiera lo que sea que se estuviera cocinando en su mente, Edward tomó el turno de la palabra para intentar conciliar. Ella no solo lo retaba, lo hacía en presencia de otro hombre. Valentine era muy orgulloso, tal ofensa sacaría lo peor de sí.

—Si lo que hace falta es un piano, para zanjar este asunto por la paz, mañana mismo traeré uno y lo pondré donde me digas, Valentine —atajó Edward.

Ettie se sorprendió con esa respuesta y se llevó la mano al pecho, esperaba que su corazonada no le fallara y que Edward se riera con ella cuando hablaran del «posible compromiso». Porque si se equivocaba, si en el alma de su amigo estuviese naciendo una ilusión iba a sentirse miserable por tener que decirle la verdad. Ella no iba a corresponderle. No podía. Incluso, aunque sabía que Edward era el hombre perfecto.

Valentine no lucía asombrado por la inusual propuesta. Seguía enfurecido por la afrenta descarada delante de su cara, lo llamó «Ogro Gruñón». Desde que oyó esas palabras no dudó, ella era la fuente de tal oprobio. Y nadie que lo ofendía salía ileso y campante, como Ettie parecía. Prefería que hablaran a sus espaldas, que le temieran… Desde niño construyó esa coraza con mucho esfuerzo para mantener a los abusadores de Eton lejos de sí. Después se cubrió también con esa máscara en Cambridge, donde las bromas ácidas, el acoso entre estudiantes y las luchas de poder dejaban como «travesuras» los ataques que repelió en Eton.

No vendría una «princesita», la damita hermana del conde de Pembroke a reírse en sus narices. No de él, que se volvió con el

tiempo la pesadilla de los abusadores de Eton, de Cambridge y después de cada mortal aristócrata o plebeyo que quisiese sacar ventaja de su persona o de sus amigos.

—¿Pretendes dejar a Allard sin piano en su salón de música? ¿Justo al inicio de la temporada? —blandió Valentine sarcástico en dirección a su amigo, aplazando la respuesta que Ettie merecía, según su experiencia de vida.

—No estoy demente. Seguro mi cuñada ya tiene planes para su piano. Pero puedo comprar uno decente si con eso evito que estalle una guerra entre mi futura prometida y mi amigo.

Si Valentine no se había asombrado aún, con eso ya no pudo disimular su perplejidad. Los ojos de Ettie también reflejaron la sorpresa absoluta, se abrieron más todavía.

—¿Estás jugando? —preguntó el duque sin poderlo evitar convencido de que era una broma ideada en el acto por Edward para desviar la atención de su objetivo. La alumna maleducada.

—Justo antes de que Ettie entrara hablamos de la encerrona que lady Abbott nos hizo a ambos para encontrarnos esposas —le recordó Edward—. No sé si ya tenga candidatas para ti, pero en mi caso, me hizo una propuesta que solo un tonto podría rechazar. Y el conde de Pembroke también escuchó a la dama y estuvo de acuerdo. Perdóname, Ettie, por abordar el tema de nuestro futuro de esta forma tan abrupta y en este momento tan inadecuado. Pero no tuve otra opción ante la discrepancia por el instrumento. Sigo dispuesto y listo para conseguir un piano y traerlo mañana mismo.

Valentine no dijo nada más sobre el compromiso ni continuó poniéndolo en duda. Metió las manos dentro de su chaqueta y sacó del bolsillo dos llaves idénticas, guardó la original de vuelta y la copia se la extendió a Ettie.

—Tuve que tomar la llave de la señora Wells sin su permiso, no quería dar explicaciones. No me gustan. Y a la señorita Langley se la pedí porque la tenía muy bien guardada y no me quedó otro remedio. Pero ella es muy discreta y no suele hacer preguntas

incómodas a diferencia del ama de llaves. No quería que nadie tocara el piano y terminara por arruinarlo. Pero supongo que con la prometida de Edward tendré que aguantarme.

—Futura prometida, ni siquiera iniciamos la fase del cortejo. Nuestras familias están comenzando el trato… —alegó ella.

—El conde de Pembroke ha aceptado y no hay mejor hombre que Edward, doy fe de ello. Felicidades a los dos. Si Ed la eligió… No puedo opinar al respecto. Pero hay algo que tengo muy claro. No estoy dispuesto a perder a mi amigo, no por una mujer. Fred y Edward para mí son sagrados.

Fue toda la explicación que dio por su repentino cambio de opinión. No podía reconocer en voz alta, que volver a pisar el salón Vivaldi lo reconectó con una parte de su alma que creía dormida y quería explorar esa sensación. La razón era el viejo piano que trasladaron ahí. Era muy pequeño cuando su madre, quien administraba con su tía para ese entonces la escuela, se sentaba a tocarlo. Y, aunque le costaba aceptar sentimientos de cariño hacia su progenitora, ese piano le hacía sentir que quedaban huellas, remembranzas, de lo que el amor materno debió significar para una criatura…

—Gracias por permitirme usarlo, su excelencia. En nombre de las alumnas y mío permítame agradecerle. —Iba tanteando, por las ramas, con aquel hombre no sabía qué esperar. Pero había ganado, tenía la llave, no podía ponerse quisquillosa.

—En su nombre. Nadie más tocará ese piano. Lo usará hasta que llegue el día del bendito reto y después me lo llevo a Hayden House. Es mío y decido con quien lo comparto. Es un privilegio que tendrá por ser prometida del amigo del dueño de la escuela.

—Posible prometida —repitió ella—. Y espero que sea discreto al respecto, aún no tomamos una decisión. Y para su información, jamás me han gustado los privilegios. No soy ese tipo de persona.

—Me alegra saberlo, porque Edward es un gran hombre y se merece a una buena mujer, no a una damita mimada.

Ettie se mordió la lengua para no contestarle como se merecía, él había hecho una concesión que jamás imaginó, y menos después de que a ella se le escapara lo de «Ogro Gruñón». «Damita mimada» no parecía tan terrible en comparación. Por lo pronto podría soportarlo.

—Gracias, Valentine. Me llevo a mi casi prometida, tenemos algo de qué hablar —dijo tomándola del brazo antes de que la batalla que evitó se desatara sin remedio.

Cuando las puertas se cerraron tras la salida de los «prometidos», Valentine desahogó toda su furia en un puñetazo sobre el escritorio hasta que su mano dolió.

Jamás lo reconocería, pero no solo por sus sentimientos frente al piano había cerrado con llave el salón para no dejar entrar a ninguna otra persona. Desde que sus labios rozaron los de lady Henriette, el sitio donde sus bocas se tocaron se volvió sagrado también para él. No podía sacársela de la cabeza.

12

Edward y Ettie escucharon el fuerte estruendo en el estudio del duque, justo cuando ellos abandonaron el lugar.

—¿Qué significa eso? —inquirió Ettie señalando a las puertas cerradas del estudio de Valentine.

—Seguro ha golpeado algo. ¿Eres consciente de que él es el dueño de la escuela y le has puesto un apodo que ya es del conocimiento de varias alumnas, maestras y directora? Es bastante atrevido, incluso para ti. También escuché a las estudiantes mencionarlo.

—¿Y por qué supones que lo inventé yo? —protestó.

Edward enarcó una ceja con un gesto travieso.

—Créeme que con lo de Ogro Gruñón te has quedado corta, Valentine es bastante volátil. Pero, tampoco puedes provocarlo y soltárselo a la cara. No sabes lo que me esfuerzo para sacarlo del pozo en el que se hunde, no necesita aliados para cavar su propia tumba. Valentine está trabajando en controlarse. Su vida no ha sido fácil, pero él no es un mal hombre. Y yo soy su amigo, quiero ayudarlo.

—Tú eres un buen hombre, él es como el típico villano de los cuentos de hadas que escribe Daisy —dijo refiriéndose a su cuñada —. Pero no me refería al ruido que hizo ese demente. Hablo de lo que acabas de revelar delante de otra persona. ¡Y más a esa persona! Ni siquiera habíamos conversado tú y yo al respecto.

—Oh, eso. ¿Hay algún sitio donde podamos charlar sin que nadie nos moleste? —preguntó, no discutiría con ella sobre el futuro

de ambos en el pasillo. Ettie le mostró, con discreción, la llave que le acababan de entregar—. Ve adelante, te seguiré con disimulo.

Emprendieron la marcha y cuando estuvieron dentro, pasaron la llave en la cerradura. Se refugiaron en el pequeño recibidor y se sentaron en las butacas. La escasa luz que quedaba del atardecer y que se colaba por las ventanas tuvo que bastar, no querían llamar la atención iluminando la estancia.

Lo contempló con los ojos entrecerrados tratando de comprender qué había en su mente. Edward era un hombre atractivo. ¿Por qué no podía enamorarse de él y punto? Su vida sería tan sencilla. Su hermano tenía razón, se llevaban muy bien. Convivir sería grato y cómodo.

—¿Qué opinas de la propuesta que lady Abbott le ha hecho a mi hermano, y que este ha recibido con agrado? —sondeó ella sin titubear. Esperando que la respuesta no fuese inesperada.

—¿Qué piensas tú? —Le devolvió la pregunta.

Ettie respiró profundo, no podía ser deshonesta y esperaba no romperle el corazón.

—Eres guapo, no me resultas insoportable, pero el amor es algo más y yo aún no lo he sentido por ti.

Él exhaló aliviado.

—Entonces pensamos exactamente igual. Si hubieses respondido lo contrario no te habría rechazado, quizás lo habría intentado. Sin embargo, quiero un amor que me impacte. Que cuando la vea todo mi cuerpo me grite: es ella. —La pasión era tan evidente en su tono de voz, dándole énfasis a ese anhelo que Edward tenía para su futuro.

—No seas bufón, Ed. —Trató de llevarlo al terreno de una broma, en el que se manejaban mejor. El asunto se ponía cada vez más serio—. Si no estabas seguro, ¿por qué confesarlo ante el duque?

—Entré en pánico. No quería que Valentine dijese algo funesto de lo que más tarde se podría arrepentir. Y no podía permitir que te volviera su presa. Lo que sería inusual, jamás se ha enfrentado a una mujer. Como sea, solo traté de conciliar. Me respeta. Si piensa que eres mi prometida será tolerante contigo, pero igual no lo provoques. —Lo último parecía más que una advertencia, un consejo de alguien que la apreciaba y no soportaría verla lastimada.

—No me gusta esta situación, detesto mentir.

—También. Sin embargo, no estamos mintiendo. Le reiteraste en más de una ocasión que no somos prometidos. Tan solo nuestra familia está intentando emparejarnos. Ni siquiera habíamos tenido la oportunidad de hablar hasta ahora.

—Supongo que tendrás tu ganancia al alargar el «romance». —Lo pilló—. Tener a lady Abbott distraída con el supuesto cortejo entre nosotros la aleja de la misión de continuar alentándote a comprometerte con otra señorita. ¿Le estás haciendo perder el tiempo a una de las más experimentadas casamenteras de Londres?

—No niegues que también es conveniente para ti. ¿O quieres a tu madre obligándote a bailar con cuanto caballero desfile por los muchísimos eventos de la temporada a los que serás invitada? Además, la casamentera es parte de mi familia, lo que supone que sus cañones están dirigidos hacia mí todo el tiempo: en las comidas o las cenas familiares, cuando visito a mis hermanos, en compromisos donde todos los Raleigh nos unimos.

—Supongo que entonces tenemos un trato, hasta que, a uno de los dos, deje de parecerle interesante.

—O útil. O… hasta que uno de los dos se enamore de verdad de otra persona.

—Espero que la encuentres, a esa mujer que te impacte y que todo tu cuerpo te grite: es ella. —Le sonrió con cariño.

Él se puso de pie e hizo una reverencia cortés.

—Lo mismo digo. Ahora me escurriré por los pasillos de forma discreta. Antes de que alguien nos atrape *in fraganti* y nuestros planes se vengan abajo y terminemos casados en menos de lo que cante un gallo.

—Sé cuidadoso, yo me quedaré un poco más. Tengo una partitura que practicar.

Edward se despidió con un guiño cómplice y Ettie negó ante su descaro. Pero, si él la necesitaba le cubriría las espaldas. También ella ganaría tiempo para sí y para sus planes: por lo pronto precisaba obtener el Premio Cumberland para ponerlos en marcha.

Tras verlo partir volvió a cerrar la puerta con llave y pasó hasta la última estancia, donde se encontraba el piano. Descorrió las cortinas para disfrutar de la iluminación natural que aún quedaba y se acercó al instrumento. Se sentó frente al piano de maderas nobles y pasó el dedo sobre la tersura de la tapa del teclado. Entonces descubrió unas partituras, eran las que había transcrito el duque, debió haberlas olvidado aquel día.

Leyó el nombre a mano alzada del autor «Chaicovski», no lo conocía. La música se titulaba: *Romeo y Julieta*, como los personajes de la obra de William Shakespeare. Hizo un gesto interrogante. Jamás imaginó que una persona tan hosca como el duque se inclinara por una melodía con ese nombre.

Intentó tocarla, y a pesar de que fallaba, continuó esforzándose. Hasta que recordó que no estaba ahí para emocionarse con algo nuevo, y se preparó para practicar la partitura que había traído consigo. Pero su naturaleza perseverante le hizo fijar la vista otra vez en la partitura de *Romeo y Julieta*, y continuar tratando de que cobrara vida a través de sus dedos. Una nota desafinaba tras otra, y un quejido de frustración se escapó de sus labios. Intentó recordar cómo se escuchaba al ser interpretada por el duque, pero solo oyó un fragmento muy corto. Ettie tocaba más de

oído, aunque leía las notas, para ella la escucha previa era determinante en su ejecución.

A punto de darse por vencida, dos fuertes manos salieron detrás de su espalda y unos dedos ágiles volaron por las teclas, y el sonido que ella no pudo producir inundó la estancia.

Asombrada, se giró sobre sí misma, y su rostro quedó frente a él, frente al monstruoso villano. No sintió miedo en ningún momento por la irrupción, al contrario, un calor sofocante comenzó a recorrerla entera, junto a la interrogante de cómo le hizo para colarse en la estancia sin que ella pudiera percatarse.

Justo, como el día que la sorprendió después de la discusión con su madre.

El atronador y explosivo ogro sabía ser tan silencioso y furtivo como una serpiente tras su alimento. Pudo comprobarlo dos veces.

—¿Y ahora me dirá qué hace usted aquí, su excelentísima soberbia? —soltó como si nada y él la miró irreverente por el ataque, aguantándose las ganas de replicar—. ¿Y cómo entró tan sigiloso? Eso solo lo hace un experto criminal.

—Tenía que intervenir, usted estaba a punto de arruinar una obra maestra… Y, de paso, casi me perfora los tímpanos con su intento de interpretación. ¿Ahora quién es más transgresor?

13

Valentine contuvo la necesidad de exhalar, por suerte ella abrió la boca y lo sermoneó como de costumbre o él se habría portado de un modo inapropiado.

Recordó cómo terminó allí, sorprendiendo a Henriette, lo cual disfrutaba, pero a la vez lo torturaba.

Tras aporrear con fuerza la superficie de su escritorio, por la molestia de ser desafiado por esa impertinente, notó que no encontraba alivio. Las palabras de Edward lo laceraban. ¿Por qué sentía tanto enojo y frustración al saber que su amigo cortejaba a lady Henriette con el permiso de su familia?

No pudo contenerse y tuvo que abandonar su estudio. Con la puerta entornada, los vio conversar entre risas cómplices y encaminarse casi a hurtadillas hasta el saloncito Vivaldi, donde se refugiaron sin nada de decoro. No lo esperaba de Edward, quien era un hombre recto y respetuoso. ¿Por qué se arriesgaba de ese modo a exponer la reputación de su futura esposa? ¿Más siendo evidente que la quería? Entre ellos fluía la conexión de un modo que Valentine jamás consiguió comunicarse con nadie, eran dos almas afines.

Huyeron tan compenetrados e imbuidos el uno en el otro que no se percataron que el ogro los acechaba lleno de ofuscación.

Se sorprendió por llamarse a sí mismo de esa forma. Pero no le importó. Era, justamente, así como se sentía, como un endemoniado y feroz ogro, capaz de despedazar y arrasar con todo y todos a su paso.

Después, terminó con la puerta del salón Vivaldi cerrada en sus narices y con la cerradura echada. ¿Por qué el hermetismo? ¿Qué estaban haciendo a solas?

¿Edward estaba profanando la moral y el prestigio de una de sus rosas inglesas? ¿Y, por ende, de la escuela que con tanto sacrificio levantó su familia? Precisamente, Edward. Lo creería de Frederick, pero el médico era un dechado de virtudes. ¿Tan enamorado se sentía que vulneraba las buenas costumbres?

Tenía la llave original de la copia que le dio a lady Henriette, podía entrar, encararlos y pedirles explicaciones. Pero su interés era otro, prefería volverse invisible y comprobar con sus ojos lo que estaba ocurriendo. Y, más, teniendo la forma de conseguirlo.

La escuela poseía desde su construcción original pasajes secretos que conectaban diversas instancias, lo usaban los dueños para garantizar el funcionamiento de la institución, para vigilar que el reglamento se cumpliese y como refugio o vías de escape en momentos de crisis. Los conocía a la perfección, todos los Hayden podían recorrerlos sin perderse.

Pero llegó tarde, al seguir el intrincado camino, solo encontró a Henriette sentada al piano. Su amigo ya se había marchado. No obstante, no se conformó, y tuvo que manifestarse, hacerse presente, con el fuego y la furia devorando cada trozo de su cordura.

«Tenía que intervenir, usted estaba a punto de arruinar una obra maestra y de perforarme los tímpanos con su intento de interpretación», le había dicho Valentine a la joven para disimular las palabras de reclamo, protesta y agravio que en verdad querían salir de su boca.

—¿Y usted puede hacerlo mejor? —lo retó ella aún dentro del hueco de sus brazos.

—Hágame espacio, déjeme sentarme a su lado, le voy a mostrar. No puedo permitir que la prometida de mi amigo haga un desastre colosal el día de la presentación de su examen de música

—murmuró tratando de sonar indolente, pero por primera vez sentía que le costaba un esfuerzo enorme controlar su agitada respiración. Luchaba contra sí mismo para no demostrarlo.

—Ya le dije aún que no soy la prometida de Edward —protestó analizando la reacción del hombre. Lo escuchó gruñir como un animal herido, entonces entrecerró los ojos y continuó hablando solo para fastidiarlo, pues comprendió que la mención de ese hecho le molestaba—. Sin embargo, su cortejo es bien recibido por mí, es un partido estupendo, uno que alegra a mi madre.

—A quien tiene que alegrar es a usted. Y sí que parece de su agrado —concluyó con los dientes apretados.

Tomó asiento a su lado, cuidando de no rozar su falda con su cuerpo, lo que terminó por ser imposible, pues el banco no era lo suficiente ancho para el vestido de Henriette y para él, que no era un hombre menudo.

—Y me agrada sí, tiene muchas cualidades —pinchó con total alevosía y lo miró de soslayo para ver cómo reaccionaba ante su confesión—. ¿Por qué detesta la idea de vernos desfilar hacia el altar? ¿No me considera adecuada para su amigo? ¿Tanto me desprecia?

Otro gruñido de él. Ella no entendía nada y prefirió no sacarla de su error. No iba a revelarle que, aunque le parecía insoportable, lo que le incomodaba no era que «atrapara» a su amigo, era que lady Henriette dejara de estar disponible.

—No vine para hablar de su romance, para eso diríjase a lady Abbott, es ella quien está conspirando para enlazarlos y al parecer ha tenido éxito. —Siempre el sarcasmo era su mejor arma, y debía aferrarse a esta o quedaría vulnerable ante los golpes que estaba asestando la dama. Su segunda estrategia para desestabilizarla y alejarla de funestas conclusiones era su fase de «mandón». Meterse en su papel de dueño de la escuela más prestigiosa de Londres—. Concéntrese en escuchar, para tocar cuando termine de enseñarle. Es lo único que me interesa.

—No tocaré *Romeo y Julieta* de su Chaicovski, hay otra pieza que domino a la perfección. Prefiero mantenerme en un terreno seguro.

—¿Por la misma razón se casará con Edward? ¿Por no abandonar el camino tranquilo? Amigo de su familia, aprobado por su hermano, alguien a quien le tiene confianza, de quien no recibirá sorpresas incómodas —soltó suspicaz, no pudo evitarlo, aunque con ello quedara en evidencia su disgusto con ese compromiso una vez más.

—No, por supuesto que no es el caso. Tocaré *Minuet*, porque es hermosa, me gusta…

—Y no arriesga nada. ¿Cuántos años lleva tocando piano?

—Trece, desde los cinco.

—Y seguro toca *Minuet* perfecto desde hace tres o cuatro.

—Seis para ser exactos. Pero reitero, su juicio es tan equivocado… El Reto de Música es solo un peldaño que debo pasar para seguir en la competencia por el premio. Lo importante es llegar al final.

—La lógica que falla es la suya, y no sé por qué me tomo el trabajo de hacerle ver su error. Cada reto del Premio Cumberland no es tan solo un escalón, es cierto que muchas se quedan en el camino; pero al final vencerá la que tenga un mejor desempeño en general. Si pretende ganar tendrá que arriesgarse. Esta partitura —dijo señalando la que reposaba sobre el atril— no es conocida por todos los miembros del jurado.

—Lo escucho. —Giró su torso y guardó silencio mientras sus ojos se quedaban fijos sobre su interlocutor.

—El maestro de música de la escuela conoce al compositor, es un ruso, y aunque en su estreno la *Obertura-Fantasía Romeo y Julieta* no tuvo un gran éxito, estoy seguro de que cuando el público pueda profundizar en su hermosura y su complejidad, resonará en los mejores teatros, arrasando y rompiendo todas las marcas.

La pasión con la que pronunció cada palabra brilló en sus ojos, calló abruptamente al comprender que lady Henriette estaba absorta con su discurso.

—A mí me pareció impresionante cuando usted la interpretó aquella vez. Si el público no ovacionó de pie al compositor, es porque le falta apreciación musical.

—Coincido —reiteró con la misma pasión de su intervención anterior, y de pronto cerró la boca, al darse cuenta de que estaba recibiendo un elogio de la estudiante.

—¿Usted quiere enseñarme? ¿Solo para que la futura prometida de su amigo no haga una presentación mediocre frente al jurado? —Lo miró dubitativa. ¿Estaban teniendo ese tipo de conversación?

Él inspiró profundo y continuó en una exhalación:

—Podría sacrificarme… —Su voz se tornó ronca, no lo pudo evitar y ahora miraba sus labios con todos los recuerdos en su mente del «beso» que compartieron o «el casi beso». La sed lo estaba castigando, como si saciarla con esa boca impertinente fuera la única solución para la aridez de su garganta.

—Ese día… —dijo seductora y dejó la frase en el aire, mientras se acercaba a los labios entreabiertos del caballero, que parecía esperar algo más—. Cuando husmeó la conversación que tuve con mi madre, ¿también se coló a hurtadillas por la puerta secreta?

—¿Qué? ¿Cómo? —Ella lo atrapó con la guardia baja. Ni siquiera se dio cuenta cuando derribó todos sus muros y la dejó entrar solo un poco. Sacudió levemente la cabeza y levantó todas sus murallas, arrugando de nuevo el entrecejo, su expresión más habitual, al menos frente a ella. Esa muchacha era incorregible, estaba convencido. Haría lo que fuera para salirse con la suya, incluso seducirlo.

—Estuve sentada en el piano, y aunque estaba distraída, lo hubiese visto caminar hacia mí, de venir de frente. Pero usted jamás ocupó alguna parte de mi campo visual, apareció por mi espalda. ¿Hay un pasadizo oculto? No lo niegue.

Él exhaló con fuerza, desenmascarado.

—Sí, pero no le revelaré exactamente dónde se ubica. Además, le exijo que quede entre nosotros y no se lo comparta a nadie. Es un secreto de los Hayden y a nadie más le compete. La seguridad de la escuela quedaría comprometida.

—Uno que usted ha puesto al descubierto.

—Si guarda la información con el más estricto hermetismo, prometo ayudarla con su presentación. ¿Tenemos un trato?

—El maestro está ocupado con todas las alumnas encima, exprimiéndole cada gota de su sabiduría. Supongo que me tendré que conformar… Ogro Gruñón será mi maestro de piano, esa sí no la vi venir. Mis compañeras caerían de espaldas de conocer la inquietante noticia. Primero no quiso ayudarme para apoyar a la pobre Florence y ahora…

—No puede decirle a nadie… Y deje de llamarme así o no habrá acuerdo. No sea ilusa, nadie aprobaría que usted y yo estemos a solas, hay infinidad de razones: su reputación quedaría arruinada, la mía tampoco se salvaría, como dueño de la escuela no debería favorecer a alumna alguna, y al compartirle mis conocimientos le estaría dando cierta ventaja.

—No sea tan pagado de sí mismo.

—Tome consciencia. Usted sería la más afectada. Arruinaría su reputación, y ya no podría ser elegible para ser la esposa de Edward.

Ella entornó los ojos con fastidio por la larga lista de impedimentos, en especial la última.

—En ese caso deberíamos informar a Edward.

—¡No! Menos a Edward. Créame, a su prometido no le gustará que se encierre con un hombre…

—No le diré a Edward que descubrí un asunto importante y oculto de los Hayden: «el pasadizo secreto», y que, para cerrarme la boca, lo extorsiono obligándolo a darme unas clases de piano que

me darán ventaja frente a otras concursantes… —Negó cómo si tales palabras fueran un absurdo—. ¿No cree que esté exagerando? Punto número uno, el maestro de piano está ahora mismo repasando a mis contrincantes y es quién elegirá a la ganadora. ¿No le parece que ellas tienen más ventajas que yo, que me tengo que conformar con sus lecciones?

—Si lo mide con esos parámetros podría tener razón.

—Además, nadie va a sorprendernos porque yo tengo una llave y usted la otra, como dijo no hay más copias. Y, si encima, yo entro por la entrada principal, o la única conocida, del saloncito Vivaldi, y usted por el pasadizo secreto, ¿quién sospechará que alguien me da clases privadas a cambio de mi silencio?

—He entendido su punto. No tendrá ventaja porque tiene que conformarse con las clases del alumno del maestro y porque yo no calificaré el Reto de Música. Y nadie nos sorprenderá, ambos custodiamos las únicas formas de entrar. Le diré a la señora Holt que usted podrá practicar en mi piano, y que nadie más tiene derecho a tocarlo. Así nadie se alarmará por el ruido.

—¿Y cómo explicará tal concesión?

—Le diré la verdad, que es la mejor forma de librarnos de usted cuanto antes. No queremos que arme una revolución por jamás tener acceso al piano y que otro reporte la haga permanecer un año más en la escuela —dijo lo que sea para molestarla.

—¿Le divierte ser desagradable?

—O puedo decirle que es la prometida de mi amigo y él me pidió un favor especial. También le exigiré guardar discreción al respecto hasta que sus familias lo hagan público.

—Acepto. —Suspiró. Él era incorregible.

—Hay algo más que deseo saber. —La miró profundamente a los ojos y ella le devolvió la mirada, atenta a lo que expondría a continuación—: Parecía muy interesada en que ganara la señorita Fairbairn y ahora desea acaparar el premio. ¿Por qué?

—Siempre he querido ganar, pero en buena lid —explicó alzándose de hombros—. Todas las que concursamos tenemos razones para enfrentarnos unas a otras por la victoria. No me culpe, también tengo motivos válidos y no defenderlos iría en contra de mis principios. Lo que no consiento es ser vencedora si se ha cometido una injusticia en contra de Florence.

—Ahora me consta. ¿Entonces la señorita sí entregó a tiempo el Reto de Bordado?

—Sí, lo hizo. La señora Sable sabe que Florence es magnífica en todo lo que se propone. La verdad es que podría ser la ganadora. Es la alumna más destacada en cada clase. Y ahora que me lo recuerda, añadiré a mis requerimientos para guardar el secreto de su familia, que interceda a favor de Florence.

—Jamás se desautoriza a un maestro en una decisión ya tomada. —Se le podía llamar la atención para el futuro desempeño e, incluso, despedirlo. Sin embargo, el orden establecido de jerarquía no se movía. Temían que de hacerlo las estudiantes concluirían que podían reclamar o no cumplir las reglas siempre que tuviesen algo que alegar o rebatir.

—Puedo darle varios argumentos de por qué ese procedimiento es perjudicial, no solo para las alumnas, también para el funcionamiento de la escuela… —Ettie protestó entrecerrando los ojos.

— No, suficiente razonamiento. Mañana a la misma hora con buena disposición para practicar y con el pico cerrado. Usted habla mucho, lady Henriette. ¿Cuánto no habríamos practicado hoy si hubiese dejado de lado sus alegatos?

—¿Quién lo dice? —refunfuñó—. Con usted no es nada fácil negociar, me ha costado una vida hacerlo entender que Florence estaba siendo castigada de manera injusta y, así y todo, no piensa ayudarla.

—Por favor, no se voltee cuando me vaya, es importante para mí salvaguardar el secreto del pasadizo, aunque sea en parte —

concluyó y se puso de pie sin dilatar más el momento. Tenía que desaparecer o le cerraría la boca a esa pequeña intrigante, pero con un beso, con uno ardiente, desenfrenado, pasional. Esa vez sería un beso de verdad, para que supiera cómo besaba el villano.

14



Al siguiente día comenzó la práctica, Ettie comprendió que cuando se trataba de enseñar, el duque era un profesor estricto, recto y que no admitía distracciones. La miraba con el entrecejo fruncido y con los labios rojos y llenos muy apretados, solo los despegaba para hacerle algún reclamo.

—¿Usted pretende que en tan poco tiempo yo pueda tocar esta pieza? Es particularmente complicada —replicó ella tratando de sonar serena, aguantándose las ganas de incordiarlo. El duque la encendía como leña seca solo con su actitud beligerante y transformaba un día armonioso de Ettie, en una batalla campal.

—No para quien lleva tanto tiempo tocando el piano —la hostigó con su tono mandón, de pie tras ella—. El concurso no le exige aprenderse la partitura de memoria, solo ejecutarla a la perfección. Para eso basta leer las notas y apretarlas con la secuencia y el tiempo correcto.

—Parece que «la perfección» es parte de su vocabulario, no es necesario ser tan «perfecto» —alegó lo que fuera, pero tuvo que disimular que la ponía nerviosa por la cercanía, su aroma envolviéndola, su voz inquietándola. Ettie ya no podía pasar por alto que él la desordenaba, que le atraía de un modo que no podía controlar.

—Sí, si desea ganar el premio. Los jueces son particularmente exigentes; sobre todo, lady Cumberland, y más con las *ladies* como usted que proceden de una familia donde tienen lujos y comodidades. Ella prefiere entregarle el monto de libras y el honor a una joven de cuna noble cuya familia haya caído en desgracia. —Su

voz era dura, como si le reclamara a Ettie por haber crecido con ventajas.

—¿Qué culpa tengo de que mi familia goce de buena economía?

—A los Cumberland y a los Richmond no les gustan los aristócratas que no viven de sus tierras, los que se dedican a hacer negocios como su hermano y como yo, piensan que ofenden las costumbres bien establecidas. —Richmond era el padre de lady Valery.

—¿Qué edad tiene, su excelencia? —Cambió de tema aún seria. Aunque la apariencia del hombre de ojos color miel, cabellos dorados y piel nívea, con mejillas sonrosadas y vibrantes, evocaba juventud, su actitud huraña lo asemejaba más a un viejo gruñón—. He escuchado que es joven, pero me cuesta creerlo. Solo sonríe con sarcasmo cuando pretende asestar un golpe a su contraparte, no por dicha o disfrute. Se comporta como un anciano. Hasta el maestro entrado en años de música se ríe con nosotras de vez en cuando, usted parece un general.

Hayden buscó mirarla de frente y casi la incinera con la mirada, pero como si aquella frase lo hiciera reflexionar desarrugó el entrecejo y se dignó a contestar.

—Veintiséis ahora, a inicios de febrero cumpliré veintisiete años. —Humedeció sus labios que lucieron más rojos y apetecibles.

Ettie se sermoneó mentalmente por obsesionarse con la boca del varón y trató de desviar su mirada. No le convenía que él percibiera su fascinación.

—Oh, yo cumpliré diecinueve en enero. No es tan viejo usted, aunque se comporta como si tuviese mil años. Un alma anciana — jugó con cierta coquetería para provocarlo, pero esta vez él no cayó.

—Cada uno es resultado de la vida que le tocó, si el maestro Hill estuviese parado en mis zapatos, tal vez ya no le quedarían ganas de sonreír. —Su tono fue reflexivo, como si las huellas de su pasado volvieran a su memoria.

Ettie no se doblegó ante la sombra de pesar que pasó como una ráfaga fugaz por el rostro del hombre.

—Se equivoca, Frederick le gana en ironía, y sé que no ha tenido una vida fácil tampoco, y sí que sabe disfrutar. —Ahora era ella quien pretendía dar una lección, y no de música.

—No sé si me agrada que conozca tanto a mis amigos, ni que, por el nexo con ambos, crea que tiene derecho a tratar de intimar con mi persona —se recuperó de la estocada y su tono fue más severo al recordar qué circunstancia lo llevó a esa cita clandestina con la dama—. Si le estoy enseñando es porque…

—Ya lo sé, por el trato, espero que cumpla su parte… —Lo cortó con tono enfadoso y no volvió a interrumpir la lección. Se puso a tocar, esforzándose al máximo, dando toda su atención a la música que producían sus dedos.

—Más lento… —la sermoneó cuando ella creía que lo estaba haciendo bien y entonces la boca sensual del duque ya no le pareció deseable, sino odiosa—. No es una carrera de caballos, no por mucho adelantar obtendrá la victoria. Respete los tiempos.

Ella le lanzó una mirada llena de irritación, pero decidió no protestar, estaba resuelta a demostrar que podía dominar la partitura. La repitió seis veces más hasta que la luz de la ventana que permanecía abierta ya era deficiente y no le permitía descifrar las notas en el papel.

—Encenderé el candelabro —sugirió ella, pero él la detuvo.

—La luz podría atraer a los curiosos.

—Dos salas nos separan de la puerta que da al pasillo.

—Continuaremos mañana. Es lo más sano para su vista.

Ettie lo miró escéptica, él no se comportó como si le importara demasiado la salud de ella, la fustigó como un jinete a un caballo purasangre en una carrera. Pero hizo los honores y comenzó a guardar la partitura y dejar en orden el lugar. Cerró la ventana y después se volteó de espaldas para que él se escabullera sin que ella

descubriera el sitio por el que abandonaba el recinto, como parte del acuerdo.

Cinco días consecutivos, Ettie y el duque se encontraron en el saloncito Vivaldi para practicar. La cara de fastidio del caballero seguía intacta, como si el descanso de cada noche no mermara el malhumor con el que enfrentaba el mundo. Ella, en cambio, llegaba siempre con una sonrisa, una que se desvanecía durante la lección al tener que lidiar con el improvisado maestro.

Ettie creía que mejoraba, sin embargo, de manera constante él la corregía, como si no notara que ella daba su mayor esfuerzo.

—No se detenga y vuelva a empezar cada vez que cometa un error, milady —demandó Valentine con tono huraño—. ¿Eso hará frente al jurado? Disimule su metedura de pata y avance, allí no le darán una segunda oportunidad.

Después de soportarlo durante casi una semana, su tolerancia ya estaba exigua también. Ella lo miró con ganas de lanzarse a su yugular, como leona furiosa, pero respiró profundo y continuó. Por momentos, mantener el ritmo y no cejar era agobiante, más cuando él la interrumpía para corregirle la posición de los dedos.

Tras varias repeticiones falló en la mejor de sus interpretaciones hasta el momento, y quiso tener una nueva oportunidad.

—Por favor, es un error de principiante. —El duque la amonestó enfadado ante otra falla—. ¡Concéntrese! Vivaldi resucitaría de nuevo solo para horrorizarse por su interpretación.

—¿El músico que solo usted conoce y la fundadora? —preguntó porque le dio curiosidad que la sala llevara el nombre de ese autor desconocido para ella.

—Sí, tampoco sé mucho al respecto, pero mi tía me contó algunas cosas, por ejemplo que se decía que la partitura era excepcional.

—Interesante.

—Ahora repita su interpretación una vez más, no estamos aquí para conversar —emitió con el entrecejo arrugado, empeñado en hacerle mejorar.

Henriette resopló como un caballo, sin importarle que fuera poco elegante, necesitaba desahogarse y seguir tratando de obtener un buen desempeño, antes de que se le durmieran los brazos por mantener la posición y el ritmo.

—¿Necesita que vuelva a tocar la pieza? —preguntó Hayden lleno de soberbia—. Ni siquiera la ejecutará completa, es solo un fragmento, y lo adecué para que no fracase frente a los jueces. Soy consciente de que el tiempo no es el óptimo, pero no le estoy pidiendo algo imposible. Confío en que, si se aplica y practica hasta desfallecer, como se espera de la ganadora del premio, pueda lograrlo.

—Por favor, ilústreme —arremetió con soberbia haciendo un ruido fuerte al correr el banco hacia atrás, para cederle el espacio.

Él la sermoneó con la mirada por el desplante, pero ocupó el lugar con propiedad y comenzó a demostrarle con maestría. Cuando Hayden tocaba el piano, su rostro se mudaba, como si un aura distinta lo poseyera.

—Acérquese para que pueda ver donde pongo los dedos, siéntese a mi lado, hay sitio para los dos. —Su voz entonces fue suave.

Ettie respiró despacio y después exhaló, mientras se sentaba junto a él, haciendo el esfuerzo de no rozarlo con su cuerpo, con su falda era inevitable. Ese hombre se estaba esforzando para que ella diera una excelente demostración que dejaría con la boca abierta a más de uno, incluida su madre, lo que la llevó a estirar su tolerancia hasta límites insostenibles —con algunas excepciones—.

Reconocía que él producía una música exquisita, una que conseguía transportarla más allá del sitio donde ambos estaban

encerrados. Era como un canto de sirena que logró embelesarla, se quedó embobada admirándolo.

Todo en el villano la dejó absorta, los movimientos de sus manos que danzaban sin cesar sobre las teclas del piano, los sonidos que producía el instrumento, que parecían provenir del paraíso; incluso, las arruguitas que se le hicieron en la frente al duque debido a la concentración…

—Listo —dijo Valentine tras golpear la última tecla en el final, volviéndose a su costado, demasiado rápido y encontrando a su contraparte en un cuadro que no creyó poder contemplar ni en un millón de años.

Ettie se incorporó de inmediato, enderezando el talle, y quitó la cara de idiota hipnotizada que mantuvo mientras lo observaba. Se recompuso lo más ágil que pudo, y carraspeó para alejar cualquier idea que el duque pudiese hacerse sobre su postura absorta por completo.

Los dos seguían en el mismo banco, se miraban a los ojos. Ella apurada por despistarlo. Él interesado.

—Bien, lo ha hecho muy bien. Me esforcé y atendí sin distraerme, me fijé en donde ponía cada dedo —disimuló su arrobamiento, pero el resultado de lo que dijo se escuchó menos inocente de lo que pareció resonar en su mente.

Un carraspeo le siguió a su audacia.

—Su turno. —Él le devolvió una mirada llena de intriga.

—¿Se quedará en el banco?

—Sí, quiero ver dónde pondrá los dedos.

—Solo no me ladre en el oído si me equivoco o me dejará sorda.

—Lo tendré en cuenta —reconvino irónico, ella no podía renunciar a fustigarlo.

Cada día la entendía más. Ettie era un corazón alegre, pero rebelde a la vez. En la mañana, ella era como una luz radiante, sonriente; sin embargo, él era el detonador de su malhumor. ¿Y cómo lo enfrentaba Ettie? Disfrazaba su enfado de sarcasmo para que Valentine no le enturbiase la jornada.

Con la nariz en lo alto, Ettie enderezó el talle y colocó las manos en posición tras acomodar la partitura. Inspiró profundo y comenzó a tocar intentando que la cercanía del hombre que emanaba un olor varonil y un calor reconfortante no la distrajera. Puso todo su empeño, y trató de ejecutar la pieza con la mayor precisión, sin errar en los movimientos, soltó un suspiro al llegar al final.

Entonces descubrió que, la mirada de Hayden la envolvía como una manta de lana. Ettie sintió que el calor le entibiaba el alma y desvió sus ojos hacia otro lado para romper el contacto. Él notó que las mejillas de la muchacha se encendieron ante la fuerza de sus pupilas demandantes.

Parecía que el caballero también sufría los efectos del hechizo. Ettie culpó a la música, la pieza debía de tener algún conjuro que dejaba fascinado a los que la escuchaban. Incluso Ogro Gruñón se quedó encandilado cuando ella logró tocarla.

Con la expresión deslumbrada del maestro, Ettie esperaba al menos una felicitación por su esfuerzo, lo había dejado todo. Tenía los brazos cansados y los dedos a nada de quedar entumecidos.

—Si sigue practicando podrá conseguirlo —dijo Hayden ante la expresión de Ettie que cambió de ruborizada y medio esperanzada a decepcionada—. Por hoy es suficiente, tenga un merecido descanso. No olvide cerrar la ventana antes de abandonar el recinto.

Y sin mediar más palabras, el caballero se dispuso a marcharse como espoleado por una maldición ante la cara de Ettie, que de la decepción pasó al asombro. Cerró la tapa del teclado. Se cubrió los ojos para que el duque se fuera y ella no descubriera la puerta secreta, tal y como habían acordado. Desconcertada, exhaló sobrecogida.

Con él experimentaba todo tipo de emociones. Eso era indiscutible.

¡¿Qué demonios estaba mal con ese hombre?!

Cuando sus manos abandonaron sus ojos y se puso de pie, su asombro escaló a proporciones gigantescas al dar una media vuelta.

Se embebió de la imagen de él respirando agitado, con el pecho subiendo y bajando. Por una extraña razón continuaba allí, mirándola de una forma que le provocó el latir acelerado de su corazón. Y antes de poder asimilar que el duque no había abandonado la estancia, él la tomó del talle y sin pedirle permiso estampó sus arrogantes labios sobre los suyos.

«¡Dios mío! ¡Dios mío!», pensó sin rechazarlo.

El cuerpo completo de Ettie quedó a merced del influjo masculino, como si el hechizo de la música aún continuara dominándola, o dominándolos a los dos… Porque el duque parecía subyugado por el mismo embrujo…

—Por Dios qué delicioso sabes… ¿Qué es? —indagó él sobre su boca, entre respiraciones entrecortadas y profundas y deliciosas succiones, que a ella la sumían en una embriagadora caída, como un viaje tentador al infierno disfrazado de paraíso—. ¿Miel? Me resulta familiar, pero es más sutil, más embriagador, más inolvidable… No me lo saco de la cabeza.

No, no se lo sacaba de la cabeza desde que sus labios se rozaron de manera «accidental».

—Es…

Valentine no la dejó contestar. Atacó de nuevo, degustando sus labios con vehemencia.

Ettie estaba tan ebria de gozo que continuó en la nebulosa de deseo, ciega a las consecuencias. Esa boca carnosa, ese contacto… No se asemejaba a nada conocido en el pasado. La forma de besar de él era tibia al principio y más ardiente cuando el canalla le devoró los labios con un fervor que lastimaba y la arrebataba a la vez,

dejándola delirante, hambrienta y anhelante de obtener más de ese brebaje que le dejaba las piernas temblorosas y los latidos desbocados.

Su respiración oscilaba agitada y todo su cuerpo solo obedecía a las intenciones del hombre, como si él poseyese una fuerza sobrenatural para robarle su voluntad.

Ettie fue más osada, ya no quiso pensar, ni buscar explicaciones, ni preguntarse si permitir que la besara así, de esa manera tan salvaje era impúdico. Se aferró a la espalda del hombre, enterró sus dedos en la tela de la chaqueta hasta sentir la dureza de sus músculos y también lo besó. Nadie la había preparado para vivir tal emoción, pero su cuerpo tomó el control y la guio para responderle al varón con el mismo brío, con el mismo apetito, hasta que la furia del beso y la entrega de la muchacha dejó al villano sin aliento…

La tomó por la nuca para separarla de sus labios, y la miró lleno de un cúmulo de sentimientos…

—Esto es una equivocación —se atrevió a pronunciar con la voz ronca, rozándola con su aliento—. Eres la prometida de... No puedo traicionarlo.

Ella pensaba lo mismo, pero no por idénticas razones. Nada la ataba a Edward. Odió que él tuviese el valor de pronunciar en voz alta que besarla era un error.

—Tengo que irme. No creo que me necesite para seguir practicando, si hace las repeticiones diarias acordadas lo logrará —soltó Valentine impulsivo, con los labios gruesos hinchados y abandonó el cuerpo de Ettie, que se quedó desolado al dejar de sentirlo quemando su piel, incluso por encima de la ropa.

Ella aguantó la respiración y cerró los ojos mientras, en su mente, contaba hasta diez para darle tiempo a desaparecer…

—Hayden —susurró apenas audible cuando se descubrió completamente sola. Se llevó las manos al pecho e intentó acompasar y calmar el arrebato de su corazón, lo que se volvió

imposible… Masculló una maldición, reclamando por su escaso autocontrol frente al villano y trató de culparlo, como si él fuese el único responsable de su rendición y, por ende, del frenesí que aún la hacía arder—: ¡Endemoniado Ogro Gruñón!

15

Mientras sus pasos veloces y cargados de rabia retumbaban en los corredores secretos tras los muros que separaban el pasadizo de las áreas comunes de la escuela, Valentine ardía de furia. Primero, por traicionar a su amigo, criticaba a los que rompían una amistad verdadera por no controlar los apetitos carnales. Segundo, porque el dolor que sentía en la boca del estómago, en sus costillas y en sus entrañas le develaba que no eran naturales y crudos «apetitos de hombre».

Lady Henriette le atraía y aceptarlo de una maldita vez, al menos le daría la certeza de buscar el camino para solucionar el problema en que se había metido. Él no era estúpido, sabía que encerrarse con lady Henriette en el más absoluto secretismo, a escondidas del resto del mundo, haría emerger emociones, removería esa parte de su humanidad que, con toda intención, empujaba una y otra vez hasta el fondo de su alma. Pero ella poseía las virtudes, el atractivo y los dones específicos para despertar al macho alfa que traía sepultado muy adentro.

En ese instante, mientras huía de lo que pudo ocurrir si no frenaba, se sentía como un león dispuesto enfrentarse a otro por la hembra. Tan primitivo que le asustaba.

—Oh, por Dios, es mi sangre, mi maldita sangre impura, entremezclada con trazas de traición —soltó en una exhalación.

Quizás fue una idiotez concentrarse tanto en los negocios, en la escuela, y olvidarse de satisfacer sus necesidades carnales. Se sentía como una copa donde el vino que adormecía sus instintos más

básicos había rebosado, provocando no solo que el vino se derramara, sino que el caos se adueñara de su vida.

El pasadizo lo condujo a su estudio, y envuelto en una nebulosa, tomó su abrigo y se dispuso a dejar la escuela. No la pisaría nunca más, ahí yacía la raíz de todos sus males. Debía retomar sus planes y deshacerse de una maldita vez de English Roses School.

En su huida, a la altura del recibidor se tropezó con la señorita Langley y no dudó en tomarla por la muñeca.

—Usted viene conmigo —ordenó de manera atropellada, logrando preocuparla.

—¿Sucede algo? ¿Está bien? —Le devolvió una mirada extrañada.

—¡Al carruaje! ¡Ahora! —gritó y fue una suerte que no hubiese testigos.

—Dé-jeme al me-nos ir por mi ridículo y mi abri-go —balbuceó sin salir de su asombro.

La señorita Langley abrió aún más los ojos para demostrar su sorpresa cuando el duque se quitó el grueso abrigo negro y la cubrió para no oír más sus requerimientos. Exigía obediencia inmediata y la joven no tuvo más alternativa que seguirlo.

Cuando estuvieron juntos en el carruaje, sentados uno enfrente del otro, se contemplaron largamente. La expresión de ella era de intriga, la del varón era de tormento, de furia, de rechazo, pero cada emoción iba dirigida hacia sí mismo.

Valentine abandonó su asiento y se lanzó al abrazo de la señorita Langley que no tardó en recibirlo, con un afecto que se notó en su semblante pesaroso ante el vacío y la inquietud de no saber qué estaba sucediendo, ni por qué el caballero estaba en tal estado.

—¿Qué ocurre, Valentine? —preguntó poniéndole una mano en la mejilla.

—Tú eres mi consuelo, mi refugio y me niego a que sigas sin ocupar el lugar que te pertenece a mi lado, en Hayden House.

—¿Has perdido la cabeza?

—Sin mi tía en casa no tengo a nadie más a quien pueda mirar a los ojos y verme reflejado en ellos. ¿Por qué tenemos que alargar el silencio? A ella le importaba el qué dirán y nos hizo guardar el secreto. No fui parte de esa decisión.

—Valentine, pero ya se hizo, y no hay modo de cambiarlo mágicamente.

El abrazo cálido se extendió entre ellos, con afecto profundo, hasta que él decidió soltarla. Sentado uno al lado del otro, con las manos tomadas, sintieron el carruaje llegar a su destino en Grosvenor Street, cerca de Grosvenor Square. Y, ante la invitación de él, para que descendieran y entraran por la puerta principal a Hayden House ella negó.

—Es mi decisión volver a la escuela, a donde pertenezco. Apéate y entra en tu casa. Si de verdad me aprecias, no me obligues a enfrentar algo para lo que no estoy preparada.

—¿Por qué tuvo que ser así? Todo sería tan diferente —se lamentó y ella negó, tampoco sabía la razón.

—Y a pesar de las consecuencias… ¿No me odias?

Entonces fue él quien negó.

—Estás loca si lo crees una posibilidad. ¿Por qué lo haría si eres lo único que me queda? Jamás he alojado en mi pecho ningún sentimiento negativo hacia ti…

—¿Ni siquiera rencor?

—No. Te quiero, Bonnie. Siempre te lo he dicho, te quiero.

—Y yo también.

Valentine sintió un apretoncito sobre su mano.

—A veces pienso que sería más fácil mi vida si nada nos mantuviera alejados.

—¿Me vas a decir qué te sucede, Valentine? Porque te conozco, y algo te pasa.

La miró pensativo. Sus labios temblaron ante la necesidad de contarle qué lo llevó a casi raptarla. Pero creyó que podía resolverlo sin pasarle parte de la carga que lo abrumaba. Aún tenía que adentrarse más en el río caudaloso de sus emociones desbordadas, saber si lo que sentía por Henriette era irrevocable o producto de un apetito pasajero.

—Cuando ganaste el Premio Cumberland tuviste un ramillete frondoso de solteros a tus pies… Bonnie, ¿por qué no te casaste?

—¿Por qué aceptaría a un caballero que solo ha volteado hacia mí tras enterarse de que he recibido una suma cuantiosa que me servirá como dote? Soy libre, y con ese dinero a buen recaudo puedo hacer lo que me plazca.

—El dinero jamás ha sido un problema para ti. Nunca te abandonaré.

—Pero no quiero depender. Tengo aspiraciones. En la escuela tengo una carrera, planeo seguir esforzándome y llegar a puestos de más responsabilidad.

—Te repito que no lo necesitas. Estoy para ti.

—E insisto en que puedo valerme por mí misma, prueba de ello es que gané el concurso. ¿No crees?

—Por supuesto. —Valentine no pudo rebatirle ni encontrar otras razones para sostener su punto. Tampoco le dijo que ese año Bonnie ganaría, así no hubiese sido excelente en cada reto, su tía no habría permitido lo contrario. Pero ella le facilitó el trabajo. Era muy persistente, estudiosa y aplicada, y lograba lo que se proponía, como obtener el Premio Cumberland.

Tras despedirse, ella le devolvió el abrigo. Valentine bajó del carruaje y le ordenó al cochero que llevara a la señorita Langley de

vuelta a la escuela.

16

Aquella mañana lluviosa, todas las tareas parecían gigantes, pero Ettie cumplió cada una con rapidez. Con tal de que la jornada transcurriera veloz y llegara el mediodía estaba dispuesta a correr.

Tras el almuerzo podría liberarse para dedicarle el resto de la tarde a la práctica de su número musical. Ya no sabía qué la motivaba más, si esmerarse para ganar el premio o acudir al saloncito Vivaldi y descubrir si las amenazas del duque eran ciertas.

¿Él iba a abandonar el trato?, se preguntaba, cuando Emily Grant se detuvo frente a ella, Charlotte no tardó en llegar y unírseles.

—¿No vas a ensayar tu presentación al piano, Ettie? —preguntó Emily con una pícara sonrisa.

Ella palideció. ¿Sabría? ¿Alguien los vio juntos en un descuido por parte del duque o el propio? Los cotilleos en la escuela estaban a la orden del día, aunque la dirección se empeñara en disimular que esas prácticas también eran del agrado de las «distinguidas» y jóvenes damas que estudiaban allí.

Su interior comenzó a desmoronarse con la misma fuerza que la lluvia pegaba contra las ventanas.

—Sí, justo a eso iba… —soltó lo que sea, mientras veía cómo indagar más y buscar una justificación creíble para salvar su reputación. Emily y Charlotte en realidad no le preocupaban, confiaba en que podrían guardarle el secreto. ¿Pero el chisme era de conocimiento solo de aquellas dos o la fuente ya había alertado a media matrícula de la escuela?

—¿Y por qué vas en dirección contraria al salón de música? —continuó Emily con la misma pícara risita, que hizo a Ettie enarcar una ceja.

Iba a explicarle cómo la arpía de la señora Sable se las arregló para boicotear sus prácticas, negando a poner su nombre en la lista de los horarios, con excusas inverosímiles. Aunque esto último, seguro era de dominio de toda la escuela. Y, también, deseaba comentarle cómo el viejo piano de la sala Vivaldi se convirtió en su tabla de salvación. Sin embargo, el duque le tapó la boca al exigirle mantener el secreto. Suspiró lidiando con tal conflicto interior, odiaba tener que mentirles a Emily y Charlotte, eran las personas que más le agradaban de aquellas con las que convivía a diario.

Decidió no soltar ni una palabra al respecto hasta cerciorarse de que sus supuestos eran acertados. Quizás la delataban sus propios nervios o el sentimiento de culpa por saber que encontrarse a solas con un hombre no era apropiado —por los motivos que fueran—. Suspiró y acto seguido se llenó los pulmones para intentar responder.

—Yo… Este… —titubeó.

—Eres la siguiente en la lista, vi tu nombre justo antes de venir para acá —intervino lady Charlotte Moray.

—¿Segura? —Ettie tuvo que preguntar. Hasta dónde sabía, la bruja se encargó de que su nombre nunca pudiese estar en la lista.

Sintió cierto alivio cuando las palabras de Charlotte le dieron tranquilidad, tal parecía que su atrevimiento de encerrarse a practicar el piano nada más y nada menos que con el dueño de la escuela, aún no era de dominio «público». Sabiéndolo las alumnas, sus intrigantes madres no tardarían en diseminarlo en los círculos más selectos. Su familia se sentiría tan decepcionada. Tantas cosas pasaron por su cabeza.

—Charlotte habló con el maestro de música. Se nos hizo muy injusto que lady Valery Belcher tuviese tantas oportunidades de

practicar y tú ninguna —argumentó Emily con una sonrisa amable y cómplice que dirigió hacia su inseparable amiga.

«Oh, era eso», pensó Ettie mientras sentía que le volvía el alma al cuerpo. Ya veía su propia ruina caer como un rayo sobre su cabeza.

—¿Y el señor Hill revocó lo dispuesto por la señora Sable? —averiguó tratando de centrarse en el tema que se discutía. No podía creerlo. ¿Su nombre en la lista? Jamás había ganado una batalla frente a Sable, menos si dependía de la benevolencia o intervención de la directora. Pero el señor Hill era un buen maestro, solo que estaba muy mayor y la señora Sable lograba manipularlo.

—La arpía desalmada de Sable hizo un drama digno de la pluma de William Shakespeare ante el señor Hill. Se excusó alegando que no se había dado cuenta del «error», que jamás fue su intención dejarte fuera. —Charlotte la puso en contexto con su singular sentido del humor—. Así que tu nombre no solo aparece en el horario de ahora al mediodía, tendrás varias oportunidades de practicar y el maestro podrá corregirte si fallas.

—Mi problema es el tiempo —admitió Ettie casi feliz después de armarse toda una historia en la cabeza. Por alguna extraña razón no podía ser enteramente dichosa por tener a su disposición el gran piano del salón de música. No quería asumir que añoraba a su déspota y particular profesor.

Rechazar las ventajas de ser asesorada por el mismo maestro que enseñó al dueño de la escuela, quien era un virtuoso más que comprobado de la música, sería una soberana idiotez. Le convenía la guía y la supervisión del señor Hill, le ayudaría a corregir algunos detalles que aún no dominaba, más ahora que el duque la había abandonado.

¿Qué era más conveniente? ¿La seguridad de la enseñanza del señor Hill o la inminente decepción de encontrar el salón Vivaldi vacío? Porque lo más probable era que Hayden no acudiese a cumplir su parte del pacto: ayudarla a ganar el Reto de Música de

manera limpia. Ella estaba esforzándose al máximo en cada práctica. Mas el beso lo cambió todo.

Un ramalazo de dolor la atravesó por dentro y trató de disimular su afección. «¿Qué me está sucediendo? ¿Me estaré enamorando? Pero, ¿por qué de él? Ni siquiera ha iniciado la temporada y me estoy quedando con el más feo del baile, el peor partido de Londres», pensó y dio un respingo, debido a que ella sabía que Hayden era todo menos eso, todo menos horrible y pésimo candidato.

Sin embargo, ¿cómo reconocería el amor? Jamás lo había experimentado.

—No hay nada que no puedas dominar si te esfuerzas. ¿No crees? —La voz de Charlotte animándola sacó a Ettie de sus reflexiones—. Ettie, te has quedado en blanco.

—Lo siento, yo… Iré a practicar.

Sin hundirse más en sus cavilaciones, se encaminó al salón de música, donde el maestro ya debería estar esperándola. Era la elección más sensata; además, sus amigas habían enfrentado a la arpía para defenderla. Debía corresponderles.

Emily y Charlotte no dudaron en acompañarla, así que se enterarían de que había cambiado la pieza que ejecutaría. A Ettie no le importaba, tampoco era un secreto, aunque jamás revelaría el origen de tal modificación.

En cuanto atravesó el umbral del salón de música donde el gran piano se situaba en el centro del espacio, notó algo raro. El afinador de pianos estaba ahí, y tenía sus manos metidas entre las cuerdas. Una caja de hierro permanecía abierta mostrando llaves, calibradores y pequeños martillos. Ella se llevó las manos a la cabeza. ¿Cuánto tardaría el hombre? ¿Justo en su turno era necesario que diera mantenimiento?

Ettie se acercó despacio e inquirió con suavidad.

—¿Falta mucho tiempo? He venido a ocupar mi turno.

Y antes de que continuara y expusiera más dudas, sobre todo si los dedos iban en las negras o las blancas, en una línea de la partitura en particular, la expresión de frustración del señor Hill la hizo tragarse sus preguntas.

—No lo sabemos. El piano se desafinó —le explicó el maestro—. Estaba perfecto, podría ser la lluvia. Algunas cuerdas se aflojaron tanto que el sonido se escucha demasiado bajo. Nuestro buen amigo, acudió presto a mi llamado. No creo que tarde más de una hora. La humedad es nefasta para las cuerdas.

Ettie con la partitura en la mano también se frustró.

—Con todo respeto, mi eminente profesor, discreparé esta vez de su buen juicio —objetó el afinador que desde hacía años les ayudaba, mientras comprobaba la tensión de cada cuerda—. Si la madera se hubiese hinchado tan rápido, más cuerdas estuvieran flojas.

—Entonces puede deberse al uso que se le ha dado en las últimas semanas. El gran piano tiene todos sus horarios cubiertos, la mayoría de las señoritas lo eligieron para su Reto de Música —arguyó confiado el señor Hill.

Las tres jóvenes ahí presentes se observaron al mismo tiempo con ciertos recelos. Se entendieron con una mirada. Tenían una sospechosa. ¿Estaría tan demente o resentida la señora Sable como para destensar algunas cuerdas y quién sabía qué más, a propósito, para sabotear la práctica de Ettie? Para esta última el motivo de tamaña inquina era un misterio, uno que no dejaría sin resolver.

—Pero Emily y yo lo tocamos, antes del almuerzo y, según usted, maestro, se escuchaba perfecto. —Charlotte no se guardó lo que pensaba. Ellas harían un dueto al piano. Les habían advertido que, si una fallaba en alcanzar una nota, ambas sufrirían las consecuencias, pero confiaban la una en la otra. Prácticamente crecieron juntas, porque vivían muy cerca cuando eran niñas, y tomaban todas las clases en la casa de la hija del marqués.

El profesor se rascó la cabeza también sin explicarse la inmediatez del percance.

—Sugiero que se deje al piano descansar el resto de la tarde. Así puedo ocuparme con tranquilidad de que mañana esté como nuevo —aconsejó el afinador apretando una clavija. Emily y Charlotte suspiraron llenas de impaciencia, después de todo lo que hicieron para que Ettie tuviese su oportunidad—. Creo que será suficiente con un mantenimiento de rutina, no veo piezas desgastadas o rotas. Peor sería que tuviésemos para cambiar cuerdas o martillos, la tardanza sería mayor.

—En ese caso si no hay nada que hacer me retiro. Gracias a las dos —les dijo Ettie tratando de infundirles ánimo con una sonrisa.

—Mañana no estás en la lista, pero sí pasado mañana. —Charlotte no era de las que se daban por vencidas muy rápido, Emily tampoco.

Eventualmente, Ettie debía confesarles la verdad sobre su práctica con el duque para que dejaran de estar angustiadas por ella. Tenía que encontrar las palabras para hacerlo, sin que su situación se escuchara tan comprometedora.

Cuando se quedó a solas, se dirigió con suma discreción al saloncito Vivaldi, ya no importaba si Hayden había acudido a la cita o no. A Ettie se le hizo muy tarde, el duque ya se habría retirado —en caso de asistir—. Tal vez era mejor así, quedarse con la intriga y no saber la decisión tomada por él.

Tras entrar a la estancia y cerrar bien la puerta, sus pasos la llevaron a dónde confinaron el viejo instrumento olvidado por casi todos, excepto, ellos y su complicidad.

La sonata para piano *Claro de luna* de Beethoven se le coló dentro sin previo aviso, con una nostalgia similar a la que usaba el músico que la interpretaba. Una oscuridad envolvente y un dolor palpitante amenazó con apoderarse de su alma pura.

Valentine la miró a los ojos sin dejar de tocar. Ella lo observó paralizada, embrujada, o podría decirse ¿sintiendo los primeros

pinchazos de las espinas de esa rosa embriagadora, conocida por algunos con el nombre de «amor»?

17



Los dedos de Valentine se detuvieron lentamente sobre las teclas, y sus carnosos labios entreabiertos contuvieron un suspiro, una acción que le costó bastante. Se puso de pie en el acto y con un gesto le dio la bienvenida. Con una expresión indescifrable se aproximó a la ventana, para abrirla hasta la mitad, permitiendo que una exigua luz les permitiera contemplarse.

Tras regresar al banco en el piano, se hizo a su derecha, dejándole un sitio a su lado para que Ettie lo ocupase.

—Acérquese y observe con atención. Tome notas en su mente de la posición de los dedos, del tiempo, del ritmo…

Ettie obedeció en el acto, sin externar todas las interrogantes que palpitaban en su pecho, y tragándose la emoción que la desbordaba por volver a encontrarlo ahí.

Valentine se despojó de la chaqueta con un gesto despreocupado y la dejó caer sobre el regazo de Ettie. La tela, aún impregnada de su aroma y su calor, pareció fundirse entre los dedos temblorosos de la dama, que la aferró casi sin darse cuenta.

Con movimientos pausados, el dobló las mangas de su camisa hasta la mitad de los brazos, revelando la piel salpicada de escasos vellos rubios, bajo los tenues rayos de sol que se colaban por la ventana. Ettie no apartó la vista ni un instante.

Con una exhalación, Valentine trató de acomodar su desordenado cabello rubio, domándolo apenas, antes de posar los dedos de la mano derecha sobre el piano. Las primeras notas emergieron como un susurro del viento, y cuando la música cobró

vida, su otra mano acudió al encuentro de las teclas, armonizando la melodía con el ritmo de su pecho al subir y bajar mientras respiraba.

El duque cerró los ojos… Las notas de *Romeo y Julieta* invadían la estancia, interpretadas con tal maestría que convertían el saloncito Vivaldi en un santuario privado y a Ettie en la única espectadora de tan sublime gala. El virtuoso varón, bajo el influjo de la música ya no parecía un ogro, sino un ángel. No necesitaba la partitura, su prodigiosa memoria era capaz de reproducir con exactitud lo que estaba escrito en el papel. Era una clase maestra y ella debía absorber todo lo que pudiese, más que una lección era la demostración de la perfección a la que Ettie debía aspirar si deseaba ganar el Premio Cumberland.

Los ojos de Valentine se abrieron y lejos de mirar la partitura o el teclado, se posaron en Ettie, dejándola a propósito muy desconcertada. Él pudo percibirlo y celebró para sus adentros, con una descarada sonrisa, que apenas afloró, el deseo que ella iba experimentando.

El calor de la prenda sobre las piernas de la dama, la envolvía como una caricia invisible, pero la verdadera llama que la calentó por completo procedía de contemplar esos dedos largos y fuertes que apretaban, danzaban, huían y regresaban sobre las teclas en un vaivén hipnótico. Un sofoco desconocido la invadió y tuvo que aferrarse a la compostura para no sucumbir a la tentación de ir al encuentro de las manos del duque. Se exigió reprimir la súplica que imploraba salir de sus labios, no podía rogarle a Hayden que la tocara con la misma pasión que acariciaba el piano.

Cuando la música cesó, ambos respiraban entrecortadamente… Él ya no quería ocultar que la deseaba, justo en ese momento. Ya no estaba dispuesto a disimular, menos a reprimirse, ella no era tan inocente si había elegido encerrarse sin testigos con Ogro Gruñón.

Se miraron a los ojos y sintieron que estaban a punto de abrazarse. Él estaba dispuesto a envolverla, a ofrecerle refugio en su cálido pecho… En este instante su piel la necesitaba tanto como respirar.

Y ella reaccionó como una avecilla asustada antes las fauces de un gato con más experiencia. Los nervios la traicionaron y dijo lo que fuera para romper la tensión que amenazaba con hacerla desfallecer.

—Pensé que usted no vendría más, excelencia. Creo que ahora es mi turno, trataré de tocar lo mejor posible. Tome su chaqueta, ¿podría observarme desde la silla? Habiendo tantos asientos no es necesario que estemos tan apretados. Hace calor —dijo lady Henriette cortando la intimidad que fluyó entre ambos de un tajo, sin mirarlo de nuevo a los ojos.

A él le molestó el comentario y más el desdén que desplegaba Ettie sin nada de clemencia, pero abandonó el banco y continuó observándola de pie. Hubiese preferido imaginar que, como él, ella también anheló el encuentro. Sin embargo, ya dudaba de los sentimientos de la joven mujer.

Valentine apretó los puños para descargar su ira ante el rechazo, pero no se conformó, la estudió sin prisas. No era un novato en el arte de seducir, y su instinto le aseguraba que ella lo deseaba con la misma fuerza que él, aunque su soberbia boca se empeñaba en castigarlo. ¿Habría malinterpretado las señales?

Era un hombre seguro, pero ella lo hizo titubear.

Si Valentine supiera que la dama era magnífica disimulando, y que por dentro le estaba rogando a su corazón que no latiera tan fuerte o quedaría en completa evidencia, el varón habría sentido un inmenso alivio.

—También pensé dejarla a su suerte, pero soy un hombre de palabra y tenemos un trato. No pienso deshonrarlo o usted haría una pésima interpretación de *Romeo y Julieta*. No puedo permitir que lo arruine. Menos en público —espetó con rectitud, tratando de acorazar su pecho para no dejar entrever su necesidad.

—Me sorprende su honorabilidad —agregó sin tapujos y él apretó los dientes, fastidiado por el aguijonazo—. Tuve mis dudas. Parecía muy decidido a romper nuestra alianza.

—Soy un caballero, no faltaré a un juramento. —Se puso tan serio que hasta se sintió incómodo. Por un instante, se reprochó por estar ahí. Era la prometida de Edward, quizás solo se imaginaba esa chispa entre los dos. Era funesto, vil, tan bajo… No solo sentía unos apetitos carnales y desbordados por la futura esposa de su amigo, sino que pretendía robársela de manera furtiva.

Él no solía sentir culpa, pero apreciaba a Edward, así que ese sentimiento se instaló en su pecho haciéndolo sentir miserable. Solo la presencia de ella, con esa gracia cautivadora que lo tenía hechizado, lo levantaba del suelo y lo impulsaba a luchar, desde las sombras.

—Tampoco hizo la promesa de ayudarme con mi pieza. Si deja de venir, no lo condenaré y no revelaré sus secretos, ni lo del pasadizo, ni… —Ettie no pudo continuar. Tragó en seco—. También tengo principios.

—Jamás pondría sus principios en tela de juicio —develó con una certeza que nadie se atrevería a rebatir.

Ambos se referían al beso… A los besos. La vio suspirar aliviada.

—¿No tiene la peor opinión sobre mí por sucumbir ante la tentación de…? —De nuevo, Ettie no pudo concluir la frase, se sonrojó un poco.

—Aunque sea la prometida de mi amigo, no voy a juzgarla por… —Apenas sonrió con la mirada tras suspirar. Ni siquiera se dio cuenta de que ahora suspiraba cuando conversaba con una dama—. La situación ha sido tensa, complicada para los dos. La absuelvo sin reservas. Incluso es más difícil porque lo eligió a él. Las circunstancias son delicadas. Por Dios, si hay un ser desleal entre los dos ese soy yo. Me siento terrible, y pensé que sería imposible tener remordimientos de este tipo por besar a una mujer, a una mujer que deseo, porque yo la deseo, Henriette... No puedo dormir, no puedo comer por las ganas tan intensas que siento de tenerla… Sé que es prohibida porque usted es una dama y no sucumbirá ante un

hombre que no le ha ofrecido nada. Y sé, que menos lo hará porque Edward, su prometido, es uno de mis mejores amigos.

—Él no… —Quiso reiterarle que no estaban comprometidos, Edward solo le «hacía supuestamente la corte», aunque era una fachada. Hayden tan turbado decidió dar el noviazgo por válido.

—Déjeme terminar, se lo ruego —interrumpió. El labio superior de Valentine tembló, no sabía qué lo tensaba más si desnudar su corazón al hablar con la verdad o mantenerse despegado de la boca de Henriette. Se veía tan hermosa, con aquel leve rubor tintando sus mejillas.

Ettie seguía afectada, escuchándolo con total atención. Quería explicarse, aclarar el malentendido, pero él se veía decidido a continuar.

—Quiero disculparme por besarla, no volveré a tomar la iniciativa, aunque tenga que recurrir a todo mi autocontrol. —Valentine tensó la mandíbula. Iba a pronunciar las letales palabras: «No ocurrirá otra vez». Sin embargo, la miró a los ojos y su lengua lo traicionó—: Pero si usted me besa primero, no pondré resistencia.

El hombre puso sus ojos en blanco y apretó los puños, al ser consciente de su debilidad.

La joven se sonrojó aún más, se notaba que quería evadir, cambiar de tema, dar marcha atrás, escapar... Eso a Valentine lo destrozó…

Era un canalla. No había pedido su mano, y la tentaba de todas las formas indecorosas que su mente podía idear. Y, encima, la hacía caminar sobre la cuerda floja. Un paso en falso y ella no solo perdería a un «prometido» honorable, sino que se arruinaría por completo.

Al comprobar su estado, que ella se veía tan turbada como él, Valentine se sintió alentado. Y acto seguido se recriminó en su mente por sentir alegría al notar que la prometida de Edward experimentaba cierta atracción hacia él.

Ya no tuvo más dudas, aunque ella intentaba alejarlo, él sabía que el interés era mutuo. No podía culparla por desconfiar, Valentine no tenía un corazón que ofrecerle, solo las llamas de su cuerpo ardiendo.

—Su excelencia, encontré que su título deriva del inglés antiguo, y significa *valle de heno*. Interesante, ¿no cree? Se esperaría que el portador fuese alguien más sereno, como un hermoso paisaje rural.

Él tuvo que contenerse para no curvar con cinismo sus labios. Lady Henriette no dio marcha atrás, ni escapó, eligió cambiar de tema. Y, además, abordó la tensa situación como mejor sabía hacerlo, provocándolo, llevándole la contraria, recordándole que eran enemigos.

Increíble salida. Para él la afrenta era una invitación. ¿Por qué su desafío le producía cosquillas por dentro y lo incitaba a darle batalla?

Ella era capaz de buscar el origen hasta de su título con tal de tener argumentos para replicarle cuando se enzarzaran en una discusión. Se preguntó si tenía oculta una libreta llena de anotaciones para contender contra él.

—Creo que no consultó el libro oportuno. El significado depende de donde encuentre la raíz de la palabra, si en el inglés antiguo o en el galés, y prefiero quedarme con el segundo. —Valentine estaba secretamente divertido. Esta vez, Henriette no lo espoleó mientras él tenía la guardia baja, estaba muy preparado para su ofensiva, así que eligió tomar la afrenta como un cumplido.

—Quiere darse importancia —lo retó arrugando la frente—. ¿Cuál es el significado galés? Explíayese.

—*Valle de fuego.* —Enarcó una ceja y satisfizo la curiosidad de la joven.

—En ese caso creo que sí le hace justicia —concedió y comenzó a acomodar la partitura para tener su oportunidad de tocar. Y con la misma calma arremetió contra el hombre—: Usted sí que es un *valle*

de fuego. A menudo parece un incendio a punto de descontrolarse y arrasar con un pastizal o la villa aledaña entera. De todos modos, no sé si creerle acerca del significado galés. Quizás solo pretende impresionarme.

Las primeras notas de *Romeo y Julieta* en manos de Ettie comenzaron a escucharse.

—La biblioteca está cerca y conozco un pasaje que nos permitirá llegar rápido hasta el libro y sin que nadie nos vea —dijo sin quitar la vista de las teclas que oportunamente apretaban los dedos de Henriette. Ni un solo fallo. No obstante, no supo qué se apoderó de él cuando soltó esas palabras. En la expresión interesada de ella comprendió que era tarde para retractarse. ¿No se suponía que estaban ahí para practicar? Pero, no se perdería de mucho por distraerse un rato, ella aprendía rápido.

—¿Me está invitando a ir por uno de esos secretos pasajes?

Se veía tan atractiva cuando el brillo de la curiosidad y el entusiasmo titiló en sus ojos, Valentine no pudo negarse. Le extendió la mano.

—Si no le parece una locura. Prometo tratarla con respeto. —Afloró el caballero en él. Por un minuto y algo más, se olvidó que era la prometida de su amigo—. Y le aseguro que…

—No me besará, salvo que yo tome la iniciativa —le robó la palabra, aunque no era exactamente lo que él iba a decir.

Sin embargo, Valentine no rebatió su planteamiento, le pareció mejor que lo que él tenía que ofrecer.

Cuando la mano de Henriette se posó sobre la suya, sintió un ramalazo en el estómago que lo infundió de energía. La sujetó fuerte y ella tuvo que mirarlo a los ojos.

—Sígame —invitó el varón tras guiñarle un ojo de modo atrevido.

Valentine tocó una manija oculta en el lateral de una de las estanterías a las espaldas del piano y esta se abrió como si fuese

una puerta, sin hacer ruido. Los ingenieros que diseñaron los pasadizos pensaron en todo. Tras cerrar la entrada escondida, iniciaron juntos la marcha por el interior del pasaje, aún no le soltaba la mano. Estaba oscuro, y así evitaba que la joven tropezara y pudiera caer. Él no tardó en encender una antorcha de la que conocía su ubicación.

—Tratemos de no hacer ruido —susurró—. Las paredes son gruesas, pero si del otro lado escuchan sonidos pensarán que estamos infestados de ratas.

—¿Y eso sería un duro golpe para su reputación? —jugó, comenzó a parecerle divertido, su cara lo reflejaba.

Caminaron hasta llegar a un espacio al centro del que partían cuatro pasillos, como los puntos cardinales. Él sin detenerse eligió uno de tantos…

—¿Cómo se ubica? ¿Jamás se ha perdido aquí adentro? Parece un laberinto, me está empezando a sofocar. —Quizás hasta ese entonces se dio cuenta de que si el duque era como los villanos de las historias que la amedrentaban de niña, podría desaparecerla y nadie sabría de su paradero. Ya el paseo no le pareció tan entretenido.

Valentine notó el temor en la voz de lady Henriette mientras se alejaban del sitio de acceso y decidió no juzgar. Lo que hacían era muy atrevido.

—Mi tía me hizo memorizarlo y recorrerlo varias veces hasta que supiera guiarme, incluso en completa oscuridad. La escuela es muy importante para mi familia. —Aunque su tono seguía siendo frío, susurrar le daba cierta suavidad a su voz que la hacía más amigable.

—¿La escuela tiene algo así como un propósito oculto? —También hablaba en murmullos, no le preocupaban la supuesta infestación de ratas, y sí que los descubrieran y su reputación terminara por los suelos.

Valentine exhaló deteniéndose y negó.

—Solo el placer de egresar a las rosas más distinguidas de la aristocracia. Fue iniciativa de una de las damas de nuestra familia, y todos los demás heredamos el resultado.

Hacía tiempo que no se sentía tan estimulado, ir a hurtadillas con lady Henriette lo insuflaba de vida.

—Interesante que la esposa de un Hayden tuviera un propósito más allá de ser la dueña de casa y más que su marido la apoyara. —Esa muchacha no daba puntada sin hilo, siempre había una intención en cada una de sus frases, por inocentes que parecieran.

—Ya lo ve, a los Hayden nos encanta sorprender.

Valentine no entendía la razón por la que, de pronto, no podía mantener la boca sellada con respecto a sus secretos. Como si pretendiera mostrarle una parte de sí que ocultó del resto del mundo.

—Si continúa con la tradición, su esposa será muy afortunada, le espera un futuro más allá de solo casarse, bordar flores en los manteles, recibir invitados y tener hijos del linaje Hayden como si fuera una yegua de cría.

El duque cerró la boca ante la afirmación que acababa de escuchar, la que brotó de esos labios sugerentes como si fuese un planteamiento inocente y no uno lleno de sedición. Henriette le intrigaba cada día más, no solo era la alumna desafiante, próxima a debutar y que ponía a las maestras en jaque al intentar quebrar las reglas todo el tiempo.

¿Qué otras ideas pasaban por esa mente? Sin duda, haría una estupenda pareja con Edward que era un visionario. Pero eso, le traería a él una desventaja. Como esposa de su amigo, tendrían muchos compromisos sociales que compartir. ¿Cómo la miraría a los ojos en cada encuentro conociendo que tenían un secreto? El que ofendería a más de uno. ¿Cómo sostendría la mirada de su amigo sabiendo que había saqueado la boca de su prometida y que ella vibró entre sus brazos?

Si la tenía, tal vez su apetito por esa mujer menguaría… Pero, si la tenía, no podría volver a mirar a los ojos a Edward y menos llamarlo «amigo».

Trató de alejar ese punzante pensamiento para después o se volvería loco. La observó tocando las cerraduras de algunas puertas que fueron apareciendo a su paso.

—¿Qué hay detrás de cada una? —preguntó ella sacándolo de manera temporal de su abismo de perdición.

—De esta en particular, el despacho de la señora Sable —susurraba.

Los ojos de la muchacha se abrieron llenos de intriga y a él le pareció fascinante, solo hasta que abrió la boca y entendió sus intenciones.

—¿Está hablando en serio? Ella ahora debe encontrarse repasando en el salón a las estudiantes que insiste en atormentar. Las que no logran pasar su despiadado escrutinio de la lección de bordado. Imagino que los dedos de las pobrecitas estarán temblando por repetir puntadas hasta desfallecer, pero castigar a las inocentes hace que en el rostro de Sable florezca su maléfica sonrisa. —Ella pronunció cada palabra con cierta elocuencia que lograba atrapar la atención de Valentine, casi le robó una carcajada, algo poco usual—. Tengo que entrar.

En ese instante, la incipiente carcajada del duque, que no llegó a emerger, evolucionó a una mueca represiva.

—¡No! —Se las arregló para emitir en tono mandón, incluso si continuaba musitando. Su rostro no cejaba y continuó alegando con rectitud—: No podemos irrumpir. Violaríamos su privacidad. Los pasadizos no cumplen el propósito de delinquir en contra del personal o revisar sus pertenencias a sus espaldas.

—Habla usted como un octogenario, aburrido y mojigato. ¿Jamás ha quebrado un plato? Tiene cara de los que rompen la vajilla completa, excelencia —le coqueteó.

—Me encantaría saber cuántos platos ha roto usted —continuó intrigado por su ligereza, solo cuando a ella le apetecía. En cambio, cuando la situación se volvía acalorada e íntima entre los dos, ella perdía la valentía y quedaba más roja que un tomate. Era evidente que el terreno en que se sentía cómoda era el del juego, el desafío, lo que hablaba de su inexperiencia en el terreno carnal. Eso lo excitaba todavía más. Sobre todo, por la fuerza con que lo besó cuando logró despojarse de su decoro.

—Ni siquiera el obispo santurrón que viene los domingos a aburrirnos con su sermón es tan intransigente, su excelencia. La señora Sable es una arpía que no cesa de ponerme zancadillas para verme caer estrepitosamente sobre el fango. Le divierte. Es un ser malvado —susurró como si se preparara para cometer una fechoría. Y lo peor era que no parecía su primera vez. En eso sí parecía derrochar experiencia.

—Tal vez, pero no podemos entrar sin su permiso —insistió.

La mano de ella ya estaba en el picaporte y su oído pegado a la madera para cerciorarse de que la estancia estuviera vacía antes de colarse dentro.

—¿Quién lo prohibirá?

—¿Quién diablos es usted, lady Henriette? —expresó su tormento, la necesidad de saber todo de ella.

—Alguien con sed de justicia, más que de venganza. —Siguió hablando más bajo todavía, él casi tuvo que leerle los labios—. De no ser porque Dios me dio una mente privilegiada para salir indemne ante los cuestionarios cargados de saña de la arpía, y ojos con estupenda visión y manos ágiles que bordan de manera precisa y grácil, estaría llenándome de pinchazos los dedos junto a esas pobres almas torturadas. Es más, creo que las castigadas criaturas están pagando por el intento de Sable de reprobarme en su asignatura. Solo que soy más astuta que ella y estudio y practico como una endemoniada en secreto.

—De eso no me queda duda —masculló refiriéndose en su interior a lo «astuta» y «endemoniada»—. Me pregunto si usted no animó a la maestra a desear meterla por el hueco de la aguja con sus constantes argumentos, réplicas e indisciplinas. Sable odia que la reten, y usted parece que le pagan por desafiarla. Ya me he informado de los conflictos entre las dos y si bien la señora Sable se ensaña, usted tampoco es inocente del todo. Debería dejar de retar a la autoridad, su paso por el colegio sería menos frustrante para todos.

—¿Quién lo dice? ¿El manso corderito? —inquirió y se cruzó un dedo sobre los labios para indicarle que más le valía continuar siendo cuidadoso y no alzar la voz.

Valentine enarcó una ceja, ella no se intimidaba frente a nada ni nadie, solo titubeaba ante sus besos y la tentación de la cercanía de su piel.

—Debemos proseguir… —insistió él—. La biblioteca nos espera.

—Hay alguien dentro, más de una persona. Están conversando…

—No es educado escuchar detrás de la puerta.

—Hablan sobre usted y más le vale pegar la oreja a la madera. No lo están poniendo, precisamente, por los cielos —añadió con expresión de suficiencia.

La expresión de Valentine cambió de amonestador a intrigado, e hizo lo que ella le sugería en el acto. Sus ojos se abrieron más si era posible, mientras intercambiaba una mirada con Henriette.

18



Las voces que escuchaban Hayden y Henriette, tras de la puerta desde el pasadizo secreto eran conocidas. Cuatro en total.

—Detesto tener que depender de la volubilidad de Hayden. Ese hombre va a arruinar todo lo que hemos construido. —Lady Cumberland se escuchaba entre alterada y dramática. Era la dama responsable del Premio Cumberland, y quien ostentaba un puesto importante en el jurado calificador del concurso.

Ettie, aún en el clandestino pasaje, le abrió los ojos al duque que también tenía el oído pegado a la puerta, sin salir de su sorpresa. Intercambiaron gestos de asombro. La boca del duque era una línea. La incipiente diversión que se reflejó en su cara cuando decidió guiar por aquellos pasadizos a la dama, se extinguió por completo.

Continuaron escuchando en silencio y a escondidas a los que estaban en el despacho de la señora Sable.

—¿Para esto me hiciste venir? Si sus señorías querían entrevistarse conmigo lo más apropiado habría sido en la dirección. —La señora Holt, la directora del colegio, no se oía a gusto con aquella situación. Aún no mencionaba el nombre de a quién se refería, pero Ettie y Hayden supusieron que, a la señora Sable, ya que la puerta tras la que estaban agazapados como dos espías conducía a sus dominios.

—Es una pena que lady Imogen haya partido tan pronto y que haya dejado el colegio sumido en semejante crisis, y más justo antes del concurso. —La condesa de Cumberland continuó.

—Es una pena, sí, pero no olvide, milady, que English Roses School siempre le ha pertenecido al duque de Hayden. Su excelencia solo dejó el manejo de la escuela en manos de su tía, porque lady Imogen se hizo cargo desde que él era niño y ella era su tutora. Al cumplir la mayoría de edad el duque pudo revertirlo, mas confiaba en su tía y no lo hizo. Estoy cansada de oír que el duque heredó la escuela, y no, siempre ha sido suya. —La directora argumentó, se escuchaba fastidiada.

—Siempre pensé que el anterior duque de Hayden le había heredado el colegio a su hermana, como la propiedad no está ligada al título. Mi error fue suponer. —El conde de Cumberland opinó.

Ettie vio al duque apretar sus puños por el tema que se discutía a sus espaldas.

—Como sea. Infórmele a mi esposo lo que le dijo a mi hermana y que esta no tardó en transmitirme. Cuéntele acerca de su preocupación. Tal vez nosotros nos volvamos su repentina salvación —insistió la condesa de Cumberland, quien era hermana de la señora Sable, y también de la madre de lady Valerie Belcher.

—No fue mi intención ser indiscreta, señora Holt —intervino la señora Sable—. Y si cité a mi hermana y mi cuñado en mi despacho es porque el asunto a tratar es muy delicado, sería más sospechoso y perjudicial para usted tener esta reunión en la dirección.

Tras una breve pausa, las voces retomaron la conversación.

—El duque sugirió que deseaba vender —explicó la señora Holt. Se oía bastante mortificada—. Por un momento me sentí ansiosa, ¿qué pasaría con mi trabajo de tantos años? Pensé que English Roses School iba camino a un despeñadero. Nuevo dueño, nuevas reglas. Me aterré. Por eso abrí la boca y externé mis preocupaciones. Pero no es un hecho. Su excelencia se ha retractado. Les ruego que sean prudentes y no repitan en voz alta la información, o el duque terminará colgándome de ambos pies. Detesta la deslealtad y los sueltos de lengua.

—Si usted se vuelve nuestra aliada, señora Holt, no tendrá que inquietarse jamás por el destino de esta institución por la que tanto ha trabajado. —Fue el turno de lord Cumberland—. Mi esposa como egresada del colegio, al igual que sus hermanas, siente un cariño especial por English Roses School. Usted no está sola. Si el duque vende, nosotros haremos la mejor oferta. Manténganos informados.

—No malinterpreten, creo que su excelencia se ha retractado —insistió la señora Holt—. Quizás se comprometa en esta temporada. Si él se casa, su duquesa podría ocuparse de…

—No sea ilusa, señora Holt —replicó lady Cumberland—, no recuerdo a ninguna duquesa de Hayden ocuparse realmente de la escuela. Siempre depositan la tarea en las manos de una hermana, una prima, una tía y ellas se quedan con el mérito.

—Su fundadora fue una dueña excelente, sacrificada, comprometida. Según me han contado —continuó la señora Holt.

—Porque fue su idea construir una escuela para señoritas y que se convirtiera en la más respetable de Londres —intervino el conde —. Los herederos solo mantuvieron el legado, pero todos sabemos que los Hayden viven de inversiones y de negocios más arriesgados, una completa aberración para un duque que debería vivir de sus rentas.

—Salvo que la próxima duquesa de Hayden tenga una inclinación favorable por la escuela y su misión, y se aboque a esta. ¿No deberíamos influir en el duque para que encuentre una esposa adecuada a nuestros intereses? —la señora Sable dio su aportación.

—Si lo dices, hermana, es porque ya tienes a alguien en la mira. ¿Quién? —El tono reveló un ataque velado.

—Solo sugerí. —La voz fingida de la arpía Sable no conseguía ocultar su falsedad.

A pesar de que no podían verlas, Ettie y Valentine, percibieron que las hermanas eran cómplices y rivales a la vez.

—Sus señorías, si no soy necesaria para algo más, pediría que me disculpen por tener que retirarme —informó la señora Holt.

—¿Contamos con usted? —presionó el conde de Cumberland—. Para muestra de nuestras intenciones dejaré sobre sus manos un incentivo más jugoso que el anterior.

Hubo un silencio que se extendió un par de minutos.

—Lo pensaré —contestó la interpelada.

Ettie y Valentine escucharon una puerta cerrarse e intuyeron que la directora se había marchado.

—i¿Ahora me dirás con quién pretendes casar al duque y cuáles son tus intenciones?! ¡¿Una de tus alumnas?! ¡Habla! Nos trajiste ante Holt esperanzados por comprar y tienes otras ideas. ¿Solo pretendías fastidiarme? Sabes lo que el colegio significa para mí. —La condesa de Cumberland se escuchaba irritada contra su hermana.

—Es solo un plan alternativo por si el duque cambia de opinión y decide no vender. —La cizaña de la señora Sable se desplegó incluso en el sonido de su voz—. Nuestra familia ha dejado su vida por esta institución, el Premio Cumberland y todo lo que representa English Roses School. ¿Te imaginas qué sucedería si un burgués, de esos podridos en dinero, la comprara? Nuestras estudiantes tendrían que mezclarse con las bastardas de quién sabe quién con la cartera abultada. Nuestras jóvenes debutantes de sangre noble se verían desplazadas por las dotes más jugosas de las hijas de banqueros, empresarios o nuevos ricos americanos que vienen con los bolsillos llenos y sus burdas costumbres.

—Como te sucedió a ti —alegó la condesa de Cumberland y su voz era menos irritada.

—Sí, como me sucedió a mí cuando mi esperanza estaba puesta en ese estupendo matrimonio.

—Sin embargo, ella no era la hija de un nuevo rico y menos americano.

—Pero era la bastarda de un conde, y aunque su padre no la reconoció todos sabían que se la dieron en adopción a ese clérigo y su esposa. Yo iba a ser duquesa… Yo era hija legítima, con un linaje que aportar, así como relaciones, pero nada importó.

Siguieron unas palabras de consuelo y otras de despedida. Cuando escucharon una puerta cerrarse, Valentine tomó de la mano a Henriette para indicarle caminar. Se alejaron lo más que pudieron de la puerta, pero no hacia la biblioteca, volvieron hacia el salón Vivaldi.

Tras varios pasos ella soltó la mano del duque. El contacto aún la hacía temblar.

—Excelencia, el ganado se le ha escapado del corral. —Se calló al darse cuenta de que había reflexionado en voz alta.

Esperó que él estallara de un momento a otro como le había visto hacer en otras ocasiones en que era desafiado, pero solo encontró una crueldad gélida en la mirada del duque.

—Estamos perdiendo el tiempo, debemos concentrarnos en su práctica de piano. No podré acompañarla todos los días. Mis negocios me reclaman en otra ciudad. Tendrá que disculparme.

—¿Se quedará de brazos cruzados? —inquirió exigente. En ese momento era que debía sacar toda su furia y se veía irascible, pero contenido. ¿Por qué no actuaba? La mirada de Ettie era más demandante que sus palabras—. Esos pomposos condes que jamás me han agradado planean quedarse con su escuela y la señora Sable más que alcahueta parece la cabecilla mayor. ¿No les dará un escarmiento? ¡Despida a la intrigante y ponga a los condes en su lugar! ¡Y a la señora Holt exíjale cuidar sus lealtades o échela también por traidora! Aceptó un soborno. ¿Cuánto tiempo lleva haciéndolo?

—¿Me dirá cómo debo dirigir mis asuntos? —masculló y se acomodó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—No, pero me sorprende su tibieza. Debió abrir la puerta y dejarlos con las caras pasmadas. Créame que cuando usted se

enfurece es bastante espeluznante, habrían salido despavoridos.

—¿Y mostrar todas mis cartas? Ellos ignoran la existencia de los pasajes. O eso espero —titubeó, quizás sabían más de lo que se imaginaba—. Y no olvide que estábamos juntos, su reputación se habría arruinado sin remedio.

—En ese caso tengo que agradecerle su contención. —Entendió que él tenía razón.

—Henriette —se atrevió a llamarla otra vez, lleno de soberbia, por su nombre de pila—. Hay algo que debemos resolver y que debería importarle más que los malditos condes de Cumberland y sus secretas conspiraciones.

—Lo escucho, excelencia. —Posó sus ojos en los del hombre, con intenciones de perderse en su mirada y no abandonarlos jamás. Su nombre en su voz la erizó desde la espina dorsal hacia abajo, en una caída, un latigazo que la hizo estremecerse.

—Puede llamarme Hayden, al menos cuando estemos a solas. No seré hipócrita en exigirle que use siempre deferencia al tratarme. Creo que ya hemos compartido… cierta intimidad. No podemos volver a besarnos, no mientras usted sea la prometida de Edward. Yo puedo ser reprobable o un Ogro Gruñón como usted me ha bautizado, pero…

—Yo… —Ni siquiera pudo replicar.

—Usted y yo lo sabemos. Nadie más tendría las agallas de llamarme así y vivir para contarlo.

—Se lo merecía… —justificó, preguntándose si aún le seguía pareciendo un ogro y gruñón.

—¿Espeluznante? ¿Tan desagradable soy a la vista? —Él se miraba al espejo todos los días, y era consciente de la imagen que este le devolvía, pero quería escucharlo de los labios de ella.

—Perdón, no quise decir que usted fuera grotesco.

Valentine tomó las manos de Ettie entre las suyas y ella casi se derrite ante su tacto, las acarició con delicadeza.

—¿Ama a Edward? ¿O ha aceptado casarse con él porque su familia se lo ha exigido? —Su mirada profunda la caló por dentro—. Cuando he dicho que jamás emitiría un juicio sobre su comportamiento al besarme, no he mentido. Sería un hipócrita si lo hiciera. Pero, resulta que con la persona que va a casarse es mi amigo, y no me gustaría que lo hiriera. Yo no volveré a besarla, incluso si usted toma la iniciativa. Aceptó su cortejo sin que la amenazaran con una pistola en la frente, y mientras su situación permanezca inmutable, debo mantenerme alejado. Si sus circunstancias sentimentales cambian, entenderé que desea explorar el vínculo que nos une. Lo lamentaré por él, pero será mejor la verdad, no podemos continuar engañándolo.

—Edward también es mi amigo. —Iba a añadir que: «no estaban comprometidos ni tampoco en pleno cortejo, que solo su familia deseaba que se casaran. Pero ellos no se conformarían con un matrimonio por conveniencia, el cariño que sentían era más fraternal. Y que si aparentaban que él le hacía la corte era solo por solidaridad, así se mantenían fuera de las redes casamenteras de lady Abbott».

Sin embargo, cuando se dio el malentendido, y Hayden supuso que la cortejaba y que, muy probablemente, se casarían a futuro, Edward se ajustó al trato con Ettie y no desmintió el inocente engaño. Si le explicaba a Hayden lo que ocurría, la mentira de Edward ante su amigo quedaría al descubierto. Primero debía hablar con él, y después buscarían el momento de revelarle la verdad al duque. Así Hayden dejaría de sentirse funesto, y quizás, en un descuido, volvería a robarle un beso lleno de pasión.

El primer paso era hablar con Edward. Tenía que buscarlo cuanto antes.

19

Londres, diciembre 1873

Diciembre se alargaba y Edward seguía de viaje. El destino tenía formas caprichosas de maniobrar. Cuando Ettie quiso acercarse a su amigo y pedirle que rompieran el trato, se enteró de que el médico había partido a Francia por estudios y que tardaría un par de meses en regresar.

Aceptó ese par de meses que le ofrecía el destino como tiempo de reflexión para no tomar decisiones precipitadas. Miles de veces escuchó que un matrimonio basado solo en la atracción podía terminar en caos, era importante también trabar una amistad. Y eso intentó con Hayden, durante ese tiempo que compartieron juntos, aunque él jamás habló de matrimonio. ¿Pero a qué otra cosa se referiría con «explorar el vínculo que nos une»?

Como el duque se concentró en la estricta práctica de piano y no volvió a dar señas de «algún interés hacia su persona», ella trató de olvidar que alguna vez se besaron. Seguir encerrados en el saloncito Vivaldi, mientras simulaban que jamás tuvieron un contacto tan íntimo era una tortura que ambos se esforzaban por disimular. Pese a lo anterior, Hayden se portó en lo adelante como un caballero.

En cuanto a su día a día, mantener la farsa del lazo que la acercaba a Edward era un escudo bastante repelente para su madre y lady Abbott. Esa dama estaba obsesionada con el matrimonio. Y, sobre todo, era una barrera para el duque. Dar el paso debía ir precedido de sentido común. Prefirió conocerlo un poco más. Ser su

discípula —aunque en la clandestinidad— le permitía pasar tiempo a su lado, para formarse un juicio más apegado a la realidad.

Su hermano Bradley tampoco hizo más preguntas sobre Edward y su supuesto interés, ni exigió una fecha para la petición de mano. Parecía contento con el pretendiente y más porque estuviese de viaje. No tenía prisa en formalizar un compromiso.

La Navidad hizo su arribo y las estudiantes gozaron de una semana en casa para las festividades decembrinas que fueron un torbellino de visitas y deberes. La madre de Ettie no desaprovechó la ocasión, había mucho de lo que ocuparse sobre la próxima puesta de blanco.

Enero fue de una ardua preparación, lecciones de música, modales, danza, reverencias y un frío infernal. Pese a que Ettie y Hayden trataban de no tocar el tema, su instructor de piano dejó una brecha ardiente en su corazón.

Febrero, por su parte, se abrió paso con nuevas emociones. Ettie preparaba su equipaje, las debutantes de ese año estarían fuera una semana, al cabo de la cual harían su presentación ante la reina Victoria. Y un día después, sin que lograran recuperar el aliento, participarían en el concurso de música, una parte muy esperada de los eventos de la temporada que recién iniciaba.

Salvo que no tuviesen donde quedarse, las que debutaban ya no tendrían que pernoctar en la escuela, pero tras esa semana continuarían yendo cada día, en un horario regular, para fortalecer lo aprendido en esos años hasta que llegara el verano.

Claro que, si alguna lograba atrapar esposo antes de esa fecha, egresaría con sobresaliente y marcharía llena de orgullo a su luna de miel.

La doncella de Ettie acudió esa mañana a la escuela para ayudarla a empacar. Ella se despedía para siempre de ese dormitorio, y de esa cama que la acogió durante aquellas noches. Pero, lo que más la sobrecogía, era decirle adiós al saloncito Vivaldi,

donde vivió lo impensable cuando se matriculó en English Roses School.

Ese tiempo para reflexionar acerca de sus peripecias con el hermético y huraño dueño, jamás saldría de su memoria.

—Valentine Severn, duque de Hayden —susurró apenas audible y sus latidos se desbocaron. Era su secreta oración desde que lo vio tocar el piano como un ángel, una que no le permitía olvidar y que la impelía a tomar una decisión.

—¿Me decía algo, milady? —preguntó su doncella.

—No, estaba hablando sola… No como una loca —se rectificó poniendo los ojos en blanco—. Es algo que no quiero olvidar.

—Pobre de usted, milady. Esas lecciones están acabando con su tranquilidad.

—Sí, ya no conozco la tranquilidad desde que…

La doncella siguió afanada en su labor y perdió interés en su respuesta, así que Ettie no se molestó en terminar. Tenía algo que hacer antes de abandonar el recinto.

¿Cuántas veces quiso huir de aquella escuela? Vida contradictoria. Ahora no se quería ir.

—Tengo que ausentarme un momento, termina de empacar y aguarda por mí —le comunicó a la doncella—. No tardaré.

Salió con aquella llave en la mano, Valentine y Ettie habían quedado para hablar algo importante y tocar una vez más por última vez en aquel santuario que solo disfrutaban los dos.

Hayden cumplió su palabra. Acudió cada día a practicar, pero se concentraron en la música, en la dura práctica, hasta pulirla lo más que pudo.

Ambos sabían que Edward estaba de viaje, quizás su ausencia se convirtió en esperanza y los dos aguardaban su regreso, para poder conocer el desenlace.

Era un maestro estricto, pero justo. Consiguió lo que ningún otro pudo, despertar en Ettie una insana pasión por la música, porque hasta compartir juntos aquel secreto, ninguno de sus talentos —a excepción de su pasión por escribir— le había robado un trozo de su alma. Ella era excelente en canto, bordado; pero, ninguna de esas aficiones que como debutante debía ostentar, la cautivó como el piano hasta escuchar tocar al duque.

Dejó de ver la práctica del instrumento como un deber y lo amó en lo profundo y para siempre.

Hayden y ella no volvieron a compartir revelaciones comprometedoras. Solo las miradas furtivas eran signo de la complicidad y el deseo que los unió, y que aún no abandonaba sus cuerpos.

Una dura prueba que pasaron con sobresaliente… Ella admiró que mantuviera su palabra.

Recordó las palabras del duque, esas palabras que honró y respetó.

«Resulta que con la persona que va a casarse es mi amigo, y no me gustaría que lo hiriera. Yo no volveré a besarla, incluso si usted toma la iniciativa. Aceptó su cortejo sin que la amenazaran con una pistola en la frente, y mientras su situación permanezca inmutable, debo mantenerme alejado. Si sus circunstancias sentimentales cambian, entenderé que desea explorar el vínculo que nos une».

Cuando llegó se introdujo en el saloncito Vivaldi y se volvió para cerrar bien la puerta, antes de encaminarse hasta el piano. ¿Él ya habría llegado?

—Lady Henriette. —La voz del dueño de sus pensamientos la hizo estremecerse—. Edward ya está en Londres, ha arribado esta mañana.

A ella le sorprendió que aquel aviso fuese lo primero que saliera de sus labios, como si estuviera ansioso por contárselo, como si también hubiese estado esperando por el arribo de su amigo.

Una esperanza abrumadora se encendió en su pecho. Durante ese tiempo, Ettie albergó algunas dudas. Si enfrentaba a Hayden y le decía que ese nexo con Edward nunca existió. ¿Qué sucedería? El duque jamás confesó sus verdaderas intenciones. Por el contrario, cada muestra de acercamiento que tuvieron brillaba por su secretismo.

«¿Explorar el vínculo que los une?». ¿Era una invitación indecente o una propuesta de sus serias intenciones? Sintió el regreso de Edward como una espada contra su cuerpo, cuando detrás de ella había una dura pared.

¿Qué pasaría cuando Hayden supiera que la barrera de contención entre sus bocas era inexistente?

Él no le juró nada, nada que no fuese más allá de la promesa en sus ojos, de su apetito voraz. Y, ella, por más que palpitase su corazón ante su presencia, no estaba dispuesta a rendirse ante las afiladas garras de un seductor duque oscuro, cargado de secretos, de emociones profundas y que besaba como el príncipe del infierno.

Tenía que enfrentarlo y preguntarle sobre sus intenciones.

—¿Ya está en Londres? —Sus palabras parecían monótonas.

—Pensé que como su prometida ya estaría al corriente de su regreso.

—Ya ve que no.

Un silencio incómodo se cernió entre los dos. Ambos quisieron decir algo, pero solo se alargó la prudencia.

—¿Está lista para la última práctica? —preguntó para alejar el tema que ambos tocaban con pinzas.

Ella asintió, y continuó:

—Ha sucedido algo inesperado, el maestro de música está enfermo y lady Cumberland será quien dé la última palabra en el Reto de Música.

—Sí, permanece en cama. Edward lo está atendiendo. Confío en que para el día del concierto ya pueda ponerse en pie y nos libremos de la hermana de la arpía.

Ella le compartió una mirada cómplice, la arpía era la señora Sable.

—Pero lady Cumberland también es detestable, una bruja. Bruja y arpía se llevan bien. La condesa en sus nuevas atribuciones se entrevistó con nosotras, puesto que tiene a su cargo redactar el programa de la noche… Cuando le revelé, el nombre de la pieza que tocaré se ha puesto como energúmena. Mantiene que la información que consta en sus actas es que yo tocaría *Minuet* y que no hará tal cambio de última hora.

—Desgraciada —masculló el duque entre dientes y los ojos de ambos se encontraron con cierta complicidad—. ¿Ha dicho por qué?

Con la misma rapidez que sus miradas se toparon e incendiaron, esquivaron las pupilas del otro.

—Refiere que ese concierto es de gran importancia y que entre el público no solo estarán nuestros padres, sino también lo más selecto de la aristocracia y que no admitirá que por el capricho de una de las estudiantes, y más con el historial que ostento, se opaque el brillo del evento.

—¿Qué le contestó usted? —indagó serio.

—Que no era capricho, que me sentía capaz y ella alegó que si el maestro no da fe de que estoy preparada para hacer una digna presentación, no modificará absolutamente nada en el programa. Programa que apenas va a redactar… El maestro está muy delicado, no me gustaría molestarlo o causarle algún disgusto o incomodidad.

—No es viable pedirle al señor Hill que intervenga, su reposo es obligatorio. La pulmonía no es un juego. Debemos resolver este problema sin involucrarlo. Voy a encargarme de poner a la bruja en su lugar —la animó. Sus ojos sonreían, aunque su boca no.

—¿Y qué palabras usará para dar fe de que domino *Romeo y Julieta* sin revelar nuestros secretos, sin comprometernos?

—¿Olvida con quien está hablando? —Sus ojos brillaron con ferocidad—. El hecho de que esas ratas sigan deambulando por mi escuela con ínfulas de grandeza no significa que me he ablandado, solo estoy esperando el momento más oportuno para dar el zarpazo.

Ettie se humedeció los labios, y volvió a alejar sus ojos de ese rostro seductor. Hayden era hermoso, todavía más cuando parecía peligroso y reconocerlo, admitirlo, aceptarlo, la estaba matando por dentro.

—Tocaré una vez más —dijo cambiando el tema, como siempre hacía cuando la dominaban los deseos de lanzarse a sus brazos y besarlo—. La próxima vez que me escuche será en Bloodworth House.

Tras interpretar la melodía casi sin errores, abandonó el piano. El rostro severo de él no necesitó recordarle donde debía aplicarse. Se lo había repetido hasta el cansancio. Por suerte, le quedaría una semana para practicar, y lo haría en su casa, sin la presión de un duque tentador distrayéndola.

—Ahora tengo que irme —susurró contenida.

—Espero que su paso por la cárcel de English Roses School no haya sido tan insoportable. —Las palabras de despedida que usó fueron motivadas por las bromas que ella usaba con Edward y con Frederick, y que estos revelaron entre burlas delante de los dos.

—En realidad, no fue así, sobre todo al final. —Se refería a él—. Además, hice buenas amigas. La señorita Grant, lady Charlotte Moray y quizás, Florence Fairbairn. Aunque al final no pude ayudar a esta última a librarse del asedio de la arpía.

—Eso está resuelto, pero no debe contarlo a nadie.

—¡¿Qué?! —preguntó asombrada.

—La señorita Fairbairn no reprobó el Reto de Bordado.

—¿Usted la ayudó? ¿Por qué no me dijo nada? Ella se pondrá tan feliz, le agradecerá en persona.

—Lo sabrá cuando conozca el resultado final de la evaluación. Y no necesito que me lo agradezca, en todo caso las gracias no las merezco. No soy un justiciero, lady Henriette. Solo quise darle gusto a usted, complacerla.

Ettie se quedó helada, ¿era posible algo así?

—¿Y por qué no lo aclaró en su momento?

—No me gusta que me den las gracias, no las necesito. Lo hice y punto. Que usted ganara esa batalla contra la arpía estaba en mis manos, y no podía permitir que le llevara ventaja.

—Grac…

—No se atreva a pronunciarlo.

—¿Ni siquiera por las clases de piano?

—Menos todavía.

—¿Nos veremos por ahí? —No supo por qué emitió esas palabras de despedida, quizás porque estaba renuente a que fuese un adiós.

—Aunque pertenecemos al mismo círculo no participo en los eventos de la temporada social. Tal vez asista a las actividades alusivas al Premio Cumberland solo para que el ganado se mantenga dentro del corral. —Usó las palabras de ella para referirse al complot de los condes de Cumberland y la señora Sable.

—En ese caso le deseo lo mejor. —Le extendió una mano con la llave sobre la palma—. Ya no la necesitaré. Cuando vuelva al colegio, ya habrá pasado el Reto de Música. Además, no permaneceré mucho tiempo en la escuela.

—Consérvela como un recuerdo de nuestra aventura.

—¿Nuestra aventura? —Casi se le rompe el corazón. ¿Por qué eligió esas palabras?

—También le deseo lo mejor, Henriette —soltó tras una reverencia y se marchó por el pasaje secreto, dejándola a solas allí, con aquellos recuerdos que era mejor ponerle fecha de caducidad. A veces el olvido funcionaba como una medicina.

Al llegar a su habitación se encontró en la entrada a Emily y Charlotte, ambas sonreían. Se veían muy felices por salir huyendo de la escuela, al fin.

—Hemos venido a despedirnos —dijo Emily.

—De modo formal porque nos seguiremos viendo —rectificó Charlotte—. Tendremos que continuar viniendo hasta el verano. ¿Nuestras familias no han encontrado mejor forma de torturarnos? Aceptaré todas las invitaciones que lleguen a mi nombre, estamos exentas de acudir a la escuela si tenemos compromisos sociales. Nada es más importante en este punto, según la señora Holt, que encontrar un esposo.

Las tres rieron a gusto.

—Díganmelo a mí. ¿Conocen a lady Abbott? —preguntó Ettie.

Emily negó.

—He escuchado hablar de ella, pero no hemos sido presentadas —respondió Charlotte.

—Da gracias al cielo, el día que te la presenten es para que te consiga un esposo. Yo estoy pasando por ese suplicio.

—¿Y ha encontrado algo digno de ver? —jugó Charlotte.

—Nada que le garantice el éxito, les aseguro. Pero es mejor tenerla distraída. Dios me libre de casarme esta temporada o la que viene —bromeó Ettie para hacerlas reír, moría por contarles lo que le ocurría con Hayden, pero sin una promesa de matrimonio no podía pronunciar su nombre en voz alta sin sentirse desgarrada. Prefirió tragarse su dolor.

—Yo solo participaré en los compromisos relacionados con el premio, así que lo más probable es que nos veremos en la escuela. —Emily era sincera—. Por si después del verano dejamos de vernos, que sepas que tienes mi amistad, Ettie.

Guardaron silencio un par de segundos, conocían de la situación de la familia de Emily, no era un secreto.

—Por supuesto que no. Si tu nombre no está junto al mío en las invitaciones que me envíen, no me dignaré a contestarlas. Todos saben que soy la mimada hija del marqués de Blair, a pesar de ello, me quieren en sus fiestas. Pero sin ti, no iré a ninguna parte.

—No es necesario, Charlotte, no ambiciono mostrarme en los salones de baile como un pavo real y menos atrapar a un lord —replicó Emily—. Mis aspiraciones son más modestas y no hay vergüenza en ello.

—Lo sé, pero quiero que disfrutes conmigo, o terminarás como una perla oculta dentro de una ostra y el mundo se perderá tu maravilloso potencial —insistió su amiga. Ettie las contemplaba con una sonrisa—. Porque tienes todo para deslumbrar y dejar boquiabierto a más de un caballero.

—Algún día quisiera que alguien me defendiera así, como ustedes se defienden la una a la otra. Tienen una suerte inmensa de haberse conocido desde que eran muy niñas y de conservar tan hermosa amistad. —Ettie manifestó en voz alta lo que pensaba.

—Y ya la tienes —le dijo Emily tomándola del brazo.

—También eres nuestra amiga, Ettie —convino Charlotte y las abrazó a las dos—. Donde caben dos caben tres, y más si eres un espécimen digno de incluir en este club de inadaptadas sociales.

—Agradezco tanto este gesto de generosidad. —Ettie se sintió honrada—. Pero, no he sido sincera.

Las otras dos la miraron de inmediato.

—Habla —instó Charlotte poniéndose seria.

—Quizás mi corazón late diferente por un caballero, siento no haberles dicho nada. Pero la situación es confusa y aún no sé si prosperará.

—Amiga, no es una traición guardar en secreto una atracción que aún no avanzado a la siguiente fase —la animó Emily.

—¿Te corresponde? ¿Lo has besado? —inquirió Charlotte tratando de no estallar en carcajadas, cuando Ettie asintió.

—Por Dios, Charlotte, no seas tan descarada —la sermoneó Emily—. No piensas en otra cosa.

—¿Quién? —Charlotte exigió.

—No quiero dar detalles hasta estar segura. —Ettie lo prefirió, más después de llamarlo Ogro Gruñón, sus amigas quedarían estupefactas.

—Entonces no lo hagas —la tranquilizó Emily—. Pero cuando tus ideas se aclaren tenemos que ser las primeras en saberlo.

—Nuestra permanencia en la escuela no habría sido igual sin ti. Ayúdame a convencer a Emily de obtener nuestra bien merecida diversión. Yo me rebelaré contra el encierro que sufrí estos años. Temporada, ven a mí —añadió Charlotte con un guiño—. Estoy dispuesta a todo tipo de travesuras cuando mi carabina esté distraída. La vida no tiene por qué ser aburrida. Así que tú, Ettie, besa a tu caballero misterioso hasta desfallecer.

Las tres se carcajearon tanto que les dolió el estómago.

—Es lo justo —aceptó Ettie. No necesitaba mucho impulso.

—¿Qué dices, Emily? —insistió Charlotte—. Por los viejos tiempos en Normandía. ¿Te unes a la diversión?

—Con esa introducción sería un pecado oponerme —contestó la interpelada—. Pero solo un rato.

—Si no nos vemos seguido cuando estemos fuera, Ettie —comentó Charlotte—, prometo comprar todos los números de *The Golden Gazette* para leer los capítulos de tus libros. Es un vicio

leerlos. Y, aunque ese seudónimo no me permita presumir que soy amiga de la escritora, quiero que sepas que los disfruté de inicio a fin.

—Oh, querida, haré que lleguen a tus manos y las de Emily sin falta, el dueño del periódico es mi amigo —aclaró Ettie agradecida por poder contar con el apoyo de ambas durante todo ese tiempo que la leyeron y le guardaron el secreto de su identidad.

—Deberías publicar los libros, no por capítulos, y hacerlo con tu nombre. Ettie, son maravillosos. Tendrás éxito, lo presiento —instó Emily.

—Mi madre se moriría y resucitaría solo para volverse a morir del modo más dramático —soltó Ettie con complicidad—. Quizás cuando ya esté casada y mi reputación no se vea amenazada por los párrafos más sugerentes.

Negaron con sonrisas, recordando los pasajes más románticos de las historias, que en verdad eran bastante inocentes, solo algo apasionados; pero para ellas ya eran bastante atrevidos: besos, abrazos, encuentros furtivos…

Antes de subir al carruaje que la sacaría de allí, Ettie vio a Florence a punto de abordar un coche con el emblema del título de sus padrinos. No lucía la mitad de sonriente que ella, o Emily y Charlotte, cuando se despidieron. Un suspiro abandonó su garganta. Supuso lo que le afligía. Y, aunque Hayden quería permanecer callado al respecto, ella sintió que debía otorgarle cierto alivio a la muchacha. No revelaría la fuente.

—Florence —la llamó mientras se acercaba a donde permanecía de pie.

—Ettie, qué bueno verte. No quería irme sin despedirme y agradecerte. Valery me ha contado un secreto. Escuchó a su tía despotricar en contra del duque de Hayden, dice que la obligó a

cambiar su calificación del Reto de Bordado con respecto a mi trabajo.

—Oh —emitió sorprendida. Ya lo sabía.

—Sé que eso no habría sucedido sin tu intervención.

—Nunca lo sabremos. —No era de las que buscaban agradecimiento, prefería hacer el bien y que su contribución se quedara en las sombras.

—¿Su excelencia no habría sabido de mi caso si…?

—No pienses en eso. Lo importante es que ya se resolvió. Y entonces, ¿por qué tan triste?

—Valery, mi amiga. No la está pasando bien.

Ettie se esforzó para aguantarse las ganas de torcer el gesto o bufar en presencia de la otra. Lady Valery seguía sin agradarle, para ella no era más que una dama mimada por su familia, sobre todo, por su tía, la señora Sable. Y, el hecho, de que la maestra pasara por encima de las otras estudiantes para darle ventajas a Valery, no dejaba de incomodarla. No obstante, se guardó esa vez su juicio, era evidente que a Florence le agradaba.

—Lo lamento —dijo Ettie tratando de no parecer cortante. Estaba segura de que Florence debía elegir mejor a sus amistades, más porque ella sí era una buena persona. Y, aunque no quería entrometerse no pudo aguantarse más. Tal vez era la última oportunidad que tenía de expresar lo que pensaba. Así que hizo el último intento por abrirle los ojos, Florence quería genuinamente a Valery y no era justo que la sobrina de la arpía la tratara mal. Repitió una cuestión que se había preguntado en el pasado—. Hay algo que aún no entiendo, si Valery es tu amiga, ¿por qué tardó tanto en darte los hilos de oro y la seda para que pudieras completar el Reto de Bordado?

Era la pregunta clave que haría despertar a Florence de las verdaderas intenciones de Valery hacia su persona.

—Eso quedó aclarado —compartió Florence muy convencida—. Cuando inició el reto y nos explicaron que los hilos serían de oro, y que la seda exigida era de las más costosas, Valery supo en el acto que yo no podría, salvo que fuese apoyada por alguien caritativo. No podía pedirles a mis padres, menos a mis padrinos. — Apenada bajó los ojos, pero continuó—: Me dijo que no me preocupara que su madre iba a proveernos a las dos. Sin embargo, la tarea de ir a seleccionar y comprar el material quedó en manos de la señora Sable. Trajo la seda y los hilos de Valery y le dijo que los míos no tardarían en llegar, pero solo era un pretexto, no tenía intenciones de traerlos. Al desesperarse por la tardanza de su tía, Valery instó a su doncella a que fuera por los míos, gastando parte de su asignación. Por eso tardó en entregármelos. Ella no justifica a su tía, sabe de qué pie cojea.

—Oh, vaya. Es algo que la señora Sable haría —confesó dándole el beneficio de la duda a Valery, pero sin quitar el dedo del renglón. No cambiaría su opinión hasta que comprobara con sus propios ojos que la joven no era cómplice de la maldad de la arpía.

—Te digo que es buena persona y que no la está pasando bien. Te aseguro que no es como su tía. Además, sus padres… —Florence era tan noble que no pudo expresar en voz alta lo que opinaba de los duques de Richmond—. Su familia se ha obsesionado con casarla esta temporada, y tienen a alguien en la mira. La pobre lo desaprueba. Si el caballero se deja engatusar por su familia, y accede, ella estará perdida en un matrimonio con un ser detestable. Doy fe de ello.

—Florence, ¿por qué das fe de ello? ¿Lo conoces?

—He sufrido en carne propia su ira. La madre de Valery inició negociaciones con la casamentera, y para su suerte, y desdicha de mi amiga, el hombre está disponible. Es más, asegura la casamentera, que este año estará buscando esposa entre las damas casaderas.

—El dilema de Valery es el de muchas de nosotras, pero ella debe ser valiente y oponerse si no está de acuerdo. Es una joven

hermosa y con una dote sustanciosa, no tiene por qué aceptar menos de lo que desea.

—No todas son tan audaces como tú. Valery jamás ha contradicho a sus padres, el duque de Richmond es funesto. Y su excelencia asegura que su hija no desposará a un caballero que no tenga un rango similar al suyo.

—¿Quiere un duque para su hija? —preguntó casi atorándose con las palabras. Y es que los duques no pululaban descontrolados en los círculos de la aristocracia. Es más, la mayoría de los que conocía ya estaban casados. Excepto…

—Casi se me escapa. —Florence se cubrió la boca avergonzada por su ligereza.

Para Ettie dos más dos sumaban cuatro. Las hermanas de la madre de Valery, lady Cumberland y la señora Sable querían apoderarse del mando de English Roses School. La primera pretendía comprarla si Hayden vendía, la segunda tenía un plan alternativo si aquel se negaba a vender: una esposa que pudiese manejar.

Y Florence manifestó sin tapujos que «el candidato» era detestable.

Él era duque y muy detestable… —Al menos para los efectos—. Era horrible… Gruñón… Y todo lo que fuese sinónimo de esas palabras.

—¡¿Con quién desean casarla?! ¿Él ha aceptado? ¿Quiere desposarla? —soltó como si corroborarlo fuese más importante que regresar a su carruaje, subirse y seguir adelante con su vida.

—No puedo revelártelo. Perdóname, Ettie. Te aprecio muchísimo. Igualmente, si me contaras un secreto, tampoco se lo contaría a Valery. A las dos las considero mis amigas.

Ettie negó y trató de guardar la compostura. Ni él era de su propiedad, ni era correcto que se impacientara y alzara la voz delante de la dulce Florence quien no tenía la culpa de nada. Por

otro lado, en medio de su desconcierto, le dio ternura escuchar de los labios de Florence que la consideraba una amiga. Justo como le aseguraron Emily y Charlotte momentos atrás.

Se iba a ir de la escuela y se llevaba conexiones valiosas con varias estudiantes, pero con estas tres, el nexo fue más profundo y haría lo que fuera por conservarlo. Incluso, aunque Florence fuese amiga de lady Valery, quien seguía sin convencerla, pese a los argumentos de Florence.

—Discúlpame si me exalté.

—No tienes que disculparte. Para qué hablé si no iba a contar lo ocurrido hasta el final. Solo exacerbé tu curiosidad. También pido perdón por tal ligereza de carácter. Pero el asunto de Valery es sumamente complicado y, por eso, me angustia tanto. Ella está desconsolada y no hace más que llorar. Incluso, tuvo la desgracia de verlo a él en malos pasos con otra señorita. Y no puede decir nada porque no quiere perjudicar el honor de esa joven.

Ettie palideció. Quería seguir indagando, pero las palabras se negaban a salir.

¡¿Valery la había visto con Hayden?!

Pero, ¡¿cómo?! ¡¿cuándo?! Si fueron tan cuidadosos.

¡¿Alguien más sabría de los pasadizos?!

¡¿La arpía Sable?!

Casi se le nubla la vista ahí mismo. La tensión la estaba aniquilando.

—¿Estás bien? —inquirió Florence preocupada—. Te has puesto tan pálida como la leche.

Ettie asintió, pero era difícil que Florence le creyera. Incluso, tuvo que sujetarse de su amiga para no perder el equilibrio. La mente de Ettie continuó trabajando.

«¿Si lady Valery nos vio, ha guardado silencio para salvaguardar mi reputación? ¡¿La mía?!», pensó.

—¿Es una estudiante? —le salió de modo atropellado a Ettie, como si su mente estuviese negada a aceptar lo que estaba ocurriendo. Era imperioso ir tras la pista de la identidad de la señorita implicada.

—No me ha confiado el nombre de ella. Y, por favor, no me preguntes más. Es un asunto muy delicado y no quiero que una joven salga perjudicada por mi indiscreción. Lo mejor es olvidarlo y pedirle a Dios que Valery se libre de tan funesto posible esposo.

—Tienes razón. No te agobio más, Florence. Ahora si me disculpas, debo volver a casa. Necesito prepararme para nuestra presentación. —Aún temblaba. Balbuceó sin recuperarse aún de la fuerte impresión—: Suerte, a-mi-ga.

—Para ti también.

20

EL GRAN DÍA HA LLEGADO
The Golden Gazette
Escrito por Frederick Banes
3 de febrero de 1874

Señoritas que este año vestirán de blanco rumbo a su puesta de largo, el momento de hacer su presentación ante la reina ha llegado. Madrinas y debutantes afinan los detalles, decididas a que ningún error imperdonable empañe el momento.

Pero, para las jóvenes rosas inglesas que saldrán de la escuela para señoritas más prestigiosa de Londres, English Roses School, el instante cobra doble importancia. Hacer una presentación impecable, sin mácula alguna, marcará la diferencia entre obtener o no el Premio Cumberland. Presea que llenará de orgullo y honor a quien sea condecorada con este, catapultándose como la joya más valiosa de la temporada, lo que desplegará ante sus ojos un abanico de posibilidades y ofertas matrimoniales.

Lo anterior, porque se sabe, que quien se lleve el loable trofeo, será la debutante más distinguida y dotada de exquisitas maneras e inigualables talentos.

Que gane la mejor y se brinde el honor a quien lo merezca.

Y, para todos los demás involucrados: matronas, caballeros solteros, damas casaderas, padres urgidos por ver a sus hijos hacer un buen matrimonio y, mis queridos cotillas que observarán todo y juzgarán con avidez, haré mi anuncio oficial.

Desde este humilde periódico declaramos abierta la temporada de caza más esperada del año. Los especímenes por perseguir serán los más cotizados. Y la labor más ardua la tendrán las casamenteras y, sobre todo, las matronas ansiosas y desesperadas.

Perdón, solo era una broma con evidente afecto a las respetables damas de familia que se sacrificarán en beneficio de sus querubines

y sus futuros.

¡Bienvenidos al mercado matrimonial de 1874! ¿Tienes sus armas cargadas? A la cuenta de tres ya pueden apretar sus gatillos.

En su residencia en Grosvenor Street, Valentine cerró el periódico complacido por la nota escrita por Frederick, quien estaba frente a él, del otro lado de su escritorio, en su estudio. Era justo lo que habían pactado. Sabía cuánto el periodista odiaba a los condes de Cumberland, y que no se explayaría demasiado sobre el premio y que, si lo sacó a relucir, fue solo por darle realce al evento de la escuela.

Celebraban con una botella de un exquisito y añejado *whisky* de malta de su destilería favorita, propiedad de los MacAlister.

—Te felicito —le dijo a su amigo—. Una nota digna. Has cumplido.

—¿Para eso me convocaste, Valentine? Si vamos a festejar, hagámoslo. Bebamos el buen *whisky*.

—Por supuesto, lo mereces. Aunque no era necesario el sarcasmo del final. Sin embargo, una nota limpia, sin rastros de ironía no provendría de tu pluma. Me pregunto por qué si eres dueño de todo el periódico no redactas las notas más serias, como las que informan sobre los debates del Parlamento, las nuevas leyes, la economía, la ciencia, los hechos delictivos.

—Soy el editor, déjame un poco de diversión. Con todo lo que me esfuerzo para que el periódico sea exitoso me merezco cierta distracción. Por fortuna, tengo personal calificado a mi cargo que se ocupa de investigar y redactar las notas aburridas, pero importantes. Yo prefiero juzgar a los que tengo fustigándome sobre mi cabeza: la aristocracia.

Valentine negó con una mueca de desagrado.

—No sé quién fustiga a quién. No en vano te apodan «el látigo».

—Es exagerado, pero no me quejo. Con la vara que midas serás medido. Son gajes del oficio. Mientras tanto, yo me divierto. Hablando de diversión, tengo un cotilleo sustancioso para ti.

—Vamos, puedes guardarlo, no quiero oírlo —aseguró Valentine —. No es mi estilo. ¿Cuándo me ha importado lo que se rumorea en Londres? Que seas mi amigo no significa que tus intereses son idénticos a los míos. Respeto tus extravagancias, pero yo soy más reservado y discreto.

—¿Incluso si involucra a tu persona?

—¡Habla! —masculló entre sorprendido e irritado, cambiando de opinión en el acto, ante la sonrisa sardónica de su amigo. Si algo le exasperaba a Valentine era que se murmurara a sus espaldas, prefería pasar desapercibido, escabullirse, ser un libro cerrado.

Frederick era consciente de la irritación que le causaba al duque ser el centro de los cotilleos de Londres, y como le encantaba fastidiarlo, saboreó cada palabra al abandonar su boca.

—Dicen que quizás esta temporada te lances a la titánica misión de buscar una esposa.

Valentine se relajó al comprobar que aquello de lo que se rumoreaba no le preocupaba en absoluto.

—Oh, eso. Se tardaron bastante.

—Me sorprende que los chismes no tarden en formarse y volar de un lado al otro. Pero, ¿hay verdad en el murmullo por ínfimo que sea? ¿De dónde salió semejante atrocidad? —preguntó Frederick de modo teatral.

—De fuentes seguras, pero con las lenguas muy largas. Confié en que serían más discretas.

Las risas triunfantes de Frederick no se hicieron esperar; no obstante, tampoco pinchó demasiado. Sabía que Valentine tenía un humor que no convenía espolear.

—Creí que eran calumnias de matronas aburridas o ansiosas de pescarte para sus hijas —continuó Fred—. Pero veo que no te asombra. ¿De qué me he perdido?

—Un verdadero complot donde la señora Sable es la estratega más perspicaz, jugando a dos bandos. Tus queridos condes de Cumberland y su parentela —dijo con sarcasmo— pretenden tenderme una trampa. Solo los estoy distrayendo. Lo más gracioso es que están enfrentados, mientras la señora Sable pretende sacar la mayor tajada.

—¿Cómo? Cuéntame más. Sabes que solo contigo y con Edward soy una tumba.

—Se quieren quedar con lo que es mío ya sea comprando o buscando a quien unirme en matrimonio. Los condes de Cumberland desean adquirir mi escuela, se acercaron a mí con una propuesta descarada y exorbitante y les he dicho que no. Algo que los dejó muy afligidos, ansían apoderarse de mi propiedad.

—Son unos sinvergüenzas de la peor calaña. —Frederick se reacomodó en el asiento, sabía disfrutar de un buen cotilleo.

Valentine bebió de su *whisky* y volvió a llenar las copas, antes de proseguir, con una ceja enarcada.

—La señora Sable, la más interesada en ascender y quedarse con el poder de la escuela, ha jugado otra carta en contra de las ambiciones de su hermana, lady Cumberland y en beneficio de sí misma. Tiene una sobrina en edad casadera, hija de su otra hermana, la duquesa de Richmond. Así que la ha convencido de que yo soy el mejor partido para la muchacha. Si yo me casara con lady Valery, la señora Sable terminaría manejando a su antojo mi escuela, o eso ambiciona la desdichada. El duque de Richmond es un ambicioso que no ha tardado en aliarse a la arpía.

—Menuda ficha la señora. ¿La señora Sable, en realidad, señorita Sable, es la solterona que vio a sus hermanas hacer estupendos matrimonios, mientras ella vio pasar de largo sus temporadas? —preguntó Frederick haciendo memoria de la

información que poseía. Conocía a casi todos en la nobleza, al menos como parte de su material de investigación.

—Sí, le dicen señora Sable solo por formalidad, pero jamás se casó. ¿Puedes creer que se atrevió a usar a lady Abbott como carnada para que yo muerda el anzuelo, y la dama, ajena al complot en mi contra, ha venido con una propuesta: unirme en matrimonio a lady Valery?

—Sí que has estado ocupado desarticulando semejante enredo —se mofó Frederick, para su amigo era un asunto menor que no tardaría en solucionar.

—Sabes que tengo mis medios para cuidarme las espaldas.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Frederick interesado, era una lástima que la lealtad lo mantuviese atado de manos, ese cotilleo vendería muchos ejemplares de su diario.

—Solo le he dicho a los duques de Richmond: «podría pensarlo, pero no prometo nada», para que alberguen todo tipo de ilusiones y sigan confiados de que no estoy enterado de sus maquinaciones. Lo más gracioso es que si tus parientes los Cumberland supieran que los Richmond y Sable pretenden traicionarlos y hacerse con el control de la escuela, no les gustará nada. Me encantaría ver su reacción tras bambalinas —aseguró con un brillo vengativo en los ojos.

—Comprendo. A mí también, los Cumberland son odiosos, pero los Richmond no se quedan atrás. No necesitas ajustar cuentas con tus enemigos, ellos se aniquilarán los unos a los otros. Por suerte mi sangre está bastante diluida, no quiero pertenecer a esa abominable familia.

—Eres superior a cada uno de ellos. Serías un mejor conde, Frederick.

—Por cierto, Valentine, es muy astuto de tu parte darle alas a los Richmond, debes estar atento por si traman algo más. Tal vez terminen aliándose con los Cumberland para salirse con la suya, son

raros y muy bribones. No te confíes. Dales un zarpazo tan pronto puedas y deshazte de ellos. No es recomendable tenerlos encima.

—Lo haré. Estoy esperando que termine el concurso. Después moveré mis fichas. —Valentine acarició la superficie de la madera y miró a los ojos a su amigo—. Cambiando de tema, sobre aquello que te encargué, ¿tienes algo?

Frederick negó.

A lo largo de sus años, Valentine creció escuchando una historia, la de su vida. Una que no divulgaba, pero que, tras morir su tía removió algo dormido dentro de sí: una duda latente.

Cuando el padre de Valentine falleció, hacía muchos años, él solo era un niño, uno muy pequeño. Jamás vio su testamento. Por lo que, tras la lectura del testamento de su tía, con sus escasos bienes que pasaron a su nombre, se preguntó qué venía escrito en el de su progenitor. No tardó en llamar a su abogado, y removieron viejos documentos que guardaban secretos.

Según su historia, contada por lady Imogen a Valentine, esta había sido designada por su padre como albacea cuando aún vivía. Buscando una forma de dejarlo protegido si algún día él faltaba. Y lo que el duque temió terminó por ocurrir. Lo que provocó la partida del anterior duque de Hayden, fue el dolor que le ocasionó descubrir que su esposa —madre de su primogénito— tenía un amante.

Nadie supo de los sinsabores más íntimos de los padres de Valentine, salvo Imogen, quien residía con ellos en la propiedad. Y pasado el tiempo, mientras se hacía cargo de cuidar a su sobrino, la mujer no tuvo piedad y le contó la verdad al muchacho cuando este alcanzó cierta madurez para entender.

Al morir el esposo, la anterior duquesa, abandonó los dominios de su pequeño hijo, dejándolo en manos de Imogen y se marchó con su amante, con quien se casó en cuanto pudo. Olvidando así, lo que la ató en el pasado al ducado de Hayden.

Pero todo dio un vuelco cuando Valentine desenterró esos documentos guardados por años y comprobó que la única persona

designada como responsable de Valentine y su fortuna en el testamento paterno era su madre, no su tía.

Las interrogantes acerca de por qué Imogen le contó otra versión ya nunca las sabría, se las había llevado a la tumba. El abogado que estaba a su servicio solo tenía diez años con él, desconocía el contenido del testamento. En cuanto al notario, fue difícil dar con él porque era un hombre mayor que se había retirado al campo y desconocían su paradero. Y al anterior abogado le perdieron la pista, pues ya no vivía en Inglaterra.

¿Dónde conseguiría las respuestas?

Contrató a un detective que no halló absolutamente nada. Ni documentos que probaran el matrimonio de su madre con otro hombre, ni su paradero, ni su deceso. Como si se hubiese esfumado. No sabía si estaba viva o muerta, suponía lo primero, que se casó con un desconocido y residía en alguna parte del reino.

¿Habría tenido otros hijos? ¿Lo extrañaba? ¿Sentía remordimientos por haberlo abandonado?

Valentine blindó su corazón con una coraza impenetrable. No se permitiría sentir ni un ápice de dolor o amor por la mujer que le dio la vida y lo desechó. Solo deseaba respuestas.

Frederick, conmovido, y con la habilidad para desentrañar misterios e investigar, que fue adquiriendo durante su labor como periodista, se ofreció a encontrar los cabos sueltos.

—Nada aún, amigo mío. Lo lamento. Es como si tu madre hubiese sido un fantasma, uno que se diluyó con el tiempo. A veces, es mejor renunciar a quien no quiere ser encontrado. ¿Estás seguro de que deseas seguir adelante?

—No te detengas. —Sacó de uno de sus cajones una llave y se la entregó—. Es la llave de la habitación de mi tía. Nada ha sido movido de su sitio. He dado órdenes de que ni siquiera entren para limpiar.

—Lidiar con muebles empolvados no me asusta. Pero, se sentirá raro profanar los aposentos de lady Imogen. ¿No hay marcha atrás?

—Yo mismo escudriñé hasta el rincón más absurdo de su despacho en la escuela y no encontré nada más allá de facturas, contratos que atañen exclusivamente a la institución. Tienes mi autorización. Tal vez la astucia que posees para encontrar los secretos mejor guardados, te sirva para hallar lo que está ante mis ojos y pasé por alto. A mi madre no se la puede haber tragado la tierra.

—En ese caso, comienzo de una vez.

—Aguarda. Hay algo más. Ya que lo sabes todo y presumo que estás enterado, ¿qué opinas del compromiso de Edward?

Frederick lo miró sintiéndose un idiota. Nunca escuchó hablar del tema.

—No tengo idea de lo que estás diciendo. Lo último que supe de Edward es que estaba estudiando en Francia y nos escribió para decirnos que la pasaba genial. Así como que ya volvió y que el sinvergüenza está tan ocupado, que solo se dignó a mandar una nota avisando de su retorno, y sin fecha para encontrarnos para tomar unas copas. Sus pacientes hacen filas largas en su consulta.

—Lady Abbott, la casamentera, le encontró la candidata adecuada. Y él parecía muy contento. Aunque me sorprende que la joven escuchó de su regreso solo porque yo le di aviso. ¿Será que no está enamorado?

—¿Estás hablando del mismo Edward? ¿Nuestro amigo? Hasta donde estoy enterado, el matrimonio no le interesa por ahora. Primero aspira a conseguir ciertas metas en su profesión. Me he aburrido de escucharle decir lo mismo. Además, Edward no solo es un hombre comprometido con su carrera, al extremo de que ni siquiera voltea cuando una dama hermosa le pasa por el lado. Sino que, a diferencia de ti y de mí que somos más cínicos, él tiene una idea romántica acerca del amor. No lo veo yendo al altar en un matrimonio arreglado, menos por una casamentera. Ni siquiera, si

esa dama es lady Abbott, la tía de su cuñada, esa que está obsesionada con casar a medio Londres. Como si la soltería fuese una inminente desgracia.

—Él me lo dijo con su prometida delante —confirmó.

Frederick continuaba luciendo incrédulo por más datos que Valentine le aportara.

—¿Quién es su prometida?

—Lady Henriette Montagu.

—¿Me tomas el pelo? ¿Te refieres a Ettie, la hermana menor del conde de Pembroke?

—La misma —añadió con cinismo, no podía disimular que odiaba ese lazo que los unía.

—Pero tú y ella se besaron —recordó la revelación.

—En realidad, solo fue un accidente, ella caía, tropezamos. —Omitió todo lo que sucedió después entre los dos cuando se volvieron a besar.

—Si tú lo dices —arguyó receloso.

—No puedes usar lo que te he confesado para arruinarla.

—Jamás perjudicaría a Ettie, ni a Edward. Pero ella y tú deberían hablar al respecto y poner al corriente a Edward. Si se entera a futuro, podría malentenderse —consideró removiéndose en su silla—. Fue solo un accidente, ¿no? Edward es muy razonable.

—Lo es, también me siento incómodo con la situación. Lo que decida será mi elección y la de ella, nadie debe entrometerse. —Fue tajante.

Frederick se sirvió un trago más del añejado *whisky*, tratando de leer más allá de lo que se veía a simple vista. También odió estar en medio de aquella situación. No se tragaba que fuese «solo un tropezón». Decidió escarbar. No dejaría que la amistad entre Edward y Valentine zozobrara.

—Pensé que ella no deseaba casarse, no por ahora. —Sonrió. No entendía nada, Ettie le entregaba con frecuencia los capítulos de los libros que salían en *The Golden Gazette*, la consideraba más que una amiga, una cómplice, pues le guardaba semejante secreto, ¿y no se había dignado a decirle que estaba prometida a Edward? ¿Y Edward? Se suponía que era su amigo, ¿por qué el silencio? Algo no le cuadraba—. Es absurdo que estén comprometidos y no digan nada.

—Quizás quieren ser discretos por el momento.

—Pero ya puedo entender la razón por la que Edward ha caído en las redes del matrimonio. La joven tiene una chispa encantadora, él jamás se aburrirá —pinchó y estudió el rostro de Valentine.

—¿No es raro que él regrese de viaje y no le dé aviso a su futura esposa? —persistió como policía de las reglas del compromiso.

—Quizás planeaba sorprenderla con un ramo de flores y tú arruinaste su sorpresa —lo sermoneó Frederick.

—¿Crees que ella lo ame? —Valentine moría por revelarle lo que ocurría con él, lo que pasó entre los dos después del «tropezón accidental». Pero todo el cinismo de Frederick se esfumaría en el acto si lo consideraba un traidor, más si esa traición era en contra de Edward, quien era tan recto, honorable y leal. Incluso, Frederick podría perdonar que lo engañara a él, no a Edward.

—¿Me ves cara de Cupido? ¿Cómo voy a saber semejante cosa? Solo puedo confesar que me toma desprevenido tu revelación. No tenía la menor idea de que ellos sentían una atracción mutua. Lo que sí te garantizo, tras las largas conversaciones que tuve con Ettie desde que era una chiquilla de quince años, que acompañaba a su cuñada, la condesa de Pembroke, mientras yo trabajaba como su editor, que ella tampoco es de las que sueñan con atrapar a un esposo solo porque el enlace sea conveniente. Es soñadora, romántica… Si lo ha elegido es porque algo debe sentir por él. Vaya,

hacen una estupenda pareja. Están en la misma página, en el lado bonito de la vida. Son tan positivos, honrados y auténticos.

Fue suficiente, Valentine hizo una mueca de desagrado ante los elogios que brotaban como arcadas de flores perfumadas de la boca de su amigo. Cada enaltecimiento sobre la parejita lo incomodaba más.

Unido a su rabia por imaginar el maravilloso desenlace estaba el remordimiento que experimentaba por no poder ser feliz por Edward. Jamás creyó que cuando a su amigo le tocara el turno de enamorarse, él no podría celebrarlo y augurarle lo mejor.

Y, aunque deseaba desahogar el tormento que lo quemaba cual lava de volcán en sus entrañas, no pudo confesar la culpa que lo carcomía por dentro. Podía ser un desalmado con quien fuera y no sentir un ápice de remordimiento, pero no con un inocente, y menos con sus dos amigos, los únicos en los que confiaba sin reservas.

Si quería continuar conservando a las personas que en verdad lo conocían tal cual era y lo apreciaban a pesar de sus defectos, tenía que apartar sus ojos de lady Henriette Montagu...

O enfrentar a Edward Raleigh con la verdad.

21

Si Ettie escuchaba una recomendación más de su madre iba a estallar. Le había recitado hasta el cansancio todo error que debía evitar. En ese punto de los acontecimientos, a Patience le importaba más que su hija hiciese una presentación magnífica y libre de fallas delante de la reina que el Premio Cumberland.

Ganar el concurso sería un honor, pero ninguna de sus hijas había triunfado y no por eso dejaron de tener futuros brillantes y encontrar esposos formidables. En cambio, dar un tropezón, enredarse con la cola del vestido, caer al suelo, hablar más de la cuenta, carecer de gracia al andar o hacer una pésima reverencia delante de Su Majestad, sería un bochornoso espectáculo que centrarían a los Montagu en el ojo de la crítica por varias generaciones.

Los sermones de Patience no dejaban que Ettie disfrutara el momento, por eso cuando su familia, días atrás, le comunicó que Daisy Montagu, condesa de Pembroke, su sonriente y desenfadada cuñada iba a guiarla en su presentación, casi brinca en un pie de alegría. Los nervios de su madre no la ayudarían, al contrario, la conducirían a meter la pata hasta el fondo.

Todos en Pembroke House estaban alborotados por lo que acontecería. Sus hermanas también llegaron para verla antes de que abandonara la residencia.

—¿Lista para ir al carruaje? —le preguntó Daisy con una sonrisa que ayudaba a Ettie a aligerar sus nervios.

—Creo que sí.

Si supiera su respetable familia que ella estaba a punto de convertirse en una gran decepción, ¿tendrían esas caras de orgullo? La revelación de Florence la atormentaba. ¿Cómo pudo ser tan inconsciente y ponerse en una situación comprometedora con el duque de Hayden? Sí que hablarían de su mal paso por generaciones. ¡Con un duque! ¡Con el dueño de la escuela! ¡Con Ogro Gruñón! ¡Ni lady Valery, esa pomposa y mimada, lo quería como esposo!

Enlodaría el apellido de su familia.

—Estás radiante. Qué bonita te ves —la elogió Bradley, el conde de Pembroke, sacándola de sus lamentaciones.

Cómo le dolió a Ettie defraudarlo. ¿De verdad lady Valery guardaría en secreto lo que vieron sus ojos? Ni siquiera eran amigas. Incluso, creía que la detestaba en contubernio con su tía y por eso le robaron su sitio en la lista de las prácticas de piano.

—Estás preciosa —le aseguró Josephine, una de sus hermanas.

La otra, Margaret, también añadió:

—Me recuerdas mi presentación y mi primera temporada. Verás que es divertido. Disfruta del momento. Y no le hagas caso a mamá, te ves tan bella que hasta la reina te perdonará cualquier falta. Aunque estoy segura de que lo harás estupendo.

—Así tropieces o cometas una de las fallas de la interminable lista de fatalidad que enumera nuestra madre, nosotros te seguiremos queriendo igual. —Bradley fue enfático y aclaró para su tranquilidad—. Y si alguien se atreve a emitir una crítica en tu contra, se las tendrá que ver conmigo en el campo de honor y seré implacable. No te sientas nerviosa, hagas lo que hagas, ya posees el premio. Te aseguro que eres una joya para tu familia, y los demás no te tienen que importar.

—Claro que sí, pequeña mía. No me hagas caso. —Su madre le dejó un beso en la frente, serenándose también, gracias a la intervención de las personas que más quería en la vida.

¿La perdonarían si se desataba el caos? No estaba segura. Pero ellos eran a los que más amaba en el mundo. Lucharía por ganar su perdón. Ahora más que nunca era imperioso que se esforzara, que obtuviera el Premio Cumberland, quizás así el golpe de su indecencia fuese menos contundente.

—Lista —afirmó Ettie en dirección a su cuñada.

Al llegar más temprano de lo esperado a una de las salas de audiencias del palacio de Buckingham, se reunió con las debutantes y sus madrinas que aguardaban el turno de desfilar ante la reina. Todas llevaban vestidos, guantes y abanicos blancos en señal de pureza, y tres plumas de avestruz del mismo color adornaban su recogido, como dictaba la etiqueta. En las manos sostenían ramos de flores. Como muestra de sofisticación y alcurnia portaban las perlas o los diamantes más emblemáticos de sus familias.

Las gotas de brillantes que Ettie lucía en las orejas, se confundirían con sus lágrimas, si su presentación terminaba como debut y despedida. No tardó en ver a Florence. Desde que la joven le reveló lo descubierto por Valery, no hacía más que torturarse, vaticinando el desastre que ocurriría, si la segunda terminaba por abrir la boca.

No pudo evitar, escurrirse y acercarse con disimulo a Florence. Aún se reprochaba no llegar al final del asunto y buscar una solución, así tuviese que amedrentar a Valery para que mantuviese los labios sellados. Su futuro pendiendo de un hilo no podía quedar en las manos de la mimada sobrina de la señora Sable.

—Oh, Ettie. Estás bellísima.

—Gracias, Florence. También tú. Ese collar es magnífico. —La sencillez de la cadenita que colgaba del cuello de Florence, de la que pendía una perla a juego con sus aretes, le daba un toque romántico y elegante a la vez. La joven lo acarició mientras recibía el halago con cierto rubor en las mejillas.

—Hay algo que debo decirte —le susurró Florence para que su madrina no se percatara de lo que hablaba—. ¿Te acuerdas de que me preguntaste si la señorita que Valery vio con su pretendiente era una estudiante?

—¿Ya sabes de quién se trata? —inquirió afectada. También susurraba. De pronto, sintió todos los ojos de la sala sobre sí.

Florence negó y contestó más bajo aún.

—A mí no me lo ha contado. Me dijo que la busque al final, que necesita desahogarse conmigo al respecto. Estoy muy preocupada por mi amiga. El asunto es más grave de lo que sospecho. Es un caos de proporciones gigantescas. Valery está deshecha. Solo espero que la reina no note sus ojos hinchados por llorar.

—¿A qué te refieres? ¿Por qué ha llorado Valery? Ella no es quien cometió la falta.

—Sus padres la presionaron tanto con la idea del compromiso con ese caballero, que terminó confesándoles los motivos indecentes por los cuales no sería el marido apropiado. Valery es una buena persona, está sufriendo por la culpa que siente por develar lo ocurrido. No quería arruinar a la señorita. Pero le aterraba terminar atada para siempre a ese hombre. Tanto que el pánico la ha obligado a actuar.

Ettie quedó fría como un témpano de hielo. Al otro extremo del salón, Daisy le hizo un gesto para indicarle que regresara a ocupar su lugar.

No pudo emitir una frase más. Dejó a Florence casi con la palabra en la boca y caminó hasta Daisy, quien notó su turbación.

—¿Te sucedió algo? —preguntó su cuñada.

—No —mintió, odiaba hacerlo, pero necesitaba decir lo que fuera para intentar alejar la catástrofe a punto de sacudirla. Al menos, mientras caminara ante la reina e hiciera la reverencia. De lo contrario, la lista fatal de su madre iba a convertirse en una realidad.

—Mantente serena.

—¿Ese es Frederick? —preguntó desconcertada a su cuñada—. No sabía que tenía permitido acudir a este tipo de eventos.

—Las conexiones de nuestro amigo cada vez son más influyentes —agregó guiñándole un ojo a Ettie—. Ahora siempre está en el lugar indicado. Todos querrán leer su periódico mañana, incluso los lores más desesperados tratarán de sobornarlo para que dedique algún párrafo a sus hijas. Es una buena forma de que resalten y obtengan visibilidad. No cabe duda de que Fred es excelente en lo que hace.

—Tengo que hablar con él —confesó atropelladamente.

—No, Ettie, no es lo más propio para una señorita, no en vísperas de pasar ante la reina.

Mas aquella no la escuchó, no tardó en aproximarse a Frederick Banes. Ni siquiera le pasó por la cabeza que un escándalo como el que estaba por arrasarla le aportaría jugosas ganancias al periodista. Su mente estaba obcecada con buscar una solución.

—Fred, no esperaba verte aquí.

—Me han concedido el honor de llegar hasta la antesala de donde sucede la acción. No veré a las jovencitas debutar, pero puedo entrevistarlas antes y después de presentarse ante la reina. Además de que, la información fresca sobre lo que sucede allí adentro llegará hasta aquí si sabemos a quién preguntar.

—Te felicito. Pero, cuando te desocupes, necesito que seas mi mensajero.

—¿Ettie? ¿Sucede algo? ¿La presentación te tiene nerviosa? ¿O es el Premio Cumberland?

—Me urge que le des un mensaje a tu amigo Hayden.

—¿No quisiste decir Edward? ¿Y por qué no puedes dárselo tú si es tu prometido, según me contó un pajarillo? —Frederick parecía confundido, quería pensar que Ettie cometió un error y dijo el nombre equivocado por descuido.

Ettie confiaba en él y siguió adelante.

—Edward no es mi prometido, pero no puedes contarle a Hayden aún, eso solo nos corresponde a Edward y a mí. —También estaba ese asunto entre los pendientes que la atormentaban. Debía deshacer ese trato con urgencia. Pero el joven doctor no aparecía para que pudiesen hablar. Era la desventaja de ser médico, siempre estaba ocupado. Ettie estuvo a punto de fingir una enfermedad para que lo llamaran, pero agobiada con los preparativos de la presentación el tiempo se le escurrió entre los dedos como agua.

—¿En qué travesura se han metido Edward y tú, pequeña? ¿Tengo que preocuparme? —preguntó Frederick sacándola de sus pensamientos—. Hayden es… No deberías jugar con el lobo, muchacha. Me extraña que Edward se preste a semejante locura conociendo a nuestro amigo.

—Dile a Hayden que el primer día que volvamos las debutantes a tomar las lecciones diurnas en la escuela, necesitaré verlo. La cita es en la biblioteca. A las nueve siempre está desierta porque alumnas y maestros se encuentran en los salones.

Ella, atormentada, ni siquiera reparó en el gesto interrogante y hasta cierto punto, amonestador de Frederick.

—No creo que lo que propones sea buena idea. ¿Pretendes verlo sin una carabina? ¿Quieres que Pembroke me cuelgue de mis partes nobles si se entera que soy el emisario? —Se recriminó por ser tan prosaico, pero aún no salía de su asombro por la petición de la joven dama—. ¿Y Edward qué tiene que ver con esto?

—Confío en tu discreción, Fred. Por favor, hazlo.

—¿Por qué a todos se les olvida que soy el dueño de un periódico? ¿Tan decente parezco? ¿No te preocupa que tu indiscreción aparezca en las páginas más leídas de Londres?

Ettie no escuchó las últimas palabras, ya habían abierto las puertas y las jóvenes se posicionaron para desfilar ante una de las monarcas más poderosas del globo terráqueo.

Debía esforzarse y coordinar sus pasos, así como los movimientos de su falda y la cola de su vestido. Estaba dispuesta a conseguir vencer los retos que le faltaban, que cada uno cayera a su favor y de su lado del campo de batalla, como un castillo de naipes a los pies del vencedor.

Caminó con gracia y, por un momento, la pompa del sitio y los asistentes le hizo olvidar sus angustias. Había cierta ilusión en poder estar tan cerca de la reina por primera vez, admiraba todo lo que Su Majestad logró siendo mujer. Más allá de su derecho de nacimiento y las carencias que aún imperaban en el reino, su gobierno se caracterizó por expansión, desarrollo y cierta estabilidad social.

Al detenerse frente a ella, ejecutó la reverencia de la corte tal y como la había ensayado, con una pierna doblada detrás de la otra, y la cabeza baja levemente. La monarca hizo una breve inclinación de cabeza, pero como si reflexionara le extendió la mano para que Ettie la besara. La joven se sorprendió muchísimo, pero no dejó que el gesto la impresionara y cumplió con lo que se le pedía. Su Majestad la contempló unos segundos y con una tenue sonrisa que no terminó de florecer en sus labios, dejó de prestarle atención para concentrarse en la siguiente debutante.

Ettie con el pecho lleno de emociones bullendo e intentando no mostrarlas, retrocedió sin darle la espalda a la reina.

Al finalizar, se pudo relajar, aunque no por completo, quedaba pendiente el asunto de Florence y Valery. Sin embargo, se permitió celebrar su corto triunfo. Lo había logrado. Mostró dominio del protocolo. Suspiró hondo deseando volver a su casa cuanto antes.

—Por Dios, Ettie, Su Majestad mostró un acuciante interés en ti —manifestó entusiasmada su cuñada—. ¿Qué le habrá llamado la atención? Solo lo hizo contigo, con las señoritas Grant y Fairbairn, y con las hijas del marqués de Blair y del duque de Richmond.

Ettie se alzó de hombros por toda respuesta. La verdad no tenía idea, cuando Daisy se interesó en algo más, buscó con la vista a Florence, necesitaba concluir la conversación que dejaron pendiente.

Cuando todo terminó, sin encontrar la ocasión para acercarse a la señorita, se resignó. Una cosa sabía, siguió a Florence todo el tiempo con la mirada. Aquella no tuvo oportunidad de quedar a solas con Valery. No pudo resignarse a otra cosa más que esperar.

¿Qué debía hacer? ¿Revelarle a su madre el lío en que se había metido? ¿A su cuñada? ¿A su hermano? No. Este último querría resolver todo con duelos, retaría al padre de Valery si abría la boca, a Hayden por corromperla. No podía permitir que Bradley arriesgara su vida.

22



Ettie no supo cómo sobrevivió un día más hasta el concierto diurno en el invernadero de los marqueses de Bloodworth en Mayfair. La música inundaría esa área de la propiedad. Nadie quería perdérselo. Y a pesar de que era gigante, sublime y con una jardinería exquisita, los invitados fueron seleccionados con mucho cuidado. No querían que el sitio se viera abarrotado de gente.

Solo podían concurrir las amistades de los dueños de Bloodworth House, las debutantes y sus familias, el jurado del reto musical, y personalidades muy destacadas de la aristocracia que habría sido una grave ofensa no contemplarlos en la lista de invitados.

El invernadero era el más grande de los que Ettie había visitado en un hogar, estaba aledaño a la casa de los marqueses. Constaba de cristales lustrosos, herrerías imponentes, estatuas evocadoras y —para gozo de los asistentes—, albergaba una de las mayores colecciones de rosas de la que tenía conocimiento.

Mientras se deleitaba con la belleza, los colores y los deliciosos aromas, Ettie desconfiaba de poder superar el Reto de Música. Sin el maestro al frente de la calificación, solo le quedaba apelar al jurado para que el criterio fuese justo. Tras escuchar la complicidad de las hermanas malvadas, no dudaba que lady Cumberland, quien tomó el poder, se aliara con la señora Sable solo para fastidiarla.

También tenía la duda de si, por fin, Hayden había enfrentado a lady Cumberland. ¿La pieza que aparecía junto a su nombre en el programa sería el fragmento de *Romeo y Julieta* o la reticente mujer

no cedió, y no le quedaba más remedio a Ettie que interpretar *Minuet*?

La segunda se la sabía de memoria, no necesitaba repasar. La primera la practicó con ahínco en casa, mientras le acompañaba la agonía de no saber qué pasaría con su reputación. ¿Sería arrastrada por el fango o se libraría de la vergüenza pública?

Solo Florence podría iluminarla sobre lo que estaba ocurriendo con respecto a su propio tormento.

Cuando dieron la primera llamada, tras bambalinas, donde esperaban las concursantes, encontró a Florence.

—Aún no sabemos quiénes aprobaron el Reto de la Presentación, pero no tienes qué temer, tu reverencia fue digna de la realeza. Su Majestad mostró interés en ti —le comentó en cuanto Ettie se acercó.

—Eres muy amable, Florence, la tuya también fue muy elegante y correcta. Y supe que la reina te hizo una leve inclinación de cabeza.

—Promete. Habrá que esperar para saber qué opina el jurado del premio. Con respecto al otro asunto —susurró—, ese que nos desconcierta, tengo novedades. No, no es una estudiante.

—¿La señorita del escándalo en ciernes? —Ettie sintió un ramalazo a la altura de sus costillas. También susurraba.

No podía creerlo, Florence soltó lo que sabía antes de que ella comenzara su premeditado interrogatorio.

—Sí, la del coqueteo furtivo con el supuesto futuro prometido de Valery. No es una de las estudiantes de nuestro año, ni de uno inferior.

Esa frase le devolvió el alma al cuerpo. ¿Cuántos días se torturó creyendo que estaba a un parpadeo de quedar en boca de todos? Casi escapa de la supervisión de su madre para buscar la forma de reunirse con Hayden y contarle el pozo sin fondo que la devoraba. Que él no haya asistido a la presentación de sus estudiantes, y

escuchar de manera accidental que no estaba en Londres, la disuadió de cometer una locura que pondría su reputación en riesgo.

No obstante, tuvo la osadía de citarlo en la biblioteca de English Roses School teniendo por emisario a Banes. ¿Buscaría Hayden la oportunidad de intercambiar unas palabras con ella en el concierto? Escuchó que el arribo del escurridizo y hermético duque causó revuelo entre los presentes. Hombres y mujeres por igual. Su excelencia no acostumbraba a asistir a eventos sociales, independientemente de si el concurso que atañía a la escuela estaba involucrado.

Ettie comenzó a serenarse, su reputación no estaba amenazada. Si no era una estudiante, entonces no hablaban de ella. Exhaló de alivio ya sin ocultarlo. Casi dos lágrimas abandonaron sus ojos, pero quedaron ahí, empañando su mirada. Estuvo a punto de perder todo y de arrastrar a su familia con ella hacia el abismo.

Miró al cielo raso de la habitación, con Dios en la mente, y le suplicó que moderara sus actos y que no le permitiera volver a ponerse en una situación tan comprometedora.

—¿Por qué te afecta tanto? —Florence parecía intrigada ante el estado en que terminó Ettie tras su revelación.

—La honorabilidad es un asunto que a todos debe importarnos —dijo lo que fuera. Aunque la apreciaba no podía soltarle «yo también coqueteaba con Ogro Gruñón». Y para dar énfasis continuó —: No me gustaría que una de las rosas inglesas fuera condenada al ostracismo social, menos si es una conocida.

—Lo creo. Pero pensé que eras más flexible, como Valery, y que te pondrías de parte de los enamorados. Valery —continuó Florence — no quiere a ese caballero. Ni siquiera, para sacárselo de encima quería usar ese as bajo la manga. Me aseguró que no pondría por los suelos a esa señorita, así fuese ese recurso la última fuente de agua en el desierto. Sin embargo, cuando lady Abbott regresó a su casa con la noticia de que el caballero estaba reconsiderando la

posibilidad de cortejarla, se sintió desesperada. Su padre se aferró a la «posibilidad» y la presionó de maneras que no imaginarías.

—Pobre Valery —se sorprendió sintiendo empatía por la mimada sobrina de la señora Sable. Era terrible que te obligaran a contraer matrimonio con alguien que detestabas.

—La susodicha enamorada no es estudiante, pero lo fue. —Florence agregó como si nada.

El corazón de Ettie, que comenzaba a sosegarse, volvió a agitarse y galopar como una manada de corceles desbocados. Ya no le quedaba dudas de que Valery no hablaba de ella, que no la vio en una situación comprometedora con Hayden. Sin embargo, aunque verse libre del escándalo la aliviaba, no podía tranquilizarse por completo.

¿Quién coqueteaba con Hayden en secreto? ¿Acaso él tenía una aventura? ¿O un amor? La cólera comenzó a apoderarse de sí. Era una idiota. Mientras jugaba a puertas cerradas con su excelencia, creyó que, quizás, la atracción fulminante que sentía por ese hombre era un mal recíproco que los atacaba a ambos.

Pero no. ¡No!

Mientras ella se dejaba seducir y besar… Besar de ese modo indecoroso que jamás podría olvidar, menos borrar las huellas que dejaron en sus labios… A la par, él jugaba con la desconocida y aceptaba cortejar a lady Valery.

¡Maldito libertino! ¡Insaciable libidinoso!

Trató de respirar, calmarse.

—¿Él es el duque de Hayden? —interpeló de manera directa.

La boca de Florence formó una perfecta «o».

—¿Cómo te diste cuenta? Ay, por Dios, te lo he confirmado. Es secreto. No puedes decirle a nadie. Valery me va a matar…

—No le diré a nadie, querida Florence. No te atormentes. Pero supongo que pronto se sabrá quién es la amante, la enamorada o lo

que sea. —Ya no quiso indagar por el contenido exacto de lo que Valery observó—. Tu amiga le ha contado a sus padres y a lady Abbott.

—No a la dama, solo a sus padres les dijo que su excelencia andaba en una conducta indecorosa con una mujer y que ella por nada del mundo se casaría con un hombre enamorado de otra.

—Entiendo, Florence. Valery tiene motivos de peso para rechazarlo.

—Un suplicio, un mal arreglo matrimonial. Él suspirando por los rincones por su secreto y verdadero amor. ¿Te imaginas cuán infeliz sería mi amiga?

—Un desastre. —Estaba a punto de morderse la lengua o estallar. «Colgaré a Hayden de sus partes nobles», pensó utilizando la frase de Frederick.

—No obstante, Valery es consciente de la gravedad de la situación para la señorita, más que para el duque. Por solidaridad, se las ha arreglado, pese al interrogatorio de sus progenitores, para no revelar la identidad de la joven.

—Oh, ella es generosa. —Se sorprendió, creía a la sobrina de la arpía capaz de hundir a quien sea con tal de salirse con la suya.

—Lo es.

—Pero, supongo que tú sí sabes de quién se trata. Dímelo. —Parecía más una orden que una petición. Ettie se asombró de sus intentos de persuasión tan fuera de lugar.

—No, le rogué a Valery que no deje esa pesada cruz que la atormenta sobre mi espalda. Su padre me da miedo. A mí también me ha interrogado. Es más fácil oponerme a sus exigencias si no tengo información que confesar. Y no quiero trastabillar y que se queje ante mis tutores, no cuento con nadie más en Londres, no quiero decepcionarlos. Así que no puedo revelarte su nombre porque lo desconozco.

Ettie respiró hondo y puso de su parte para aplacar su ataque de celos. Lo que importaba era que se libró del posible escándalo. ¿Por qué se aferraba a ese canalla? ¿Por qué permitía que los celos la atravesaran con toda su perfidia?

—Lamento por lo que Valery y tú están pasando. —Fue sincera.

A pesar de que quería enfrentar a Hayden y restregarle en la cara que ya sabía de su aventura, no pudo torturar más a Florence.

Se lamentó, ¿con qué derecho iba a reclamarle absolutamente nada al duque? Él era libre y creía que ella estaba comprometida con Edward. ¡Y así y todo se habían besado y continuó encerrándose con él a «practicar»!

Quizás él no tenía la mejor opinión de ella, aunque se aferrara a afirmar lo contrario. Tal vez solo lo decía de dientes para afuera, por educación. ¿Y si era una prueba? ¿Para ver hasta dónde llegaba la «prometida» de su mejor amigo?

—Florence, espero que Valery pueda resolver su problema —concedió al fin—. Sería funesto que la obligaran a casarse con ese endemoniado Ogro Gruñón.

—Le he contado que me confesé contigo y que eres nuestra aliada. Te agradece tus palabras de aliento, aunque no sean directas.

La cara de Ettie hizo una mueca de espanto. Por nada del mundo ella iba a aliarse con la remilgada sobrina de la señora Sable, le concedió cierto honor por no revelar el nombre de una señorita en desgracia. Pero eso era todo. No añoraba su amistad. Nadie cercano a Sable podía ser próximo a ella.

—No era necesario —añadió por educación.

En ese momento, captó la expresión de Valery en un extremo de la estancia haciendo un gesto amigable en su dirección. Ettie hizo otra mueca, más poco agraciada que la anterior. Lo que le faltaba, ¿ahora era amiga de la sobrina de la arpía? Entornó los ojos tratando de verle el lado amable al asunto. Quizás a ella sí podía sacarle

quién era la señorita con la que el descarado libertino la estaba «engañando». Un sobresalto le sobrevino cuando reparó en el término usado en sus pensamientos. ¿Engaño? Pero si ella y Ogro Gruñón no eran nada.

El escenario que los sirvientes de los marqueses de Bloodworth dispusieron entre los perfumados rosales era encantador. Al escuchar su nombre, Ettie subió a ocupar su lugar ante el magnífico piano blanco de cola.

—Lady Henriette Montagu interpretará para nosotros un extracto de la *Obertura- Fantasía*, *Romeo y Julieta*, escrita por Chaikovski, estrenada por primera vez en 1870 e inspirada en la obra homónima de William Shakespeare.

Algunos de los presentes no pudieron disimular su asombro ante tan audaz decisión. El compositor era conocido y supusieron que la ejecución sería arriesgada. Muchos no habían escuchado aún la melodía, pero los más versados en la música, leyeron en algunos periódicos que la acogida que recibió la creación fue más bien tibia.

¿Por qué arriesgarse? ¿Por qué no mantenerse en la línea que se situaron la mayoría de las debutantes con alguna pieza popular y que le resultara más familiar?

Ella misma también se sorprendió, mas no por su osadía y sí porque Hayden había cumplido, obligó a lady Cumberland a inscribirla con el número que practicaron.

Cuando Ettie puso los dedos sobre las teclas blancas, no pudo evitar que sus ojos buscaran a Hayden que, sin inmutarse, se mantenía estoico en la silla que le asignaron, como la autoridad máxima de la escuela. El maestro de música, el responsable del reto y quien tenía la última palabra con respecto a la evaluación de las concursantes, aún no se había podido incorporar. Por lo que la decisión final de elegir quiénes aprobaban o no aquel escaño,

dependía —según pudo escuchar— de lady Cumberland, la más virtuosa en música de las damas que conformaban el jurado.

Eso a Ettie no le convenía, más si Hayden tuvo algún enfrentamiento con la condesa para obligarla a escribir *Romeo y Julieta* en el programa.

Pero, cuando la nostálgica melodía se comenzó a confundir con el aire, se metió a sus pulmones y viajó hasta su corazón, hasta su alma. Los sobresaltos quedaron lejanos de su mente, que fue ocupada por la seriedad del duque, su apenas perceptible sonrisa, la pasión de sus arrebatos cuando sus demandas eran rebatidas, su estricta enseñanza, y el ardor de los mejores y únicos besos que había tenido en su vida.

La reminiscencia de la ilusión que la hacía vibrar ante su presencia se apoderó de todo su ser. Cuando apretó la última tecla y la música proveniente del piano y la presión de sus dedos dejó de escucharse, recordó que estaba en el escenario con muchos pares de ojos sobre sí.

Tragó en seco cuando algunos se pusieron de pie para aplaudirle, emitiendo «felicitaciones», «enhorabuenas», y otras frases para elogiar su presentación…

Pero el único gesto que cobró importancia para ella fue una leve inclinación de cabeza del duque oscuro, severo y tormentoso, que le aseguraba que se había superado, que su trabajo fue excelente.

Con una enorme sonrisa bajó del escenario y tras recibir los abrazos de sus hermanas, su madre y su cuñada, así como un beso en la frente de su hermano mayor, corrió a reunirse con las otras estudiantes que aguardaban impacientes su turno.

Charlotte y Emily la abrazaron, llenándola de elogios y les deseó suerte cuando las vio partir para realizar su demostración.

No se dio cuenta cuando fue apresada por alguien.

—Ven conmigo. —La voz de Florence, tomándola por el brazo sin darle tiempo a resistirse, le advirtió que algo sucedía.

—¿A dónde me llevas? —No entendía nada.

—Es urgente. Ven.

Llegaron a una salita escondida en uno de los pasillos del primer piso de la mansión, lejos de los invitados y el sonido de la música. Fue entonces que comprendió de qué se trataba. Descubrió a lady Valery Belcher cubierta de lágrimas.

—Oh, Ettie, Florence, no sé qué hacer. —Sollozó Valery y se aferró a las manos enguantadas de ambas.

—Tienes que salir a tocar, Valery, después buscaremos la forma de resolver el problema —dijo Florence—. Pero el Premio Cumberland te ha apasionado desde que eras una niña, ¿vas a renunciar a tu sueño?

—Ahora eso no importa —contestó la sobrina de la arpía—. Habrá un grave problema y todo será mi culpa. Ella me agrada, esa joven me agrada y jamás fue mi intención perjudicarla. Mi padre me hizo una encerrona, su interrogatorio fue más cruel que el de un prisionero de guerra. Y, aunque, no claudiqué… No dije el nombre con todas sus letras… Arrojé ciertas señas, datos… Creí que mi padre no sacaría ninguna conclusión. Sin embargo, se puso en contubernio con mi tía la que trabaja en la escuela, y usando sus tácticas manipuladoras obtuvo información de un sirviente que también vio, como yo. Y es que esos inconscientes enamorados no tomaron siquiera medidas para protegerse.

—¿Tu padre ya conoce la identidad de la joven amante de Ogro Gruñón? —preguntó Ettie.

—Sí, y mi tía también —respondió la interpelada.

—Entiendo que temas por la señorita y su destino —intervino Florence—. Pero, tras el descubrimiento de la identidad de la señorita, ¿ya no te libras de la exigencia de tu padre de querer casarte con el famoso pretendiente libertino?

—¡No! No conoces a mi padre. Usará cada carta a su favor para que todos hagan su voluntad, y su voluntad es que yo sea duquesa. ¡Esa duquesa! Controlar la escuela se ha convertido en la obsesión de mi padre… También de mi tío el conde de Cumberland. Ambos están en una lucha obcecada por hacerse del control. Quien domina la escuela tiene la red de espías más agradecida de Inglaterra. ¿Sabes cuántas señoritas de cuna noble pasan por sus aulas? ¿Y en esposas de quienes se convierten? Según mi padre una mujer astuta hace al hombre. Apoderarse de la institución es sinónimo de tener al Parlamento comiendo de su mano.

—Tu padre está demente —se le escapó a Ettie. Jamás escuchó a Hayden opinar algo así, ¿compartiría la misma idea? No lo creía, al contrario, parecía abrumado por la responsabilidad y deseaba deshacerse de ella.

—Según mi tía, la señora Sable, por eso lady Imogen gozaba de tan alta reputación, por eso la aristocracia entera se abría como un mar en dos para dejarla pasar. ¿Quién controlaba la admisión al colegio? ¿Quién susurraba que esta señorita o esta otra era el posible diamante de la temporada y la ponía en la mira de los exponentes más poderosos de la nobleza?

—Todo lo que dices me repugna —manifestó Ettie sin tapujos.

—Por eso, mis tíos, los Cumberland, se metieron al juego inventando el premio, siempre a la sombra de los Hayden —informó Valery muy afectada por todo lo que creció escuchando—. Cuantas *ladies* con familias casi arruinadas conseguían una dote y accedían a un estupendo matrimonio con un par del reino gracias a la dupla Hayden-Cumberland. Díganme si eso no granjea el agradecimiento de ciertas familias bien conectadas.

—Todo lo que dices es horrible, pero no puedes dejarte vencer —la animó Florence—. No abandones el concurso porque odias a los que se ocultan tras él. El concurso en sí no es la causa de los malos sentimientos de quienes lo manejan. Para jóvenes en mi situación, el Premio Cumberland es sinónimo de esperanza. Y me aferro a la ilusión de ganarlo. Representaría mucho para mí, para mi familia.

—Lo sé, lo sé… —manifestó Valery—. Pero no lo hacen por bondadosos. El jurado, esas damas pomposas, estiradas y recalcitrantes de la aristocracia se preocupan por el linaje, la sangre… Unieron esfuerzos para que las hijas de nuevos ricos no sigan colándose en los círculos de la aristocracia. Y al final, Hayden-Cumberland usan el jurado para fines más siniestros relacionados con la política, el dinero, el poder… ¿Y me quiere casar con Hayden? Ese es el peor de todos. Mi padre no debe quererme si le importan más sus ambiciones que mi propia felicidad.

Ettie seguía perpleja escuchando las palabras sórdidas que brotaban de la boca de esa damita elegante, educada. Nadie apostaría porque semejantes conclusiones fuera el contenido de su tormento.

—¿El duque de Hayden forma parte de ese retorcido club? —preguntó Ettie sin poderlo creer. A pesar de descubrir que había otras mujeres que pululaban en los afectos del duque, aún quería darle un voto de confianza con respecto a su honorabilidad en ese asunto que Valery desvelaba ante sus ojos.

—Es el más siniestro de todos —contestó—. He escuchado que aniquila a quien lo enfrenta. A un amigo de mi padre lo arruinó económicamente por desafiarlo.

—Abandona esa silla y ve a tocar, Valery —insistió Florence—. Después me uniré a ti para tratar de salvar al mundo.

—Ya ni siquiera deseo ganar, Flor —confesó Valery—. Prefiero que lo obtengas tú que lo necesitas.

—Y yo no puedo ganarlo si no es en buena lid —protestó Florence—. ¿Cómo crees que me sentiría de ser llamada la joya de la temporada, la ganadora del Premio Cumberland, sabiendo que mis amigas se retiraron por caridad? No puedo aceptar la victoria si no es honesta, si es algo que depositaron en mis manos por lástima, por pena, al ver lo lamentable de mis circunstancias.

Ettie no dijo nada, pero abrió mucho los ojos por esa información. No sabía que la situación de Florence era tan

desesperada. En esas condiciones, ella tampoco quería ganar, aunque representara su libertad financiera y el poder tomar el control de su vida.

¡Qué dilema tan grande!

—Ponte de pie, Valery, y ve a tocar el piano. —Florence fue firme, nunca la vio en esa tesitura—. Si no lo haces no te consideraré mi amiga, no soportaría que me tuvieses lástima.

—Oh, Florence, no me culpes así, sabes que te quiero, eres la única que me entiende, con la única que puedo ser yo realmente, sin la máscara que mis padres y mis tíos me obligan a portar cada día para encajar. Bueno, tú y ahora también Ettie. —Valery se aferró aún más al brazo de Ettie, que quería apartarla como haría con una sanguijuela.

¡Ay! Por qué su corazón se ablandaba ante la sobrina de la arpía. ¿Y por qué Valery debía tener tan noble alma? Lo peor era que su resentimiento cada vez era menor, estaba en peligro de extinguirse cada vez que aquella abría la boca y se daba cuenta de que la muchacha era una víctima más de la señora Sable y sus secuaces. Sintió pena por Valery.

De manera instintiva se aferró también a la mano de Valery, después en un impulso genuino la abrazó. La estaba queriendo.

—Vamos, Valery, sal y demuestra lo estupenda que eres —alegó Florence—. No solo por ganar el premio, eso es secundario. Si brillas esta mañana, despertarás la pasión en un caballero digno de tu corazón. ¿Acaso no es lo que deseas? ¿Librarte de los intentos de tu padre de emparejarte con Ogro Gruñón? Si un candidato de peso se interesa en hacerte la corte tendrás más elementos para desafiar a tu padre.

La joven se secó las lágrimas de un manotazo, infundiéndose valor.

—Reclama tu lugar, Valery, así como todas lo hemos hecho —pronunció Ettie alto y claro, por Dios, al parecer se estaba convirtiendo en su amiga—. ¿No estás harta de que todos murmuren

que por ser la sobrina de lady Cumberland y de la señora Sable te sirven todo en bandeja de plata? ¿No te fastidia que susurren que eres favorecida, pero que seguramente no tienes talento? Ciérrale la boca a todos y muéstrales tu valía.

—Hazlo, Valery, como dice Ettie, ciérrales el pico a todas —arremetió Florence—. Considero que tocas extraordinario y que posees las virtudes que te pueden llevar a vencer. No por tus conexiones, y sí porque te has esforzado y te has preparado para ello.

—Muy bien dicho, Florence —la secundó Ettie. Nunca la había escuchado hablar así, tan atinada en su consejo.

—Lo haré —dijo la hija de los duques de Richmond poniéndose de pie.

Y caminó secundada por sus amigas para reclamar su lugar en el escenario.

23



En su mente, Valentine repasaba una y otra vez las palabras de Frederick acerca de la cita con lady Henriette en la biblioteca. Trataba de adivinar lo que no era evidente. A veces la información más importante era la que se debía descifrar entre líneas. Ese mensaje lo haría cometer una locura si continuaba en ese sitio. El invernadero era hermoso, pero aquel efluvio romántico con las rosas y su perfume lo estaba asfixiando. Más, después de ver a la fuente de sus dolores de cabeza tocar como los ángeles arriba del escenario. No se puso de pie al igual que los demás asistentes y aplaudió con efusión porque no era su estilo, y había cierta idea rondándole la cabeza. Y saber que estaban a pocos pasos el uno del otro lo motivaba a actuar sin meditar más en las consecuencias.

«Infierno, lo haré», pensó y se puso de pie. Se dirigió con discreción hasta donde el anfitrión, quien amablemente abrió las puertas de su hogar para realizar el concierto, contemplaba lo que sucedía en el escenario, apoyado en una columna.

—Su excelencia —le dijo en tono formal el marqués de Bloodworth, más conocido por lord Oso, intuyendo por qué el duque se aproximaba hasta él, quien permanecía cerca de las puertas de herrajes del invernadero —, ¿ya se retira?

—Así es, milord, tengo un asunto que no puede esperar. El evento queda en manos de la señora Holt.

—Excelente, deseo que logre solucionar lo que lo obliga a partir.

—No puedo marcharme sin agradecer su hospitalidad. Por favor, transmítale a su esposa, lady Bloodworth, todo mi agradecimiento. Y

mis felicitaciones, posee el invernadero más hermoso de Londres. Me corrijo, es el más hermoso que he podido conocer.

—Le haré llegar sus palabras, es usted muy amable. —Lord Oso le hizo un movimiento de cabeza para corresponderle y despedirlo.

Valentine tomó aire, aunque el marqués sonaba sincero, no opinaría lo mismo el resto de los concurrentes. Exhaló concluyendo que lo tildarían de maleducado. Seguramente varios de los invitados no darían crédito al ver que el dueño de la escuela no se quedaba hasta el final. Su tía jamás se comportó de esa manera.

El chisme vendría aderezado con que tampoco se interesó por la presentación de las debutantes ante la reina. Le llegaron los rumores que se estuvieron diseminando en el salón previo a la sala donde las jóvenes debutaron. Frederick hizo un buen trabajo al reunir lo más sustancioso de lo que cotillearon a sus espaldas y transmitírselo. Pero a él le dio igual. Ninguno tenía el valor de comunicárselo de frente. Tuvo negocios que requirieron su presencia. Su patrimonio no se engrosaría mientras compartía veladas, cotilleos o tés con la alta sociedad.

Por lo general, su aparición pública solo se cernía a las sesiones del Parlamento, a momentos de esparcimiento con sus dos amigos, y a reuniones de negocios. A veces se hastiaba de los compromisos banales que venían aparejados con el título. Y ahora tampoco se podía quedar, la razón que lo movió para abandonar su butaca era urgente.

Tras atravesar la salida del invernadero, y antes de pedir su carruaje, el duque de Richmond lo llamó a su espalda:

—Hayden.

Valentine se detuvo pensando si debía voltear. Ese hombre decidió perder toda la clase al llamarlo a viva voz y sin respetar lo establecido por la etiqueta imperante. No eran amigos. Jamás compartían. Aunque desde que falleció su tía —quien acostumbraba a codearse con los Cumberland y los Richmond—, ambas familias intentaron acercarse, considerándolo en las invitaciones a sus

eventos. Se escudó en el luto o en compromisos inexistentes para no compartir con ellos, no le agradaban.

—Hayden. —De nuevo esa voz cada vez más cerca—. ¿Se marcha usted?

A disgusto dio media vuelta y quedó frente a frente al demandante aristócrata. Valentine intentó mostrar un rostro al menos sereno, pero su semblante no pudo disimular el hastío y el enfado que ese contacto le ocasionaba.

—¿Por qué el duque de Richmond me persigue como si yo fuese un ladrón que huye antes de que los anfitriones noten la falta del objeto sustraído? —No tenía paciencia para los hombres de dos caras, y por alguna razón, este jamás le había inspirado confianza. Siempre esquivó circunstancias que lo obligaran a mantener un trato cercano con él. En el Parlamento, Richmond era de los que usaban tretas muy rastreras para manipular a sus pares con tal de salirse con la suya.

—Y yo me pregunto. ¿Por qué se escapa antes de que el evento termine? Mi hija aún no ha tocado. —Su altanería fue admirable, pero no era rival para su cultivada arrogancia.

—¿Su hija? —Era eso lo que lo molestaba. ¿Cómo el dueño de la escuela se escabullía antes de la presentación de la hija debutante del «gran duque» de Richmond? Valentine tenía prisa, pero comprendía que el padre de la jovencita se sentía ofendido por su desaire involuntario. No era personal—. ¿Me está increpando por abandonar el concierto antes de su conclusión o por no regodearme en la butaca mientras observo a su hija tocar el piano?

—Es una falta inadmisible que el dueño de English Roses School no se quede hasta el final cuando esas señoritas se han preparado con ahínco para demostrar su talento. Más si una de ellas es la dama a la que usted pretende.

—Eso último. —Recordó las palabras que le dijo a lady Abbott para ganar tiempo.

—Eso mismo —rezongó Richmond perdiendo los modales—. ¿Pretende que le dé la mano de mi hija cuando no tiene la decencia de esperar su presentación en el Reto de Música?

—¿He pedido la mano de su hija? —masculló irritado. Habría gritado de no tener sumo interés en que el tema que discutía se quedara privado. No quería amanecer al siguiente día «comprometido» con lady Valery Belcher solo porque su padre dio un escándalo a las puertas del invernadero de los respetables marqueses de Bloodworth.

Richmond quiso replicar, pero su frase terminó en un balbuceo ininteligible.

—Us-ted di-jo que lo pensaría —se desatascó por fin el hombre de más edad, pero aún estaba en sus cincuentas y fuerte como un toro.

—Y con su actitud me hace reconsiderarlo. No me gusta que me digan con qué dama me tengo que casar, ni qué decisión debo tomar en absolutamente nada. No se equivoque, Richmond.

—¿Se está retractando, Hayden?

—¿En algún momento le di mi palabra? Traté de ser educado y estudiar su propuesta para no desairarlo, pero ahora me desligo de cualquier posibilidad. Y no es una descortesía para su hija, ni siquiera he tenido la oportunidad de descubrir si es o no encantadora. No uniré mi casa con la suya, no estoy interesado.

—Claro que no se ha dado el tiempo de saber si mi hija es o no encantadora. Me ha llegado el rumor de que está muy ocupado evaluando los encantos de alguien más —soltó Richmond lleno de prepotencia creciéndose, revelando su mano de cartas.

—¡¿De qué demonios está hablando?! —Un frío le caló los huesos. ¿Acaso ese impresentable sabía de sus besos con Henriette? Pero, ¿cómo?

—¡No se le olvide a quién tiene delante, soy un duque, uno muy bien conectado!

—¡No lo pierdo de vista, pero a usted sí que se le olvida con quien está discutiendo!

Los hombres se retaron con las miradas. Los músculos faciales de los rostros de cada uno se veían muy tensos.

—Valentine, ¿sucede algo? —La voz de Frederick los interrumpió antes de que los gritos alertaran a los invitados—. Es una suerte que el ruido de adentro disfrace el que están haciendo ustedes afuera.

—Lo que me faltaba. Mañana todo Londres sabrá que el duque de Hayden ha tenido un altercado conmigo por su conocido desdén. —Richmond no terminó la frase al darse cuenta de que Frederick no se había esfumado y que podía estar tomando notas mentales del posible escándalo para entretener a sus lectores—. No sé por qué ahora la gentuza tiene invitación a los círculos más exclusivos de la aristocracia.

—Vuelve a llamar «gentuza» a mi amigo y le cerraré la boca de un puñetazo —lo previno Hayden en tono intimidante.

—Solo la gente de escasa educación amenaza con irse a los golpes, ya me habían advertido al respecto, duque. —Lo último lo añadió con ironía

—¡¿Un duelo es más apropiado para su linaje?! —arremetió Valentine sin poder contenerse más.

—Usted decide… —lo retó con atrevimiento.

Valentine sintió el impulso de sacarse un guante y arrojarlo a los pies del individuo con la intención de darle gusto, para él sería más satisfactorio propinarle una paliza en ese mismo momento.

—Calma, Valentine, no me ofende el vocabulario de su excelencia —dijo para referirse a Richmond y poniéndole la palma sobre el pecho a su amigo en señal de contención—. Al contrario, me divierte. Un punto más a mi favor y uno menos para los que opinan como él. Las puertas se abren para mí en estos magníficos eventos y seguirán abiertas. También tengo magníficas conexiones. Mejor continúe su camino, excelencia. A ninguno le conviene que el

concierto de las tiernas rosas inglesas quede manchado por una disputa de honor entre caballeros. Además, lord Oso se ofenderá si se entera de que están arruinando el evento organizado por su esposa, y el marqués es conocido por su escasa paciencia y su pésimo humor.

—Me iré porque mi hija está por subir al escenario, no perderé los papeles en un día tan importante para ella —rumió Richmond muy mortificado.

Mientras se alejaba, Valentine no le quitó la vista de encima.

—¿Qué sucedió aquí Valentine? —indagó Frederick, tras exhalar de alivio al ver al hombre alejarse.

—Este idiota que se cree superior al resto de los mortales no tiene idea de con quién está hablando, necesita una muestra de mi cortesía ducal.

—Valentine, no puedes declararlo tu enemigo. Su esposa es parte del jurado del premio. A los enemigos es mejor tenerlos en la mira, tú mismo me enseñaste eso. —Trató de sosegarlo, conocía de qué era capaz cuando era desafiado.

—Es que ese idiota me hace perder la paciencia. Me ha reclamado por marcharme temprano y no quedarme para contemplar a su hija mientras tocaba. Me despedí del anfitrión y expuse ante él mis motivos. ¡¿Por qué, infiernos, tengo que darle a él alguna explicación al respecto?!

—¿Y no se te ocurrió mentir? ¿Nunca has tenido una emergencia? Pudiste decir algo así como: «Lamento retirarme temprano, no me estoy escabullendo. Estoy yendo con urgencia a la consulta del doctor Raleigh».

—¿Cómo sabes que voy a visitar a Edward en este momento?

—No lo sabía, fue solo un ejemplo. ¿Sucede algo? ¿Por qué vas justo ahora que tú estás ocupado con el concierto y él con sus pacientes a la calle Harley? —Temió lo peor, era un pésimo momento para que Valentine y Edward hablaran.

—Es largo de explicar. Te pondré al corriente después. Tú también tienes una jornada ocupada, no debes perder la ejecución de ninguna de las debutantes. Mañana todo Londres querrá leer tu periódico.

24

Ettie sabía que no debía acudir, pero ahí estaba de pie con la mirada perdida en los frescos del techo de la biblioteca, combinados con detalles dorados en estuco. Después del saloncito Vivaldi, era la estancia con la que tenía una conexión más fuerte en aquel edificio. La mezcla de estilos de la construcción podía apreciarse en esa área. Los detalles de los paneles de nogal que recubrían las paredes tenían motivos de rosas y seres mitológicos entremezclados.

Las estanterías de madera con molduras doradas se erigían del suelo al techo, repletas de libros encuadernados en cuero.

¿Dónde descansaba ese libro del que le habló Hayden y que recogía el significado de su título? Era lo que menos debía preocuparle. Podría ser que Frederick no hubiese dado su mensaje e, incluso que, a pesar de ello, Hayden no viniera.

Siempre que acudía, tomaba asiento en la mesa más cercana al fondo, próxima a una pared donde había un minotauro herido que adoraba recorrer con los dedos. Un unicornio lo emboscaba con su único cuerno. Jamás entendió el significado, ni lo descubriría. La escuela llevaba tanto tiempo ahí que ya nadie recordaría la razón de los grabados.

«Es el más siniestro de todos», las palabras de Valery se repitieron en su memoria, mientras recorría la silueta del minotauro. ¿Tendría razón y su propio juicio era el que estaba equivocado? Cuando conoció a Hayden era desagradable, sarcástico, intimidante.

Después, la engatusó con sus prodigiosas manos sobre las teclas del piano, con su mirada reverberante, pero a la vez misteriosa. No fue generosidad, debía reconocer que se convirtió en

su instructor de música porque lo motivaba la lujuria. Sus besos desenfrenados eran la prueba. ¿Hayden era un gato jugando con un ratoncillo hasta convertirlo en su cena?

—Henriette. —Un susurro aterciopelado y grave la caló hasta los huesos.

—Su excelencia. —Se puso de pie con un escalofrío recorriéndole la espina dorsal.

—¿No la echarán de menos en el salón de clases? —fustigó el duque meticulosamente, como quien va por las ramas para atrapar a un infractor

—Solo si la maestra creyese que hoy he asistido a la escuela. Las señoritas que tienen compromisos sociales están justificadas y pueden faltar —explicó atrevida sin disimular su ingenio—. Es más, nos alientan para tener la agenda repleta. Envié una nota a la señora Holt… Informé que mi mañana iba a estar muy ocupada.

El duque entornó los ojos y se aproximó a paso lento, sin dejar de contemplarla con esa mirada que expresaba más que sus palabras. Negó al detenerse.

—¿Se atrevió a mentir? —Su tono era severo—. Pero soy el dueño de la escuela y acaba de confesarme su crimen, su conducta amerita una reprimenda.

—Sucede que la señora Holt se quedó conforme, no mandó una nota de vuelta pidiendo que le detallase los eventos a los que destinaría mi mañana. ¿Cree que si le explicaba que tenía una cita clandestina con el «dueño de la escuela» lo consideraría motivo suficiente para aceptar mi inasistencia? ¿O se escandalizaría? —lo retó con descaro. No le importó dejarle claro hasta dónde era capaz de llegar.

—Lo segundo, de enterarse de que vino usted sin carabina. —También tiró del hilo, le intrigaba descubrir qué encontraría al final del carrete.

—Supongo que no me va a delatar. —Fue más desafiante aún.

Él ladeó la cabeza ante los argumentos de Ettie que no se daba cuenta cuánto adoraba espolearlo. Un ratoncillo muy tonto o, quizás, valiente. Ella tragó en seco al percibir como las zonas altas de las mejillas de Hayden se coloreaban producto de la irritación, como si el sol o un fuego interno lo quemara. ¿Por qué estaba tan furioso?

Y sin previo aviso, él se acercó más y la tomó por la nuca sin dejar de clavarle sus pupilas en la suyas.

—¿Se da cuenta de que se pone en una situación muy vulnerable? Nadie sabe a ciencia cierta de su paradero. Un hombre malvado podría intentar aprovecharse de encontrarla sola y sin nadie puesto sobre aviso de donde se encuentra —la sermoneó en un tono amenazador, como si el comportamiento irresponsable de ella lo exasperara al grado de no poder dominarse.

—¿Es usted un hombre malvado? —gorjeó como una avecilla atrapada, a punto de ser engullida, comprendiendo su error. Es que, aunque él le atraía hasta el punto de cegarla y cometer la mayor estupidez, también era consciente de que existía un lado oscuro en Hayden que aún no lograba descifrar.

¿Era atinado su instinto? ¿Ese que la empujaba a los brazos del varón y a considerarlo digno de su confianza? ¿O estaba fallando estrepitosamente y su sentido común no supo advertirle del peligro que se desdibujaba en los límites del encanto del duque seductor?

Comprendió el peso de sus palabras y de su negligencia. ¿Dónde se ocultaba la puerta del pasadizo de la biblioteca? Si Hayden era un ser tan siniestro como aseguraba Valery podría raptarla, arrastrarla a uno de esos pasajes y ocultarla para el resto del mundo. Él lo afirmó, nadie que no fuera Severn sabía de la existencia y la ubicación de los pasadizos. Con lady Imogen muerta, Hayden era el único con ese conocimiento. Y se lo reveló a ella, pero también le pidió no revelarlo. ¿Por qué, demonios, no lo dejó escrito en un papel o se lo contó a una amiga? ¿Por qué le dedicó tal muestra de fidelidad a él?

—¿Tiene miedo? —indagó y seguía pareciendo envuelto en un halo de misterio y tinieblas.

¿Acaso él podía percibir el temor que tras su afirmación se instaló en Ettie? Disimuló lo mejor que pudo, pero no se dejaría amedrentar. Poseía suficientes recursos para no permitir que ese hombre la dominara.

—¿Su propósito es infundirme temor? Porque no lo está logrando —contraatacó. Sí era el ratoncillo valiente y arriesgado, no el tonto. Y en lo más profundo de su ser, algo le decía que él jamás la lastimaría. No obstante, decidió retarlo con más fuerza—: Respóndame, ¿ha venido para infundirme temor?

—No, he venido para besarte, para volver a probar esos besos que no me dejan concentrarme en nada más —reveló sin esconder su necesidad, prescindiendo de tutearla.

Hayden aproximó su rostro al de ella, lento, hipnotizado por esos labios que desprendían un dulce olor. Al tiempo que reducía la distancia entre sus torsos la asió con más ímpetu con la mano que seguía aferrando su nuca.

Ettie se quedó con la boca abierta, muy sorprendida por aquella frase que no pensó escuchar. Sus cuerpos chocaron y miles de sensaciones placenteras, como fuertes opiáceos, se instalaron en las cimas de sus pechos y en el vértice entre sus piernas. Mientras sus rodillas temblaban por la sofocación que el cuerpo tibio de Hayden le hacía sentir. Él aprovechó que los labios de ella seguían entreabiertos por el asombro y coló su ávida lengua por la abertura. Se apoderó de la suavidad de la lengua femenina, con un beso ardiente, apasionado y largo.

La mente de Ettie quedó en blanco de dudas y el motivo por el que lo citó en la biblioteca. Desterró de sus pensamientos todo lo que deseaba recriminarle a ese duque autoritario. Menos se preocupó porque una estudiante o un maestro entraran para hacer uso del sitio y los atrapara en plena acción.

El otro brazo del duque la rodeó por la cintura para no dejarla escapar. Un método «persuasivo» muy innecesario pues Ettie estaba rendida y se quedaría ahí, en ese cerco tibio y excitante, por voluntad propia.

Las manos de Valentine no se detenían, terminaron presionando con fuerza la bien formada retaguardia de la joven, empujándola contra su hombría. Ettie sintió tal sofoco en el pecho y ardor entre sus muslos que casi desfallece. Quiso más del varón, y olvidándose hasta del decoro, lo aferró con fuerza, y lo disfrutó enardecida.

Sus bocas se azotaron la una a la otra en un sincronizado y hambriento vaivén. Ninguno se guardó ni una gota de lo que el deseo exigía, ni por recato, ni por pudor.

—Quise apartar mis ojos de ti, era lo correcto, le pertenecías a mi amigo —confesó con la voz entrecortada entre un lametón y otro.

—No los apartes —demandó casi sin aliento—. No le pertenezco a nadie.

—Ahora lo sé. —Le probó con descaro la boca para embeberse de ese sabor a miel, al fin pudo identificarlo, una miel perfumada con alguna flor—. ¿Por qué demonios tienes que saber tan rico?

—Es miel de lavanda, deja los labios suaves e hidratados… Proviene de los campos de Italia, pero aquí en Inglaterra se puede conseguir.

—¿Tu secreto para doblegarme? ¿Para conquistar al primero que osase robarte un beso? —Jugó, ebrio de gozo, por poder tenerla así, abrigada con su cuerpo, sin necesidad de contenerse como en el concierto, que tuvo que mantener la distancia para no sucumbir y besarla delante de los asistentes.

—Has sido un pésimo ladrón. —También se dirigió a él con un trato más íntimo, no podía ser de otra forma si hablaban de sus sentimientos.

—Quise robarte un beso y terminé entregando el corazón.

—Aún no me preguntas por qué te cité en la biblioteca.

—No, pero sé por qué he acudido. No podía seguir callando. Tenía dos opciones. —Le costaba apartar sus labios de los suyos; sin embargo, necesitaba desahogar en palabras lo que sentía—. Me quedaban dos alternativas, dejar de obsesionarme contigo o enfrentar a mi amigo y reclamarte. Así que elegí la segunda.

—¡¿Qué hiciste qué?! —Ella lo apartó de un empujón, pero ante la devastadora ausencia de su calor, lo sujetó por la chaqueta y volvió a pegarlo a su cuerpo, para de inmediato apoderarse de sus labios gruesos, rojos y húmedos.

—Te he reclamado —contestó a las demandas entre un beso tierno y otro más atrevido.

—¿No era más fácil que lo discutiéramos antes? —continuó protestando sobre sus labios, cautivándolo con su aliento—. Me correspondía hablar con Edward.

—Me consumía la espera. Después de cómo respondiste a mis besos supuse que lo único que te separaba de mí, era tu honor, que aguardabas por el regreso de Edward para deshacer el compromiso. Mentirosa desvergonzada —regañó con un tono mandón, pero tan afectado por el deseo voraz que lo dominaba que terminó resultando muy seductor—. Te quedaste callada, mientras yo me martillaba los sesos sintiéndome culpable, traidor. Edward y tú no estaban comprometidos. Él me lo confesó todo entre asombrado por mi interrogatorio, y preocupado porque he puesto mi interés en ti.

—Oh. —No podía creerlo. Le reclamaría a Edward por desatar su lengua y no esperar a hablar con ella primero. Supuso que, ante la fuerza del tren descarrilado de Hayden, Edward no tuvo más opción que ceder—. Quise repetirte que no era un compromiso, como justo hicimos al develarte la noticia. Intenté explicarte que tan solo habíamos aceptado ante la insistente casamentera la posibilidad de iniciar un cortejo, pero eres un testarudo impulsivo que prefirió sacar sus propias conclusiones.

—¿Cortejo? ¿Qué cortejo si solo lo maquinaron para neutralizar el desenfreno de lady Abbott? —arremetió con sarcasmo, se veía

feliz por descubrir la farsa más que enfadado por la mentira.

—Esa parte quería contártela —se defendió—, pero necesitaba ponerme de acuerdo con Edward. No podía perjudicar la amistad que los unía. ¿Estás molesto? ¿Disgustado con ambos? ¿Conmigo?

Ella intentó separarse, para tener una visión más completa de su rostro, mas Hayden no se lo permitió. El cerco de sus brazos se volvió más duro, estaba renuente a dejarla escapar.

—No —dijo y ella le creyó, era lo que parecía—. Cuando Edward me contó todo, di gracias al cielo. Hacía tiempo que no desbordaba de tanta felicidad

Ettie aun no podía creer que estuviera intercambiando esas palabras con Ogro Gruñón. ¡Por el Creador! Él también estaba como ella: poseído por el influjo del otro. Era como una enfermedad. ¿Algún día se libraría del poder que ese hombre ejercía sobre su razón?

—De todos modos, he perdido un amigo —se quejó, no aceptaba enemistarse por tales motivos—. Edward está encabritado. No por la inexistente traición, a eso no le dio importancia, ni siquiera me reclamó por poner los ojos en «su supuesta prometida». Se ha empeñado en repudiar la idea de nosotros, me quiere lejos de ti.

—¿Por qué? —La curiosidad caló más fuerte en ella. ¿Qué secretos le conocía? ¿Tenía la misma opinión que Valery sobre Hayden? Pero Edward era bueno, si no consideraba al duque un hombre decente, ¿por qué le habría brindado su amistad?

Pero su renuencia volvió a diluirse en su mente, haciéndose insignificante al contemplar el rostro de Hayden, sus ojos que hablaban mientras la boca permanecía sellada.

—Edward solo está nervioso. Todas las damas que han puesto sus ojos en mí terminaron con el corazón roto. Cree que soy un hombre frío, que no logro conectar… Jura que el deseo es lo que me obsesiona contigo y que en cuanto se aplaque perderé el interés y lastimaré tu límpida alma.

—¿Y tú qué opinas? —Se sintió con la espalda pegada a la diana, mientras un cazador tensaba su arco dispuesto a disparar la flecha. ¿Tendría razón Edward? ¿Al final la destrozaría?

—Jamás sentí tal certeza. Él tiene razón, nunca conecté con nadie. Solo me movía el deseo carnal. Contigo es diferente, casi no puedo probar alimento, no bajan por mi garganta. Estoy a punto de terminar consumido. Mi interés en otras cosas ha mermado. Nada me consuela, ni mis cabalgatas matutinas en Hyde Park, ni la promesa de noches de secretas juergas con mis amigos, ni las discusiones sobre cuál es el mejor corcel por el que se debe pujar en Tatersalls, ni tocar el piano en la soledad de mi enorme y desierta mansión. Sé reconocer lo que no tiene viaje de retorno y lo que siento por ti es definitivo.

Ettie se conmovió, sobre todo por la pasión con la que él pronunció cada palabra. Sería pecado no creerle.

—Edward se calmará en cuanto hable con él y podrás recuperarlo —dijo para tranquilizarlo.

—Tendré que demostrarle que soy digno de ti. Mi felicidad no sería completa sin Edward.

Ettie se prometió para sus adentros que lo ayudaría a recuperar la solidez del vínculo que lo unía con su amigo y con firmeza se atrevió a asegurar:

—Hayden, yo te creo. Todo eso que sientes, también lo siento.

Él exhaló sobrecogido y le tomó una mano con fervor, una que besó sobre el dorso y después llevó hasta su corazón. Ella se regodeó en sus latidos. Se dejó abrigar por la mirada cautivadora que parecía necesitada de afecto, de su afecto, como un duque que por fin encuentra a su duquesa, como un hombre enamorado que descubre que su corazón no estaba dormido… Él podía amar, solo que jamás conoció a una mujer que lo hiciera reaccionar, que lo desafiara tanto hasta obligarlo a odiarla… Y resultó que el odio estaba a un paso del amor.

—Valentine, llámame Valentine.

—Valentine —pronunció delante de él, y un escalofrío le recorrió los brazos.

—Ettie —articuló también por vez primera—, me gustas, me gustas tanto. Confiesa si ha valido la pena que te haya reclamado para mí.

Ella se quedó helada. Era un hombre posesivo que usaba palabras como: «¿reclamarla?». Uno que le daría trabajo ablandar, pero se sentía lo suficientemente fuerte e ingeniosa para aclarar esos puntos con él. Se consideraba su igual y no necesitaba que nadie le diera el poder para ello. También le reclamó ese duque a la vida. Sería suyo. Así el duque de Richmond lo quisiera para su hija, total Valery lo detestaba. Aún tenía que escarbar en todos esos supuestos secretos sobre su origen, su pasado, su crianza, su soledad… Pero no tenía miedo. Estaba dispuesta a luchar y darse su lugar. No tenía voluntad para convertirse en la amante de nadie, menos la necesidad. Y Valentine habló de su obsesión, de su deseo, mas no de un lazo respetable. No se intimidó por la presencia dominante del duque y exigió lo que se merecía.

—Te cité aquí… —Comenzó a explicar, pero es que ese hombre nunca la dejaba terminar de hablar.

—Y por eso acudí —la interrumpió—. Por eso corrí ante tu llamado.

—Si te convoqué a la biblioteca no fue para besarnos a escondidas de todos. —Quiso preguntar sobre los rumores que hablaba Valery, pero no pudo confrontarlo sin darle un voto de confianza antes. Sabía que empezar con celos no sería lo más acertado. Él tenía un pasado, seguramente. Lo importante contaba desde ese día en lo adelante.

—¿Entonces para qué?

—¿Qué quieres de mí, Valentine? Háblame claro. Aunque salgas como un loco impulsivo a reclamarme ante quien creías mi prometido, eso no te garantiza que tendrás mi corazón sin demostrar tus verdaderas intenciones. No soy propiedad de Edward… Ni

siquiera de mi familia… Así que no tienes que correr a reclamarme ante nadie. Es conmigo con quien debes conversar. Me respeto y aunque me gustas y te desee —arguyó sin temblarle la voz—, no estoy dispuesta a seguir el romance si no se mantiene en la línea del respeto. Nadie, absolutamente nadie será mi dueño, pero puedo comprometerme contigo en igualdad de condiciones si demuestras que estás dispuesto a ofrecer amor, respeto y lealtad de hoy en lo adelante.

Él hizo silencio sopesando sus palabras y la fuerza con que Ettie articuló cada una. Jamás conoció una mujer así, una que no se lanzara a sus pies, una que lo mirara a los ojos como a un igual. Y es que ella lo hizo desde el día que coincidieron en este mundo y esa entereza era lo que más lo enloquecía.

Ettie entendió que la seriedad del vínculo que los unía era una cuestión que Valentine no se había planteado. Le gustaba besarla, tenerla entre sus brazos, saber que no le pertenecía a otro hombre y que no existían lazos que la ataran a futuros planes de boda con alguien más. Pero él, ¿qué tenía que ofrecer?

—El matrimonio es cosa seria —sentenció reflexivo.

Ella sintió un pálpito, pero no se detuvo. Era ahora o nunca. Se tomaba su destino muy en serio.

—¿Y cuándo me besaste no pensaste cuáles eran tus intenciones conmigo, Valentine? Matrimonio es algo que no estás dispuesto a ofrecer —concluyó negando. Hizo un mohín, arrepentida de acudir a esa cita clandestina, de ponerse otra vez en riesgo y exponer no solo su futuro, también el buen nombre de su familia.

—¿Ya vas a dudar de mí? —reclamó Valentine analizando sus propios sentimientos y cuánto la necesitaba en su vida.

Entonces ella tuvo que sincerarse, aunque no quería empezar con celos era una verdad irrefutable, Valery lo vio con otra, otra de la que el duque de Richmond sabía y ella no podía comportarse como una tonta por más que lo quisiera, cuando quizás ese escándalo estuviese a punto de explotar.

—Lady Valery me dijo que su padre quería casarla contigo —profirió en tono acusador.

Él se pasó ambas manos por la cabeza y entrecerró los ojos.

—Su padre quiere casarla conmigo. Tal vez no fui claro al principio, ante su ofrecimiento, pero ya hemos conversado y le aclaré al duque que no desposaré a su hija ni en un millón de años. Si es eso lo que te hace dudar, no es algo que deba importarte.

—Ella tampoco desea ser tu esposa, principalmente porque te vio con una señorita en una conducta indecorosa, una que no soy yo. No sé de quién se trata porque se niega a revelarlo, solo se lo dijo a sus padres.

Dio dos pasos hacia atrás, pero Valentine no la dejó escapar, volvió a atraparla por la cintura. Sus brazos eran un cerco poderoso del que Ettie no podía huir.

—¿Alguien más lo sabe? —preguntó y la preocupación se reflejó en su rostro.

—Solo sé que se lo dijo a sus padres, ella no quiere perjudicar a la joven. Sé que no eres un santo y que has tenido acercamientos con otras mujeres, pero tampoco estoy feliz con el hecho de que arruines a otra señorita y no te hagas responsable. —Lo reconvino con la mirada.

—Ahora entiendo por qué el duque me enfrentó, alegando que yo andaba en tratos con otra señorita. —Apretó más a Ettie hasta que sus torsos quedaron muy juntos, ella seguía con el rostro arrugado—. Yo creí que se trataba de ti. Estaba aterrado. Ettie, sé que tienes aparentes motivos para desconfiar, pero es solo un malentendido. No estoy enamorado de otra que no seas tú y es imposible que yo arruine a esa señorita. No puedo darte ahora todas las explicaciones, pero lo haré en cuanto hable con ella y me autorice a revelar su secreto.

—¿Y qué más? —Ella, escéptica, hizo un mohín de nuevo. Confiaba en el amor que él le aseveraba, pero se sentía hastiada también—. Estoy cansada de tanto secretismo alrededor tuyo.

—Si haces otro mohín con esa bonita boca te lo voy a borrar a besos. Te lo juro, no hay otra reputación que no pueda arruinar que no sea la tuya.

—Si mientes, no seré nada clemente contigo, Valentine, te colgaré de tus partes nobles —arremetió envalentonada y él entrecerró los ojos por la forma en que trató de corregirlo.

—Hablas demasiado con Frederick y aprendes frases raras de él.

—Es mi amigo, tendrás que compartirlo.

Él asintió, después exhaló con fuerza, sin soltarla a pesar de que la sentía tensa entre sus brazos. Estaba tan enamorado de ella y no sabía qué hacer para demostrárselo, para despejar sus dudas.

—Ettie, arreglaré todo eso que llamaste secretismo que se cierne en torno a mi vida. Pero, te suplico que confíes en mí. —Y, decidido, continuó—: Mujer, quiero enamorarte, hacerte la corte y seducirte hasta que no puedas despacharme el día que pida tu mano en matrimonio. Demonios, espero que digas que sí.

—No arruines la propuesta con tu vocabulario.

—¿Por qué crees que continué yendo cada día al saloncito Vivaldi?

—No lo sé… Yo… —Recordó esos momentos que compartieron y comenzó a relajarse entre sus brazos, que no aflojaron ni un instante.

—¿Estás de acuerdo en que te corteje como debe ser? Sin encuentros clandestinos, con muestras de amor visibles. Porque deseo que toda alma viviente se entere de que serás mi prometida.

—Entonces, hágalo, excelencia, hágame la corte, gánese mi corazón —agregó en un tono formal, emocionada. No formaría parte del gran número de señoritas que se unirían en matrimonio al hombre que le escogiera su familia. Se sentía la protagonista de uno de esos cuentos de hadas que escribía Daisy.

—Llámame Valentine cuando estemos solos —la sermoneó y acto seguido la tomó por el mentón y volvió a besarla en los labios con ardorosa pasión.

Ella tuvo que poner toda su fuerza para resistirse y despegarse de esos labios juguetones, que la emboscaban al menor descuido.

—Y los besos tendrán que esperar hasta cuando estemos unidos en un compromiso decente. —Le guiño el ojo dejándolo perplejo y muy puesto en su lugar.

—Por supuesto que no. Solo si pretendes castrarme. Hablaré con tu hermano en el gran baile.

—¿No deberías tomarte tu tiempo para pensarlo mejor? Un compromiso es una palabra fuerte.

—No he hecho otra cosa desde que descubrí lo que sentía por ti. ¿Por qué crees que tuve la paciencia para encerrarme contigo para preparar tu examen de piano? Ettie, ya estaba en el fondo, clamando por un poco de aire.

—¿Ya me querías? —No daba crédito. Se sentía tan enamorada. Tenerlo en frente, con el corazón en la mano, confesando con sinceridad sus sentimientos, le provocaba que mariposas alborotadas volaran en todas direcciones dentro de su estómago.

—Desde que apareciste en el umbral de la puerta de mi estudio, y me desafiaste como nunca nadie lo hizo, supe que estaba perdido. Ese encuentro marcó el punto de inflexión en mi vida. Comprendí que debía trabajar mucho para merecerte. Entendí por qué hay hombres que pierden la cabeza por una mujer.

—Si alimenta tu ego, tampoco pude sacarte de mi mente. Comenzó como una molestia y escaló hasta convertirse en anhelo, necesidad.

La sonrisa de él se desplegó dejándola perpleja, jamás la observó tan radiante, tan plena.

—De aquí al baile es suficiente tiempo para declarar mis intenciones a tu familia.

—Solo falta un par de días. —Pensó que él estaba loco, y eso a su vez, le encantaba.

—Sería un tonto si te dejo libre un día más después del gran baile. Los ojos de todos los ilusos solteros de Londres, con buena posición, se posarán sobre ti. La joya de la temporada será mía. La he reclamado para mí. Y los idiotas tendrán que conformarse —aseguró muy pagado de sí mismo. Jamás lo vio tan contento.

—¿Qué estás diciendo? —Dejó a un lado las palabras producto del ego de Valentine y se centró en la nueva información: ¿la joya de la temporada?

—¿Acaso no lo sabes? Tienes la más alta calificación en la reverencia ante la reina, la cual no pude presenciar, pero me han dicho que fue excepcional. Y en piano, supongo que ya intuías que fuiste la mejor del concierto.

—No, no lo sabía. —Estaba estupefacta. Muchas de sus compañeras se desempeñaron sin mácula. Aunque era verdad que la reina solo tuvo dos muestras de interés con una: ella. Y también era cierto que, tras interpretar esa pieza novedosa y arriesgada, el público la ovacionó de pie muy emocionado.

—El baile será pan comido para ti, tienes una gracia innata difícil de superar —confesó y sus ojos sonreían, era hermoso presenciarlo.

—¿Ahora me elogias, Valentine? —No daba crédito. Le salía tan natural. ¿Ogro Gruñón sabía ser tierno?

—Tendrás que esforzarte en el Reto de Etiqueta y Conversación. Es tu punto más débil. No sabes callarte cuando más te conviene. —No tardó en comportarse con su ironía habitual, era inevitable para él—. No uses el sarcasmo, las damas te descalificarán, no lo consideran elegante para una rosa inglesa. Y no abuses de tu ingenio, dales por su lado si quieres ganar.

—Claro que puedo callarme cuando me conviene —se defendió. Ella era lista, podía disimular de ser necesario. Aunque era tierno escucharlo tan preocupado dándole consejos.

—Discrepo. —Disfrutó tanto ser mordaz en ese momento—. Es verdad que la señora Sable no te quiere, de ser por la arpía te habría descalificado en cada reto. Por suerte, el jurado no se limita a sus hermanas. Los responsables de evaluar presenciaron tanto tu reverencia como tu presentación. Sable y Cumberland no pudieron salirse con la suya. Las damas concluyeron que tenías que ser tú la de más alta calificación en ese apartado.

—Les demostraré que puedo superarme en la fiesta del té. Por supuesto que puedo ser comedida y ajustarme al protocolo.

—¿Me quieres, Ettie? —preguntó de nuevo. Era lo más importante que esperaba obtener de aquella conversación.

—Te quiero —asumió con valentía—. Tenemos algo tú y yo que no se encuentra en cualquier parte. Estamos juntos en esto. No soy como esas damas que estudian a sus partidos y les dan falsas esperanzas a todos, para al final elegir la opción más conveniente.

—Es bueno saberlo. Tampoco soy como esos caballeros que se fijan en la dote, en las conexiones que obtendrán con el matrimonio, en si parece que podrá tener muchos hijos, en el linaje u otras tantas cuestiones superficiales. Te quiero a ti, así no poseas dote, así no tengamos descendencia, así no fueras una opción conveniente.

—Seguramente la señora Holt no aprobará tu elección. Le di muchos dolores de cabeza.

—Me importa un comino el protocolo, Ettie, puedes usar trenzas si eso te hace feliz.

—¿Y escandalizar a todo Londres?

—Mi corazón no late por otra que no seas tú. Mejoraré para ti. Sé que no soy perfecto. Puedo superarme.

Ella lo rodeó por el cuello con sus manos y acarició el nacimiento de su cabello, se alzó de puntillas y lo besó hasta que tuvieron que despegarse para poder respirar.

—Valentine, si dejas de ser tú se rompería la magia.

Él la miró con una expresión llena de pasión, pero también de esperanza y la besó en la frente. Antes de escabullirse por el pasaje secreto, sin importarle que ella conociera su ubicación, le dejó una promesa en el aire:

—Serás mi esposa. Después del baile, todo Londres lo sabrá.

25



Valentine arribó en su elegante landó a Primrose Palace, las prímulas de colores vivos que alegraban los jardines, por las que era famosa la residencia de Mayfair, aún seguían dormidas a la espera de la inaplazable primavera. Él continuaba sin entender por qué dejó de lado su reticencia y la intimidad de su cueva de ermitaño para acudir a ese sitio atestado de aristocracia.

La razón era simple. No obstante, se negaba en su fuero interno a reconocerla.

Cuando la señorita Langley le pidió que asistiera como invitado a la fiesta del té que ofrecería la duquesa de Norfolk —quien brindó su palacio para recibir a las concursantes—, su primera reacción fue oponerse. Fiesta, té, debutantes y matronas en la misma oración le ponían los pelos de punta. Pero fue hasta recordar que Ettie era una de esas señoritas que lo pensó mejor.

Después de escuchar que Langley necesitaba un número similar de debutantes y caballeros para el cuarto reto cambió de opinión. Tantos solteros rondando a Ettie lo previnieron. Y no era que fuese un «celoso empedernido», ni que dudara de la lealtad de su enamorada; pero revisó la lista y había solteros muy codiciados. Más le valía ser precavido.

Encontró nombres interesantes ese año. Varias de las debutantes contaban con un hermano o un primo. Y las damas involucradas en el jurado tenían sobrinos o hijos disponibles. «Mártires». Los jóvenes promesas en edad de casarse —pero aún sin deseos de que les echaran la soga al cuello— tuvieron que sacrificarse en nombre del concurso.

Edward Raleigh, el hermano de su señoría el conde de Allard, gozaba de prestigio entre las damas casaderas. A pesar de no tener un título, su linaje era inmejorable y contaba con la importante herencia que le legó su abuelo materno. Incluso, el osado periodista Frederick Banes con su sangre bastante diluida de ascendencia noble, proveniente de antiguos condes de Cumberland, despertaba el interés de las jóvenes. Ambos tenían conversaciones inteligentes y gozaban de físicos atrayentes para las damiselas. Muchas coqueteaban con ellos disimuladamente, aunque Edward no reparaba en ninguna y Frederick flirteaba con todas.

Había otros peces más gordos, que por primera vez engalanarían los eventos de la temporada. Destacaban dos escoceses. El hermano de lady Charlotte e hijo del marqués de Blair, Zachary Moray, lord Moray, por título de cortesía. Un lince en los negocios a pesar de su posición como aristócrata y de quien se murmuraba que poseía un rostro tan perfecto como el de un ángel. Él lo había visto de cerca en Tattersalls, y estaba seguro de que las damas exageraban, era un hombre como otro cualquiera.

También encontró en la lista al mejor amigo del anterior, o eso creía que eran, acostumbraba a verlos juntos en White's o demás sitios de interés para caballeros. El irreverente de Las Highlands, Cailean MacAlister, hijo de los tutores de la señorita Fairbairn y famoso por sus habilidades como jinete y manejo de armas. Jamás había perdido un duelo amistoso.

Marcus, el heredero de los Cumberland, era uno de los partidos más cotizados por su riqueza y su notoriedad. Llevaba más de cinco temporadas llenando de esperanzas vanas a las solteras, haciéndole la corte a unas y a otras, pero no abandonaba su soltería. Se rumoreaba que había deshonrado a más de una valiéndose de su posición, aunque su madre lo negara y defendiera a su primogénito y único hijo. Para Valentine era un engreído como su padre que no terminaba de agradarle, pero que gozaba de la adulación de las damas solo por su linaje.

Las familias de las debutantes arrojaron gustosas a sus hijos solteros a la fiesta del té como a tiernos corderos al matadero. No era secreto que las matronas no solo se empeñaban en que sus hijas hicieran un buen matrimonio, también lo deseaban para sus hijos varones.

Valentine hizo una mueca retorcida al llegar al amplio salón decorado en el imponente Primrose Palace y ser anunciado. Arreglos de rosas y de frutas exóticas alegraban la vista y el olfato; y una gran lámpara de araña en el techo lanzaba una dulce melodía con el tintinear de sus gotas de cristal de roca. Aprovechó el momento de ser presentado con los que aún no conocía y ocupó el lugar que le designaron, tras los saludos acordes al protocolo.

El Reto de Etiqueta y Conversación era el cuarto. Quizás de todos los retos era el que menos le agradaba a Valentine por sus implicaciones: aburrimiento, más matronas estiradas, arrogantes y entrometidas. La responsable de llevarlo a cabo y encargada de la evaluación, en colaboración con las damas del jurado, era la señorita Langley, maestra de Etiqueta y Modales. Ella le sonrió con modestia al verlo ahí.

—Se ha lucido, señorita Langley —le dijo al comprobar la elegancia y el buen gusto de la estancia.

—Gracias, su excelencia, agradecemos su presencia.

Frederick Banes se les acercó, y tras un movimiento de cabeza hacia la mujer y verla alejarse, argumentó:

—Amigo mío, a falta de varones solteros y en edad de contraer matrimonio en la familia de la condesa de Pembroke, mi querida amiga ha tenido la grandiosa idea de usarme como carne de cañón —compartió con su agudo ingenio ante Valentine que negó con ironía. Fred era un antídoto para el aburrimiento, incluso en las situaciones que Valentine más repelía.

—¿Y tú tampoco tuviste excusas para negarte? —Valentine le preguntó a Edward que se les aproximó. Contuvo una exhalación al

comprobar que a pesar de los motivos que tenían para dirimir, Edward no le negaba la palabra.

—Mi tía lady Abbott está tan dichosa por haberse integrado este año al jurado del Premio Cumberland que no podía quedarse atrás, tenía que dar el ejemplo sacrificando a un soltero de la familia —contestó Edward entre serio y divertido, le tenía tanto cariño a la tía de su cuñada que no solo le llamaba «tía» tal como hacía su hermano, sino que le aguantaba cualquier majadería.

—Tal vez tenga esperanza de que te animes de una vez y pidas la mano de tu supuesta prometida —aguijoneó Valentine con una ceja enarcada.

—No sería mala idea —contraatacó Edward nada temeroso ante el desafío—. Si con eso consigo que ciertas influencias se alejen de quien estimo, podría alargar la alianza que la dama celebró conmigo.

—Habría que ver si la joven en cuestión aún está interesada en que le cubras las espaldas. —Valentine no se mordió la lengua y respondió, observando en la dirección de Ettie y compartiendo una fugaz mirada cómplice con ella, que lo infló como un pavo real. Ella lo quería, aunque trataba de disimular el vínculo poderoso que unía sus corazones para alejar los rumores de las malas lenguas, no podía esconder la atracción que sentían.

—Ustedes dos, modérense. Ya es el colmo. ¿Pelearse por una dama? ¿Acaso el salón no está rebosante de ellas? —los sermoneó con sarcasmo y una gota de humor Frederick, quien los desconocía en esas posturas.

—¿También consideras que Valentine es un buen partido para Ettie? —susurró Edward y el interpelado meditó con cautela sobre lo que iba a responder.

—A Ettie y al conde de Pembroke les corresponderá juzgar —dijo Fred—. No a mí, solo soy un simple espectador. Valentine, quien jamás se ha empequeñecido ante un reto, tendrá que demostrar que está a la altura de sus aspiraciones. Y no lo digo por el título y la fortuna… ¿Y tú, Edward, por qué te opones? ¿Te estás enamorando

de Ettie? ¿O es que, lo que comenzó como un juego terminó por volverse real?

El té llegó justo, antes de que el médico abriera la boca para dar sus argumentaciones, y las señoritas también. Tuvieron que dejar el tema en discusión para un momento más oportuno. La puesta en escena comenzó.

Valentine dejó de lado la querella con Edward, tan solo rogó para sus adentros para que Ettie mantuviera la calma. Ganar el premio o no, no marcaba una diferencia en sus planes; de todos modos, la haría su esposa. Pero, deseaba que la joven alcanzara sus metas si aquello era relevante para ella.

Para probar el desempeño de las debutantes que a futuro serían anfitrionas de las más distinguidas veladas, se «simulaba» aquella fiesta del té, la que era una recepción real y disfrutable para quienes no estaban sometidas al duro cuestionamiento del jurado calificador. Para salir victoriosas las jóvenes debían interactuar con figuras influyentes y posibles pretendientes, mientras eran observadas por las expertas matronas, que no perdían detalle. Necesitaban demostrar su conocimiento de etiqueta, su habilidad para mantener una conversación interesante y su ingenio para responder a las preguntas de los caballeros sin matarlos de aburrimiento o ser demasiado atrevidas o petulantes.

Era importante tomar en cuenta antes de abrir la boca: modales, vocabulario, sentido del humor y discreción. Los temas más habituales para mantenerse en la línea segura eran el clima y los eventos de la temporada.

De pronto, Valentine se descubrió en un amplio sofá con la señora Sable a un lado y, al otro, su sobrina lady Valery. En frente, estaba la razón de sus desvelos con un vestido blanco de vaporoso encaje como la espuma del mar. El corazón le latió acelerado. Estaba bellísima. Tuvo que quitarle los ojos de encima o todos descubrirían sus sentimientos. Miró a la izquierda de Ettie y descubrió al joven Cailean MacAlister, seguido de la señorita Fairbairn. ¿Quién distribuyó los lugares? Se preguntó.

El té correspondía ser servido por la anfitriona, quien estaba ocupada con otros de los invitados, distribuidos en varias estaciones ricamente decoradas con mesas dispuestas con teteras humeantes y pastas muy finas. Lady Abbott no tardó en acercarse y tomar su lugar para hacer los honores. Era el miembro del comité de damas asignado a su mesa.

La madre de Ettie, quien acudió como su carabina y con quien quería tener la oportunidad de hablar para ir propiciando un acercamiento, había quedado en otra de las mesas dispuestas para el té, hecho que consideró desafortunado.

Frederick, quien podía salvarlo, estaba muy divertido en otro extremo del salón a la sombra de la anfitriona y próximo a otras debutantes.

Esperaba que Edward le echara la mano, no estaba lejos de ellos, permanecía recostado al amplio ventanal con vista privilegiada hasta el jardín; pero por su ceño fruncido, tal vez no se la pondría fácil. Así que era mejor que continuara solitario en su rincón con la taza de té reposando sobre un plato a juego.

Lady Valery tenía una expresión que no encajaba con la reunión, parecía que en cualquier momento rompería a llorar. ¿Se habría enterado del altercado entre el duque de Richmond y él? ¿La joven había albergado alguna esperanza de que pudieran terminar comprometidos?

—¿Y bien, creen que la primavera se adelante este año? —El tono fingido de la arpía Sable era una tortura para los oídos de los presentes.

—Sería una bendición, pero el invierno también posee sus bondades. —Ettie se esforzó por dar una respuesta neutra.

—Tiene razón, lady Henriette. Además, una taza de té caliente se disfruta más cuando hay frío —la secundó Florence.

—Más si podemos acomodarnos junto a un buen fuego, como el que nos brinda la fabulosa chimenea de Primrose Palace —retomó lady Abbott, mirando en dirección a Valery que decidió permanecer

callada y retraída, en desacuerdo con su gracia habitual. Al no obtener respuesta se giró a uno de los caballeros—. ¿Qué opina, joven MacAlister?

Casi todos se esforzaron por encajar respondiendo lo que se esperaba en tales casos. A excepción de Cailean, quien se notaba muy hastiado por tener que permanecer ahí y soportar tan insulsa conversación, no fue tan sutil como el resto.

—¿Es usted, hermosa dama, la que se ocupará de torturar, digo, «evaluar» a las pobres señoritas aquí presentes o le corresponde la señora frente a mí que no deja de contemplarme? —soltó el escocés tras ser espoleado por lady Abbott para participar.

La señora Sable casi se ahoga con su sorbo de té ante tal desparpajo del soltero, cuyo acento gaélico escocés era marcado. Lady Abbott tuvo que disimular la risa ante un joven tan descarado, disfrutaría buscándole esposa. Necesitaba casarse para aplacar tanta pasión.

—Milord, esto no es un juego —regañó la señora Sable en tono mandón y altanero, mostrando su verdadero rostro—. Usted sí que resultaría reprobado si estuviera dentro del concurso.

Cailean tuvo que aguantar la carcajada que casi se le escapa y las damiselas se esforzaron para no despatarrarse de la risa, incluso lady Valery dejó de tener cara de velorio. A Valentine le agradó MacAlister, ya no estaba tan aburrido en aquel salón. Se reincorporó en el asiento, tras compartir una pícara mirada de complicidad con Ettie, por la salida de tono. Ya quería ver cómo se libraba de aquel bribón la señora Sable. Cailean MacAlister se veía a todas luces que no estaba dispuesto a caer en el estirado juego del té de las matronas.

La señorita Fairbairn lucía encantada con las bromas descaradas del hijo de sus tutores, al parecer ya sabía que tarde o temprano se saldría con la suya, lo conocía muy bien. Pero no pudo reírle la gracia o sería descalificada.

—En ese caso me quedaría justo donde quiero estar, soltero —bromeó más abiertamente el enorme MacAlister y esbozó una sonrisa sardónica.

La señora Sable ya no sabía cómo mirarlo para que se comportara, así que lo regañó:

—Aprenda de su excelencia que se ha quedado callado, escuchando con atención. Es un ejemplo digno de lo que se espera de un alto exponente de la nobleza. A pesar de su indomable carácter, conocido por todos, se adecúa a las circunstancias. ¿Me equivoco, lady Henriette? —La arpía también sabía del sobrenombre con que Ettie lo bautizó—. Ser delicados delante de una dama no le resta a un varón masculinidad.

Valentine al sentirse aludido se reacomodó en el asiento de nuevo, no le hizo gracia que la arpía lo usara como muestra del buen comportamiento primero, y menos, que después le diera un zarpazo bien disimulado. Seguro aún estaba disgustada por obligarla a cambiar la calificación de la señorita Fairbairn. Y, además, pinchaba a Ettie para que hiciese un comentario desafortunado. No perdía el tiempo. Así que él decidió hablar antes de que su enamorada se viese impelida a responder la pregunta.

—No me ayude usted tanto, señora Sable, me hará ruborizar con sus elogios —intervino con sarcasmo, inclinándose hacia la mujer y clavándole sus agudos ojos, como si estos tuvieran el poder de borrarla del mapa—. La fama del carácter indomable es una falacia, no crea todo lo que escucha.

—Seguramente una de tantas mentiras que se tejen a espaldas de los exponentes de la aristocracia —lo salvó Ettie de continuar por ese camino—. Jamás presto oídos a cotilleos, es la peor manera de estar informada, prefiero formarme mi propio juicio.

—Celebremos su atinado juicio entonces, lady Henriette, usted sí que sabe llamar a cada uno por su nombre —se atrevió a asestar tal golpe la señora Sable. Se refería a cuando Ettie apodó al duque «Ogro Gruñón», pero pocos la entendieron.

—No sé por qué siento que me estoy perdiendo de algo, y así no recibo la misma dosis de diversión que los demás. Es agotador seguirles el ritmo. Y yo que pensé que la fiesta del té sería soporífera. —MacAlister con los ojos entrecerrados trataba de averiguar qué le había pasado por alto, porque la lluvia de indirectas aún no tenía sentido para él. Le dio una rápida mirada a la señorita Fairbairn, quien sí se había ruborizado por los disparos que iban y venían. Después la interrogaría para saber por qué aquellos tres se peleaban con tanto disimulo para no perder la elegancia.

Lady Abbott había aprovechado a propósito para quedarse muy callada, pero no dejaba de anotar en la libreta que siempre la acompañaba.

Valentine vio a Ettie despegar los labios y arrugar el entrecejo. Jamás se quedaba callada cuando era retada, y la señora Sable lo hizo al recordar con disimulo que la joven desafió a uno de los duques más poderosos de Londres al ponerle un sobrenombre. ¿Querría que alguien lo sacara a relucir para perjudicar la calificación de Ettie? Para él el apodo ya no era importante, al contrario, la idea del juego implícito lo sedujo por completo. Pero, en medio de la prueba en la que estaban las señoritas, percibió que el ingenio de Ettie había comenzado a manifestarse. Tal vez era la intención de la arpía, llevarla a un terreno donde no tendría escapatoria y en el que su lengua le jugaría una mala pasada, que le costaría el premio. Así que trató de llevar la conversación hacia pastos más verdes.

—Volviendo a la próxima primavera, dicen que los jardines de Primrose Rose son un espectáculo cuando las prímulas comienzan a florecer. —Se esforzó Valentine sereno y ecuánime. Todos se quedaron sorprendidos por escuchar esas palabras salir de la boca de aquel duque con cara de pocos amigos.

—Y después de las prímulas, las peonías y las rosas se unen a la fiesta de colores. Es un espectáculo digno de ver. —Ettie le siguió la rima a Valentine, captando cuál era su salida.

—Imagino que usted conoce la belleza de los jardines de primera mano, lady Ettie, debido a que su cuñada es familia de su

excelencia, la duquesa de Norfolk. —Florence se anotó un punto, lady Abbott tendría que reconocerlo. La señora Sable, aunque lo pretendiera con su treta, no podría descalificarlas, el dueño de la escuela estaba ahí para dar fe de cómo salvaron la conversación que empezaba a descarrilarse.

—Primas por parte de padres, tengo entendido. —Al fin Valery dijo algo, en cuanto su tía cerró la boca, se motivó por la charla.

—No solo soy familia de la condesa de Pembroke, también de lady Ettie, a quien considero muy cercana. Y claro que conoce muy bien los jardines, nuestro hogar siempre tiene las puertas abiertas para ella. —La duquesa de Norfolk y anfitriona al sentirse aludida se aproximó, estaba lo suficientemente cerca para oírlos.

Los caballeros se pusieron de pie, MacAlister le cedió el asiento a la joven y hermosa duquesa, lo que neutralizó a la arpía, quien en presencia de la dama ya no pudo desplegar su malicia encubierta. Por lo que la conversación fluyó y las tres señoritas destacaron en soltura, elegancia y discreción.

Los caballeros pusieron de su parte para que el amargo trago pasara lo más pronto posible. Valentine ya sabía que la señora Sable buscaría la forma de esparcir su veneno y MacAlister no estaba mal informado, como la señorita Fairbairn era la ahijada de sus padres, supo que quiso descalificarla de manera cruel e injustificada en el Reto de Bordado. Justo por eso le dio su merecido.

Como un vendaval que azota puertas y ventanas a su paso, vieron al anfitrión, el gran duque de Norfolk, conocido por su temple y su poderío, atravesar el salón con urgencia rumbo al recibidor. Su arrebatada e inesperada aparición causó cierta intriga en los invitados, pero todos se guardaron de mostrar su inquietud.

Supuestamente el aristócrata no pudo acompañarlos por sus múltiples obligaciones. ¿Qué era tan importante como para sacarlo de sus responsabilidades ineludibles?

Su esposa, la duquesa de Norfolk, no tardó en ponerse de pie con la gracia que la caracterizaba y seguirlo con suma discreción tras

disculparse con aquellos que compartía el té.

Valentine pensó mantenerse al margen, pero entre los asistentes era el de más alta jerarquía, así que no dudó en ofrecer su ayuda a su homónimo.

Jamás creyó encontrarse con lo que se topó en el recibidor de los Norfolk.

—¿Acaso cree que mi hogar es un circo, Richmond? —El duque de Norfolk desafió al otro aristócrata que venía con ocultas intenciones. En cuanto el mayordomo le advirtió a su excelencia quien había aparecido delante de su puerta y olió problemas, no dudó en interrumpir la reunión de negocios que sostenía en su estudio, a la par de la celebración en otra área menos privada.

—¿Va a negarle la entrada? —desafió el aludido al dueño del palacio.

—Por supuesto que no, pero tal vez a usted sí. Se ha metido con la persona equivocada —amenazó Norfolk con intenciones de agarrar a Richmond por las solapas y echarlo de manera muy poco agradable a la calle. Odiaba las maquinaciones—. ¿Hayden, usted tiene idea de qué está ocurriendo?

Valentine negó, estaba en total desconocimiento, pero desbordaba en la necesidad de que alguien contestara a esa pregunta.

26

Ettie también notó, como el resto de los invitados, que algo sucedía en Primrose Palace. Tras la salida intempestiva del dueño, se escabulleron discretamente la duquesa y después Valentine. Ninguno había regresado, pero el mayordomo no tardó en aparecer y susurrarle algo a lady Cumberland, quien, a su vez, hizo lo mismo con sus dos hermanas. Y las tres trataron de continuar amenizando la velada como si nada hubiese ocurrido.

Lady Abbott no era tonta, enarcó una ceja sin perder detalle, pero se mantuvo en su posición como correspondía a una dama. Ettie intentó hacer lo mismo. ¿Por qué su cuñada tuvo ese compromiso que le impidió asistir a la fiesta del té? Le habría implorado que averiguara qué estaba ocurriendo.

La señora Sable no tardó en tomar por el brazo a lady Valery, y tras disculparse se dirigieron a la salida.

Ettie ya no pudo más con la intriga, y aunque todos se esforzaron por no hablar de lo que sucedía, la estación donde ella se encontraba estaba a punto de bullir a susurros y comentarios.

En ese momento, Richmond hizo su entrada triunfal, causando gran conmoción. Llevaba del brazo a una dama de mediana edad y bello rostro. El mayordomo de los Norfolk la conocía y no tardó en presentarla. Por las expresiones de los contemporáneos con la recién llegada, Ettie comprendió que para aquellos no necesitaba introducción.

—La duquesa de Hayden —dijo el mayordomo.

Un Valentine, desestabilizado en lo más profundo, contemplaba la escena, muy impactado. Lo que tanto persiguió llegó ante sus ojos de manera abrupta, de la mano de su enemigo. Las interrogantes se leían en su cara como en un libro abierto.

Los rumores de los asistentes no tardaron en esparcirse como murmullos ante la incredulidad de Ettie que trataba de descifrar lo que nadie le explicaba.

«¿No se había vuelto a casar?»

«¿Su nombre no debería ser ahora otro?»

«¿Quién la invitó?»

«¿Qué hace ella aquí?

Norfolk volvió a hacer acto de presencia en el salón poniendo fin de manera contundente a las murmuraciones con su expresión felina. Nadie se atrevió a desafiarlo, así que poco a poco muchas de las damas comenzaron a buscar motivos para retirarse y dar por concluida la recepción.

La duquesa de Norfolk de modo ceremonial y sin demostrar que también estaba asombrada, despidió de manera excelsa a debutantes y matronas, quienes miraban a la duquesa de Hayden como a un bicho raro, pero rápido cortaban el contacto visual y huían despavoridas. Nadie quería enfrentar la furia del anfitrión.

—Creo, hija mía, que es hora de retirarnos —le dijo Patience a Ettie, tomándola del brazo e instándola a despedirse—. Supongo que el reto ha terminado y el jurado tiene los elementos suficientes para calificar.

—¿De verdad es la duquesa de Hayden? ¿La recuerdas? ¿Dónde estuvo todo este tiempo?

—Ahora no, Ettie, supongo que ya nos enteraremos. Sé discreta. —Carraspeó—. Si Richmond ha decidido desenterrarla sus razones tendrá.

—¿Desenterrarla? Hasta dónde sé esa mujer estaba viva.

Las incógnitas seguían creciendo. Pero lo que más inquietud le causaba era el rostro de Valentine, que pasó de la perplejidad a una frialdad congelante. Quería acercarse a él, sostenerle la mano y reiterarle su apoyo.

Ettie no perdía detalle, poniendo cierta resistencia ante los intentos de su madre por sacarla de ahí.

—Hayden, puedo ofrecerles una sala privada para que conversen —dijo el duque de Norfolk con prudencia, todavía pensando en cómo castigar a Richmond por atreverse a irrumpir la quietud del evento preparado por su amada esposa. Lo haría pagar con creces.

—No es necesario. —Las palabras de Valentine eran indolentes, como si ver a su madre después de tanto tiempo no le afectara, pero en su interior una guerra se estaba desatando. De un lado, la necesidad y el amor; del otro, los reclamos, el resentimiento y el desprecio—. Agradezco su hospitalidad, pero la dama y yo nos retiraremos como todos los demás.

—No iré a ningún lado contigo —dijo Claire, la duquesa de Hayden. Las primeras palabras pronunciadas desde que arribó a la residencia de los Norfolk e irrumpió de nuevo en la vida de Valentine, arrasando su calma con su sola presencia.

El asombro de Valentine lo guardó en lo profundo de su ser bajo siete candados. Más, cuando observó la maliciosa sonrisa de satisfacción que la negativa de su madre causó en Richmond.

Por suerte quedaban muy pocos invitados, y casi nadie percibió el altercado entre madre e hijo.

Ettie no perdió detalle, aunque Patience trataba de conducirla por el brazo hacia la salida sin éxito alguno.

—¡Por supuesto que sí! —Valentine sacó a relucir su furia, sin importarle el sitio—. No sé a qué juegan, pero usted y yo tenemos mucho de qué conversar y lo haremos en donde corresponde.

—La duquesa es mi huésped, y como tal no permitiré que le hable en ese tono por muy su hijo que sea. —Saltó Richmond. Norfolk y Hayden le lanzaron sus miradas irritadas al mismo tiempo.

No tardó la esposa de Richmond, así como lady Cumberland en ponerse del lado de los recién llegados, destapando sus cartas, como si sacaran el último as guardado hasta el final, el que garantizaba su victoria.

Edward y Frederick se posicionaron a cada lado de Valentine demostrando sus lealtades. Para Frederick los Cumberland eran detestables, pero la condesa todavía más.

Antes de ver lo que seguía, Ettie fue casi arrastrada por su madre hacia la salida, quien no le dio la oportunidad de continuar escuchando. Fue subida de inmediato al carruaje y no tardaron en ponerse en marcha hacia Pembroke House.

—¿No dirás que el final de la fiesta del té fue de pésimo gusto? —inquirió Ettie, su madre estaba pensativa y parecía no escucharla —. ¿Dónde estuvo la duquesa de Hayden todo este tiempo? Mamá, habla, por favor.

—Fue hace tantos años que la historia está desdibujada en mi memoria. El duque falleció y ella se volvió a casar dejándole el hijo a la tía. ¿O era otra cosa lo que se dijo al respecto? —Se preguntó reflexiva tratando de traer al presente los rumores de aquella época —. ¿Y tú por qué tan interesada? Desconocía que fueses tan curiosa.

—Yo, no…

—¿Crees que el duque de Hayden sabía que su madre iba a aparecer al final de la recepción? Es que ni siquiera la dejaron sentarse y tomarse una taza de té. Se dice que ellos no volvieron a verse jamás. Pero, tal vez, solo sean especulaciones y mantienen una estupenda relación. ¿Notaste cómo venía vestida? Ese atuendo lleva siglos sin estar vigente. Horroroso, más para una duquesa.

—Mamá, deja tu obsesión con la moda, ahora es lo último que importa.

—Lo que me sorprende es que la presentaron como la duquesa de Hayden —continuó hablando como si no hubiese escuchado el reproche de su hija—. Recuerdo los rumores sobre sus segundas nupcias y que por eso no se llevó al hijo. Él no podía abandonar su ducado.

—Si algo así nos hubiese sucedido a nosotros, ¿nos habrías dejado en el condado al que pertenecemos por adquirir responsabilidades con un nuevo esposo?

—Dios me libre. ¿Por qué preguntas esas cosas, vida mía? ¿Dejar a mis criaturas? ¿Y yo cómo podría respirar si me faltaran? Ya bastante duro fue cuando tu hermano vivió en Francia, o haber dejado ir a tus hermanas, y ahora tener que ver cómo marcharás a tu nuevo hogar cuando consigas casarte.

Patience la abrazó angustiada tan solo de imaginar la terrible situación por la que habrán tenido que pasar los Hayden.

—Eso pensé —concluyó con mil dudas en torno a Valentine y su progenitora.

Cuando llegaron a su casa, Patience no tardó en preguntar si su nuera ya había regresado para ponerla al corriente de los acontecimientos; al encontrarse con una negativa a sus deseos subió a refrescarse a sus habitaciones.

Ettie, sin cambiarse, se quedó pululando por el salón de Pembroke House, mientras se aferraba aún al ridículo que llevó a la fiesta del té.

—Milady, ¿no desea subir para cambiarse? —Las palabras de su doncella la sacaron de sus reflexiones. Sus latidos seguían desbocados mientras pensaba en Valentine. ¿Cómo estaría él?

—En un instante más —contestó para alargar el momento.

—¿Al menos puedo subir su ridículo? No creo que lo necesite en casa.

Todavía lo aferraba con fuerzas, como si tuviese la esperanza de salir. Su cuñada no tardó en aparecer por la entrada principal precedida del mayordomo y un lacayo al que entregaba su abrigo, y pretendía dar su sombrero, su ridículo y sus guantes cuando lograra quitárselos.

—¡Daisy! —la llamó antes de que se perdiera por uno de los corredores rumbo a las escaleras, dejando sin querer a la doncella aguardando por una respuesta que no llegaría.

—¡Ettie! —respondió sobresaltada, asustándose por la emboscada.

—Necesito hablar contigo.

—No, yo necesito hablar contigo. Déjennos a solas, por favor —dijo su cuñada y Ettie la miró llena de incógnita. El mayordomo, el lacayo y la doncella se retiraron. Daisy continuó, mientras se quitaba el sombrero, aún con los guantes puestos y lo dejaba junto con su ridículo sobre una butaca—. ¿Por qué Frederick Banes está afuera, agazapado en su carruaje y pide con urgencia y gran misterio hablar contigo?

—¿Fred?

—Sí, Fred. ¿No habías aceptado que Edward te cortejara? —Todos en la casa querían mucho a Edward, eran cercanos a su familia—. ¿Entonces por qué el libertino de Frederick Banes es quien pregunta por ti con tanto secretismo en la entrada?

—No hay nada con Edward, fue una cortina para que me dejaran en paz.

—Ettie, pero no era necesario, únicamente tenías que acercarte a mí.

—Mamá es intensa y no siempre quiero molestarte, me gusta resolver mis problemas.

—Eso lo sé, te conozco bien. —Acompañó la afirmación con un gesto de suficiencia. Seguían ambas de pie, una frente a la otra.

—Debo verlo con urgencia, por favor, Daisy, cúbreme con mi madre. Te daré una explicación. —Le tomó una mano a su cuñada para apelar a su apoyo.

—Por supuesto que espero una explicación por el bien de todos y principalmente el tuyo, esto es insólito. Aunque Fred es de mi entera confianza, no pienso permitir que te subas a ese carruaje. Podrías arruinar tu reputación. ¿Fred y tú se atraen? Por el Creador, como no lo supuse antes. Pasaban tanto tiempo juntos cuando me acompañabas a su periódico o él me visitaba aquí. ¿Es porque Fred te publica, se volvieron todavía más cercanos y tienen tanto en común? No debí ocultarle a tu hermano que publicabas bajo ese seudónimo. Fui débil al dejarme convencer por ti. Sabes que si lo amas voy a apoyarte. ¿Es eso?

Daisy era una de las cuatro personas que estaban enteradas del secreto de Ettie —la publicación en el diario—; además de Emily, Charlotte y Frederick, quien lo hacía realidad.

—No, no, no, no es lo que estás pensando. Fred es encantador…

—Y un seductor nato. Debí suponerlo, tu hermano me culpará de no supervisar sus encuentros. —Se liberó del agarre de sus manos y se llevó las suyas a la cabeza.

—Cálmate que estás completamente equivocada. No estoy enamorada de Frederick, ni tenemos ninguna relación furtiva.

—¿Enamorada? ¿Relación furtiva? Ni siquiera usé esas palabras. ¿Acaso tú la tienes con alguien más? —Daisy se llevó una mano al corazón, si algo así sucedía, Bradley no iba a estar feliz. Pero ella no iba a darle la espalda a Ettie, la quería muchísimo y se preocupaba por ella—. ¿Tu corazón te ha dado señales de…?

—Iré a hablar con Frederick, así no me cubras —decidió y caminó con firmeza hacia la salida.

—Aguarda. —La detuvo tomándola por el brazo y sacó una nota de su ridículo—. Convencí a Frederick de marcharse, sería nuestra ruina si seguía ahí como amante clandestino esperando que

asomaras el cuello por la puerta para contactarte. Habría sido más inteligente de su parte visitarnos, pero supongo que no desea dar explicaciones. Te la entrego si me prometes usar tu buen juicio en todo momento y acudir a mí cuando lo necesites.

—Lo haré. —Suspiró apretando el sobre cerrado en una mano.

—Me lo contarás todo cuando estés lista.

—No hoy, por favor. El día ya ha sido bastante tortuoso.

—Confiaré en ti, no cometas ninguna locura.

—No haré nada que tú no harías —alegó con fervor.

—Pues eso no me deja muy tranquila. —Negó y también suspiró con los brazos en jarra. ¿Su esposo y ella estarían pagando por todas las libertades que se tomaron en su propio cortejo? También fueron muy apasionados. Pero, ¿de quién estaría enamorada Ettie? Porque esa mirada ya no la engañaba, el amor flotaba en el brillo de sus ojos. Quien seguro estaba más al corriente de lo que sucedía con Ettie era su querido amigo, Frederick. Iba a exprimirlo y a increparlo a la primera oportunidad.

—Gracias, Daisy.

Una sonrisa esperanzada y nerviosa afloró en sus labios, y con cariño y admiración la abrazó con fuerza. Después se fue a toda prisa hasta su habitación, donde se encerró a leer la misiva.

27

En el enorme salón ducal, donde sus predecesores podían desconectarse de sus obligaciones, Valentine permanecía sentado con total tensión en una butaca forrada con cuero marrón. Había una inmensa oscuridad contrarrestada solo por el fuego de la chimenea. Dio la orden de que cerraran las cortinas y que nadie lo molestara, echó a los sirvientes hasta la hora de la cena.

Era la mañana del gran baile al que no tenía fuerzas para asistir, Valentine se sentía devastado, con un hueco enorme en el pecho que amenazaba con hacerse más grande y oscuro hasta obligarlo a desaparecer. En aquella discusión en Primrose Palace estuvo tentado a tomar a su reticente madre en sus brazos, alzarla como a una niña malcriada que no quería escucharlo y raptarla rumbo a Hayden House, para pedirle todas las explicaciones que de niño le negaron.

En cambio, tuvo que conformarse con respuestas que no imaginó que escucharía de sus labios en su reencuentro:

«No iré a esa casa, prometí no volverla a pisar».

«¿Por qué ahora te interesas por mí si nunca te importó mi destino?».

«He venido para reclamar todo aquello que me arrebataron, ya tendrás noticias mías».

Estaba cabizbajo, con ambos codos apoyados en sus rodillas. Abandonó su posición para beber otra vez directamente de una botella de brandy que reposaba en la mesita baja a su lado. Ya era el quinto sorbo largo que daba, y esperaba no continuar bajando el nivel de la bebida, o al menos no tomar hasta quedar inconsciente.

Debía ir a ese baile, sabía que sucederían cosas que no le gustarían. Su enemigo no era de los que se replegaban con los brazos cruzados, bastante osado se había mostrado.

Él no era de los que ahogaban las penas en alcohol; al contrario, le tenía el suficiente respeto para saber que se pensaba mejor sobrio que dominado por este. Necesitaba frenar a Richmond y tenía que hacerlo rápido. Por lo que se permitió lamentarse solo un momento, había llegado la hora de contraatacar, aunque no sabía de qué tendría que defenderse, ni la magnitud de la ofensiva de sus adversarios.

Abandonó la botella sobre la mesa de ébano cercana y se puso de pie para quitarse la chaqueta. Comenzó a sentir calor por el alcohol y la presión que lastimaba en su pecho.

El dolor que lo envolvía era profundo, pero no iba a demostrarlo delante de su progenitora, ella lo abandonó en su más tierna edad para casarse con alguien. Tras la muerte de su padre, Claire rehízo su vida, dejando a Valentine a su suerte en las manos de su tía. Imogen nunca lo trató mal, le brindó soporte y abrigo, pero su crianza fue estricta.

Por lo anterior, no se dirigió a ella como «madre» o «mamá», tenía esas palabras atoradas en la garganta. Deambuló por la estancia y se detuvo delante de un enorme mueble de roble que contenía armas de duelo en sus estuches que pertenecieron a sus antepasados. Apretó los puños y estuvo a punto de derribar con su cuerpo, con toda la furia que albergaba por dentro, la robusta estantería con puertas de cristal.

Un ruido lo distrajo y miró en esa dirección.

Cuando se abrió una puerta, escondida estratégicamente junto a una de las columnas pegadas a la pared del fondo, su atención pasó de descargar su cólera a la persona que tenía delante con una antorcha en la mano. Sus músculos se relajaron y todo lo que deseó fue fundirse con su suave y oloroso cuerpo.

—Pensé que no reunirías el valor para venir, para dar el paso. Perdóname por pedirte algo tan osado, tan atrevido… Pero no dudes ni un momento que te amo.

Él tomó la antorcha y la puso en un soporte de metal en la pared, para ese uso. Sus ojos buscaron los de la mujer, desesperado.

Ettie le devolvió la mirada cargada de devoción, mientras se quitaba los guantes y caminaba hacia él. Valentine no sabía cómo aquella dama que fue su antítesis se le fue metiendo adentro con una rapidez apabullante. Pero solo quien había conocido de cerca pérdidas tan grandes como las que él vivió en su vida, entendían que una conexión tan intensa como la que ellos sentían, no se iba a repetir. Era mágico, inmenso. Un imán poderoso que lo atraía con fuerza demencial hacia el polo opuesto.

—Valentine, cuando leí en esa nota que acudiera hoy a la escuela, que entrara a tu estudio y que buscara el pasadizo que me conducía aquí no dudé en hacerlo —manifestó con valor—. El mapa que me dejaste en el cajón de tu escritorio ayudó, pero, por Dios, por un momento creí que estaba perdida.

Sus cuerpos se estrecharon con premura y sus bocas sedientas y desesperadas fueron a su encuentro. El contacto entre sus labios era devastador, la necesidad era abrumadora, pero por razones desconocidas sentían que estaban a punto de perderse para siempre y ninguno lo iba a permitir. A veces el instinto era poderoso e infalible.

—No ibas a perderte, lo conozco como la palma de mi mano, te encontraría si no hallabas el camino. La mayoría de las veces que practicamos en el salón Vivaldi, acudí a tu encuentro por ese pasaje.

—La antorcha ayudó. —Ettie percibió un jarrón de hierro en una esquina cerca de la puerta al pasadizo, lleno de antorchas nuevas y listas para usarse.

—Esta noche solicitaré una entrevista mañana mismo con tu hermano. Tal vez le sorprenda mi petición, pero tengo esperanza de que cuando escuche mis intenciones me entregue tu mano.

Ettie le puso la mano sobre el pecho, buscando sus latidos.

—Oh, Valentine… Mi mano, mi cuerpo entero ya es tuyo. No tendrías que pedírselo a nadie excepto a mí —murmuró con pesar y buscó su boca, se entregó a la invasión de su tibia lengua hasta quedarse sin aliento. No quería pensar, solo perderse en sus besos atrevidos, duros, ardientes, descarnados, que le removían hasta las entrañas.

Él pudo leer en su forma de temblar la inquietud, acunó su rostro entre sus manos y con pesar la separó de sus labios. Admiró la hermosura de sus rasgos, esos ojos que se le aparecían en sueños.

—Dime, amor mío, ¿qué te atormenta? —le preguntó. Quería verla feliz, como la conoció y no temerosa de lo que el destino les tenía deparado.

Tras librarse del cerco de las manos de Valentine sobre las mejillas, Ettie se aferró más a su cuerpo y se atrevió a desatarle la corbata, desabrochar unos botones y colar su mano por la abertura de la blanca camisa para sentir la calidez de su pecho. Posó una mejilla sobre la tersa piel de sus pectorales.

—Entiendo que es la costumbre y adoro a mi hermano, pero Bradley jamás nos dará su consentimiento hasta asegurarse de que estaré protegida, a salvo. La llegada de tu madre de la mano de Richmond se ha esparcido como el fuego sobre la yesca en las casas más influyentes. A esta hora mi propia madre ya debe haber puesto al tanto a Brad, quien no le dará importancia. No brinda oídos a cotilleos. Pero en cuanto pidas una entrevista y conozca el motivo querrá saber todo sobre tu pasado, y no sé por qué me temo que hay algo oculto en tu historia que no le gustará y que él no aceptará.

Valentine exhaló pesado, tan fuerte como la agitación que pretendía sacudirlo por dentro y que mantenía prisionera, para no dejarle conducir su vida.

—Tengo la misma inquietud. También estoy preocupado. Pero voy a encargarme.

—¿Ella está aquí? —Se refería a su progenitora.

—No, me acusa, me culpa… Pasé tanto tiempo tratando de encontrarla y ahora que la tengo delante resulta que me odia. —Bufó tan enfadado—. Es mi madre, imagínate cómo me siento. Y lo peor es que la única persona que podría explicarme por qué me detesta está muerta. Incluso, Fred esculcó en la habitación de mi tía en busca de una explicación y no encontró nada. Estuve a punto de alzar a Claire en brazos y traerla a la fuerza a nuestra casa. Me refrené por respeto a los anfitriones y a los últimos invitados. ¿Por qué, demonios, vino de la mano de Richmond?

—Lo siento, lo siento tanto. Valery me contó de la maldad de su padre, de su tío… Me contó que ambos desean apoderarse de tu escuela. Cada uno por sus propios motivos.

—¿Hablaron bastante sobre eso?

—Pues como ibas, supuestamente, a pedir la mano de Valery y ella necesitaba con quien desahogarse, conversamos al respecto —Se notaba que le incomodaba retomar el tema, pero lo hizo.

—Nunca pensé desposarla, ya te lo he dicho. Solo le di esperanzas a Richmond porque se veía muy interesado y quería saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar —dijo Valentine con sinceridad y ella le creyó—. Ese era el as que tenía la señora Sable bajo la manga, casarme con su sobrina. ¿Recuerdas cuando escuchamos en el pasadizo a los Cumberland y a la arpía Sable conspirando en mi contra? Si los Cumberland no me convencían de vender, a lo que me negué, Sable usaría a lady Valery en contubernio con Richmond para acceder a la escuela. Sabes que la gobierna la duquesa de Hayden.

—Valery me dijo que su tío y su padre, y supongo que la arpía Sable, creen que quien gobierna la escuela, tiene en sus manos a un montón de futuras damas prominentes agradecidas, y, por ende, a sus esposos.

—Están locos, locos como mi tía que creía fielmente lo mismo.

—Pero no es descabellado del todo. Londres se mueve por intereses y conveniencias.

—Lo sé. Sin embargo, no estoy fascinado por esa idea, al menos no en este momento. No pienso valerme de esos métodos. Y si eso es lo que lo motiva a desear poseer lo que es mío, no los dejaré salirse con la suya.

—Es una locura. ¿Y encima tu madre viene como la duquesa de Hayden? ¿No se había vuelto a casar?

—Estoy igual que tú, a ciegas.

—Lo siento mucho, Valentine —sintió pena por desconocer la verdad sobre su pasado—. Ahora puedo entender por qué te mostrabas así frente al mundo.

—Edward dice… —Tragó en seco por abrirle del todo su corazón —. Edward dice que mi mal carácter tiene una razón más profunda, que es la otra cara de mi tristeza, que es la forma desacertada en que expreso mi dolor.

—¿Por la pérdida de tus padres?

—Y por el abandono. Por Dios, no me hagas repetirlo. —Dos lágrimas gruesas recorrieron sus mejillas y las borró con rapidez de un manotazo—. Jamás me permito mostrarme vulnerable delante de nadie. Por supuesto que no se aplicará de hoy en lo adelante a ti.

—Edward puede leer las almas, es un buen amigo —reconoció Ettie esa virtud del doctor—. A veces lo veo como médico de la mente y el corazón.

Lo abrazó con fuerzas y él se dejó refugiar en sus brazos.

—Necesitaba tanto verte. Gracias por venir. Solo tú me ayudas a serenarme y a encontrar la calma que preciso para guiarme por la razón.

—Por eso acudí a tu llamado. Aquí estoy.

Valentine fue sorprendido por la humedad de la boca de Ettie probando la tersa piel de sus pectorales, tuvo que cerrar los ojos para entregarse a la sensación de esa lengua húmeda y deliciosa degustándolo. Un gemido ronco abandonó su garganta y no tuvo fuerzas para detenerla. Entre el alcohol y la falta de mujer tanto tiempo, sintió un ramalazo en su entrepierna y cómo un calor recorría la longitud de su hombría mientras se endurecía, a la par que experimentaba una sensación desquiciante. Estaba entre el límite de la sensatez y de la imprudencia, de no pensar, de no ser dueño de sus actos y rendirse ante el más primitivo de los deseos.

—¿Qué haces? —soltó él sorprendiéndose de su propia mojigatería, jamás preguntó cosa tan absurda en un momento de intimidad. Al contrario de lo que imaginó, ella no separó su boca de sus pectorales y continuó desabotonando la camisa. Sin embargo, la conciencia le hizo reformular la pregunta—. ¿Hasta dónde crees que puedes llegar?

—Si me haces tuya, él no podrá negarse. —Se refería a su hermano.

—Jamás te haría mía solo por tomar ventaja.

—Pero tuya ya soy, así como tú eres mío. Por lo tanto, daríamos el paso por el motivo correcto.

La seguridad de Ettie lo sobrecogió. Lo que ella planteaba tenía sentido. No encontró o no se permitió encontrar qué refutar en su razonamiento. Además, sus lametones en dirección al sur, por la línea central de su cuerpo lo estaban haciendo perder la capacidad de concentrarse y pensar con claridad. Lo enloquecía. ¿Dónde había aprendido a tratar a un hombre con tanta maestría? En ese instante y con el nivel de excitación que lo obnubilaba, no iba a preguntar, no le interesaba cuestionarlo, se sentía agradecido.

—Si continúas por ese camino… Demonios, no te detengas. —Iba a lanzar una advertencia para comportarse como un caballero, cuando ella llegó al último botón de la camisa y la abrió por completo. Ya no pudo oponer resistencia.

Sin amedrentarse, Ettie introdujo su mano dentro de los apretados pantalones buscando con desespero el origen de la dureza que la encañonaba con pasión. Otro gemido varonil abandonó los labios llenos de Valentine, cuando la mano de ella rodeó su virilidad. El rostro de su amada se veía hermosamente sorprendido a la luz de las flamas de la chimenea.

—Ooooh, es tan sedoso, pero tan duro a la vez. —Masajeaba como si su incursión fuese parte de un experimento, uno que a él le gustaba cada segundo más—. En los libros picantes del compartimento secreto de la biblioteca de Daisy lo describían como si fuese un artefacto contundente o cortante: mástil, espada, puñal. Nada más lejos de la exquisita realidad.

—No me molesta ser tu sujeto de investigación —soltó junto a una exhalación, feliz de que se hubiese instruido en ese tipo de lecturas.

—No pensé que el miembro del hombre fuera tan… Ooooh, crece, brinca en mi mano; parece que tiene vida propia —planteó sin gota de vergüenza, su asombro fue prueba fehaciente de que ella se guiaba por instinto y lectura, no por experiencia—. ¿Te molesta que lo toque así?

—No, en absoluto —contestó con la voz afectada mientras se recreaba en la sensación. En realidad, era todo lo contrario, estaba fascinado y ella lo notó.

—Te gusta —comprendió manifestándolo en voz alta, y repitió los movimientos que conseguían expresiones placenteras en el hermoso rostro del duque.

—Me enloquece —aceptó.

Por el mismo infierno, él estaba a punto de derramar su semilla caliente en su mano como un inexperto, pero Ettie tenía un toque arrebatador.

—Tú me enloqueces —reconoció y su rostro reflejó que estaba sumida en el mismo abismo de deseo, ardiente, en llamas.

—Me haces difícil mantenerme como un caballero, no puedo deshonrarte —confesó con la voz entrecortada—. ¿Con qué cara miraría a tu hermano si te solicito en matrimonio con pleno conocimiento de haberte corrompido?

—Usted lo único que debe hacer, guerrero, es mantenerse firme en mi mano —lo tentó con total descaro, sin dejar de acariciar la masculinidad rígida y elevada como un mástil. Jugó con esa palabra en la mente, justo como en una de las historias que escondía su cuñada.

Valentine decidió mandar la rectitud y la compostura al averno; después de todo, su misión más importante era complacerla. Así que repitió en voz alta.

—Serás mi esposa. Te lo prometo. Tendría que pasarme un batallón por encima para impedirlo. —Y con esas palabras se rindió por completo.

Cayó de rodillas ante Ettie para honrar su propuesta. Ella se emocionó al escucharlo tan decidido. En un giro inesperado, el duque la sorprendió levantándole la falda, devolviéndole la misma cuota de curiosidad.

Valentine se reservaría lo mejor para la noche de bodas, pero eso no iba a impedir que pudiera enloquecerla de placer y disfrutar en el proceso. La aferró por las caderas y después de tenerla donde quería, esculcó entre las telas de algodón hasta encontrar la abertura de sus calzones, emboscándola. Acarició la humedad que se había formado entre sus inexplorados pliegues ante la perplejidad y la creciente necesidad de Ettie. Le arrancó un gemido y percibió que ahora era ella quien se rendía ante sus caprichos.

Rasgó con sus dedos fuertes la tela de los calzones para hacer más amplio el sitio de acceso a la intimidad femenina. No tardó en colocar su boca sobre la abertura y probar la tibieza del palpitante botón. Las manos de ella lo sujetaron por los anchos hombros, jamás pensó tener un duque así, a su merced, prodigándole esa clase de atenciones.

—Seré tu esposa si esto es parte del trato —se le escapó sin pensar, tan gratamente sorprendida por la intensidad del exquisito placer que la estremecía de pies a cabeza.

Él no pudo evitar sonreír con la boca pegada a la entrada femenina, y entusiasmado por el halago, la degustó con ansias desesperadas una y otra vez, quería embriagarse, empaparse de su sabor. Su lengua fue inclemente introduciéndose sin piedad en la estrecha y dulce abertura, que resistía ante su invasión a la vez que se empapaba y cedía. Pero él siguió castigándola, alternándolo con lamidas y succiones profundas sobre el hinchado nudo de nervios que sentía dentro de su boca.

Una mano de Ettie continuó apoyada en el hombro de Valentine y la otra se enterró en su copioso cabello, desordenando e incitándolo, sin darse cuenta, a volverse más salvaje y atrevido. Después, a las puertas de la cúspide, Ettie empezó a empujarlo de manera inconsciente contra la creciente humedad entre sus muslos. Él aceleró las embestidas de su lengua, hasta recibir sobre esta las pulsaciones del primer orgasmo de la mujer que amaba.

A Ettie casi se le escapa un grito que habría alertado a la servidumbre, y tuvo que refrenarse al final. Valentine notó su preocupación.

—No te contengas, eché a todo el servicio. No volverán hasta la tarde.

—¿Pre-ten-días se-du-cir-me? —preguntó tratando de recuperar el ritmo de su respiración, sin soltar los mechones de cabello de Valentine, obligándolo a permanecer pegado a su femineidad. ¿Cómo podría vivir sin tenerlo arrodillado a sus pies?

—No —aclaró entre ardientes lametones, que hicieron que las piernas de Ettie temblaran, todavía más, ya no podía mantenerse de pie. Así que él, compadecido, tras beber las reminiscencias de su liberación, la invitó a tumbarse sobre la alfombra para que estuviese más cómoda—. Solo quería desahogarme, explicarte mis circunstancias y para eso pretendía que fuésemos al salón. No podía

permitir que nos interrumpieran, nos molestasen o dejar evidencias de tu paso por la propiedad. Sin embargo, tú que te pusiste estricta al inicio, cambiaste de improviso de opinión.

Valentine se acostó a su lado y la miró a los ojos. Deseaba apreciar cómo se veía tras ser arrasada por el éxtasis provocado por él. Lucía hermosa, con las mejillas arreboladas por el calor de las llamas de la chimenea y el fuego que acababa de experimentar al disfrutar bajo los azotes amatorios. Le besó los labios, se sentía tan enamorado. La hoguera en su pecho era una señal irrevocable del amor que le tenía.

—Las almas desprotegidas son mi perdición, me doblegan y tengo que rescatarlas —se escudó ella, parecía que de pronto, la vergüenza también ruborizaba sus mejillas.

—¿Y yo te parezco un alma necesitada? —jugó, embobado, contemplándola.

—Me preocupé mucho por ti cuando tu madre… La duquesa… En ese momento pude percibir tu… Pero te recuperaste por completo en el acto. Te admiro.

—La sorpresa puede ser un golpe contundente, incluso para el guerrero más preparado. Pero olvidemos los sinsabores. Ahora bésame otra vez.

La tentación volvió a apoderarse de ellos mientras sus labios se devoraban sin piedad. La erección de Valentine se hizo más evidente cuando pegó a Ettie a su cuerpo y quedaron frente a frente. Ella jugó con la tela del pantalón de Valentine hasta que liberó la dura virilidad sobre sus palmas y continuó masajeándola.

Él jadeó sobre sus labios, y posó su mano encima de la mano femenina para guiarla; movimientos lentos y acompasados comenzaron a enloquecerlo. Había aguantado como un titán, pero ya le urgía liberarse; lo contrario, sería una tortura.

Metió uno de sus propios dedos en su boca y lo mojó con su saliva, ante las pupilas dilatadas de ella. La mano libre al fin volvió a instalarse entre los pliegues de Ettie y los frotó al tiempo que se

daba placer a sí mismo con la otra. Se besaron con ternura y se hicieron mil juramentos con la mirada.

Un suspiro entrecortado se le escapó a ella cuando el dedo humedecido jugó con su entrada, intentando colarse por la apretada abertura. Entonces él le susurró cuanto la amaba, erizándola por completo con su aliento caliente sobre la oreja, que no tardó en besar hasta llevarla a un estado de excitación muy intenso. Cuando Ettie se puso a jadear él empujó el dedo que se perdió en su interior después de cierta resistencia. Y comenzó a moverlo de adentro hacia afuera hasta escucharla pedir más fricción jadeando descontrolada.

—De nuevo, viene de nuevo —anunció Ettie con los músculos tensos, y se mordió el labio inferior.

Verla a punto de empaparse por el frenesí de la pasión, era demasiado excitante.

—Ya la tuve en mi boca, ahora la quiero en mi mano. —Se refería a su esencia. Saber que ella estaba a punto de volver a tocar el cielo lo hizo necesitar descargarse también sobre la palma de su amada.

Sin dejar de mirarla a los ojos, ejerció la presión necesaria con la mano que aprisionaba la de ella, hasta llegar a un punto del que sería imposible retornar. Y tratando de acompasar los ritmos, se adueñó del placer de ambos para que acabaran juntos.

—Oh, amor, más rápido, más duro —pidió Ettie entre jadeos sin dejar que el pudor la intimidara.

Valentine tuvo que poner todo su esfuerzo para no remplazar su dedo con su virilidad, deseaba tanto penetrarla, sentir con la punta de su hombría y con toda su longitud ese cálido refugio que se ajustaba a su dedo como un guante. Esa imagen mental lo catapultó a la cima de un goce insano, frenético, desorbitado.

—Ya viene —le advirtió él con la voz ronca y muy excitada cuando su semilla caliente bañó la mano de ella. Mientras, se autocomplacía con más vigor, con la mirada perdida en el rostro

femenino salpicado de placer, que se deshacía al tiempo que el orgasmo la golpeaba también.

Se torturaron deliciosamente hasta que ambos quedaron abatidos, extenuados, con los pechos subiendo y bajando de tanta agitación… Y tan conmovidos por la avalancha de sentimientos que los dominaba.

—Estoy enamorado de ti, hermosa… Flechado, idiotizado, como quieras llamarle.

—Te amo, Valentine, te amo —le aseguró y temblorosa reclamó sus encarnados labios.

Él se subió encima del cuerpo de Ettie, ahora era seguro, ahora poseía la contención que la reciente liberación le otorgaba. De otro modo, no habría podido resistirse a posicionarse entre sus muslos, a sentir sus turgentes pechos encerrados dentro del corsé contra sus duros pectorales. La besó embelesado, saboreando el sentimiento más hermoso que jamás había experimentado. Entrega absoluta, amor, hacer el amor… Se sentía poderoso, único…

Sería capaz de matar y morir por esa mujer.

Todo tenía sentido.

Ettie era su principio, su final, su vida entera.

El vacío de su pecho ya no iba a desgarrarlo, a desaparecerlo… Porque algo muy poderoso lo había llenado para siempre y le daría la fortaleza para enfrentar a sus demonios y a los enemigos más sangrientos.

Tres toques en las puertas a dos hojas los dejaron sin aliento… Valentine no se contuvo y lanzó una maldición con el propósito de ahuyentar a quien sea que demandaba una audiencia.

—¡Lárguense y déjenme en paz, malditos! —rugió como un león protegiendo a lo más valioso de su manada.

No consiguió disuadir al insistente recién llegado, unos audaces toques fueron la respuesta.

—¿No se suponía que no había nadie más que nosotros? ¿Y si entran de pronto? —Ettie alcanzó a susurrarle al oído.

—La puerta tiene echada llave. Y se supone que nadie debería estar aquí. Solo quedaron mis guardias afuera, en la entrada de la propiedad; pero tienen prohibido pasar al recibidor. ¡Voy a matar a quien haya osado contradecirme! —masculló también por lo bajo. No quería alertar al intruso de la presencia de la dama—. Pensaba acompañarte por el pasadizo hasta la escuela, o en su defecto, llevarte a tu casa en un coche sin blasón.

—No, eso último sería muy peligroso. Me iré como vine. Además, el carruaje de mi hermano irá a la una en punto a buscarme a la escuela.

—¿No te resultará difícil escabullirte?

—Ya deberías saber que no —contestó con suficiencia.

—Es bueno que conozcas esos pasadizos como la palma de tu mano, también serás una Hayden.

Él le dio un beso juguetón en la nariz. Podía ser tierno con ella, pero a la vez estaba dispuesto a arrasar con quien era inoportuno en ese momento sagrado.

Valentine se puso de pie y después la ayudó a levantarse. Con una maestría que para ella fue sospechosa, como si fuese un experto amante furtivo de situaciones muy inconvenientes, la ayudó a adecentarse, sin importar que el inoportuno continuase llamando a la puerta.

Después tomó una antorcha, la prendió con fuego de la chimenea y tras entregársela, la condujo al pasaje. La despidió con un corto beso sobre los labios.

Cuando ella desapareció, echó una rápida revisión al lugar. Después se ocupó de su persona, trató de eliminar con su pañuelo los restos de humedad y acomodó su ropa y su cabello.

Tomó la botella para dar un trago al brandy con tal de disimular el candente encuentro que acababa de vivir, aunque sería inútil, los

efluvios a sexo podrían percibirse en la estancia por un hábil escudriñador. Le dio igual, no iba a tener clemencia con sus guardias por contradecirlos.

Cuando abrió la puerta, la presencia de aquella mujer en su casa casi le provoca un sobresalto. Logró contenerse.

¿Qué demonios hacía ella ahí?

—¡¿Cómo se atrevió a invadir mis dominios?! —la amonestó exasperado.

La mujer tembló ante sus gritos, pero no parecía dispuesta a marcharse sin cumplir su cometido.

—Los guardias me dijeron que usted estaba dentro y es urgente que me escuche. Me dejaron entrar.

—¡Guardias que serán relevados de su cargo!

—Es una emergencia. Ya no grite.

—Usted de nuevo presionando, intentando salirse con la suya. —Estaba furioso. ¿Cuánto tiempo llevaba ahí? Esperaba que no hubiese escuchado lo que acababa de suceder dentro de la habitación, y menos que sospechara qué dama huyó antes de ser atrapada *in fraganti*.

—No, excelencia, pero tomando en cuenta los acontecimientos más recientes, no puedo seguir callando todo lo que sé.

—Hable, señora Holt, antes de que mi paciencia explote.

Valentine sintió cómo le clavaba las pupilas, examinándolo. Pero no continuó escudriñándolo, abrió la boca y soltó una retahíla de frases bastante alarmantes. Información que lejos de resolver sus interrogantes, lo dejó más devastado.

Cuando por fin la señora Holt abandonó la mansión, se pasó la mano por el cabello y, encolerizado, escupió una maldición, que salió de su garganta como el alarido de una fiera salvaje.

28

El corazón de Ettie latía tan rápido que parecía que iba a explotar. El Reto de Baile era el último y el más angustiante, esa noche el jurado calificador ratificaría la decisión tomada hasta el cuarto apartado del concurso. En el baile se daría a conocer el nombre de la ganadora del Premio Cumberland, y con ese veredicto la vida de una de ellas cambiaría para siempre. ¿Quién sería la afortunada?

Y, para más locura, Valentine le juró que aprovecharía la oportunidad. ¿Podría mantener sus nervios sosegados?

La emoción que sentía la llenaba de complicidad. El amor descarnado recorriendo sus venas, reventándolas… Esa noche Valentine pediría hablar con Bradley, solicitaría una cita para el siguiente día y el desenlace inevitable sería la petición formal de su mano.

No sabía por qué la duquesa de Hayden había regresado o dónde estuvo todo ese tiempo, menos por qué no se alojaba con su hijo y la razón por la que seguía usando un nombre que, quizás, no le correspondía, si segundas nupcias la unieron a otro caballero… Pero, estaba decidida a derribar los obstáculos que se le impusieran. Dejaría de esconder sus sentimientos, el mundo debía enterarse… Valentine y ella estaban predestinados, lo supo cuando lo conoció. A pesar del odio cerniéndose a su alrededor cuando se enzarzaron en la primera discusión, jamás pudo sacárselo de la mente, menos del pecho, donde enraizó un sentimiento profundo y perdurable.

La forma en que la miraba, como si un vínculo poderoso e irrompible los uniera desde antes de llegar a este mundo, le daba la

certeza que necesitaba para saber que sus pasos iban por el camino correcto.

Lo amaba. Y jamás podría albergar una ilusión semejante por otro caballero.

—¿Lista? —le preguntó la doncella antes de comenzar a ajustar el corsé.

—Jamás lo estaré, pero supongo que no podré ir al baile si no paso por este tormento. Haz, por favor, tu trabajo —admitió con resignación, sin dejar de mostrar una sonrisa imaginando el reencuentro. ¿Cómo luciría su apuesto galán? Verlo siempre era un espectáculo.

—Esto es pesado, más que el vestido de la presentación —se quejó la doncella, mientras con esfuerzo deslizaba la crinolina hasta la cintura de Ettie y la ceñía bien.

Ese miriñaque era fastidioso, no se ajustaba a la moda imperante que arrasaba cada día más, donde se aplastaba adelante, dándole más importancia al polisón en la parte posterior. La modista prefería guardar esos atuendos para otras ocasiones. Para un baile de tal relevancia, propuso un vestido que dejara a todos boquiabiertos y que hiciera resaltar a la debutante. El diseño de *madame* Roux era circular, descomunal; y, sobre todo, cumplía con las exigencias de Patience.

Ettie debía deslumbrar, había exigido la condesa viuda. Y si su apariencia coincidía con lo que irradiaba en su interior, entonces eclipsaría a todo lo demás.

—¿Tomará en cuenta *madame* Roux cuando se pone a bosquejar sus creaciones que no solo bailaremos el melodioso vals, sino que también nos zarandearemos con ritmos más movidos? No imagino como sobreviviré con esta indumentaria si la orquesta toca una polca.

A la doncella se le escaparon unas carcajadas tras el comentario.

—No lo sé, seguramente ella no usa lo que costura.

—Coincido —asumió mientras le ajustaban el vestido y se perdía en un espiral de asombro al contemplarse en el espejo.

—Está hermosa, milady. Espero que pueda aguantar la tortura hasta que baile con el indicado. —Sonrió por lo bajo la buena mujer.

—También yo.

Más que soportar el rígido corsé y los metros de seda y encaje, así como la pedrería que brillaba sobre la amplia falda, lo que más deseaba era que las intenciones de Valentine para esa noche llegaran a buen puerto. El no saber qué ocurriría tras el baile la tenía un poco ansiosa. Sin embargo, no iba a permitir que esa pequeña zozobra o el temor de las razones de la misteriosa aparición de la duquesa de Hayden, solapada u orquestada por el duque de Richmond, opacara su gran noche.

Cerró los puños y dio un gritito para liberar un poco de tensión.

—¿Está bien, milady? —preguntó sorprendida la doncella.

—Bailaré con él, por primera vez bailaré con él. Y lo más increíble es que todos nos verán.

—¡Oh! —Se llevó una mano a la boca para acallar una risita de júbilo—. Ya entiendo. Hay un él. ¿Lo sabe su madre? Estará tan emocionada como usted.

—Todavía es un secreto. Prefiero sorprenderla. Seguro pondrá el grito en el cielo, pero de felicidad. Es un duque. Con eso estará satisfecha, aunque para mí es lo menos importante. Solo deseo que mi familia lo acepte y que podamos continuar…

—Gracias a Dios es un duque. —Dio en voz alta su opinión la doncella—. Con la fuerza que lo asegura, si el pretendiente fuese un mozo de cuadra o un comerciante, pobre de la condesa viuda, estaría en graves problemas… Usted no es de las que renuncian, tras años a su servicio lo sé muy bien.

Ettie solo pudo asentir.

La familia completa partió en dos carruajes de Pembroke House hacia Belgravia. Las hermanas de Ettie con sus esposos en el primero, la antes mencionada, su madre y los condes de Pembroke en el segundo.

Patience se veía animada.

—Debemos darnos prisa, seremos los últimos en arribar y eso no se verá bien para Ettie.

La aludida se lo atribuyó a su colosal vestido y no se limitó en exponer lo que pensaba.

—Mamá, si hubieses sido más simple en tus peticiones para *madame* Roux, mi pobre doncella me habría terminado de ataviar mucho antes.

—De haber tenido exigencias más humildes para *madame* Roux, no lucirías tan despampanante.

Daisy y Bradley se aguantaron para no reír ante el adjetivo usado por su madre, para quien la moda era su pasatiempo favorito, aunque no siempre acertaba. Por suerte, Daisy acudió al atelier a susurrarle a la modista para que no cediera ante los excesos de su suegra. El resultado fue un vestido precioso, algo presuntuoso, pero sin salirse de los límites del buen gusto y lo que la etiqueta marcaba para un baile.

—Estás hermosa, Ettie —le susurró Bradley lleno de orgullo. Patience y Daisy lo secundaron en elogios que enternecieron el corazón de Ettie. Cuánto los quería.

Tal vez mantener sus sentimientos por Valentine era un asunto privado, mientras ella terminaba de esclarecer que lo amaba y que no había vuelta atrás, que era el hombre con quien deseaba casarse. Pero él ya se había declarado y ella no tenía dudas de quererlo. Dejar de lado a su familia de ese importante evento en su vida, tras sus muestras de afecto, la inquietó bastante.

¿Debía sincerarse con su madre, con Brad y con Daisy antes de que la petición de Valentine los tomara por sorpresa? Se puso en

lugar de su familia e intuyó que agradecerían la sinceridad. Era lo más lógico en sus circunstancias. Además, le habían brindado suficiente confianza como para esperar que Ettie fuese honesta al estar en semejante situación.

—Hay algo que debo decirles —comenzó y tres pares de ojos la miraron al mismo tiempo, dejando lo que sea que ocuparan sus mentes en ese instante.

—¿A qué te refieres, mi amor? —Patience estaba sumamente complaciente, Ettie era la última que le quedaba por casar y tras su rebeldía habitual, había dejado de ser motivo de reclamos. Solo bastaba recordar su excelente debut, su inmejorable comportamiento durante la fiesta del té y la magnífica ejecución en el piano.

Bradley no necesitó hacer la pregunta, pero junto a Daisy aguardó la respuesta de su hermana.

—Esta noche bailaré con un pretendiente muy especial y espero que sea del agrado de toda la familia —soltó y terminó la frase en un suspiro.

—Tu pretendiente —recordó la madre ilusionada—. Juraría que para estas alturas el señor Raleigh ya habría dado un paso más contundente, acercándose a pedir tu mano. Pero son tan jóvenes que también entiendo que deseen ir con calma.

—No es Edward Raleigh… —Iba a continuar aclarando, pero su madre la interrumpió.

—¿De qué otro pretendiente hablas si no te he visto cerca de otro caballero? Salvo que fuera… Ay, por el amor del Creador y sus sagrados dones… ¿No me digas que ese periodista? Lo sabía. No quise ser prejuiciosa, pero es un libertino y nos enemistaría con toda la aristocracia. Bastante escandaloso es ya que sea amigo de Daisy, sin ofender, querida, pero…

—Madre… —la cortó Bradley, la amaba, pero no iba a permitir que en un momento de sobresalto arruinara la estupenda relación

que tenía con Daisy, y menos que hiriera los sentimientos de esta última.

—No tengo nada en contra del señor Banes, pero la posibilidad de emparentar con él tensa por completo mis nervios. Perdóname, Daisy querida —se disculpó Patience en el acto.

Daisy negó para asegurar que no le molestaba su comentario. Entendía que, para cualquier madre razonable, dejar a su hija debutante en manos de Frederick sería inquietante. No obstante, sabía que debajo de la piel de lobo de su amigo había un alma llena de lealtad para sus seres queridos. Fue muy paciente con su suegra. Además, ya Ettie le había confesado que nada más que una amistad la unía a Fred.

—Habla, Ettie, por el amor de Dios —pidió su hermano—. Mis nervios son más resistentes que los de nuestra madre. Frederick no es lo que tenía en mente para ti, pero también lo aprecio y sé que no será el fin del mundo. Aunque no se librarán de una vida llena de altibajos debido a su profesión. Sin embargo, siempre estaré de tu lado.

—No es Frederick. El caballero se acercará y hablará contigo. Por favor, Brad, no lo espantes con tus altas expectativas.

—¿Su nombre es? —demandó Bradley tratando de no sonar autoritario; no obstante, el resultado distaba de su intención.

Ettie se cruzó de brazos.

—Era lo que iba a decirles desde que abrí la boca, pero tras tanta conmoción, prefiero que sea él quien devele su identidad.

—¿Pretendes consumir mis nervios? —chilló Patience—. ¿Te pondrás misteriosa con tu madre?

—Es que no puede ser que toque un tema tan importante con ustedes y burbujeen como agua sobre hierro ardiente. Creí que se emocionarían… —Ettie se cerró por completo.

—Cálmense todos —pidió Daisy sonriente—. Patience, quieres ver a tu hija casada, deberías estar feliz porque tiene un

pretendiente, uno que parece que le simpatiza.

—Solo quiero saber que es de buena familia, honorable y que podrá sostener el estilo de vida de Ettie —replicó la condesa viuda.

—Posee fortuna y título, si eso te serena un poco, mamá. —Ettie soltó algo para tranquilizarlos.

Patience suspiró, pero continuaba inquieta. Bradley no se veía apaciguado con esa gota de información.

—Lamento tener altas expectativas, pero eres mi hermana, y, además, la menor. La responsabilidad de no dejarte en manos de un ser que haga tu vida miserable no la tomo a la ligera. Eres madura y juiciosa, pero también joven. Por mucho criterio que te hemos inculcado para elegir a un buen compañero, careces de la experiencia que, tal vez, tengamos madre, Daisy y yo. Por eso nos alarmamos y… Así venga un rey a pedir tu mano, si navega en aguas turbulentas no daré mi bendición hasta que me mire a los ojos y yo entienda que es por completo digno de ti. ¿Quién es, Ettie? —preguntó Bradley tras exponer sus razones.

—Es… Yo… Por favor, no sean tan exigentes… Él… —Las manos de Ettie temblaron. Pensó que su madre danzaría de felicidad al saber que era un noble, pero olvidó que su familia no era tan frívola, y que Patience solo lo era en apariencias. Estaban más preocupados por cuestiones para las que Ettie, quizás, no tendría respuestas. ¿Aceptarían a un hombre que casi nunca aparecía en recepciones sociales, y que había sido más visto ahora que la responsabilidad de la escuela le había caído encima?

—Su nombre, mi petición no es tan complicada —exigió Bradley.

—Hay algo más que debes saber, hermano, ya que estás decidido a juzgarme. ¿Recuerdas esa columna de *The Golden Gazette* que a cada rato Daisy lee en voz alta y que te pareció romántica, atrevida y que mencionaste que no estabas seguro de si yo tenía la edad suficiente para leerla?

—¿La que fue criticada por el *Times*, donde decían que esa columna debería ser censurada por no ser apropiada por su público

más fiel, las mujeres? —preguntó él y Ettie asintió. El rostro de Bradley quedó más serio aún, como si no entendiera a dónde quería llegar Ettie—. ¿A qué viene eso?

—Es que, si vas a censurarme tú también, solo pretendo ponerte todos los elementos sobre la palma de la mano —contestó vibrante, como si callar en ese punto fuese ya imposible.

—Ettie, sé que lo sigues leyendo. En aquel momento me expresé así porque tenías diecisiete años y no quería que te hicieras falsas expectativas sobre el amor. Esas historias realzan de un modo atrevido las virtudes de los protagonistas masculinos y las mujeres son abiertamente decididas. Podría ser romántico, pero así no es el mundo donde vivimos. Ahora a tus diecinueve, ya no lo veo tan escandaloso, entiendo que te pueda interesar —porfió Bradley queriendo regresar al punto, la identidad del pretendiente. Su hermana era especialista en despistarlo cuando era interrogada.

—Soy la autora…

—¿¡Eres la autora?! —repitió Bradley tratando de asimilar lo que acababa de escuchar.

—Y, además, mamá te ocultó muchas de las veces que la señora Holt reportó mi conducta. Lamento no ser la mansa paloma que se queda con las alas plegadas a la espera del caballero de reluciente armadura que su familia elija para ella. Tengo opinión, y esa en ocasiones me ha metido en problemas con la autoridad de la escuela por no querer ceder ante costumbres, reglas y convencionalismos arcaicos. Y también tengo criterio de juicio, lo suficiente formado como para poder elegir con quien quiero pasar el resto de mis días. Aprecio tu consejo y el de mamá, pero no hay nada que puedan decirme que haga cambiar mi decisión. Ahora sí, Brad, repréndeme por todos mis fallos si eso te complace.

La boca de Bradley se quedó abierta de estupefacción. Estaba enterado de que a su hermana no le importaba dar sus opiniones y desafiar los convencionalismos sociales, aunque le trajera severas consecuencias; menos si su desafío cumplía el propósito de defender

a quien sufría una injusticia. La mezcla de su gracia natural con su osadía era lo que más le hacía amarla, pero temía que hubiese llegado más lejos de lo que previó. Y no quería formarse un juicio al respecto hasta poder considerarlo sin ser espoleado por la furia.

No sabía qué le desconcertaba más, si saber que Ettie era la autora «de esa columna», la alcahuetería de su madre ante los reportes escolares —quien estaba boquiabierta ante las revelaciones — o la sospecha de que Daisy, seguramente, estaba enterada de que su hermana escribía… ¡Y escribía sobre el amor con una soltura de una mujer mayor! Le daba igual cómo describía a los protagonistas, él mismo había leído esa columna y en cada historia se podía leer entre líneas el ideal de la autora y sus aspiraciones a luchar por un futuro donde las mujeres fuesen más libres.

¡Sí, la autora coincidía con las observaciones que Ettie emitía en voz alta sin importarle ante quien defender sus planteamientos!

Ahora todas las señales que le pasaron por alto en el pasado se le hacían claras: las risitas de Ettie y Daisy mientras leían el artículo, los guiños, los suspiros, la mano de su esposa palmeando el hombro de su hermana.

Tal vez el romance de Ettie con el caballero desconocido no era tan inocente, ni tan reciente… Conocía en carne propia hasta donde podía llegar un alma enamorada… Y su hermana ahora parecía una… Una mujer enamorada…

—¡Su nombre! ¡¿Quién, demonios, te pretende?! —se exaltó Bradley perdiendo el control. Sabía que de sus hermanas Ettie era quien más dolores de cabeza le daría, pero jamás pensó que le guardaría secretos, menos en contubernio con Daisy. Por Dios, había trabajado tanto en ganarse su confianza. ¿En qué había fallado?

El carruaje se detuvo y antes de que Ettie pudiese despegar los labios para replicar, en medio de su titubeo, un lacayo abrió la portezuela del vehículo invitándolos a salir.

La familia se vio impelida a apearse y entrar con gran rimbombancia a la elegante mansión Cumberland Place, hogar de los

anfitriones del baile y del premio.

En cuanto estuvieran en plena recepción, después de saludar a los demás invitados, su hermano y su madre volverían a la carga. Así que a Ettie no le quedaría más remedio que llenar su carné de baile y girar en medio del salón hasta el regreso a casa. Pero eso no la salvaría, más tarde en el trayecto tendría que ser valiente y decirles, si es que antes no se daban cuenta. Pero, prefería enfrentarlos en la intimidad del seno familiar que delante de todos los demás.

Tras su arribo, se reunió con Emily y Charlotte quienes lucían preciosas. Ettie intentó serenarse y olvidar la conversación del carruaje. Su hermano, en otro extremo del salón, permanecía con los labios sellados y a punto de echar humo por las orejas como una locomotora. Pero, a pesar de no estar feliz con la situación sentía un inmenso alivio por haberle revelado toda la verdad.

—Estás hermosa, Ettie —le dijo Emily tratándola de contagiar de su alegría—. ¿Por qué tan seria?

—Espero que este sea el primero de muchos bailes, deseo regocijarme antes de que un apuesto caballero me ponga un anillo en el dedo —comentó Charlotte como si nada, sin dejar a Ettie contestar. Se veía encantada con la idea de bailar y gozar de aquella noche y muchas similares, más que esperanzada ante la posibilidad de concertar un rápido matrimonio que arruinara pronto la diversión.

—Hay algo que debo confesarles —informó Ettie con tanta formalidad que tuvo la atención por completo de sus amigas—. Mi pretendiente está aquí.

—¿Cómo? ¿Ya es tu pretendiente? Hasta donde sabíamos no estabas segura de que te correspondía. ¿O qué me he perdido? —la sermoneó Charlotte con una pícara sonrisita—. No me digas que vas a comprometerte en la primera temporada. Pero si íbamos a quedarnos solteras hasta la tercera o la cuarta para disfrutar antes de que nos encerraran en una propiedad como la señora de alguien.

Si renuncias a tu sueño de publicar tus libros por convertirte en la esposa de un estirado caballero no te lo perdonaré.

—No juegues, Charlotte —le replicó Emily con una sonrisa en la mirada llena de ternura—. No te das cuenta de que habla en serio, parece que nuestra amiga ha sido conquistada. Dinos ya quién es, sabes que te apoyaremos…

—Por supuesto que te apoyaremos, Ettie, así hayas elegido al más aburrido de los solteros disponibles —agregó Charlotte con afecto.

—Bueno, él no es el típico caballero, aún no sabe que escribo, pero no creo que sea un problema. Además, es algo que no estoy dispuesta a negociar. El hombre que me pretenda no podrá cortar mis alas, de lo contrario, ya no confiaría en su promesa de amor.

—Pero, ¿quién es? No te he visto ser rondada por nadie —aseguró Charlotte—. ¿Surgió en la fiesta del té? ¿Quizás, MacAlister, el portentoso amigo de mi hermano? Vi que les tocó juntos en el mismo apartado de la sala.

—No. —Ettie soltó unas leves carcajadas ante la ocurrencia—. Fuimos presentados apenas en la fiesta del té. Sería un cortejo muy precipitado, ni siquiera lo conozco.

—Y, entonces, ¿quién? —preguntó Emily sin querer presionar, de modo cauteloso—. ¿Es algo que deseas confesar? ¿O prefieres hacerlo más adelante?

Entretanto, mientras la orquesta se preparaba, el mayordomo presentó con fastuosidad a otro de los asistentes que acababa de llegar. Las tres debutantes dejaron de hablar y se concentraron en el espectáculo que tenían frente a sus ojos.

El misterioso duque de Hayden, alto, solitario y vestido de negro —incluso camisa y corbata— hizo su entrada sin importarle que algunos susurraran sobre sus novedades.

La oscuridad de la tela de su atuendo resaltó aún más el tono saludable de su piel, sus mejillas y el de sus labios carmesíes.

Matronas y debutantes suspiraron más alto de lo permitido en los límites del decoro. No les importó el escarnio, la intriga o los secretos familiares. Las madres querían a ese duque solitario y su fortuna para sus hijas, cada una de las señoritas —con contadas excepciones— querían al hombre para que se convirtiera en su esposo para el resto de sus días.

A Ettie casi se le olvida respirar, tuvo que llenar con fuerza sus pulmones cuando el aire ya se había agotado por completo. Tenía que disimular o su madre, su hermano y su cuñada que eran ávidos observadores no tardarían en descubrir que era ese el dueño de sus afectos.

—No. —La conjetura estaba en el aire y Charlotte era muy perceptiva.

—¿Es? —secundó Emily a su amiga.

Ettie solo pudo asentir y las otras dos se le quedaron mirando muy sorprendidas.

—Pero si lo odiabas. —Emily no salía de su asombro.

—A veces del odio al amor solo hay un paso. —Charlotte estaba muy divertida con lo que acababa de descubrir.

—¿Estás segura? —Emily recelaba. Sobre todo, porque las tres habían tenido suficientes dosis del malhumor de Ogro Gruñón como para saber que el duque de Hayden eran palabras mayores.

—Creo que Ettie podría ser la horma para ese zapato o la solución para que el duque deje de ser un vinagre y sonría más a menudo —concluyó Charlotte—. ¿Cómo no lo vi antes? Era muy lógico, debí prever el desenlace.

—No creo que seas tan perspicaz —sermoneó Emily convencida, había cierto asunto muy evidente que Charlotte tuvo delante de sus ojos toda la vida, y aún seguía en la ignorancia.

—Mejor, concentrémonos en el reto de hoy. Tenemos que llenar nuestros carnés —dijo Ettie ante todas las intervenciones de sus amigas.

Y las tres, muy ilusionadas, trataron de disfrutar ese baile que tanto prometía.

29

Valentine Severn no acostumbraba a dejarse ver en eventos de ninguna temporada. Su participación en público había excedido el límite de lo usual desde que se hizo cargo del control de English Roses School. Y si se veía impelido a acudir a una recepción, no bailaba jamás. Por eso cuando se dirigió a una de las debutantes, hizo anotaciones en su carné y le extendió la mano para sacarla al centro del salón, donde las parejas se estaban preparando para sumergirse en el primer vals de la noche, todos quedaron con los alientos contenidos.

¿El duque haría la excepción porque las debutantes pertenecían a su escuela? ¿Por la relevancia del reto último y concluyente del Premio Cumberland? ¿O era una muestra de cómo sería su comportamiento en lo adelante, como máxima autoridad de uno de los colegios para señoritas de más prestigio de Londres?

O, simplemente, ¿el duque comprendió que ya necesitaba casarse y tener descendencia para preservar su linaje? ¿Pensaba encontrar a su esposa entre las jóvenes casaderas que hicieron su arribo esa noche?

—Ettie, todos nos miran —le susurró cuando la tuvo entre sus brazos, al compás de la delicada pieza que la orquesta ejecutaba de modo magistral.

—Mis familiares, en especial. Les he revelado que tengo un pretendiente y que quizás pronto pedirá mi mano.

—Espero que se lo hayan tomado bien. —Suspiró tratando de doblegar las emociones que lo invadían por tenerla ahí vibrando tan cerca de su corazón.

—Aún no saben que eres tú.

—Hoy lo sabrán.

Guardaron silencio un par de minutos, mientras asimilaban todo lo que estaban viviendo y se dejaban sacudir por la intensa emoción que el amor les hacía sentir.

—Estás bellísima. Siempre eres hermosa, incluso con esas trenzas que me enloquecen y que renuncio a dejar de ver. Pero, ese recogido y ese vestido te hacen parecer una princesa. No puedo creer que hayamos aclarado todo. Era una tortura mantener en silencio los sentimientos que me atan a ti. Te quiero.

Aunque una nube de suspiros enamorados los envolvía, no pudieron ser ajenos todo el tiempo a los ojos de los demás invitados sobre ellos, como si trataran de leerles los labios para comprender de qué hablaban tan entusiasmados.

—¿Será que se nos nota el amor? —preguntó ella advirtiendo que eran blanco de la curiosidad colectiva con más ímpetu del habitual.

—Me niego a disimular, creo que no esperaré a mañana, hoy mismo pediré tu mano.

Al terminar la música, Valentine se hincó en una de sus rodillas, robando chillidos de exclamación a algunos de los presentes. Nadie previó que algo así sucedería en el baile de las debutantes de English Roses School.

Las parejas dejaron de danzar, las matronas y los caballeros que permanecían sentados en el borde de la pista se pusieron de pie para tener mejor ángulo de observación. La familia de Ettie los observaba completamente sorprendidos.

—Lady Henriette Montagu, ¿te casarías conmigo? —preguntó de un modo que los más próximos a ellos lo escucharon perfectamente.

El apuesto duque sacó una pequeña caja oscura de terciopelo de la levita de su frac, y la abrió ante una deslumbrada Ettie. Un diamante negro solitario y misterioso quedó ante sus ojos.

—Acepto —pronunció alto y claro. Incluso los que estaban lejos y no oyeron la respuesta pudieron intuirla por sus gestos afirmativos.

La orquesta se reanudó y *El Danubio azul* de Johann Strauss hijo, que no estaba dentro del programa de la noche se escuchó inundar la estancia.

El duque ceremonioso le extendió la mano a Ettie y ella no dudó en tomarla.

—Cerremos de una vez la boca de los invitados antes de que se les cuele una mosca. Hoy he pedido tu mano delante de todo Londres y has aceptado convertirte en mi duquesa, mi esposa, mi compañera de vida. No puedo estar más feliz. Le he pedido a la orquesta que toque esta música que nadie tiene en su carné, solo para nosotros.

—¿Lo tenías preparado? ¿Cómo convenciste a los condes de Cumberland?

—Por supuesto que no lo hice, serán los más asombrados. Tengo mis medios para salirme con la mía, no lo olvides, soy un duque.

Nadie se atrevió a formar otra pareja de baile, los asistentes rodearon la pista dejándolos brillar guiados por la algarabía de sus corazones enamorados.

Cuando Ettie y Valentine terminaron agitados por girar una y otra vez llenos de ilusión ante lo que el destino les deparaba, los invitados se abrieron en dos bandos para dejarles pasar. Ella aún iba del brazo del duque, sus amigas Florence, Charlotte, Emily e incluso Valery los felicitaron.

Bradley con su condesa de un lado y su madre del otro ya los esperaban. En el rostro del conde se leía una expresión reflexiva, como si sopesase cada palabra que saldría de sus labios en segundos.

Los anfitriones tuvieron que intervenir para animar a los presentes a dispersarse y reanudar el baile. La familia del conde de Pembroke agradeció dejar de ser el blanco de las miradas.

—¿Me acompaña a dar un paseo por la espléndida terraza de los Cumberland, excelencia? Al parecer tenemos mucho de qué conversar —sugirió Bradley.

—Por supuesto, milord —accedió Valentine.

—Hermano, no olvides que lo quiero —le susurró Ettie a Bradley antes de que los caballeros se alejaran de las miradas esquivas de los curiosos, quedando ella en compañía de su madre y su cuñada, quienes seguramente tendrían muchas preguntas que realizarle.

En la terraza los dos hombres caminaron hasta un amplio balcón, y se aproximaron a un robusto barandal de mármol, sobre los que ambos posaron sus manos enguantadas con las miradas perdidas en el exuberante jardín noctámbulo.

—¿Así que pretende desposar a mi hermana? —lo encaró el conde de Pembroke, volviéndose hacia él.

—Voy a desposarla y espero que nos dé su bendición —enfatizó recalcando que la decisión ya estaba tomada. Valentine no era de los que se dejasen intimidar. Y, mientras sus miradas enfrentadas se retaban como en un duelo de titanes, los consejos que de continuo recibía de sus amigos Edward y Frederick invadieron su mente. Quizás, no conseguiría ganar el respeto del conde por esa vía. Exhaló con fuerza y probó siendo sincero, desnudando su corazón—. Amo a Ettie, ya no hay vuelta atrás, nada la sacará de mi cabeza. Ella me asegura que usted la quiere, me ha hablado de su generosidad, de su nobleza. Pembroke, sé que usted y yo no somos amigos, ni siquiera conocidos… Ojalá tengamos la oportunidad de alternar para que pueda comprobar que mis intenciones con Ettie no solo son honorables, estoy dispuesto a ser un mejor hombre cada día con tal de hacerla feliz.

Aquellas palabras lograron un cambio en el semblante de Pembroke.

—¿Ama a mi hermana?

—Con mi vida.

—¿La conoce bien? Ettie es una joven excepcional, y aunque se preparó en English Roses School para su debut en sociedad, jamás lo hizo con la intención de convertirse en una esposa sumisa, que baje la cabeza y obedezca ciegamente a su marido. Tiene una opinión muy cimentada de lo que el mundo debe ofrecerle a una mujer, y usará su nueva posición como duquesa para influir con sutileza en el cambio de las normas preestablecidas a favor de su género. ¿Está dispuesto a casarse con ella sabiendo de antemano lo que estoy planteando?

—He tenido mucho de Ettie en los últimos meses y jamás esperaría menos. —En su rostro se veía el orgullo que sentía al escuchar a Pembroke describirla así. Con esa mujer se casaría, su pareja en la vida no podía ser de otra forma.

—Olvidaré su comentario y cómo obtuvo la información detallada de su carácter, pero hay más que debe saber. Mi hermana escribe, y escribe demasiado bien. Acabo de descubrirlo y de tener una charla bastante informativa con mi esposa, una conversación que me ha iluminado por completo. Ettie sueña con su propia independencia, con vivir de sus libros y demostrar que una mujer puede valerse por sí misma. Ahora sé que lo habría logrado, incluso a pesar de mí. Es una de las razones por las que se ha afanado en conseguir el Premio Cumberland, para cumplir esa meta. Sin embargo, me encargaré de guiarla y hacerlo posible, gane el monto del premio o no. Es tan determinante que creo que podrá lograr lo que se proponga en la vida. Y aunado a lo anterior, está su sonrisa, su alegría, mataría al que apague su luz —concluyó muy serio su advertencia.

—Su luz, su alegría es por lo que hoy por hoy respiro, es lo que me hizo posar mis ojos en ella. Pero el otro lado, su faceta

desafiante, inquebrantable, su forma de luchar es lo que me enamoró por completo.

—Sería usted un tonto si no la correspondiera. Ella es muy valiosa, se estaría llevando una parte de mi corazón —confesó Pembroke.

—Soy un duque soberbio, intransigente y de pocos amigos, pero me he hincado delante de todos para dar fe de mi amor y de la solidez de mi petición. Reitero que tengo las más honorables intenciones, y sé que no será fácil convencerlo de que merezco a Ettie. Seguro ha escuchado pocos elogios sobre mí. Sin embargo, me considero leal, mis dos mejores amigos, Banes y el doctor Raleigh, podrán asegurárselo. De lo contrario, no me hubiesen soportado tanto tiempo. Sé que respeta la opinión de ambos, pregúnteles por mi persona. Ahí encontrará mis virtudes, también las tengo.

—Lo haré sin falta.

—¿Entonces, nos dará su bendición, Pembroke?

—Siempre que no aceleren el casamiento. Necesito conocerte más, no dejaré en manos de cualquiera a mi hermana. Gánate mi respeto, si lo haces no solo obtendrás una esposa, también un hermano.

—Supongo que tenemos un trato y Ettie y yo estamos formalmente comprometidos. No voy a defraudarlo. —Valentine le extendió su mano a Pembroke sin poderlo creer, se le hacía muy justo su requerimiento.

El conde le devolvió el gesto y también estrechó con fuerza la mano del duque y antes de que ambos exhalaran de alivio, tras haber arreglado sus diferencias, un carraspeo los sacó del momento.

—Final de cuento de hadas, de no ser porque mi moral me exige actuar en consecuencia. —La voz del duque de Richmond los hizo girar las miradas en su dirección.

—No entiendo qué hace aquí, ni cómo se atreve a interrumpir una conversación que solo nos atañe a Hayden y a mí —dijo

Pembroke ofendido.

—El futuro de una joven honorable está en juego, me corresponde alertarlo, lord Pembroke.

—Hable —exigió Pembroke.

—Hayden no es el candidato idóneo para su hermana.

—No sé qué, demonios, pretende, Richmond. Mejor métase en sus asuntos —intervino Valentine exasperado. ¿Hasta dónde llegaría el cinismo de ese hombre que ahora pretendía sabotear su compromiso?

—¿Sabe de qué va esto, Hayden? ¿A qué se refiere el duque de Richmond? —preguntó Pembroke mortificado, negando, sin dar crédito a la intromisión.

—Supongo que no termina de aceptar que mi casa no se unirá a la suya —informó Valentine apretando uno de sus puños para contenerse y no golpear al entrometido. No hizo alusión a la llegada de su madre de la mano del impresentable a la fiesta del té. Situación que fue pública, y como dijo Ettie, Pembroke ya debía saberlo—. Pretendía que me comprometiera con su hija, pero me negué por varios motivos que no merecen ser enumerados.

—¿Entre ellos está la misteriosa aparición de Richmond junto a la duquesa de Hayden en Primrose Palace? —cuestionó Pembroke que vio su oportunidad y la tomó, era un asunto que pensaba dejar para más adelante, pero que necesitaba esclarecer si su hermana iba a casarse con él.

Valentine quedó helado, no estaba preparado para dar razones al respecto, para él mismo era una incógnita. Inhaló con fuerza buscando contención o atraparía entre sus manos el cuello de Richmond. Estaba furioso con aquel por meterlo en semejante embrollo. Sin embargo, no podía explotar delante de su cuñado y actuar de modo incivilizado o aquel se cerraría y ya no apoyaría el compromiso.

—Me llegó el rumor de que Hayden ha mancillado el honor de una señorita —canturrió Richmond de manera insidiosa, como si proclamara victoria por sabotear los planes de Valentine.

El rostro de Pembroke mostró decepción y no se molestó en disimularlo.

—¿Usted se ha atrevido a arruinar a mi hermana? —preguntó.

Pembroke era de los que retaban a duelo de ser necesario, los dos caballeros ahí presentes lo sabían. La leña estaba a punto de empezar a arder.

Sin embargo, no era el propósito de Richmond, quizás el mal trago se arreglase con un matrimonio apresurado entre Hayden y lady Henriette. No era su objetivo, él pretendía separarlos para vengarse de Valentine.

—Al parecer, mientras Hayden le hacía la corte a su hermana coqueteaba con una de las maestras de su escuela —se explayó el duque de Richmond sin dejar que el aludido contestara la pregunta del conde—. Ha dañado la reputación hasta entonces virtuosa e intachable de una joven ejemplar. Es imperioso que despose a la señorita cuya honorabilidad está en juego. Supongo que su numerito de ponerse de rodilla dejándonos a todos pasmados, persigue la intención de eludir su responsabilidad con la señorita Langley.

Valentine cerró los ojos, colérico, y cuando volvió a abrirlos toda su furia iba contra el maldito perpetrador. Dio el nombre de Bonnie, sin importar exponerla.

—Le juro, Pembroke, que es un malentendido. Nunca he tenido un comportamiento que ponga en entredicho la honorabilidad de la señorita Langley —Valentine trató de justificarse.

Pembroke negaba más decepcionado aún, acababa de entregar la mano de su hermana a Hayden, y tras un parpadeo el supuesto prometido ya estaba siendo acusado de perjudicar a una señorita decente.

—¿Está seguro? —inquirió Richmond—. Mi propia hija lo vio discutir con ella, ponerle su abrigo sobre los hombros y juntos se subieron a su carruaje de modo muy impúdico. La señorita no volvió hasta una hora después a la escuela. Hay otros testigos que están dispuestos a declarar si sigue adelante con su interés de desposar a lady Henriette. Cásese con la señorita Langley, salve la respetabilidad de English Roses School, lo que nos interesa a todos. Aún estoy a punto de contenerlo, pero si este rumor se desata arruinará su escuela y a quienes hayan permanecido dentro de ella: alumnas, maestras y las respetables damas que patrocinan o apadrinan. Empañará el Premio Cumberland y la labor del jurado calificador… La reputación de las hijas más selectas de la aristocracia podría verse manchada por el comportamiento lascivo de una profesora y, nada más y nada menos, que el dueño de la venerable institución. Usted ha pisoteado el esfuerzo loable de su familia por sacar adelante un colegio para formar a nuestras damiselas…

—¡Miente! —acusó Valentine muy irritado. Tomó a Richmond por las solapas y lo zarandeó a punto de darle un escarmiento, ya sin importarle lo que Pembroke concluyera acerca de sus modales—. ¡No le interesa nadie que no sea usted mismo!

—¡Cálmense, por favor! —los separó Pembroke—. ¡Usted ya dijo lo que vino a informar, Richmond, ahora retírese! Su hija, mi hermana y las demás señoritas se sentirían avergonzadas por el espectáculo que estamos dando aquí afuera, mientras ellas se esfuerzan por vencer el último reto del premio que tanto ansían. No es el momento ni el lugar para atender este asunto. Usted, Richmond, si tan paladín de la justicia se considera, ¿por qué esperar hasta hoy para develar esa información? ¡¿También pretende arruinar a mi hermana?! Hayden ha pedido su mano delante de todo Londres, ¿cómo quedará ella si el matrimonio no se efectúa después de una petición pública? ¡Me importa un demonio que sea un duque, no se meta conmigo ni con Ettie o nos veremos en el campo de honor! —Pembroke era un hombre sensato y perspicaz, sabía reconocer las malas intenciones y su interlocutor estaba plagado de ellas.

Valentine inspiró con fuerza al presentir que el conde seguía de su lado, no quería perder su consideración. No podía empezar una vida con Ettie en medio de disgustos familiares. Era imperioso que permanecieran en el mismo bando de la contienda.

—Lady Henriette no tiene por qué salir perjudicada, no me ataque, no soy su enemigo, Pembroke —insistió Richmond, quería predisponerlo contra Valentine a toda costa—. Solo pretendo salvarlo de que emparente con esta lacra. Usted puede volver al salón alegando que ha rechazado las pretensiones del duque de Hayden porque su hermana, como joya de la temporada, puede aspirar a alguien mejor.

No había terminado de hablar cuando el gancho de Valentine impactó en el rostro de Richmond. Nadie lo vio venir. Al primer golpe le sucedieron tres con una velocidad y contundencia impresionantes en igual manera. Acto seguido, lo tomó de nuevo por la solapa y le gritó en la cara con un tono amenazador:

—¡¡¡Es cierto que nos subimos a ese carruaje!!! —admitió Valentine sin titubear. Estaba muy iracundo, en su peor versión—. ¡Pero, tengo razones muy viables para haberlo hecho! ¡Son asuntos privados que no me corresponde sacar a la luz! ¡No obstante, si usted suelta la lengua, yo daré mis motivos ante la sociedad y quedará como un intrigante ridículo! ¡No son adjetivos que combinen con su título de duque! ¡¿No cree?!

Pembroke no le quitaba la vista de encima, asombrado, el duque de Hayden era más volátil que él y sus intimidantes amigos juntos. Pero, no lo reprobaba. No podía actuar como un manso corderito ante un ataque tan descarado y ruin por parte de Richmond. Era importante constatar que el esposo de Ettie tuviera agallas, algo de lo que adolecían sus otros dos cuñados.

—¡Pamplinas! —rezongó Richmond. Era como una cucaracha, a pesar de haber sido golpeado como un saco de entrenamiento de boxeo, aún le quedaban fuerzas, las que usaba de manera suicida para replicar.

—¡Si abre su putrefacta boca para arruinar la reputación de la señorita Langley acabaré con usted del modo más espeluznante! ¡Por el maldito infierno al que voy a mandarlo, ¿le queda claro?! ¿¡Quiénes son sus testigos?! ¡¿Quiénes?! —Sus manos rodearon el cuello de Richmond y comenzó a apretar con la intención de dejarlo sin aire.

Pembroke estuvo a punto de intervenir, aunque no le agradaba Richmond, quería evitar una desgracia que marcaría para siempre a su hermana. El recuerdo de lo que allí ocurriese la iba a perseguir en lo adelante. Y, además, estaba tan enamorada de Hayden.

—Mi hi-ja, pe-ro e-lla no dirá na-da si yo se lo orde-no. Suélteme, suél-te-me. Me re-trac-to. Me re-trac-to —soltó apenas sin aire la sanguijuela de Richmond, sorprendido ante la revancha de Hayden. Fue blanco del arrepentimiento, se sentía un idiota por sobreestimar la fiereza de su enemigo.

Las manos de Valentine aflojaron, el duque de Richmond cayó al suelo con gran aspaviento, pero nadie le ofreció una mano para volver a ponerse de pie.

—¿Quién más? Dígame o su final no será digno —aguijoneó Valentine—. No le ofreceré la honorable salida que le brindó Pembroke en el campo de honor, mis métodos para poner en su sitio a un basilisco son menos honorables.

—Mi cuñada, la señora Sable no lo vio, pero indagó y supo de un lacayo en la escuela que se ofreció a corroborar la información tras el pago correspondiente. —Richmond cantaba como si le hubiesen dado cuerda, muy «colaborador».

—Va a decirle a su cuñada que mañana la quiero en mi despacho con el ingrato lacayo. Me ocuparé de los dos. En cuanto a su hija más le conviene mantenerse callada. Seré clemente con ella si cuento con su discreción. ¡¿Quedó entendido?!

—Entendido, claro como el agua. —Richmond intentó retirarse con la cola entre las piernas ante la mirada inclemente de Pembroke, que trataba de juzgar la situación para entender lo que sucedía.

—Algo más, no sé cómo descubrió dónde estuvo mi madre todos estos años, pero mañana a primera hora la hará regresar a mi hogar. Ella y yo debemos hablar. ¡Y en su maldita vida, vuelva a intentar pasarse de listo conmigo o no vivirá para contarlo!

—Su madre… Su madre está en el baile. No deseo saber de usted, ni de su madre, ni de toda su progenie cuando la tenga —balbució y se escabulló como el miserable que era.

Al quedar a solas, Pembroke y Valentine se sostuvieron largamente la mirada.

—¿Se retracta? ¿Ya no nos dará su bendición? —indagó Valentine respirando agitado, tratando de sosegarse. Ahora sí había dado un espectáculo, su peor versión.

—No me agrada lo que acaba de suceder. Parece que usted tiene enemigos y no puedo permitir que estos dañen directa o indirectamente a mi hermana. —Pembroke fue sincero, su posición era firme.

—Con respecto a mi madre, sé lo mismo que sabe todo Londres. —Luchó para no retroceder, para no perder el apoyo ganado. No podía permitir que se opusiera al matrimonio—. Se volvió a casar y me dejó al cuidado de mi tía. También me gustaría saber por qué desapareció, y por qué ha regresado y me trata con tal indiferencia.

—¿Y con respecto a la señorita Langley? —Fue directo al grano, con los brazos cruzados, con un tono exigente.

—Eso. —Valentine soltó todo el aire de sus pulmones y ante la necesidad de oxígeno los volvió a llenar. Le pesaba hablar, pero no tenía salida. El cuestionamiento de Pembroke era lógico, anhelaba lo mejor para Ettie, así como él quería lo mejor para… Volvió exhalar e inhalar hondo y continuó—: Lo que me exige es un secreto guardado por años, no le corresponde a usted divulgarlo y cuento con su discreción. Es imposible que yo vea siquiera con otros ojos a la señorita Langley porque, así como usted quiere proteger a Ettie, yo deseo protegerla a ella, a Bonnie. Bonnie es mi hermana, milord,

es la hija de mi padre. No digo nada más que la verdad, ella no desea que se haga público. Se ha ganado el respeto de la sociedad y no quiere que la vean como la descendiente ilegítima del duque de Hayden. No permitiré que nadie la dañe, que nadie la ofenda, ni la lastime. Adoro a mi hermana y la defenderé hasta mi último aliento. Es la única familia directa que me queda que todavía me quiere.

—Parece que hay muchos asuntos cuestionables en torno a su vida —reflexionó en voz alta—. Sin embargo, no tiene la culpa de las decisiones de sus progenitores, no lo responsabilizaré por las elecciones de sus padres. Trate de solucionar la conversación pendiente con su madre, cierre la boca del lacayo, de la señora Sable… Salve la reputación de su hermana, como corresponde.

—¿Me está queriendo decir que hasta que me encargue de solucionar el escándalo en ciernes, no podré regresar ante usted con mi propuesta?

Pembroke negó muy pensativo, esperaba no arrepentirse de lo que iba a decir.

—No, Hayden. Por supuesto que me gustaría que el pretendiente de mi hermana tuviera una familia idílica, sin líos que resolver. Pero, hasta las mejores familias tienen secretos y enemigos. Lo sé por experiencia. Además, Ettie no es de las que me permitan interferir en su vida, no sin razones suficientes. Si mi hermana considera que usted es el elegido por su corazón y su mente, nadie la hará cambiar de idea. Y, por otra parte, usted no parece culpable de nada de lo que se le atribuye. Al contrario, ha hecho lo mejor que ha podido con la vida que le ha tocado. Aprecio tener un cuñado con un buen gancho, siempre que su puño vaya al lugar correcto. Los esposos de Margaret y Josephine son muy agradables, pero dos blandengues sin remedio. Agradezco tener su brío del lado de la familia, nunca se sabe cuándo será necesario cuidarnos las espaldas. Bienvenido, puede visitar a Ettie con mi bendición. Pero no olvide que, si la daña, no tendrá un aliado, ganaría un enemigo.

—No esperaría menos de su parte.

30

Ettie estaba ansiosa por la tardanza de su hermano y Valentine. Para mitigar sus nervios terminó por aceptar a cuánto pobre caballero se acercó a pedirle que le anotara un baile en su carné. Era lo que se esperaba de una perfecta rosa inglesa, que no se quedara sentada durante la larga noche.

Su corazón aún palpitaba descontrolado dentro de su pecho por la petición de Valentine, jamás creyó que él la sorprendería de esa manera. Su madre estaba encantada, a pesar del hermetismo del duque basó su criterio en que era un buen candidato porque no se le conocía escándalo alguno en su haber, y su familia siempre fue muy respetable —salvo la duda latente de la aparición misteriosa de la duquesa en la fiesta del té—. Además, había sido tan romántico al declararse, que para Patience fue suficiente incentivo para comenzar a pensar en los preparativos de la boda.

Daisy la felicitó; no obstante, fue más comedida. Le rogó que no se apresurara, pero confió en su criterio a la hora de hacer la elección.

En el justo momento que se quedó sin pareja, la única pieza musical que decidió no bailar para descansar sus pies y tomar un refrigerio, se tropezó con lady Abbott. Vio pasar de largo su oportunidad de asomarse a la terraza para ver cómo iban las negociaciones entre su hermano y Valentine, aunque hacerlo habría sido desesperado. Una dama debía esperar y justo lady Abbott era miembro del jurado.

—Lady Henriette, que estupendo desenlace. Ahora sí que mi reputación de casamentera se verá arruinada. Terminó

comprometida con alguien a quien pensaba casar con otra dama —soltó jocosa, estudiando su reacción.

—Lamento haberla hecho fracasar.

—No, querida, la unión de dos jóvenes solteros de estupendas familias es digno de celebrarse; incluso, si no seguía los planes de una casamentera. Temo que un día se extinga mi profesión, ahora Cupido parece hacer de las suyas a mis espaldas. Pero me doy por satisfecha si el resultado es otro matrimonio para esta temporada. Muchísimas felicidades, ha atrapado al mejor partido, al duque de Hayden. Estoy casi segura de que este reto ya es suyo. Una salida épica, debutante no solo atrapa a un duque, sino que doblega el corazón del escurridizo y hermético dueño de la escuela. Ese honor se lo disputaron tantas… Creí que ese hombre jamás iba a casarse, un cliente muy difícil. La proeza merece una ovación de pie, muchacha. —Le hizo un guiño cómplice—. Tienes mi voto, tú debes ser la ganadora de esta temporada y no soy la única que piensa de esa manera. Tu golpe ha sido magistral. Supongo que mi apreciado Edward quedará descorazonado al saber que ya no serás su esposa.

Ella negó, el término «atrapado» para referirse a comprometerse jamás le había gustado, pero entendía a la dama y sus añejas costumbres. ¿Y qué tan cierto era que ella tenía tantas posibilidades de ganar? ¿Sería verdad o solo hablaba por hablar? Como fuera, debía mantenerse serena o los nervios se le iban a notar. Las confesiones de la dama, por un lado. Por otro, la intriga al no saber qué discutieron Bradley y Valentine. Mejor desvió la conversación hacia el asunto que parecía interesarle a lady Abbott.

—Edward, estaba enterado de lo nuestro. No olvide que es amigo de Hayden, creo que hablaron al respecto.

—Tendré que buscarle a alguien que consuele su pobre corazón roto.

Ettie trató de sacarla de su error, de que Edward jamás sintió ese tipo de interés hacia su persona, pero la dama ya se había retirado. Así que retomó sus planes de husmear en la terraza,

necesitaba averiguar por qué su hermano y Valentine se demoraban tanto.

Justo cuando estaba enfilada hacia las amplias puertas francesas de cristal, vio a su prometido regresar a la recepción. Las matronas no tardaron en asediarlo, como si no les importara que estuviera comprometido, aún albergaban esperanzas de que posara los ojos en sus hijas y que las sacara a bailar.

Negó ante tal descaro, pero no le importó, lo que le urgía era establecer contacto visual con él, para hacerle un guiño o alguna señal para que se alejaran del resto y poder conversar. Deseaba indagar cuál fue la reacción de su hermano y si habían llegado a un acuerdo. Pero sus pupilas no se cruzaron con las de Valentine.

Mientras él trataba de despachar con elegancia a las insistentes matronas, parecía ocupado en algo más. Buscaba desesperado a alguien en la fiesta, su vista barría en una y otra dirección con urgencia.

Ettie entendió todo cuando vio a la duquesa de Hayden, quien se estaba entrevistando con las damas Cumberland y Richmond. Negó con la cabeza, nadie la había anunciado, supuso que había cierto hermetismo que los anfitriones decidieron secundar.

Ipso facto, Valentine esquivó a los que se cruzaban a su paso para tratar de acercarse a su progenitora. Su rostro reflejaba todo tipo de emociones, pero las más vívidas eran la tristeza y el desconcierto.

La duquesa de Hayden no tardó en darse cuenta de las intenciones de su hijo, y su respuesta no fue esperarlo para finalmente hablar, sino huir hacia la salida.

Valentine no dudó en seguirla, Ettie observaba todo desde su posición. Lady Cumberland, tras intercambiar una mirada cómplice con su hermana, la duquesa de Richmond le cerraron el paso, y trataron de distraerlo, pero él las espantó con maestría, y con disimulo reanudó su persecución.

Ettie se escurrió con total sigilo por otra de las puertas, aprovechando que todos los demás tenían sus vistas en el incidente. Tuvo que sostener su amplia falda para bordear la terraza y dirigirse hasta la entrada principal, pero a medio camino volvió a divisar a Valentine, quien corría hacia otra dirección.

Ella también corrió, llegó a tiempo para ver cómo la duquesa de Hayden se adentraba en el laberinto de setos de la propiedad, por el que Valentine no dudó en introducirse. Segundos después, Ettie también lo siguió.

Lo encontró al final, solo.

—Claire huyó en un coche que ya la esperaba en la salida del laberinto —le explicó él—. Supongo que es el mismo en el que arribó.

—Por eso no fue anunciada, se introdujo por detrás, a escondidas. ¿No vas a perseguirla?

—Mi carruaje está al otro lado, por la entrada principal, habría sido inútil. —Bajó la mirada, desistiendo en el acto de correr tras ella. Él trató de disfrazar su angustia, pero no lo consiguió, delante de Ettie no podía—. Abrázame, Ettie, abrázame con todas tus fuerzas.

Sus labios no tardaron en encontrarse, ella necesitaba interrogarlo, preguntarle por lo hablado con su hermano, pero dejó de lado sus cuestionamientos para envolverlo en el más protector de los abrazos. Nunca vio a Valentine así, como si regresara a la pérdida sufrida en la infancia.

—Tranquilo, amor mío.

—¿Será que no me quiere? —brotó de sus labios lo que palpitaba en sus sienes—. Quizás debo renunciar a mi deseo de reconciliarnos. Tal vez es lo que decía mi tía, mi madre rehízo su vida y me dejó atrás.

—No estás solo, nunca más estarás solo. Ahora somos una familia tú y yo… ¿Lo sabes? Tengo una familia unida, que estoy

segura de que te recibirá con los brazos abiertos cuando te conozcan más. —Se alzó de puntillas para besar sus ojos, sus labios, su frente —. Cuando necesites una madre, la mía te colmará de atenciones, será tan apabullante que querrás quitártela de encima. Mis hermanos y sus parejas serán tus hermanos también. Y son tan escandalosos que suplicarás porque hagan silencio. Ahora que tu mundo ha colisionado con el mío, tendrás una fuente inagotable de calor de hogar, tanto que reclamarás porque dejen de meterse en tu vida, por un poco de espacio. Y si mi hermano no te dio la bienvenida, si se opuso a nuestro compromiso, va a tener que oírme… Empezando desde ya.

—Ettie. —La miró a los ojos con dulzura—. Ettie, él nos ha dado su bendición.

—¿Estás hablando en serio?

—Te quiere… Es un buen hombre. Debes estar muy orgullosa de él. —Exhaló con fuerza y, tras un ademán de seguridad, le acomodó un mechón que se salió de su recogido—. Hay algo que debo confesarte. Bonnie, la señorita Langley, es mi hermana, es la hija de mi padre. Ella no quiere que nadie lo sepa, por eso guardé silencio. Ese rumor de que me vieron en una conducta indecorosa con una señorita es una blasfemia infundada en el desconocimiento. Era Bonnie. Es difícil tener una relación cercana con tu hermana si no puedes gritar a los cuatro vientos que nos corre sangre similar por las venas. Bonnie y yo siempre lo hemos sabido. Y ella es así como describes a tus hermanos, también te querrá.

—Oh, Valentine. Tienes una hermana —expresó aplacando las dudas de su corazón. ¿Ese era el rumor? Hizo bien en esperar antes de tener un ataque de celos.

—¿Aún deseas casarte conmigo?

—Ahora mismo, si fuese posible. —Le acarició en un gesto cariñoso el puente de la bella nariz, más enamorada que nunca.

—Pediré una licencia especial. Que me aspen si tengo que aguardar hasta las amonestaciones. —Su exhalación brotó fuerte—.

Si espero más de una semana terminaré por corromperte y Pembroke ya no será tan paciente conmigo.

—Mi hermano no tiene por qué saberlo —agregó seductora, tomándolo por la corbata y acercándose a sus labios llenos y rojos que la enloquecían, los que no tardó en devorar. Continuó al dejar su boca—: Hasta ahora hemos sido muy ingeniosos para encontrarnos los dos y nadie se ha percatado que estamos aquí.

—Hermosa mía, no me tientes. Te echarán de menos en el baile y las matronas estarán juzgando. Amor, yo…

—Algo se me ocurrirá. —Ettie se separó lo suficiente para deslizar lentamente una mano desde la barbilla del hombre, pasando por su cuello, por los botones de su elegante chaleco sobre los pectorales, y más abajo, al sur, encima del área de los pantalones que cubría la virilidad rígida y elevada, pugnando por salir.

Con una sonrisa pícara lo dejó para perderse detrás de uno de los corredores del laberinto de setos. Valentine inspiró profundo, se vanagloriaba de su capacidad de contención en asuntos carnales; pero su autocontrol fue socavado cuando Ettie lo tentó para que la persiguiese. No tardó en darle caza y atraparla entre sus fuertes brazos, mientras la recostaba con delicadeza sobre la pared de hojas de un seto. Sus bocas se encontraron desesperadas, sedientas y el dulzor de la miel de lavanda los inundó. Mientras la miraba a los ojos en un acto de total complicidad, la mano de él recorrió la silueta femenina hasta colarse por debajo de la amplia falda acariciando su bien formado trasero, robándole un suspiro entrecortado a la dama. La empujó por las nalgas para que se refregara contra su masculinidad, necesitaba sentir su trémula piel palpitando, incendiándolo, impeliéndolo a arder.

—¿Diseñan este tipo de indumentaria para obligarnos a mantener el decoro? Dificultan la tarea —bramó impaciente por el exceso de tela que no le permitía sentirla como deseaba.

Ella no pudo soltar una risita ante su arrebato, sus pechos erizados dentro del ceñido corsé dolían, también necesitaba que él

rasgara la seda reforzada con varillas, para poder refugiar sus senos urgidos contra los duros pectorales que palpaba bajo la ropa de él.

—No creo que encaje, seda, pedrería y ballenas sean un desafío para ti —soltó con la voz afectada por el deseo y buscó sus labios para perderse de nuevo en ellos.

—Por supuesto que no, estoy a punto de rasgar tu encorsetado corpiño; sin embargo, si lo hago ya no podrías regresar al salón. ¡Demonios! ¡Maldito infierno! —masculló, pero los labios sensuales y entreabiertos que lo incitaban le dieron una tarea más placentera a su ávida lengua que lanzar improperios.

Sus bocas no sabían vivir la una sin la otra, y aunque él deseaba esperar hasta que estuvieran casados, para Ettie era el momento perfecto y él no iba a ponerse remilgado. Tenía que desahogarse, no podía volver a la fiesta con una carpa gigante en sus pantalones.

La luna iluminaba tenuemente, los setos les brindaban refugio, y los dos estaban a punto de quemarse si no se tenían, si no se probaban, si no se saciaban. La mano de Valentine se desplazó de las posaderas de Ettie a la abertura del calzón femenino. Coló dos dedos y comenzó a acariciar el palpitante nudo de nervios, obligándola a frotarse más contra él, buscando su propia satisfacción.

Como pudo, Ettie se quitó uno de sus largos guantes y sin temor, esculcó sobre los pantalones, hasta poder atrapar entre sus dedos la dureza de su hombre encima de la tela; pero no fue suficiente. Metió la mano y palpó la piel desnuda hasta rodear la gruesa longitud. Un sonido de placer y de victoria abandonó los labios femeninos entreabiertos, le complacía tenerlo firme en su palma, dispuesto, deseoso.

A él se le escapó un gemido ronco cuando ella comenzó a masajearle la entrepierna. Estaba en el paraíso, esa mujercita parecía decidida a conducirlo hasta la dulce satisfacción de su necesidad. En ese punto irracional del deseo, él no podía detenerse,

ni por decoro, ni por cumplir con las reglas que Ettie anhelaba desafiar a completa voluntad.

—¿Estás segura? —Fue todo lo que pronunció Valentine sobre los labios hinchados, que no dejaban de castigar su boca. Dos palabras que encerraban un amplio significado.

Iban a casarse y podrían tenerse el uno al otro de mil formas inimaginables, sin la censura del mundo. Pero, si alguien los descubría en aquella comprometedora situación, en aquel acto insensato motivado por la pasión más descarnada, se arriesgaban a perderlo todo.

Pembroke lo retaría a duelo, uno de los dos podría morir, con la concerniente desgracia y deshonor para las dos familias.

Con tantos lugares que tenían para hacer el amor hasta saciarse, lejos de la vista de todos, eligieron de manera inconsciente para entregarse en cuerpo y alma, el baile más esperado de la temporada, abarrotado de invitados rimbombantes que los señalarían y condenarían al ostracismo y al repudio social.

—Sí, sí —jadeó Ettie, vibrando bajo los efectos demoledores de la exploración de los dedos de Valentine, que acariciaban con maestría sus pliegues empapados.

Ella solo anhelaba repetir la explosión de sensaciones que conoció bajo el asedio de la lengua de Valentine, no pensaba en otra cosa desde que probó por vez primera la dulzura de la culminación. Y las expectativas de tenerlo atrapado entre sus muslos, colmándola, acrecentaban aún más su apetito.

Los dedos del hombre abandonaron el hinchado brote y se deslizaron a la mojada entrada, había cierta resistencia, pero cuando empujó estos se hundieron suavemente, dándole una cálida bienvenida. El premio a su osadía fue un quejido muy erótico que lejos de disuadirlo, apremiaron sus ganas de poseerla. Los dedos retrocedieron y acto seguido invadieron de nuevo, a un ritmo constante, que la puso a gemir.

—¿Continúo? —Insistió él sin abandonar su agradable embestida, necesitaba saber si estaba convencida o su avance la había asustado. Aunque su instinto lo espoleaba a remplazar sus dedos con su virilidad cuanto antes.

—No te detengas. —Su súplica fue ahogada.

—Demonios, voy a tomarte, ya no puedo más o terminaré derramándome en tu mano y muero por sentirte —gruñó bajo, enloqueciéndola todavía más con la rudeza de su voz.

Valentine guio la punta de su miembro a la húmeda entrada y acarició repetidas veces antes de posicionarse, necesitaba asegurarse de que sería bueno para ella también. Aunque no tenían todo el tiempo del mundo antes de que la ausencia de los dos alarmara al resto, no podía permitir que Ettie aborreciera ese recuerdo. Los jadeos de Ettie, embriagada de tanto deleite, lo impulsaban a no dilatar más la espera, y sin más preámbulos se situó sobre la apretada abertura.

—Hazme tuya, Valentine, hasta el final —suplicó a las puertas de su orgasmo.

Él la tomó por una de sus caderas con la mano libre y ambos, desquiciados por el demandante deseo, empujaron al mismo tiempo. Mientras la llenaba, al fin, tras la implacable espera, su virilidad parecía crecer y ensancharse, buscando ocupar cada rincón del orificio inexplorado. Se quedaron casi extáticos cuando sus cuerpos conectaron, sin moverse, mientras se acostumbraban a la nueva sensación.

—Oh, por Dios —soltó un quejido gutural de pura satisfacción—. Solo falta un poco más.

La asió más fuerte por la cadera y se enterró hasta la base. Ella gimió al sentirse completamente llena, casi sollozó.

—Te quiero, Valentine —confesó conmovida. Su corazón desenfrenado lanzaba sangre a borbotones a todos los rincones de su cuerpo, estaba a punto de estallar.

—Te amo, voy a cuidarte, voy a adorarte y te protegeré —le prometió con el semblante salpicado por posesión, deseo y devoción, mientras comenzaba a embestirla con gentileza.

Poco a poco, los movimientos se hicieron más profundos, más rápidos, pero infinitos. Sus labios se buscaron y se probaron sin intenciones de renunciar, como si las manecillas del reloj se hubiesen detenido para siempre.

—Oh, por Dios. —Ella temblaba, perdida en la complacencia de lo que estaba gozando.

—Ahora me perteneces y yo te pertenezco —proclamó Valentine.

Y después, tras acometidas más enérgicas, ya sin poder contenerse más, ella lo aferró con más fuerza.

—Sí, soy tuya —aceptó a las puertas del final y se dejó vencer por los espasmos de su cuerpo. Un arrebatador orgasmo arrasó con el resto de su cordura—. Mío, mío —jadeó contra la oreja de Valentine, que no tardó en unírsele, arreciando sus embates y elevándola en espíritu más allá de las copas de los arbustos que los refugiaban.

—Dulce infierno, soy tuyo —gruñó, mientras se descargaba gota a gota, hasta quedarse completamente saciado.

Sus labios complacidos buscaron de manera reverente los de ella, y los besó mientras luchaba por recuperar el aliento. No fueron conscientes del paso que habían dado y del sitio en el que se encontraban, hasta que sus respiraciones se acompasaron y lograron recobrar su ritmo habitual.

—Ettie —murmuró y no pudo decir todo lo que pugnaba por salir. Detestaba arruinar ese instante de complicidad; pero si no se apuraban iban a terminar metidos en un lío gigantesco—. Déjame ayudarte con tu vestido, debemos volver al salón.

—No quiero, sácame de aquí… —gimió sobrecogida.

—Me encantaría escapar contigo, pero no podemos continuar desoyendo a la prudencia. No puedo causar tu ruina, aunque terminemos casados, seguirían señalándote y tendría que matar a todos los que osen pronunciar tu nombre con malas intenciones. Prometí que voy a cuidarte, déjame hacerlo.

Con renuencia Valentine abandonó el cuerpo de Ettie y usó su pañuelo para adecentarla. Comenzaron a componer sus atuendos, y a acomodar sus peinados.

—Tu corbata está impecable —resolvió a regañadientes. No soportaba que todo volviera a ser como antes, solo quería huir con él.

—Tu guante —le indicó que debía ponérselo. Lo levantó del suelo y la ayudó a pasarlo por su mano hasta que quedó en su lugar —. Te ves preciosa, como si no hubiese pasado nada. Ya puedes volver. Te seguiré discretamente para que ningún peligro te aceche. Y no olvides por un segundo que te amo.

Caminaron juntos hasta la salida del laberinto y antes de separarse, tratando de acallar el ruido de sus pisadas, los pasos de alguien más los puso en alerta.

—Ettie. —La voz de Emily en un susurro la dejó helada—. Oh, Ettie, eres tú, gracias al cielo. —¿Cuándo la siguió hasta allí? ¿Alguien más la habría visto? ¿Cómo fue tan sigilosa que no notaron que se aproximaba?

Valentine se apartó con rapidez y apretó los puños sin disimular la furia que coloreó su semblante. Se recriminó por ser tan negligente.

—¿Cómo, demonios, fui tan descuidado? —masculló entre dientes. Ettie se afligió, él no iba a perdonarse algo así.

—Es mi amiga, tranquilo. Todo estará bien. —Se alzó de puntillas y le depositó un beso en los labios antes de alejarse,

dejándolo con mil preocupaciones.

—Vamos, Ettie. —Emily la tomó de la mano, tras mirar de soslayo al duque sin mediar con él ni una palabra e instó a su amiga a seguirla sin juzgarla—. Lady Cumberland se ha sacado un as bajo la manga, un último baile que no estaba estipulado. Las debutantes bailarán con sus tutores. Tu hermano te está buscando y ya parece nervioso, aunque trate de disimular. Creo que la intrigante de lady Cumberland sospecha que no estás adentro, ella advirtió cuando Valentine persiguió a su madre.

—¿También tú? Pero si yo tomé precauciones.

—Charlotte y yo vimos al duque correr tras la duquesa. Pensamos que, tal vez, te las ingeniaste para seguirlo y que se encontraban juntos. Llevó rato buscándote, por Dios. ¿Dónde se escondieron? Charlotte le dijo a tu hermano que estabas en el tocador, no debes tardarte. Lord Pembroke me mandó a avisarte. Charlotte se ha quedado con él para distraerlo. Si no bailas con tu hermano estarás perdida…

—Perdona por meterte en semejante embrollo —compartió avergonzada, mientras tomadas de la mano apresuraron los pasos en dirección a la fiesta—. Em, ¿y tú con quién bailarás? ¿Acaso tu abuelo…?

Iba a preguntar si había asistido porque en ninguna de las actividades previas fueron presentados, a diferencia de la abuela de Emily. Sus padres jamás la acompañaban en los eventos de la aristocracia.

—Pues… Mi abuelo ya está mayor y sus apariciones públicas son solo las imprescindibles. Como lord Blair bailará con Charlotte, mi amiga le ha pedido a su her-ma-no —titubeó—. Le ha pedido a lord Moray que…

—¿Pasa algo con lord Moray? —Una ceja se le enarcó sin darse cuenta. Lord Moray era guapísimo y tenía fama de ello. Sus ojos poseían un particular tono de azul que enloquecía a las damas. ¿Era eso? ¿Su rostro encantador ponía nerviosa a Emily? ¿No debía estar

ya más que acostumbrada a contemplarlo? Charlotte y ella habían pasado gran parte de su infancia juntas, y después de entonces fue casi imposible separarlas…

—Sucede que la amenaza velada de lady Cumberland me tiene nerviosa, tú también deberías estarlo. Parece decidida a perjudicarte, su salida no es casualidad. Ella y la señora Sable recalcaron que si alguna de las debutantes no se presentara en el último baile quedaría descalificada sin falta. No salieron en persona a buscarte porque las damas del jurado tuvieron que reunirse a deliberar… Después del baile anunciarán el nombre de la ganadora.

—Creo que debemos correr. —Su voz sonaba agitada por la prisa. La sostuvo más fuerte y apresuraron la marcha—. La bruja Cumberland trató de sabotearme en el Reto de Música, cuando sustituyó al maestro; pero como el jurado se opuso a que no me diera una buena calificación, ha ideado como sacarme del medio. Gracias, Em, tú y Charlotte son excelentes amigas.

A esas alturas las jóvenes debían saber que Ettie tenía grandes posibilidades de ganar y no permitieron que los celos se interpusieran, dando cuenta de su entereza y su valía.

Cuando volvieron a colarse por una de las puertas laterales y adentrarse a la pista de baile como si viniesen del tocador para damas, la ceja intrigante de lady Cumberland se enarcó todavía más.

La señora Sable estaba detrás de la otra con una expresión aún más escrutadora. Ambas hablaban con Charlotte, quien hizo un guiño en su dirección, cuando caminó para tomar la mano de su padre. ¿Las habrían despistado?

Ettie no tardó en aproximarse a su hermano y enlazar su brazo extendido.

—Pobrecita mía, no permitiré que madre te haga llevar otro atuendo tan exuberante en el siguiente baile —dijo Bradley—. Las llenan de limonada y después pretenden que hagan lo suyo en tiempo récord. Casi mando a Daisy a buscarte.

—Brad, no seas tan explícito en el baile, a solas sería más apropiado —simuló sentirse ofendida ante tal alusión.

—Sí que te tomas en serio tu papel en el baile, en casa no eres tan remilgada, Ettie.

—Parece que tendrás que bailar conmigo. Espero que no estés oxidado, hermano.

—Nunca. Daisy no lo permitiría.

La música se apoderó de los presentes. Las concursantes y los caballeros que las acompañaban dieron un gran espectáculo. Y cuando la melodía cesó, los corazones de las debutantes se desataron…

Estaban a escasos minutos de escuchar el nombre de la ganadora. Era habitual que lady Imogen comunicara en voz alta y clara la decisión tomada entre todas. ¿Quién lo haría esta vez?

La vista de Ettie pasó por cada una de sus amigas. Charlotte del brazo de su padre, el marqués de Blair. Emily al lado de lord Moray sin compartir ni una mirada —como si ambos se evitaran—. Florence orgullosa de dar su mejor esfuerzo junto a su tutor. Valery del brazo de su tío, lord Cumberland. ¿Por qué esta última no bailó con su padre el duque de Richmond? Estaba segura de haberlo visto en la recepción.

Los rostros de las hermanas maléficas lucían desencajados, aunque el brillo de maldad en ambas se dejó traslucir cuando lograron recuperar la compostura.

La cara de lady Abbott brillaba triunfante y los semblantes de las otras damas del jurado se veían conformes con el resultado, salvo el de la señora Holt que no podía disimular su asombro.

Lady Cumberland hizo un anuncio:

—Todas se esforzaron al máximo y brillaron con luz propia. Pero el jurado ha elegido —pronunció lady Cumberland y parecía que estaba a punto de sacar un pañuelo de su ridículo para limpiar una lágrima—. Dejaremos el honor a quien lo merece tras su regreso a la sociedad, después de una larga temporada en el campo, donde cuidó de su delicada salud debido a la irreparable pérdida de su marido. Con nosotros, la duquesa de Hayden.

Cuando lady Cumberland alzó una mano con un sobre que traía el resultado escrito, y la aludida por ella se abrió paso entre las otras damas para tomarlo y posicionarse al frente, los rostros de los presentes no pudieron más que reflejar su perplejidad. Valentine fue el más afectado.

«¿Pero no se había vuelto a casar?», los rumores se esparcieron casi silenciosos, mientras todos trataban de traer a la memoria qué argumentos dio la familia sobre la desaparición de la duquesa de la escena londinense.

Silencio sepulcral antes del veredicto. Nadie respiraba, pero la tensión era palpable.

—Lady Henriette Montagu, felicidades. Es usted la ganadora —declaró la mujer que se convertiría en su suegra, con quien no había compartido ni una palabra.

Ettie estaba tan conmocionada por la presencia de la madre de Valentine ahí, que no supo cómo reaccionar y se quedó estática, hasta que su hermano la condujo de la mano a recibir las enhorabuenas de los presentes.

Abrumada, tratando de entender qué le pasó por alto, mientras su amado duque, con el rostro atribulado, se escurría entre los asistentes con la intención de huir.

Sus hermanas y Patience no tardaron en apabullarla con sus abrazos, impidiéndole correr tras de Valentine. Entendía la furia de él, su ofuscación. Esa mujer no solo había abandonado a su hijo, sino que le daba una estocada, tras formar una alianza muy extraña con sus enemigos.

¿Qué sucedía?

Entre las personas que se aproximaron a abrazarla, estaba su cuñada. Daisy no tardó en susurrarle unas palabras al oído con suma discreción, aunque la zozobra bailaba en cada sílaba pronunciada.

—Tienes que casarte cuanto antes con tu duque, Ettie, o será nuestro fin.

31

Valentine apretó los puños mientras intentaba escurrirse entre los presentes, blanco del fastidio por los murmullos y las miradas de los curiosos. Por más que trató mantener una vida lejos de la atención pública, terminó siendo el centro del cotilleo más suculento de la temporada. Se arrepintió de no golpear más fuerte a Richmond, nadie podía convencerlo de lo contrario, estaba detrás de todo.

Mientras él repelía los semblantes indiscretos, su madre parecía disfrutar con tantos pares de ojos sobre sí.

La señora Holt no tardó en acercarse y susurrarle disimuladamente.

—Se lo advertí, excelencia, ella ha venido para vengarse. Su tía no dejaba de repetir que no fue una buena mujer con su padre.

Sin prestarle atención, se detuvo, aún con los puños tan duros que le dolían los dedos. Y caminó aproximándose al sitio donde celebraban la victoria. Develación de la ganadora que quedó opacada por el chisme jugoso.

Cerca de su madre pudo observar a la mujer a detalle. Aunque los años pasaron no fueron inclementes, seguía siendo hermosa. Tan hermosa como esa vez que fue acreedora del Premio Cumberland y se ganó el corazón del anterior duque de Hayden, a pesar de su modesta cuna.

Recordó las palabras compartidas por la señora Holt aquella vez que interrumpió su momento idílico con Ettie, y las que acababa de recalcar.

El rostro de Ettie captó su atención, ella no podía celebrar su triunfo. Estaba apabullada con lo que ocurría. Sus problemas y el regreso de su progenitora —la que quería recibir honores como duquesa de Hayden, pero no el vínculo con su hijo— tuvieron que esperar.

Valentine se abrió paso ante la multitud que se atravesaba en su camino, apartándolo de Ettie. Ya sin reparar en nada más que en ella, quedaron frente a frente. El rostro de la muchacha se iluminó al tenerlo delante. En sus miradas se notaba que se habrían abrazado con fuerza y se habrían besado con desesperación, si eso no alimentase más el chisme.

En un acto de atrevimiento le tomó las manos entre las suyas y las besó con fervor, decidido a quedarse a su lado hasta que terminara la noche.

—Te amo —murmuró solo para Ettie y los espectadores trataron de leerle los labios.

—Yo también te amo —le dijo de vuelta.

Algo le susurró Daisy a Pembroke, quien, con una sonrisa fingida, comenzó a despedirse de los presentes, quería llevarse a su hermana cuanto antes.

—Hayden, si de verdad la amas, has que corran las amonestaciones, deben casarse de inmediato —le dijo en voz baja el conde cuando llegó el turno de despedirse de él. Valentine pensó que, tal vez, Ettie le había compartido lo que hablaron en el laberinto y la intención de apresurar la boda. Mas, sus siguientes palabras le aclararon la razón de la sugerencia—. Alguien pudo verlos afuera, alguien que podría tener suficientes motivos para desear vengarse de ti.

—¿Richmond?

Pembroke apretó la mandíbula, quería seguir estirando la situación, pero no era su estilo.

—Richmond huyó con la cola entre las patas, no dio señales de volver a querer pasarse de listo contigo. Probó fuerzas y se convenció de que no es rival para usted. No fue Richmond. Y espero que nadie los haya visto, pero Daisy en su papel de carabina me asegura que el tiempo que Ettie desapareció curiosamente en el tocador, usted tampoco estaba en el salón. Dos y dos suman cuatro. No me consta que alguien los haya descubierto, pero si ocurrió no puedo dejar un maldito cabo suelto —masculló tratando de aplacar su irritación o levantaría la sospecha de los presentes.

—Oh. Entiendo —murmuró sin dar demasiadas explicaciones. Ettie y él no engañaron a los condes de Pembroke.

Comprendía la razón de su prisa. Tal suspicacia la podía tener alguien más o, tal vez, eran unos amantes furtivos muy afortunados. No iba a dar más argumentos que pusieran a rabiar a su futuro cuñado. Por lo visto el hombre no quería asesinarlo, se conformaba con que se casaran de inmediato para acallar cualquier susceptibilidad.

Era un voto de confianza que no estaba dispuesto a despreciar. Por nada del mundo le diría que la señorita Grant los vio abandonar juntos el laberinto, o Pembroke ya no sería tan condescendiente.

—No repararé en que faltaste al respeto que me debías, ni que hay circunstancias en tu familia que aparentan ser particularmente inquietantes. Ella te quiere y parece que le correspondes. Y también sé que mi hermana tiene voluntad propia. Es testaruda cuando algo se le mete entre ceja y ceja, no es de las que se dejan manipular. Solo en nombre de ese amor te daré otra oportunidad. Resuelve la inmundicia que está a punto de destruir tu imagen y no arrastres a mi hermana en la caída que tus enemigos han planeado para ti.

—Arreglaré mis asuntos personales lo más pronto posible y pediré una licencia especial mañana a primera hora. No terminará una semana sin habernos casado, lo juro. —La templanza de la voz del duque fue suficiente garantía de la honorabilidad de su palabra.

Una dama los interrumpió y callaron de inmediato. La cizaña de lady Cumberland, fustigada por la señora Sable, no tardó en crear la necesidad en los presentes de verlos bailar una vez más.

—Pero, lord Pembroke, ¿cómo se marcharán sin que la ganadora nos complazca con un último baile con su prometido? Todos queremos deleitarnos y contemplar a la pareja del momento.

—Milady… —Se adelantó Valentine para que su futuro cuñado no tuviese que hacer frente a la anfitriona—. Mi prometida y su familia agradecen su hospitalidad, los agasajos y las felicitaciones; pero ya los espera el cochero. Mi amada rosa inglesa y las damas de su familia se han fatigado tras tantas atenciones. Se merecen descansar. En cambio, si quiere cerrar la noche con broche de oro, le tengo una exclusividad. Nadie ha visto bailar jamás al duque de Hayden con su adorada madre, un espectáculo para deleitar a sus invitados. Madre, ¿complacemos a nuestra anfitriona y los aquí presentes?

La interpelada no pudo disimular que no se lo esperaba. Los ojos de los asistentes fueron de la familia de Ettie a la duquesa. El morbo se podía palpar, a nadie le pasaba por alto que un aura misteriosa y oscura se cernía sobre Valentine y su madre cuando estaban en la misma sala. Ella no pudo negarse, no tenía escapatoria, ya había huido demasiadas veces frente a la multitud.

La duquesa tomó la mano de su hijo y él pudo sentir que temblaba. Por más que Valentine estaba furioso, cuando estrechó a su madre entre sus brazos, tuvo que apuntalar su temple con una estructura de acero, o también terminaría temblando —o peor, soltando a través de lágrimas el nudo que se formó en su pecho desde que supo de su partida, uno que jamás pudo desatar—. Ella se veía notablemente afectada, aunque trataba de mostrarse serena; pero a él no podía engañarlo, percibía su nerviosismo y tormento.

Y mientras el vals llenó la estancia con una melodía violenta y exuberante, Valentine y su madre no podían dejar de contemplarse con sentimientos encontrados. El cruel silencio se extendió entre los dos. Él no podía hablar sin escupir reclamos. Ella parecía que no

podía emitir una palabra sin romperse en dos, por mucho que se esforzara por dar otra impresión.

—Cuando la música termine, no te soltaré la mano y te llevaré directo a mi carruaje.

—¿Cómo te atreves, Valentine? —Quiso dar una dura batalla.

—Si te resistes te alzaré en volandas sobre mi hombro y la vergüenza será peor. Es momento de que hablemos —masculló—. Ya no huyas. No sé qué te han dicho los Richmond, menos por qué me desprecias, pero no vendrás a Londres a jugar a ser la duquesa de Hayden y no hospedarte en donde corresponde. La ropa sucia se manda a lavar en casa. Y si después de conversar conmigo sigues eligiendo destrozarme la vida, lo harás lejos de la ciudad, donde jamás pueda encontrarte, Londres será demasiado pequeño para contenernos a los dos.

Sus palabras arrojaron tal seguridad y decisión que, tras acabar la orquesta de tocar la última nota, la duquesa comprendió que su hijo no cambiaría de opinión. La mano de Valentine se quedó duramente cernida sobre la suya, hasta que la dama no tuvo más remedio que dar por terminada la noche para ellos y seguirle los pasos.

La duquesa de Richmond intentó oponerse. Al parecer su esposo le había dejado instrucciones.

—¿A dónde va, querida? Es nuestra huésped.

—Excelencia, ¿no prefiere quedarse en casa de mi hermana y mañana retomar la conversación con su hijo? —Lady Cumberland se sumó a los intentos de su hermana de apartar a la duquesa de Hayden de la mano recia de Valentine. Ambas notaron que algo sucedía, pero bastó que él las fustigara con su mirada de pocos amigos para que retrocedieran.

Lord Cumberland, apurado por las damas, intentó hacer algo para impedir que Valentine se llevara a la duquesa de Hayden.

—Quítate de mi camino, Cumberland —masculló conteniendo la ira, no deseaba que la fiesta terminara peor.

Al menos podían mantener las apariencias, si algo así era posible a esas alturas. Los Cumberland y los Richmond hicieron del gran baile un circo, uno donde Valentine y su madre eran los artistas principales del espectáculo. ¿Había situación que lo enfadara más?

Tras librarse de los anfitriones, se dirigió a la salida y pidió su vehículo. Cuando la ayudó a subirse al carruaje, ninguno pudo reanudar la conversación, como si cada uno sopesara las palabras para que no los atrapara después el arrepentimiento. Y cuando se apearon en Hayden House, la mujer ya no logró contenerse, una lagrimilla se deslizó por su mejilla.

Valentine no pudo ser cruel, le extendió su pañuelo y le ofreció su brazo para conducirla hacia el interior. El mayordomo casi se cae de espaldas al ver a la bella duquesa después de tanto tiempo entrar en todo su esplendor. Siempre apreció a la dama. Tras los saludos correspondientes, se volvió al duque.

—¿Qué habitación preparo, excelencia? —preguntó indeciso, la de la duquesa había sido desmantelada desde hacía años.

—La más grande que tengamos para invitados, no sabemos cuánto tiempo se quedará mi madre. —La alcoba de la duquesa no estaría lista esa noche, y con sus nupcias en puerta, pronto sería ocupada por su esposa.

—Como ordene, excelencia —dijo sin poder recuperarse de su conmoción. Ya había escuchado que ella estaba en Londres, pero no esperó verla esa noche—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Que enciendan la chimenea de la sala grande, y lleven un té de tila para mi madre con algunos refrigerios, y nuestro *whisky* más añejo para mí, tendremos una larga conversación.

La duquesa sin mediar más palabras se encaminó al sitio referido por su hijo, lo conocía bien.

Cuando trajeron lo dispuesto y ambos se acomodaron en la amplia sala, Claire no tuvo más opción que escuchar sus demandas.

—¿Por qué regresaste, madre? —Su tono era hostil, se reacomodó en su silla favorita de cuero frente al fuego de la chimenea.

—¿Por qué nunca me buscaste? —reclamó desde su butaca e inhaló con fuerza para no derrumbarse.

Se lanzaron dos miradas heridas y exasperadas en la misma medida.

—Yo pregunté primero —se escudó él y se recriminó por comportarse como un niño pequeño clamando por la atención de su madre. Estar en su presencia, lo hacía olvidar que era el duque intratable, tan amargo como un ogro, cuyos adversarios preferían evitar. El niño abandonado luchaba por salir.

—Ya podía regresar. Ella ya no estaba para chantajearme y retenerme —destapó con una queja que sonó rota, después carraspeó para que la voz se recuperara y continuó—: El pago de mis verdugos dejó de llegar según me informó el ama de llaves… Era libre… Y cuando comprendí que podía regresar me quedé pasmada. Había pasado tanto tiempo que ya no supe qué decisión tomar. Entonces, apareció el duque de Richmond como mi salvador y me reveló que ella estaba muerta. Así que traté de hacer lo mejor que podía con mi libertad.

Valentine sintió que un frío helado amenazaba con congelarle el corazón. ¿A qué demonios se refería?

—¿Ella? ¿Tía Imogen? —cuestionó apretando los puños, mientras se sentía cada vez más pequeño dentro de su silla. ¿Qué demonios era todo eso que salía de su boca?

—¿No me digas que no sabes que tu tía me sacó de tu vida, y que desde entonces he vivido confinada tras los muros de una solitaria propiedad en Escocia? —La ironía de su voz golpeaba más fuerte que una bofetada.

La revelación impactó a Valentine, todavía escuchaba esas palabras que lo lastimaban como un puñal afilado al centro de su pecho, y tuvo que indagar sobre la información que siempre fue de su dominio.

—¿Nunca volviste a casarte? ¿Por eso has regresado y te haces llamar la duquesa de Hayden? —Se preguntó si por tal razón jamás dio con registros de ese matrimonio fantasma que alguien usó para tapar la ausencia de su madre. ¿Habría sido su tía? Negó con la cabeza muy atormentado—. Tía Imogen fue como una madre para mí, ¿por qué mentiría toda mi vida?

—Tal vez ella también cayó en el engaño de alguien más. O quizás siempre me odió, tenía un cariño enfermizo por su hermano, lo idolatraba. En el testamento de tu padre, yo era la única responsable de velar por ti y tus bienes hasta que alcanzaras la mayoría de edad. Él murió antes de poder cambiarlo. Imogen, esa hiena, no pudo soportarlo. No después de todas las acusaciones en mi contra que llevaron a tu padre a la tumba. Pero tampoco lo perdonaré a él, ni lo pondré en el papel de víctima. Si tu padre tuvo la osadía de no creer en mi palabra, para mí ya no vale nada.

—¿De qué estás hablando? —Valentine sintió que la cabeza le daba vueltas y apenas había probado el *whisky.* Se puso de pie porque la energía que arrasaba su cuerpo ya era inaguantable. La furia que lo sacudía le dolía tanto—. La señora Holt me dijo que mi padre cortejó a varias, pero que esa temporada eligió para esposa a la debutante menos probable: tú. Y que pasaron cosas terribles, que no le pagaste bien y que el dolor y la decepción se lo llevaron de este mundo. Me dijo que siempre que aparecías traías desgracias y que mi tía debía obligarte a marcharte y replegarte en dónde permaneciste escondida todo este tiempo.

—¡Fue una alcahueta de tu tía, siempre! —lanzó con las lágrimas colgando de sus ojos, a nada de desbordarse. Sentía tanta rabia —. La ayudó a salirse con la suya y va a pagarme con creces su deslealtad. Me traicionó, yo era la duquesa de Hayden, me debía fidelidad. La historia no es como te la contó la adepta de Imogen.

Ella está envenenada en mi contra, seguro tu tía le dio la versión donde yo soy la villana del cuento. Sí, yo era muy hermosa a los dieciocho años, pero mi belleza fue mi perdición. Mi padre era un buen hombre, un clérigo. La familia dueña de las tierras donde él servía se prendó de mis dulces maneras y mi belleza y decidió apadrinarme para que tuviese un futuro más brillante. Mi benefactora escudriñó mi árbol genealógico y encontró que estaba emparentada con sangre noble, aunque mi parentesco era tan complicado como para no tomarlo en cuenta. Pero a ella le bastó y procuró mi ingreso en English Roses School. Como no tuvo hijas, fue la más feliz cuando gané el Premio Cumberland y me casé con tu padre. Mi benefactora fue la madre de Richmond. Mi madre creyó que era mi buena fortuna, pero fue mi maldición. Mis progenitores murieron sin saber que mi posición y mi riqueza solo me traerían desgracias.

—No es por desmerecer tu esfuerzo ni tus virtudes, pero conoces cómo funciona el premio. ¿Y si fue un ardid para permitir que la joven apadrinada por la duquesa de Richmond, en ese entonces, aspirara a una mejor posición? —Las maneras de llevar la escuela jamás habían cambiado.

—Eso qué importa ahora, Valentine. No es nada frente a lo que me hicieron. Me robaron mi vida. —Se quebró en un llanto desbordado—. La antigua duquesa de Richmond quiso un futuro para mí, no sabía que sembraba las bases de mi tormento. Como sea, los Richmond volvieron a cruzarse en mi camino para salvarme, al duque lo conozco bien, y le creo. Él me rescató. Estaba sin noticias, desesperada y viendo cómo los guardias que mantenía tu tía para no dejarme salir de la propiedad se marcharon sin explicación. Estaba dispuesta a regresar a Londres, pero temía que las amenazas de Imogen se hicieran realidad. Cuando Richmond me reveló que Imogen jamás cumplió su palabra y quise vengarme, ella ya no estaba viva.

—¿De qué amenazas estás hablando?

—La señorita Sable…

—¿La señora Sable?

—Esa víbora ponzoñosa se hizo pasar por mi amiga. Tarde me di cuenta de que solo anhelaba quedarse con todo lo que yo tenía: el ducado, tu padre… Estuvo a punto de comprometerse con tu padre cuando él reparó en mí y se enamoró de inmediato. La señorita Sable no pudo soportarlo y preparó una situación muy comprometedora para destruir mi matrimonio. Durante unas festividades que se celebraban en la finca familiar ocurrió lo impensable. Debió poner algún somnífero en mi bebida, porque lo último que recuerdo es que ambas tomamos el té.

—Sigue. —Claro, la arpía Sable debía estar detrás. ¿Por qué no lo sorprendía?

—Cuando desperté estaba en la cama de otro hombre y tu padre apareció como invocado por el demonio para presenciarlo. Por más que negamos cualquier relación entre ambos, tu padre no nos creyó. El caballero tenía fama de libertino y, aunque yo era el blanco, a la perpetradora de este acto vil no le importó que él resultara perjudicado como daño colateral. Al siguiente día hubo un duelo, que por fortuna no terminó en desgracia. Mi vida fue un infierno a partir de ese momento. Tu padre jamás volvió a visitarme en mis aposentos. No obstante, con paciencia, yo trataba de aplacarlo, de convencerlo de mi versión de los hechos: la única verdad. En menos de un mes descubrí que estaba embarazada de una de las últimas veces que dormí con tu padre.

—¿Qué sucedió con ese embarazo? —preguntó con el alma destrozada por todo lo que estaba escuchando.

Aunque la señora Holt ya había sembrado su veneno, él no podía ver a su madre como una mentirosa, que solo buscaba destruirlo. Él le creía. Se llevó una mano a la cabeza y los recuerdos de aquella etapa gris de su vida le llegaron en ráfagas: las discusiones entre sus padres, los gritos…

—Tu padre creía que mi embarazo era fruto de mi infidelidad. Tras descubrir mi gravidez, lejos de sosegarse se volvió más

irascible. No hubo posibilidad de reconciliación. Me envió a la finca familiar a las afueras de Londres y comenzó a preparar mi castigo. Me dio un plazo para mandarme lejos y compró una propiedad en los confines del reino. No iba a permitir que nuestra criatura naciera siendo legítima. Creí que solo eran amenazas, aún confiaba en él.

Ella tuvo que hacer una pausa para sostener su corazón con un sufrimiento amargo en su semblante. Valentine entendió que la duquesa había amado demasiado a su esposo y que nunca esperó el desenlace que estaba por relatar.

—Continúa, por favor —suplicó desesperado.

—Supongo que tu padre estaba atormentado, destruido… Tardó meses en reaccionar. Cuando volvió con mi sentencia yo estaba a punto de dar a luz y la pequeña nació sin nada que pudiese frenarla. Él se negó a darle el apellido y los privilegios que le correspondían como su hija, pero yo me adelanté y hubo testigos del nacimiento… Se puso iracundo al entender que tendría que reconocerla. Cuando me opuse a su decisión y me defendí porque era y soy inocente, tu padre falleció en medio de un arranque de furia. Como en toda familia de la aristocracia lo turbio se esconde. Se dijo que murió del corazón sin más explicaciones.

—Por Dios, ¿será ella? —La duda lo golpeó junto a un dolor insoportable en el estómago. Asqueado, sintió náuseas, ganas de vomitar. Su mente no podía pensar en nada más.

—Fueron días de confusión, pero yo sabía que debía ocuparme de registrar a mi hija y lo hice antes de que las amenazas de tu padre fuesen cumplidas por alguien más. Semanas después, cuando llegó la lectura del testamento, Imogen no pudo soportar que me dejara al frente, más creyéndome culpable. Así que ella se encargó de cumplir la última voluntad de tu padre. Con ayuda de sus esbirros me quitó a la criatura, me metió en un carruaje y me refundió en una finca olvidada en Escocia. Y solo he conocido mi libertad hasta ahora, tras ser rescatada por Richmond.

—¿Dónde está mi hermana? —Puso énfasis en la última palabra. Todo el amor que le tuvo a su tía se transformó en resentimiento. ¿Cómo pudo ser capaz?

—Es lo mismo que yo me pregunto, Valentine. Le juré una y mil veces que si la dañaba estaría maltratando a su propia sobrina. Le aseguré que era la hija de su hermano y que el tiempo y el parecido físico se lo demostrarían. En ese momento, me amenazó, me dijo que si volvía a Londres gritaría a los cuatro vientos que Bonnie era una bastarda.

—¡¿Bonnie?! —Él palideció, se llevó la mano al corazón presa del suplicio que vivía.

—Cuando nació era tan bonita. Bonnie fue lo primero que dijo el doctor al recibirla, era escocés. Y quise que ese fuera su nombre.

—Oh, madre, no puede ser. —Su mente había atado los cabos, pero estaba tan asombrado que no podía revelarlo en voz alta—. ¿Por qué al llegar a Londres no me buscaste? ¡Demonios! ¡Soy tu hijo! Te habría apoyado.

La duquesa lo vio tan mortificado que su corazón endurecido también fue sacudido, necesitaba abrazarlo desesperadamente, pero aún el rencor hacía mella en ese impulso.

—¡Esperé con ansias a que fueras mayor y te preguntaras por mí! ¡Confiaba en que mi poderoso y amoroso Valentine iba a liberarme algún día de mi prisión! Sin embargo, nunca me buscaste. —Su voz más que rota estaba despedazada.

—¡Te equivocas, siempre lo hice! —soltó como un lamento, como un alarido—. Pero no había pistas de tu paradero. No poseemos ninguna maldita propiedad en Escocia. Padre debió ponerla a nombre de alguien más. Incluso mi amigo Fred esculcó la habitación de mi tía y yo su despacho en la escuela. No encontramos nada.

—Llegué a Londres rescatada por Richmond.

—El maldito seguro averiguó dónde estabas. La señora Sable era muy cercana a mi tía. Dudo que tuviesen secretos.

—Cuando le pregunté por mi hija, a quien yo creía en su posición, descubrí que su lugar jamás fue ocupado por nadie. Me dijo que, tras la muerte de tu padre y el luto de rigor la familia volvió a la casa de Londres solo compuesta por ti e Imogen; que de mí se dijo que me desposé otra vez. Richmond me aseguró que eras un hombre amargado e intratable y que sí, la señora Sable le dio señas de mi paradero. Él se enfadó mucho con su cuñada por no revelarlo antes. Me quedé con ellos, los Richmond eran los únicos que podían restaurarme en mi posición. Asumí que ya no me querías, que creciste creyendo que yo era una adúltera y que jamás ibas a perdonarme.

—Eso último… Quizás sí lo creí, también de mi padre. Fue el discurso de mi tía por muchos años. Me dijo que él te fue infiel en algún momento del matrimonio. Pensé que por tales motivos la traición corría por mis venas.

—Nunca supe de ninguna infidelidad de él. Nos amábamos. Éramos leales el uno con el otro, buenos padres, cariñosos, hasta que alguien nos tendió una trampa y a él se le envenenó el corazón. Tu tía era una mujer obsesionada con su hermano y con el poder del título, tampoco quiso creerme, le era más fácil cerrar los oídos ante mis reclamos y ponerse al frente del ducado hasta que pudieses tomar las riendas.

—Madre, creo saber dónde está Bonnie.

—¿Estás seguro? Habla, te lo suplico.

—¿Qué edad tendría ella ahora?

—Acaba de cumplir veintidós.

—¡Oh, por Dios! —La abrazó conmovido y ella se dejó refugiar entre sus brazos. Dos lágrimas gruesas cayeron por el rostro de Valentine, mientras en su interior, iba creciendo la ira hacia quien les causó un daño tan grande—. Creo que mi tía siempre dudó de si existía una posibilidad de que Bonnie fuese hija de mi padre, y sí, la

vida debió confirmárselo. Ella es su vivo retrato. Bonnie vivió con nosotros hasta que tuvo unos cinco años, siempre en las sombras…

La duquesa casi pierde el conocimiento al escuchar sobre la hija que creía perdida y Valentine interrumpió sus palabras para socorrerla, limpió las lágrimas de sus ojos y las perlas de sudor sobre su frente.

—Mandaré a pedir un vaso de agua fresca.

Ella lo retuvo por el brazo.

—Continúa, hijo, te lo ruego.

—Al menos prueba el té, aunque ya debe estar frío, no puedo verte languidecer y quedarme de brazos cruzados.

—Lo hago, pero dime todo lo que sepas de tu hermana. —Ella bebió con delicadeza. Se sentía muy fatigada.

—A los cinco años se la llevaron a la finca familiar y allí creció como la protegida de mi tía, una huérfana a la que ella le dio hogar y refugio. Yo la veía todos los veranos y las ocasiones que pasaba en el campo. Siempre supimos que éramos hermanos. Lo que se nos dijo fue que era la bastarda de mi padre y que debíamos guardar en secreto su identidad. Supongo que no nos dio la versión de que era tu hija ilegítima porque no hubiese sido lógico que la abandonaras con la familia de tu esposo. No sé. Pero, cuando Bonnie cumplió la edad correspondiente entró a English Roses School y salió como una señorita con una dote y una reputación intachable. Ella ganó el Premio Cumberland en su debut.

—Oh, mi querida Bonnie. ¿No sabe que soy su madre?

Valentine negó y abrazó más fuerte a la duquesa que se perdía en un mar de llanto desconsolado.

—Está viva, madre, está bien y es una buena persona.

—Necesito verla —sollozó.

—Mañana haré que la traigan temprano. Ahora ve a descansar. Tu habitación ya debe estar lista.

—Hijo mío… Perdóname. —Besó su frente, sus mejillas, lo empapó con sus lágrimas—. Perdóname, te lo ruego. Te fallé. Debí lograr escapar una de las tantas veces que lo intenté sin éxito.

—No tengo nada que perdonarte, madre. Al contrario, haré justicia en tu nombre. Mi tía ya no está, pero Holt y Sable pagarán sus ofensas. Y Bonnie será restaurada a su posición, no descansaré hasta lograrlo.

—También te pareces a él, mi querido Valentine, no dejes que la ira te ciegue. Es mejor ser gobernado por la calma que por la tempestad.

—Lo intentaré, madre, pero solo después de cobrarle la cuenta pendiente a quien es responsable de condenarnos a pasar tantos años separados.

La percibió frágil entre sus brazos, pero un suspiro confirmó que volvía a sentirse en casa, en un hogar, en familia. Él se sentía exactamente igual. Besó la frente de su madre y se sintió más poderoso aún. No permitiría que volviesen a dañarla.

—No puedo irme a descansar, ni, aunque quisiera podría cerrar los ojos. He tenido demasiado tiempo para meditar a solas. Quédate un rato más conversando conmigo. Quiero saberlo todo, todo lo que me perdí durante estos malditos años. ¿Y vas a casarte? Por Dios, hijo mío, casi también me pierdo tu boda, mis nietos… Gracias a Dios ya estás de nuevo en mis brazos…

—Me quedaré contigo, también quiero saber más sobre lo que nos ha mantenido separados. Pero, pediré que te traigan otra tetera, esa tila ya está helada…

Valentine se marchó unos minutos y no tardó en regresar con su madre. Rieron, lloraron y se demostraron cuánta falta se habían hecho.

Cuarenta minutos más tarde, unos tímidos toques sobre la puerta los alertaron.

—Creo que Rusell ha venido a pedir permiso para retirarse. No podemos seguir condenándolo a permanecer trasnochado, como nosotros —le dijo con dulzura la duquesa.

—No es solo Rusell.

El mayordomo anunció a la señorita Langley y la duquesa se puso de pie llevándose una mano al corazón.

Valentine tomó aire y trató de poner al corriente a su hermana de las novedades, sin abrumarla demasiado con los detalles. Los ojos de Bonnie se inundaron de lágrimas y antes de poder terminar de asimilar todo, ya tenía los brazos de la duquesa abrazándola con fuerza, por todos los años que no pudo hacerlo.

—Madre —susurró la joven muy conmovida—. Por el amor de Dios, madre. No puedo creerlo.

Fue una larga, larga noche.

32

Amada Ettie:

Te escribo estas líneas para que sepas que estoy bien. Me abrumó ver tu semblante de preocupación anoche en el baile. Mi madre y yo nos reconciliamos, si es que había algo que reconciliar. La historia de mi vida, la que yo no conocía era más turbulenta de lo que imaginé. Ella no se casó con otro y menos me abandonó. Fue víctima de una estratagema vil de una maldita cucaracha que estoy dispuesto a aplastar esta misma mañana. Quiero que estés conmigo cuando lo haga porque tú también mereces ser parte de mi acto de justicia. Te espero hoy en dos horas en English Roses School. No faltes, ya le he escrito a tu hermano para que también te escolte.

Necesito limpiar cualquier imagen distorsionada que Pembroke se haya hecho de la reputación de mi madre y la mía. Espero que aún me siga considerando digno de ti, y que, si su confianza en mis méritos mermara, al menos me dé la oportunidad de ser merecedor de ser tu compañero de vida. Porque esta boda ya nada puede detenerla. Esta misma mañana he tenido una importante reunión con el arzobispo de Canterbury para solicitarle su apoyo en un asunto familiar que de no resolver oportunamente podría empañar nuestro futuro.

He aprovechado para solicitar una licencia especial. Nos casaremos en dos días. Mandaré todo lo que estorbe al demonio y me dedicaré a ser el hombre más feliz del mundo a tu lado. Te amo, te amo, te amo…

Y siendo correspondido con la fuerza apabullante que pones en cada entrega, me siento el hombre más poderoso en la faz de la tierra.

Tuyo siempre, Valentine.

Ettie dejó el papel sobre su secreter y corrió a buscar su capa, mientras instaba a su doncella para que trajese su ridículo. Bajó las escaleras y preguntó por su madre para darle aviso de que pensaba salir. Lo que encontró la dejó boquiabierta.

La carta llegó con doce ramos de rosas rosadas tenues, pero muy olorosas provenientes del invernadero de la marquesa de Bloodworth que llenaron el salón de recibir. Junto a estos había otros jarrones con lirios, hortensias, gardenias, claveles. Llevaban notas descorazonadas de caballeros que bailaron con Ettie la noche anterior y que albergaban esperanzas de ocupar el lugar de Hayden, si la familia de Ettie rechazaba al duque.

Ella olió las flores de su amado y se quedó mirando a las otras sin poder entender.

—¿Qué es todo esto? —le preguntó a su madre que curioseaba las tarjetas de los ramos.

—¿Y tú a dónde vas? —inquirió alarmada.

—A la escuela. Valentine me ha citado. También a mi hermano. ¿Mamá, has visto a Bradley hoy?

—Sí, en el desayuno y después me lo crucé varias veces. Llevaba prisa. Y pues, la invasión de flores en nuestro salón se debe a que parece que la revelación de tu compromiso ha dejado varios corazones despedazados. No sabía que habías despertado la ilusión de tantos caballeros.

—No creo que sea amor sincero, mamá, ni siquiera me conocen bien. No pueden afirmarlo por bailar una pieza conmigo. ¿Acaso el título de ganadora del concurso o el dinero del premio anula la capacidad de esos hombres de tener criterio propio? ¿Una leyenda sobre mi frente me convierte en el objeto de deseo?

—Así de frívolos son, querida —intervino Daisy que se acercó a admirar las flores—. Todos quieren presumir a una ganadora del premio como su flamante esposa. Por suerte, tu duque fue más listo que esos idiotas y se declaró de un modo tan romántico que anuló los intentos de tus supuestos admiradores.

—Pobre del duque. —Patience suspiró compadecida—. ¿Por qué su madre le hizo tal desaire en el baile? No entiendo nada.

—Pronto entenderemos, por ahora solo sé que ya se reconciliaron y que Valentine está feliz de tenerla de vuelta.

Daisy sonrió complacida al escuchar la noticia.

—Bendito sea el Creador —expresó Patience reconfortada llevándose la mano al corazón. Afortunadamente, esta mañana revisé los diarios más importantes y todos hablan del baile, de la ganadora del concurso y a la duquesa la mencionan en un pequeño apartado, solo para referir que entregó el premio.

—En publicaciones previas ya lucraron con su imprevisto regreso —dijo Daisy—. Ya no es novedad.

—Daisy, ¿has visto a mi hermano? —Aprovechó Ettie para preguntarle—. Hemos sido convocados a English Roses School.

—Acabo de dejarlo en el recibidor, estaba solicitando al mayordomo que dispusiera de un carruaje para salir.

Ettie corrió, mientras se anudaba los listones de la capucha de su amplia capa. Cuando llegó ante la puerta de la entrada principal para pedirle al mayordomo que le dispusiera un carruaje, su hermano estaba haciendo lo mismo.

—¿Vas a English Roses School? —lo abordó de modo atropellado.

—Deberías quedarte. No sabemos qué trama tu prometido.

—Bradley, no soy de las que esperan…

—Supuse que algo así dirías. Quizás debería reprenderte por perderte durante la recepción de los Cumberland. Y yo creyendo que sufrías en el tocador por el incómodo vestido. Daisy me hizo ver lo equivocado que estaba. Gracias a Dios, así podemos salvar tu reputación antes de que tú misma te encargues de destruirla —añadió con el ceño fruncido.

—Si retas a duelo a mi prometido, me corrijo, al amor de mi vida, jamás te lo perdonaré. Deja esas maneras arcaicas de

caballeros. Tampoco fuiste un santo. ¿Olvidas por qué te casaste sobre un barco con mi querida cuñada?

—¿Cómo sabes que había un motivo?

—Ustedes son poco discretos, y siempre se vanaglorian de sus aventuras. Yo también vivo en esta casa. —Se alzó de hombros—. No es que quiera escucharlos todo el tiempo derramar su miel el uno sobre el otro, pero son incorregibles…

—Por Dios —dijo avergonzado de qué tanto habría escuchado. Pero Ettie tenía razón—. No soy un hipócrita. No retaré a Hayden a duelo, si como me ha asegurado en su misiva se casa contigo en dos días. Le aplaudo que haya pedido sin falta la licencia especial.

—Ahora, vamos. Por favor.

El mayordomo anunció que el carruaje estaba listo y los hermanos no tardaron en introducirse al amplio cubículo y ponerse en marcha.

Al arribar a la escuela, Ettie sintió un escalofrío recorrerla. Era la primera vez que volvía como ganadora del premio. Las reminiscencias de los recuerdos que tenía de aquel lugar jamás podrían borrarse, los buenos y los malos, serían parte de la memoria de aquella enorme edificación.

Un lacayo los recibió, ya los estaban esperando. Ettie y Bradley intercambiaron una mirada llenos de intriga, pero no dijeron nada cuando fueron conducidos a una sala que usaban los maestros para las reuniones con la directiva de la institución.

Notaron que unos lacayos estaban colocando unas maletas fuera de la estancia, como si alguien estuviera a punto de partir.

Situados en una mesa oval estaban la señora Sable, la señora Holt, la señorita Langley y hacia los extremos permanecían el duque y su madre. Las miradas de estos dos eran despiadadas, pero entre sí, estaban dirigidas a Sable y Holt.

Cuando fueron anunciados, el duque se puso de pie y les indicó que tomaran asiento junto a la señorita Langley y no tardó en intentar develar la razón por la que estaban allí.

—¿Acabarán ya con este secretismo? —se atrevió a interrumpirlo la señora Holt cuando él apenas despegó los labios.

Valentine casi la incinera con la mirada. Se notó el esfuerzo que empleó para continuar, sin contestarle como se lo merecía.

—La señora Sable abusó de su situación de poder y puso un traspié después de otro a mi futura esposa, les he citado aquí para que tenga la decencia de pedirle disculpas. En cuanto nos casemos quedará subordinada a Ettie, y más vale comenzar a poner cada cosa en su lugar. Ettie, como corresponde a la tradición de mi familia, será la máxima autoridad de English Roses School. Y podrá contratar, despedir o hacer los cambios que considere apropiados.

Los ojos de la señora Sable casi se salen de sus cuencas. Entre toda la rabia que sentía por saberla vencedora, olvidó ese pequeño detalle.

—Excelencia, ¿me está dando a entender que si no le pido perdón a lady Henriette mi posición en la escuela pende de un hilo? —La altanería podía percibirse en su voz. Hasta ese momento creyó que la citaron por sobornar al lacayo que vio a Hayden con la señorita Langley, sirviente que fue despedido. Incluso, desde que Richmond le avisó que Hayden ya lo sabía, ensayó el discurso que usaría para convencerlo de su inocencia.

Ettie y su hermano volvieron a mirarse, el rostro de Bradley estaba más serio aún, como si ardiera en deseos de hablar; pero como hombre sensato decidió esperar. De refilón alcanzó a ver que la duquesa de Hayden apretó con fuerza su pañuelito hasta que sus nudillos quedaron blancos.

—No, no entiendo por qué ha sacado esa pésima conclusión. —El sarcasmo en la voz de Valentine era como una daga cortante—. Sus maletas la están esperando a las puertas de la sala de reuniones, aquí no la queremos más. Ya ha abusado muchos años

de nuestra hospitalidad. Para una ruin escoria, que se atrevió a traicionar a mi madre y urdir un plan macabro para que mi padre creyese que su amada esposa le había sido infiel, no hay sitio bajo nuestro techo.

Los que desconocían del tema se quedaron helados. La señora Holt se llevó una mano a la boca, quizás era la única que estaba algo informada, además de Valentine, su madre y la arpía. Pero no sabía que Sable fue responsable de preparar una treta para que Claire quedase como adúltera.

Una falsa sonrisa abandonó los labios de Sable, como si recordar esa victoria que mantuvo por varios años la dotara de satisfacción.

—Acusaciones sin fundamentos de una adúltera que no merecía nada de lo que robó: el premio, el título, el marido, la posición… —agregó con desdén poniéndose de pie, dispuesta a huir—. Su madre miente.

La duquesa se le acercó antes de que alcanzara a abandonar la sala. La palma de Claire se impactó en la cara de la arpía con todo el peso de un rencor añejado por el paso del tiempo. Sable se tambaleó y mientras intentaba recuperar el equilibrio, se llevó una mano al sitio del golpe.

Ettie sintió un leve apretón de su hermano sobre su brazo. Volvieron a mirarse y continuaron concentrados en no perderse nada de lo que estaba ocurriendo.

—Maldita perra, ni siquiera en nombre de la amistad que te brindé y que tú fingiste fuiste capaz de tener clemencia con los míos y conmigo. El hombre que supuestamente amabas murió del corazón, con el espíritu destrozado y envenenado de resentimiento. Condenaste a mi hijo a crecer sin su madre, y a mi hija…. —Tomó una fuerte inhalación para reunir el valor de continuar—: Y condenaste a mi hija a crecer como una bastarda sin los honores que legítimamente le corresponden.

—Señora Sable no se detenga —continuó Valentine sardónico—, afuera está su equipaje. Le aconsejo que se suba a un carruaje y le pida al cochero que conduzca a los caballos hasta la estación de tren. Tiene las horas contadas para abandonar Londres. Mañana todos los diarios relatarán su funesta proeza, si no elige probar en carne propia como se siente el destierro. Si se queda su reputación será arruinada y tendrá que hacerle frente al ostracismo social. Me encantará ver si sus hermanas y sus esposos le seguirán tendiendo sus manos después de leer todo lo que saldrá esclarecido en las publicaciones.

—¡Nadie va a creerles! —soltó la señora Sable un grito ahogado con el rostro pálido ante las amenazas—. Seguro solo saldrá en el periodicucho de su cómplice el señor Banes. Perderá credibilidad cuando mis excelentes conexiones lo refuten. Pertenezco a la nobleza, soy la hija de un vizconde, tengo una hermana condesa y la otra duquesa.

—Enviaré información muy detallada a los diarios más importantes de Londres, incluido el de mi amigo. Sé que todos arderán en deseos de ver como el dinero les entra a raudales con tan magnífica historia —explicó Valentine con perversa calma, simulando serenidad—. Usted ama la temporada social y Londres, por mi cuenta queda que jamás pueda regresar a convivir ni con sus conexiones, ni con su familia.

La señora Sable salió corriendo llena de humillación tras darle una última mirada a Ettie, quien negó con los brazos cruzados.

Ante tal escenario, la señora Holt muy ofuscada se puso de pie.

—Yo… —intervino la señora Holt temiendo que su turno seguía en aquella junta para reprenderlas—. Excelencia, yo desconocía que la señora Sable urdió semejante plan retorcido para perjudicar a su familia. Solo tuve referencias dadas por su tía, que en paz descanse, sobre la infidelidad de su madre, algo que lady Imogen creía verídico.

—Prudence —le llamó la duquesa por su nombre de pila, en el pasado fueron amigas—. Te imploré mil veces tu apoyo, te reiteré que esas acusaciones en mi contra eran mentira. Mientras el cerco se cerró cada vez más atrapándome dentro, tomaste partido por una Imogen confundida y llena de odio hacia mí, manipulada por las argucias de la señora Sable. No quiero que te quedes. Tu tiempo como directora de English Roses School ha caducado. Y antes de que mi futura nuera tome posesión de su nueva responsabilidad al frente de la escuela, haré una última acción con lo que queda de mi mandato. Te irás como la señora Sable, sin cartas de recomendación y sin honorarios. No nos pongas en tus referencias porque no diremos nada bueno de ti. Date por satisfecha con que no ventilaremos tu traición ante la prensa. Tu cargo de conciencia será tu mayor verdugo.

—No me preocupa el dinero, gracias a Dios tengo suficiente para vivir sin trabajar… —Las lágrimas cayeron de sus ojos.

—Por supuesto que no le preocupa, señora Holt —intervino Valentine—. En vida de mi tía usted fue más que generosa con su propio bolsillo. Mi tía estaba tan ocupada con hacer alianzas, retener a mi madre y preservar el buen nombre de la escuela que olvidó vigilarla con las cuentas. Pero cuando las revisé no me cuadraban, y cuando la cité para confrontarla, usted prefirió llevar a la casamentera para buscarme esposa. ¿Creyó que con eso iba a ganar tiempo y despistarme? Jamás quito el dedo del renglón.

—Devolveré hasta la última libra, haré penitencia, pero no me obliguen a marcharme. Yo no sabría qué hacer con mi vida sin la escuela, sin estos pasillos, sin las estudiantes… Ganaré palmo a palmo la confianza que he perdido.

—Es tarde para eso, Prudence —señaló la duquesa—. Tus requerimientos no son nada frente a lo que mis hijos y yo soportamos. No supe cómo vivir sin mis niños, sin saber si comían, si alguien les leía un cuento antes de dormir, si los cuidaban con amor cuando enfermaban… El dolor y la desesperación de una madre… Las carencias que enfrentaron mis hijos… Créeme, no se compara

con tus ambiciones como directora de la escuela más prestigiosa de Londres. Tu momento ya terminó. Vete por tu propio pie, evítanos la necesidad de echarte.

Secando sus lágrimas con el dorso de la mano, la señora Holt les dio una última mirada a los presentes y se escurrió por la puerta para nunca volver.

—Ettie, ¿por qué no me dijiste que esa profesora te acosaba? No lo hubiese permitido —aseguró Bradley apretando de nuevo su mano.

—Prefiero pelear mis propias batallas —contestó la interpelada y su hermano sabía que era cierto.

—Su excelencia, lamento todo el sufrimiento que ha tenido que pasar —le dijo Bradley a la madre de Valentine, poniéndose de pie y acercándose a ella.

—El egoísmo a veces no conoce límites, milord —expresó la duquesa—. Espero que nuestra penosa situación no lo haga rechazar a Valentine, mi hijo me ha confesado el gran amor que siente por su hermana.

—Son circunstancias muy complicadas, no lo voy a negar. Pero mi familia también ha navegado en aguas agitadas, sé que cuando hay una verdad irrefutable, siempre hay cómo hacerla flotar para que todos la vean —concedió Bradley—. No les retiraré mi bendición a Ettie y a Hayden. Al contrario, pelearé hombro a hombro sus batallas.

—Las condiciones de mi hermana serán restauradas, hay una investigación abierta para esclarecer la realidad de su nacimiento, su origen y su verdadero apellido —se adelantó Valentine—. Hay testigos y documentación irrefutable… La verdad siempre sale a la luz. Mi tía era difícil de entender, la sangre era importante para ella. Trató de ocultar a Bonnie del mundo, pero la mantuvo cerca, en las sombras. Supongo que la duda siempre la atormentó de si era hija de mi padre o no. Si, tal vez, aunque «mi madre hubiese yacido con otro hombre», el verdadero padre era su hermano, no podía dejarla

a su suerte. Por lo que se encargó de darle educación e insertarla en la sociedad. Con el paso del tiempo, debió ver en Bonnie los rasgos de nuestro progenitor. Los Langley nunca existieron, fue una falacia que inventó con ayuda de sus conexiones.

—Les deseamos lo mejor y que lo logren lo más pronto posible —aseguró Bradley—. Estaremos de su lado en esta dura contienda. Quien se atreva a juzgarlos en mi presencia, recibirá todo el peso de mi rigurosa crítica. Ahora, creo que Ettie y yo debemos retirarnos. Seguramente querrán hablar, es tan reciente todo.

—Me permites unos minutos a solas con Ettie, Bradley —pidió Valentine y ella no pudo estar más de acuerdo—. Creo que ya somos familia, podemos tutearnos.

—Por supuesto, Valentine —aceptó Bradley—. Pero, ¿no quieres compartir tus escasos momentos de soltería con tu madre y tu hermana?

—Mi madre y mi hermana —repitió— casi no dejan espacio para mí en la conversación y Ettie y yo estamos a dos días de casarnos… Tenemos todavía mucho sobre lo que necesitamos hablar.

Pembroke exhaló con fuerza y sintiéndose el hermano más alcahuete de todos, dijo:

—Más que eso, haré una excepción, la dejaré quedarse un rato y puedes llevarla más tarde a casa. Deberían aprovechar para dar un paseo por el Serpentine, sean cuidadosos para no levantar más especulaciones. Aunque, la verdad, ya no me importan. Solo les queda dos días para ser oficialmente marido y mujer, lo que callará la boca de todos los entrometidos que finjan escandalizarse. Tengan un cortejo decente al menos por cuarenta y ocho horas, disfruten del compromiso que está al extinguirse como una estrella fugaz. Cuando menos lo imaginen, tendrán las responsabilidades de un matrimonio sobre los hombros. Ettie, te doy permiso para hacer una locura, quiero que vivas tu romance sin tantos contratiempos, ríe, enamórate, sé feliz… Porque nada me dará más felicidad. Eso sí, Valentine, sean discretos. Imagino que sabrás cómo cuidarla, no

dudo que para ganarte su corazón hayas sido más que osado; de lo contrario, Ettie no lo habría depositado en tus manos.

—Cuenta con eso —dijo Valentine sin poderlo creer.

33

Valentine le extendió la mano y Ettie la tomó hasta aproximarse al carruaje. Sabían que lo mejor de sus vidas estaba por llegar.

—Estoy tan feliz por ti, por tu madre, tu hermana… —le reveló al fin.

—Ven. —Su voz sonó más grave, cuando la invitó a su lado del cubículo.

Ella no tardó asaltarlo, y rodearlo con sus piernas mientras el vaivén de las ruedas del carruaje hacía maravillas con el movimiento, ocasionando que sus cuerpos se refregaran de un modo enloquecedor y excitante. Valentine la afianzó por la cintura, seductor y varonil.

—¿No estás adolorida por anoche?

Ella negó con el deseo coloreando de rosado sus mejillas, no era pudor su sonrojo.

—No pienso en otra cosa que en nuestra luna de miel. Al fin solos, sin necesidad de dar explicaciones, sin escondernos.

—Mi mujer, mi duquesa… Bésame, tenemos permiso para portarnos mal. De todos modos, pretendía hacerlo, aunque no nos dieran autorización —le susurró con la voz ronca sobre los labios.

—Te encanta el poder, mi duque gruñón. «Mi… Mi… Mi…». ¿No sabes decir otra cosa? —lo retó juguetona.

—¿Me has llamado «mi» duque? Eso tampoco te deja tan bien parada ante tus reclamos.

—Es una cucharada de tu propia medicina. Tener a un duque gruñón como prometido obliga a desplegar cierto ingenio. De lo contrario, te saldrías siempre con la tuya.

—Ahora quiero besarte, damita mimada, rebelde y desafiante. No tengo intensiones de llegar al Serpentine.

Las manos de Valentine exploraron por debajo de la falda, acariciando los fuertes muslos que se aferraban a sus piernas.

—Podías haberme besado en la escuela, genio. Hay suficientes pasadizos para hacer travesuras. ¿Te emociona más en el carruaje? —continuó tratando de llevarlo al límite.

—Voy a llevarte a un lugar, a uno donde tengo mi propio lago, a uno donde nadie se atreverá a molestar; incluso si nos quitamos la ropa y hacemos indecencias en una manta sobre el verde pasto.

Se abrazaron con más fuerza cuando los dos se quedaron sin palabras. Los turgentes pechos rebotaban contra los duros pectorales masculinos. Sus ojos se contemplaban con una necesidad apremiante. Sin remedio, y espoleados por la pasión, sus bocas no tardaron en colisionar como dos barcos en medio de una tormenta. La lengua cálida y húmeda del duque saqueó la dulzura de los labios de Ettie. Casi se quedaron sin aliento, y cuando ya no podían más de deseo, ella murmuró tras rozarle la nariz con la suya.

—Tómame ahora, Valentine.

—¿Ahora, mi amor? ¿Aquí?

—No te comportes como un inocente remilgado, ya sé de lo que eres capaz.

—No es eso. Por Dios —jadeó cuando ella presionó contra sus abultados pantalones, tratando de refregarse contra la protuberancia masculina—. Temo que no estés lista y no quiero lastimarte. Antes hay que jugar un poco más.

—Pruébame.

Valentine la subestimó, creyéndose más experimentado y le advirtió tratando de contenerse para no complacer sus demandas en el acto.

—Antes hay que prepararte, no quiero lastimarte. —Quería besarle los pechos, su deliciosa intimidad, hacerlo satisfactorio, enloquecerla. Al sitio donde pretendía llevarla podría desnudarla entera, moría por verla sin nada de ropa.

—Hazlo ahora, mi amor —lo tentó. Valentine la vio tan ruborizada por las ganas bullendo en el vértice entre sus piernas, donde la dura y rígida hombría golpeaba con cada agitación del carruaje, que no pudo resistirse—. No creo que pueda esperar. Podemos jugar en un rato más, en ese sitio al que pretendes llevarme.

Él tragó la saliva que se acumuló en su boca al sentirse instado por su joven amante. Con sus manos recorrió su cuerpo con urgencia, hasta subir a sus pechos confinados en su cárcel de tela y ballenas. Dejó un reguero de besos sobre el nacimiento de su escote y, tras batallar con el corsé logró aflojarlo lo suficiente para que los senos cremosos deleitaran sus ojos. Se embebió de ellos, los amasó sin prisa y se metió uno de los pezones en la boca, poniendo a Ettie a gemir sin tardanza. Demostrando cuán terco era, sabía que ambos disfrutarían más si lograba llevarla a un punto casi enajenado de excitación.

—¿Te gusta? —Era la primera vez que él prodigaba tal atención a sus pechos, los degustó como quiso, succionando los pezones, mordiéndolos sin llegar a lastimarla, solo estimulando lo suficiente para que ella disfrutara más.

—Creo que sí son necesarios esos juegos preliminares, son maravillosos, por todos los cielos —disparó con la voz afectada por el deseo.

Valentine sonrió queriéndola más por sus ocurrencias. No tardó demasiado y como un obediente soldado, liberó la pesada erección que ya lo estaba matando. Ella lo quería dentro y él no podía

sacarse ese recuerdo de la cabeza, necesitaba tenerla como la primera vez.

Tras darle un corto beso en los labios, volvió a hurgar con una mano por debajo de la falda, hasta introducir sus dedos por la abertura de los calzones. La humedad que encontró entre los pliegues acrecentó su hambre por poseerla de nuevo. Y la rapidez con la que un dedo se hundió en la apretada abertura, que cedía ante su invasión distendiéndose receptiva, le hizo entender que Ettie estaba lista para recibirlo.

Se posicionó en la entrada, sin dejar de mirarla a los ojos, tratando de entender lo que ella pensaba. Le mordió dulcemente el labio inferior, intentando contener el fuego que amenazaba con incinerarlo ante la anticipación de lo que vendría.

—Amor, voy a hacerlo ahora —le advirtió para que estuviese preparada.

La afianzó con una mano por la cadera y la empujó contra sí, encajándose de una sola estocada hasta la empuñadura. Ella reflejó en su rostro tal satisfacción, que no cabía dudas de que estaban hechos el uno para el otro.

—Oh, por Dios, no podía aguantar un segundo más sin tenerte dentro. —Exhaló con una sonrisa pícara en los ojos, como si nada pudiese remplazar la sensación de sentir sus cuerpos conectados, casi pletóricos. Su semblante estaba arrebolado y salpicado por trazas de plenitud. Como si la sensación de sentirse completamente ocupada por el miembro viril de Valentine no pudiese ser reemplazada por nada.

Impelidos a moverse, tras la magia producida por las sacudidas de las amplias ruedas sobre los adoquines, ambos creyeron estar en el cielo.

—Ahora tienes el control, debes moverte como tu cuerpo te demande. —Valentine trató de enseñarle a perderse en las mieles de la lucha cuerpo a cuerpo más exquisita del mundo. Era la primera vez que Ettie tomaba la posición de arriba. Ella aprendía con una

rapidez que lo dejaba apabullado, sediento, anhelante. Parecía el maestro, pero se sentía como un estudiante ansioso de aprender todo de ella. ¿Qué le gustaba? ¿Qué la hacía suspirar? Ettie solo seguía a su instinto y para él era suficiente.

—¿Cómo me muevo? ¿Así? —preguntó dejándose llevar por las sensaciones agradables. Su voz afectada por el deseo era lo más excitante que había escuchado Valentine, quería más de eso, todo el tiempo que la tenía encima.

—Móntame como si yo fuera un semental muy salvaje, uno al que tienes que enseñarle quien manda, uno que no te pondrá fácil la tarea… Demuéstrame qué tan buena amazona eres —fustigó, ella se crecía cuando era desafiada.

—Oh, Valentine —jadeó sacudida por la fuerza de sus palabras, y su cálido aliento sobre la oreja, la cual él no tardó en atrapar con sus labios y acariciar con su lengua caliente, enloqueciéndola todavía más.

—Sí, así. —La aferró y la embistió desde abajo, para mostrarle el camino a la perdición más exquisita—. Dulce al principio, enloquecedor en el medio, duro al final. Así me gusta, ahora enséñame cómo es mejor para ti.

Esas palabras la hicieron desechar cualquier otro pensamiento que pudiera atreverse a rondar su cabeza, y quiso complacerlo, sin saber que ese camino para desquiciarlo, la conduciría a su propio frenesí.

Su cuerpo entero tembló cuando la urgencia de su intimidad le demandó bajar y subir más rápido sobre el rígido eje, que aumentaba su grosor previo a la inminente descarga. Cada vez que la llenaba por completo, hasta la base, un gemido involuntario brotaba de su garganta. Pero cuando Valentine buscó hambriento uno de sus pechos, tratando de introducirlo entero dentro de su boca, el roce de su lengua caliente sobre su pezón la sumergió en oleadas de placer.

El orgasmo la golpeó en forma de intensos estallidos que se prolongaron mientras lo cabalgaba. Se aferró a sus hombros, sin dejar de moverse para sentir hasta la última reminiscencia.

—Oh, por Dios —balbuceó tras la última sacudida, tirando la cabeza hacia atrás, mientras escuchaba los gruñidos de placer de su hombre vaciándose en su interior.

Él la acercó tomándola por la nuca, agitado, reclamando sus labios y ella lo besó con la fuerza restante, a punto de quedarse sin aliento.

Tras los escarceos del ardiente viaje, ocasionados por el indecente vaivén del carruaje, arribaron a su destino. Ettie no tenía idea de adónde la condujo Valentine. Pero al apearse quedó deslumbrada por la enorme propiedad de la que jamás escuchó hablar.

El inmueble emulaba al de la escuela, pero era más luminoso, de construcción más reciente. El camino de entrada estaba bordeado por setos podados en formas de aves, que conducían a una enorme fuente central serpenteante, que daba la bienvenida. Parterres bien dispuestos en la parte frontal podían disfrutarse desde las amplias terrazas con balaustradas de mármol.

—Es una de las casas solariegas de los Hayden, el emblema del ducado. Donde podremos refugiarnos de los ajetreos cotidianos y nuestras obligaciones sociales cada vez que lo desees. Convenientemente cerca para escapadas, suficientemente lejos si no queremos ser molestados.

Los sirvientes, alarmados, por recibir al duque sin previo aviso salieron a darle la bienvenida. Él los dispensó para que volvieran a sus labores tras presentar a su futura esposa, y le ordenó al ama de llaves que dispusieran una amplia manta en el cenador cercano al lago, justo donde se podía tener la mejor vista.

—¿Dispongo el comedor para el almuerzo, excelencia?

—Una comida informal, como cuando vengo los domingos. Algo más, nadie puede saber que hoy estuvimos aquí. —Sus sirvientes eran leales y discretos.

—Como ordene, excelencia.

—Cabalgaremos para que lady Henriette conozca la propiedad, después almorzaremos algo ligero y pasaremos el resto de la tarde echados con una botella de champán sobre la manta que dispondrá en el cenador.

—¿No desea que llevemos una mesa y sillas al cenador con servicio de mantelería y…?

—No —la cortó tajante y la mujer se guardó recomendaciones y opiniones—. Pero puede llevar un hornito para calentarnos.

Tal como él lo planeó fue transcurriendo la tarde. El mozo de cuadra les trajo dos elegantes purasangres que hicieron un deleite del paseo. Después se acercaron al comedor. Para Ettie era nueva la atención que estaba recibiendo, los lacayos y las doncellas no podían disimular su buen humor, y menos acallar las sonrisitas que se les escapaban.

—Espero que el servicio no le incomode, milady —le dijo con modestia el ama de llaves—. Todos están emocionados, no creyeron que este día llegaría. Hasta yo añoro tanto tener la casa llena otra vez, los grandes banquetes, niños corriendo por los pasillos.

—Estamos famélicos, sírvannos de una vez. Tras nuestra luna de miel, podrá ponerse de acuerdo con la nueva duquesa. Estoy seguro de que a Ettie le emociona tanto conocerlos como a cada uno de ustedes. Agradezco que la hagan sentir bienvenida.

A Ettie le sorprendió el trato afable de Valentine con el servicio, le agradó conocerlo en otra faceta. Concluyó que era todo menos un ogro gruñón. O, tal vez, solo un poco gruñón, a veces.

Cuando sirvieron la comida, empanadas de carne y riñones, con verduras y cerveza, Ettie no supo por dónde empezar. Fue lo último que pensó encontrarse en la mesa de un duque. Sin embargo, le

enseñaron que debía tener modales en el comedor y jamás rechazar o mostrar disgusto ante los alimentos durante una invitación.

Pero, definitivamente tendría que hacer algo cuando ya vivieran ahí, la «comida sencilla» según Valentine se le hacía bastante pesada.

Vio al ama de llaves acercarse discretamente al duque.

—Excelencia, si la comida de sus domingos no es del completo agrado de milady, la cocinera preparó unas codornices con trufas que, tal vez, sean más adecuadas para su paladar.

—Oh, por Dios, ¿usted cree que espantaré a mi prometida con el menú elegido? ¿Duda de mi capacidad para tener una buena cita?

—Dios me perdone —continuó la mujer y después dirigiéndose a Ettie, añadió—: Nuestra cocinera es de provincia, y a su excelencia le gusta más su sazón que la del jefe de cocinas de Hayden House, pero no podemos decirle al buen hombre para no herir sus sentimientos.

—Por eso, cada vez que puedo me escapo sin avisar. O Rusell, nuestro mayordomo, llegaría antes que yo con todo el séquito de sirvientes, incluido el jefe de cocinas, y arruinaría mi momento de solaz.

—No quiero empañar tu momento, Valentine, pero si las codornices las guisó la misma cocinera, sería un desperdicio no probarlas, y no deleitarnos con su exquisita preparación —arguyó con sabiduría.

—Traigan las codornices para mi futura esposa —concedió el duque—, y una de nuestras mejores botellas de vino.

Tras disfrutar de la deliciosa comida y darle las enhorabuenas a la cocinera, caminaron hacia el lago y se tendieron sobre la manta y los cojines dispuestos en el cenador. Valentine le dejó una más sobre los hombros a Ettie.

—Es divino aquí —dijo Ettie—. Es una joya esta propiedad. Y el ama de llaves es tan cálida, tan agradable…

—Deja que conozcas a nuestro mayordomo. Rusell lleva muchos años con nosotros, se vuelve imprescindible. Está casado con el ama de llaves de Hayden House, también una buena persona.

—Valentine, no me enfadaría si tuviese que vivir aquí.

—¿Me lo estás proponiendo? Suelo estar la mayor parte del tiempo en Londres, no soy el típico aristócrata que pasa largas temporadas en su finca. Pero, cuando nos casemos, lo decidiremos juntos. No tengo inconveniente con ir y venir a diario, si te hace feliz. Aquí podrías escribir un libro o varios. Digo, si yo fuese escritor sería el sitio perfecto.

—¿Escribir? —Casi dio un brinco. No había tenido tiempo de contarle los planes para su futuro, aunque deseaba hacerlo. Él siempre estaba tan ocupado con sus problemas que ella guardó sus revelaciones para un momento más oportuno, quizás como este.

—Tu hermano me puso ciertas condiciones antes de aceptarme como cuñado. Yo accedí a cada una, jamás podría cortarte las alas. Y, le aseguré que, por el contrario, haré todo lo que esté en mis manos para ayudarte a cumplir tus sueños.

—La verdad es que ya escribo, lo hago para el periódico de Frederick. Tengo una columna donde publico capítulo a capítulo mis historias.

—Me sorprendes, Ettie. Es tan interesante. —Le besó la frente admirándola todavía más—. Tendré que comprar los periódicos actuales y rastrear los antiguos números, quiero leerlos. Siempre me ha intrigado saber cómo piensas, creo que leer lo que escribes será como colarme por una ventana hacia tu forma de pensar, de sentir…

—No exageres, es solo imaginación. —Se rio muy divertida. A él se le ocurría cada cosa.

—Ni siquiera te felicité como corresponde por obtener el premio. Supongo que, si te esforzaste tanto, fue porque tenías tus propios motivos para desear ganar. —Le tomó las manos cubiertas con guantes de cabritilla y se las besó.

Ella se los quitó para sentir su piel, también besó las manos masculinas.

—Quería independizarme, escribir y que por nada del mundo me obligaran a contraer matrimonio con un caballero estirado que no despertara amor en mi corazón. ¿Te imaginas que triste sería escribir romance y jamás haberse enamorado?

—¿Escribes romance?

—Por supuesto, ¿qué otra cosa imaginaste que escribía? —Soltó unas coquetas carcajadas—. ¿Qué hay más embriagante que el amor?

—Ahora sí que tendré que leer todo —bromeó y la atrapó entre sus brazos, recostando su cabeza en el hueco de su hombro, y llenándose de su reconfortante aroma.

—Bueno, por eso quería ganar el premio. Estoy rodeada de mujeres que han conseguido metas importantes, que me abrieron los ojos y me inspiraron para anhelar algo más que solo casarme. La marquesa de Bloodworth y su negocio de las flores, hermana de mi cuñada Daisy, quien también escribe y es mi ejemplo en la vida. La cuñada de Daisy, baronesa Peasly, se dedica al cultivo de plantas medicinales y te puede ofrecer un remedio para cada dolencia. ¿Y qué decir de la vizcondesa Sadice, la hermana de Edward, con su escuela para niños? Incluso, lady Abbott pasó de ser una viuda sin esperanzas a aprovechar sus habilidades y convertirse en la mayor casamentera de Londres. Es una mujer que admiro, aunque me reproche que tú y yo fuimos en direcciones muy distintas a las que ella había supuesto para nosotros.

—Oh, lady Abbott estuvo a punto de convertirse en mi peor pesadilla. Si te hubiese logrado convencer de unirte en matrimonio con alguien más, la dama estaría en la lista de mis desafectos. —Para Ettie escucharlo bromear tan a menudo era una novedad, no una broma sarcástica y sí una para disfrutar juntos del maravilloso rato que estaban pasando.

—Valentine, mi corazón no late por otro que no seas tú —le aseguró con sinceridad y le besó la mejilla con ternura, para después sorprenderse cuando él la emboscó robándole un beso ardiente.

—Mi hermano y tú no han cesado de repetir que nos casaremos en dos días. ¿Cómo podríamos preparar una boda en tan poco tiempo? Debo advertirte que mi madre es algo así como una maniática de la moda, por favor, no le digas que pronuncié esas palabras. —Rio—. Por lo tanto, que una de sus hijas se case, no puede ser con prisas. Ella debe mandar a confeccionar el vestido de novia. El ajuar ya lo tengo, es algo que no me preocupa

—Ettie, ¿crees que lo que más me preocupa ahora es el vestido? Te he visto cubierta con seda, encaje, terciopelo, en los atuendos más hermosos y que te hacen lucir magnánima. Me interesa más verte sin ropa.

—Eres tan atrevido —replicó lanzándole una mirada cazadora—. Me has traído hasta esta propiedad desierta con algún fin oculto. ¿Nunca tienes suficiente? Pensé que mis muestras de afecto en el carruaje te habían dejado satisfecho.

—Satisfecho sí, pero no para siempre.

—Insaciable —lo regañó—. Reservemos un poco de misterio para la noche de bodas. ¿No te parece?

—Tienes razón, me declaro culpable, esos eran mis propósitos. Pero me sorprendiste en el carruaje cuando no nos diste tiempo a llegar.

—Me gusta sorprender. Niega que adoraste la sorpresa. —Lo tomó por la corbata y lo aproximó hasta sí.

—No me enfadaría si me sorprendieras así todos los días. Sorpréndeme ahora de nuevo. Los sirvientes tienen prohibido venir a esta área de la propiedad.

Sin poder continuar conteniéndose, se arroparon en las mantas calientes y se entregaron una vez más, hasta que sus cuerpos exigieron un descanso.

Abrazados, sin dejar de contemplarse, se confesaron cuanto se querían.

—Te amo, Ettie —le susurró poniéndose serio, mirándola a los ojos y borracho de tanto amor—. Jamás imaginé que mi capacidad de sentir atracción recibiera una sacudida tan fuerte al conocerte, al tener el primer encontronazo el día que me retaste apodándome Ogro Gruñón a mis espaldas. Y, menos creí que desde ese momento iba a ser una tarea titánica e imposible sacarte de mi mente. Recibí el tiro de gracia cuando pensé que estabas comprometida con alguien más. Entonces, dejé de hacerme el idiota y me esforcé por conquistarte; aunque al principio la lucha entre mi corazón y mi razón fue violenta. Me costaba aceptar que estaba enamorándome sin remedio.

—Hoy es el día más feliz de mi vida. Y quiero atesorarlo en mi corazón, Valentine, porque me temo que es solo el inicio. Después lo reemplazará la boda, la llegada de nuestros hijos… Deseo vivirlo todo contigo. También te amo. Te adoro.

34

EL GRAN DÍA HA LLEGADO
The Golden Gazette
Escrito por Frederick Banes
18 de febrero de 1874

La temporada avanza a un ritmo apabullante, llena de celebraciones que enaltecen el prestigio de anfitriones en las casas más respetables de Londres. Las jóvenes debutantes enorgullecen a sus familias y más de una está siendo cortejada por caballeros con futuros prometedores. Es el caso de lady Henriette Montagu, quien este año es la ganadora del Premio Cumberland, evento más esperado de cada temporada. Quien, además, ha hecho un estupendo compromiso con, nada más y nada menos, que el duque de Hayden.

Ambas familias están radiantes de felicidad con el enlace, y tras un exitoso cortejo aprobado por los condes de Pembroke, nos anunciaron en días previos que la boda se celebrará hoy en Saint James.

Los invitados a la ceremonia serán pocos, pero después, Pembroke House abrirá sus puertas para una cena fastuosa donde asistirán familiares y amistades de la pareja. Entre los invitados destaca la presencia de dos personas cuya triste historia ha salido recientemente a la luz, la madre del duque y su hermana.

La duquesa de Hayden ha vuelto de su retiro en el campo, tras ser embargada por la congoja al serle sustraída su segunda hija siendo una criatura. Una investigación de largos años arrojó la identidad de la dama, que ya ha sido restaurada en su posición, por todas las instancias correspondientes, tras aportar las pruebas que autentican su legitimidad. Así es como lady Bonnie Severn, asistirá hoy a la boda de su hermano, en una nueva posición que, seguramente desempeñará sin mácula.

La hermana del duque de Hayden se estrena también como la directora de English Roses School, tras el retiro de la señora Holt, quien llevó ese puesto durante años.

El duque de Hayden en persona ha dado fe de estos acontecimientos que celebran en familia y que espera que todo Londres festeje con ellos. Y agradece a padres y tutores de sus jóvenes estudiantes por la confianza que año con año depositan en la escuela para formar a la siguiente generación de debutantes.

En el salón de reuniones de English Roses School las damas pertenecientes al comité encargado del Premio Cumberland miraban la nota del periódico con los semblantes mustios. Valentine, su madre y su hermana presidían la reunión. Aún no podían creer que lo que leían sobre Bonnie era cierto. La familia tampoco dio detalles específicos, los que prefirió callar para salvar la reputación del título.

—Hay algo que no entiendo —intervino lady Abbott con ánimos conciliadores, ante el azoramiento de las demás, que no se decidían a hablar—. ¿Lady Imogen está relacionada con que la señorita Bonnie, perdón, lady Bonnie, haya crecido creyendo ser otra persona? Lo digo porque es bastante sospechoso que la joven haya aparecido justo aquí, en la escuela.

—Su apreciación es entendible, lady Abbott, pero no queremos ensuciar la imagen de mi tía, menos si ya no está entre nosotros para ofrecer sus argumentos al respecto —contestó Bonnie. Fue el acuerdo previo que tuvo con su madre y hermano. La verdad hundiría a la escuela sin remedio—. Ella siempre fue respetuosa conmigo, y solo puedo desearle que descanse en paz.

—Sin ánimos de ofender —procedió a involucrarse su excelencia, la duquesa de Richmond—, ¿no cree que al quedar usted como directora, lady Bonnie, algunas familias decidan no matricular a sus hijas en el siguiente curso? Hay ciertos silencios oscuros en torno a su desaparición, que supongo jamás serán del todo aclarados para mantener a flote el buen nombre de los involucrados. Mi ánimo no es juzgar, solo ser práctica.

—No hay familia en la aristocracia que no tenga en torno a sí ciertos rumores oscuros —atacó Valentine, odiando en secreto la intención tras las palabras de la duquesa de Richmond. No tenía la potestad de expulsarla del comité de damas, pero se afanaría para conseguirlo algún día. ¿Cómo se atrevía a plantearlo sabiendo que su hermana, la señora Sable, estaba cubierta de estiércol hasta las narices dentro de la historia de la legitimidad de Bonnie?—. ¿O usted puede nombrarme alguna familia sobre la que jamás se ha esparcido un rumor? ¿La suya, por ejemplo? ¿La de su hermana la condesa de Cumberland? ¿Alguien más, entre las presentes puede ofrecerse como muestra?

Todas carraspearon, nadie se atrevió a levantar la mano.

—Hay cierto encanto en los secretos oscuros —concedió lady Abbott compadecida ante el rostro preocupado de lady Bonnie. Ella no conocía la historia de fondo, pero sabía leer las almas y la de esa joven mujer era pura. Decidió volverse su aliada—, y estoy segura de que los padres de las futuras estudiantes y las actuales prefieren quedarse con los resultados de cada temporada antes que retirarse, debido a especulaciones con respecto a un origen que las autoridades pertinentes ya han aclarado. Resultado: señoritas de excelente educación conquistando los corazones de magníficos partidos. ¿Alguien osará desafiar lo legitimado por el arzobispo? Solo a él le compete escrudiñar las pruebas.

—Gracias, lady Abbott —le dijo la duquesa de Hayden—. Ya mi familia ha sufrido bastante. Queremos a nuestro lado a personas que nos aprecien para seguir con nuestro sueño de llevar la escuela a los puestos más altos. Si alguien ya no se siente a gusto formando parte de este comité, le invito a retirarse. Cuando mi nuera asuma su nueva posición como dueña de English Roses School, no quiero que encuentre piedras que era mi deber quitar del camino. Dejaré la posición en las mejores condiciones.

La mayoría de las damas presentes abrieron la boca para expresar: «me quedo», demasiado tiempo adentro para no conocer lo que se cocinaba en secreto. A excepción de lady Cumberland que

permaneció callada. Quizás alguna ya tenía sus reservas en contra de Holt, de Sable, o incluso, de lady Imogen. Pero asumieron que esa labor que desempeñaban era importante en sus vidas y no quisieron renunciar.

—Solo las ratas abandonan el barco cuando se hunde, nosotras somos damas respetables —aportó lady Abbott más entusiasmada que el resto, como siempre, sin pelos en la lengua. Era su primer año en el comité de damas y no quería dar marcha atrás. Su nuevo papel le parecía fascinante—. Hay cierta turbulencia, pero este barco no se hundirá por más oleaje que tenga que enfrentar. Además, la maravillosa historia de que una estudiante se casará con el enigmático duque de Hayden aún dibuja sonrisas en los rostros de quienes acudieron al gran baile, opacando todo lo demás.

—¿Lady Cumberland tiene algo que objetar? La escuela puede seguir adelante sin su título, podemos instaurar un nuevo premio o extinguirlo para siempre si decide que su tiempo ha concluido —la retó Valentine, si se iba para él sería satisfactorio, no quería seguir dependiendo de ese pacto. Pero prefirió dejarlo en sus manos, la decisión no era solo suya, eran muchas las jóvenes que soñaban con ganarlo.

La aludida negó estupefacta ante tal sugerencia. Aún trataba de asimilar la salida de la señora Sable y su huida al campo.

—Me quedo. —El premio dotaba de orgullo a su familia, y le brindaba cierto prestigio al título, si renunciaba muchos se lo recriminarían. Y reconoció que le daba tal sentido a su vida que perderlo la sumiría en una tristeza abrumadora. Además, le cerraría muchas puertas de Londres.

—Sin más que dilatar me retiro. Tengo que asistir a una boda —anunció Valentine con su tono varonil sin admitir que estaba a punto de casarse, aunque era del conocimiento de todos.

—Muchas felicidades, excelencia —le dijo lady Abbott tras hacerle un guiño descarado, él exhaló y le regaló un gesto de agradecimiento. La dama fue de gran ayuda en la reunión, descubrió

que era una grata añadidura y que en ella tendría a una fuerte aliada.

—Nos vemos más tarde, milady.

Un clavicordio tocaba *Romeo y Julieta* cuando Ettie y Valentine se abrazaron tras los votos matrimoniales frente a sus familias. La ceremonia fue tal como su cortejo: íntima, romántica y apasionada. A ella se le llenaron los ojos de lágrimas de felicidad cuando él dio el «sí» mirándola con los suyos color ámbar: sinceros, fuertes, leales.

A él se le dibujó una sonrisa cínica cuando ella aceptó ser suya para siempre, le vinieron a la mente sus devaneos, sus conversaciones seductoras sin proponérselo, sus ánimos belicosos, el primer beso accidental, el segundo por completo incendiario… ¿Cómo no amarla si le robó palmo a palmo el corazón?

Jamás imaginaron cuando se encontraron por primera vez en su estudio que terminarían así: como dos locos enamorados, dispuestos a todo el uno por el otro, casados y decididos a asumir el compromiso del matrimonio con amor y respeto.

Tras recibir las felicitaciones de los presentes, caminaron tomados de la mano hacia la hermosa carroza blanca que los conduciría a Pembroke House.

—Eres mi esposa —le susurró él con dulzura, si es que un hombre con la apariencia de Valentine podía ser dulce. Pero sí podía, cuando miraba a Ettie, sentía que gotas de miel suavizaban su temperamento. Ella llegó a su vida en el momento justo, tras Ettie vino todo lo demás: su hermana y su madre en casa, el tiempo de paz.

—¿Puedes creerlo? —preguntó llena de júbilo, mientras avanzaban hacia el vehículo que los conduciría a su nueva vida. Su sonrisa resplandecía, provocando una sensación de calidez en el pecho de Valentine que podía llamarse felicidad—. Me he casado con

un ogro gruñón, pero uno que cada vez se ha vuelto más tierno y bondadoso.

—Por supuesto que sí, mi amor. Tú eres el único ser capaz de ablandar el corazón de un ogro.

La miró guasón. Se guardó que su ternura y su bondad solo podía expresarla con ella, con su familia, con sus amigos, con los seres vulnerables, con quienes de verdad merecían su generosidad.

Prefirió no desmentirla, era tierno con ella. Sus enemigos seguramente opinaban distinto. Richmond ya estaba pagando sus ofensas, de la forma que más le gustaba a Valentine ejercer justicia, en el terreno de los negocios. El duque de Richmond perdió una inversión muy importante para preservar su patrimonio. ¿Se salvaría? Dependería de la suerte, de su ingenio y de no volverse a cruzar en el camino de Valentine, que por lo pronto disfrutaba de haberle dado una lección.

Lady Sable se condenó a sí misma al destierro, a cambio de no ver publicada su vil historia en todos los diarios del reino. A Valentine tampoco le convenía ventilar la «supuesta infidelidad de su madre», no quería añadir más susceptibilidades en contra de su apellido. Decidió mantener ocultas las verdaderas razones que causaron ese terrible episodio en sus vidas.

Y la señora Holt estaba sufriendo al ver que los círculos a los que pertenecía se reducían cada día más. A nadie le pasó desapercibido que no hubo una gran despedida para alguien que sirvió en la escuela durante tantos años. Lo que les hacía suponer, que por decencia no airearon el verdadero motivo de su retiro anticipado. Así pagaba su traición.

Mientras se subían al carruaje y se sentía perdidamente enamorado, ella le preguntó:

—¿A dónde iremos de luna de miel? No hemos planeado nada y tienes tus sesiones en el Parlamento. No creo que podamos subirnos en un barco y viajar al continente.

Valentine inspiró y esperó para contestar hasta estar solos dentro del cubículo del coche.

—He pedido dos semanas, podríamos ir a las Tierras Altas y alojarnos en el castillo de un amigo que lleva años invitándome. Para estas fechas solo estarán los sirvientes. Sería romántico y tendrías mucho tiempo para escribir con vistas increíbles o…

—Eso suena maravilloso. ¿Cuál sería la segunda opción?

—Visitar unos campos de lavanda que están a la venta en Surrey, tienen panales de abejas y se dedican a producir miel de lavanda. Sé que es tu sueño tener tu propia fuente de ingresos, y se me ha ocurrido que ese ungüento que usas podría ser un buen producto si se le da…

—Oh, sería maravilloso, pero… Fue Florence quien me proporcionó mi primer frasco, tenía los labios agrietados y me obsequió el suyo. Ella lo prepara. Ya me quedé con el premio, no quiero robarle su plan.

—¿La señorita Fairbairn? —preguntó y ella asintió—. ¿Entonces prefieres escribir en Escocia?

—Me da igual a dónde huyamos, como si es al último rincón del mundo. No haré otra cosa que ser tu amante esas dos semanas, querido esposo. Después, cuando volvamos a la realidad pensaré en el próximo paso.

Eso a él le pareció más excitante todavía y no pudo más que aceptar.

—Será Escocia —aseguró—. Me apasiona la idea de estar solos en un castillo en medio de la nada, rodeados de campos por los que podamos cabalgar… Deberíamos huir de la cena e irnos directo hacia…

Sí, ya quería tenerla entre sus brazos y saltarse la celebración. Miles de imágenes abarrotadas de sueños y deseos llenaron su mente, tampoco quería ser otra cosa más durante esas dos semanas

que el amante de Ettie. Iba a colgar todos sus títulos, el duque, el de cabeza de familia, el de hombre de negocios…

—Sería épico, pero nos echarían de menos, compartamos este especial momento con nuestras familias… Y a partir de mañana escapemos, solo seremos tú y yo…

Se besaron con la complicidad bullendo en sus corazones.

—Te amo, Ettie, gracias por creer en mí… Alguna vez dije que jamás me casaría, después recordé mi obligación con el título y planeé hacerlo en muchos años solo como un deber, para dejar descendencia; pero jamás imaginé que me entregaría en cuerpo y alma. Esta necesidad de amarte es un resultado que nunca preví. Me esforzaré para merecer tu cariño todos los días, para que jamás te arrepientas de enamorarte de mí. Quiero tener hijos contigo, viajar juntos por el mundo, envejecer a tu lado y llenarnos de nietos. Jamás pensé que diría algo así. Solo un idiota apostaría en contra del amor.

EPÍLOGO



Valentine y Ettie regresaron de su luna de miel con sonrisas en los labios, el hombre se veía muy enamorado y ella lucía más radiante que nunca. Las especulaciones no se hicieron esperar.

Como estaban en plena temporada todos querían invitarlos para ver de cerca a la pareja del momento. Él hubiese contestado que no a la enorme montaña de invitaciones que aguardaban sobre su escritorio, pero su esposa —su contraparte— era a la luz como él era a la oscuridad.

A Ettie le apasionaba la idea de divertirse en cuanta velada, ópera o fiesta del té tenían lugar en el ritmo ajetreado de la gran ciudad.

Se instalaron en Hayden House con la duquesa viuda y Bonnie, pero los fines de semana se escapaban solos a la propiedad de la familia en las afueras de Londres. Y, aunque, las madres de ambos los presionaron para que encargaran un heredero, para callarlas le dijeron que trabajaban arduamente en ese aspecto. La verdad era que decidieron cuidarse por el momento. Tenían muchos planes y sueños por realizar.

Ettie ya estaba trabajando en su libro, aunque no dejó de publicar en *The Golden Gazette*. Decidió que seguiría usando un seudónimo, le daba más libertad para continuar con su vida y escribir lo que fuera sin cuestionamientos por sus historias subidas de tono, las que se volvían cada vez más populares. Quizás algún día cambiaría de opinión y revelaría su secreta identidad. Más de uno se caería de espaldas.

En cuanto al dinero del premio llevaba días con una idea rondándole la cabeza. Sus motivaciones habían cambiado. Y aún le preocupaban Emily, Florence y otras de las estudiantes en situaciones distintas a la suya y que podrían sacarle mejor provecho.

Por un lado, uno de los primeros arreglos que hizo Valentine tras casarse fue entregarle unos documentos donde venía escrito y apostillado que, si algún día él faltaba, ella tendría una sustanciosa asignación de por vida y le puso a su nombre una propiedad en la ciudad. Ella quiso negarse, pero no lo consiguió. Él quería darle cierta independencia, para que jamás sufriera lo que su madre padeció.

Por otro, Valentine le devolvió el monto íntegro de la dote en sus manos para que hiciera lo que desease con él. Así que Ettie eligió invertirlo sabiamente con el asesoramiento de su esposo. Todo lo anterior, unido a lo que recibía por sus publicaciones, eran suficiente aliciente.

¿Qué podía hacer por quiénes no corrieron con su misma suerte?

Había escuchado rumores. Las dotes de Emily y Florence ahuyentaban a sus posibles pretendientes.

Emily era invitada a los eventos de la temporada porque Charlotte insistía; de lo contrario, no sería tomada en cuenta. Y era una pena, era hermosa y con una ternura innata.

En cuanto a Florence, recibía invitaciones por ser la protegida de los condes de Kennox. Pero, no sería suficiente para que le propusieran matrimonio, salvo que alguien se enamorase de lo adorable que era y la dote no le importara.

Sobre Valery había murmullos con respecto a la inminente ruina de los duques de Richmond. ¿Sería cierto? ¿Era algo así posible? No quiso preguntarle a la joven, pero Valery se veía bastante atormentada.

Incluso, Charlotte estaba muy agobiada. Su padre se había empeñado en casarla, nada más y nada menos que, con un

personaje pedante e insoportable, el hijo de los condes de Cumberland. Y ella, por supuesto, se oponía. ¿Pero hasta cuándo lograría resistirse? Ganar el premio la pondría en una situación donde su padre tendría que oírla o al menos le daba la posibilidad de huir con fondos. —En la fantasía de Ettie—.

—Valentine —le dijo Ettie una tarde antes de acudir a una velada en la galería de los vizcondes Sadice. Mientras se preparaban en sus aposentos para salir.

—Te escucho, amor.

—Como mi situación ha cambiado y ya puedo solventar mi incursión en las letras e incluso manejar mi dote...

—Continúa —exhortó meditando y tratando de anticipar a qué se refería.

—He estado pensando que no necesito el dinero del premio. Ya me has dicho que puedo hacer lo que desee con él. Y, por supuesto porque es mío. Pero como somos una pareja, me gustaría saber qué opinas de mi idea y si la ves viable.

Cuando Ettie concebía una idea grandiosa sus ojos parecían más chispeantes de lo habitual.

Valentine dejó de contemplarse en el espejo. Su ayuda de cámara no había arruinado su imagen, seguía pareciendo intimidante. Ahora que tenía más apariciones en público no podía permitir que se acostumbraran demasiado a su aspecto, ni que pensaran que era simpático, debía conservar su reputación de duque intratable.

—¿Y? —Entornó los ojos.

—¿Y si convocamos a las debutantes que no ganaron para un nuevo premio al final del verano o Navidad? Podría ser una versión especial del concurso. Algo así como que debido a que ganó la nueva duquesa de Hayden, hemos decidido volver a donar el premio. La gente podría creer que soy una egoísta si no lo hago.

Digo, me quedé con el duque, ¿también con el dinero? ¿Por qué no hacer feliz a alguien más?

La boca de Valentine que había permanecido en una línea apretada mientras prestaba oídos a la propuesta, dejó de estar callada y explotó en una carcajada, que embelleció más su rostro. Ella hablaba con él, pero parecía que pensaba en voz alta.

—¿Quieres ayudar a las otras señoritas? Definitivamente, no serías Ettie si no rescataras a alguien más.

Valentine ya había aprendido cómo funcionaba esa mujercita. No solo bastaba el récord que leyó en su expediente sobre las ardillas, los perros y las aves que rescató a su paso por la escuela o los sirvientes a los que ayudó. Desde Escocia lo hizo traerse un caballo con una herida en la pata al que habían desahuciado.

Trasladar a un animal lesionado fue una proeza hasta para alguien con sus medios. Pero, contra todo pronóstico el corcel que compró, al que pensaban darle el tiro de gracia, ahora vivía en sus cuadras y se estaba recuperando, lo que hizo que admirara más a su esposa.

—Sí, ¿no te parece? ¿Tienes alguna objeción?

—Creo que eres muy generosa.

—¿Podríamos llamarle Premio Cumberland-Hayden? Aunque los Cumberland no me agradan ellos hicieron la primera donación con ayuda de las otras patrocinadoras, creo que es válido nombrarlos. Además, así continuamos en la misma línea. Y el Hayden es para hacer una pequeña diferencia con el concurso que realizamos todos los años.

—Ettie, la escuela está bajo tu mando, el dinero que pretendes usar también te pertenece. Adelante, seguro mi hermana estará feliz de apoyarte en esta empresa.

—Escribiré de inmediato a Emily, Charlotte, Valery y Florence. Creo que les encantará la idea.

La atrapó entre sus brazos cuando menos lo esperaba, más enamorado que nunca. Ella no dejaba de sorprenderlo y verla tan motivada lo hacía feliz, tan feliz que casi dolía. Jamás creyó que un oscuro e impaciente duque algún día tendría su propio rayo de sol, uno que le había demostrado que le sobraban razones para sonreír.



PRÓXIMAMENTE



Por una vida amándote

Debutantes Victorianas 2

«Te amo con la fuerza de los vientos que azotan los mares».

Cuando el amor sucede, se abre paso contra toda lógica, se mete hasta los huesos y se funde con tu alma.

Emily Grant tuvo un comienzo afortunado en la vida. Creció junto a las olas del mar y con el aroma de los guisos de la cocina del pequeño hotel de su familia en Quiverville Sur Mer, Normandía, una región de Francia que se convirtió en su hogar. Sin embargo, la vida le dio un golpe inesperado y tuvo que marcharse a Londres. Con sus sueños pospuestos, el colegio para señoritas *English Roses School* era su única salida, así como enterrar sus miedos y sacar su fortaleza interior.

Enamorarse en secreto del hermano mayor de su mejor amiga, será un soplo de aire fresco en medio de la desventura. Pero él es el heredero de un marquesado. Para una joven de orígenes más modestos, quizás sean palabras mayores.

El escocés **Zachary Moray, lord Moray,** tuvo un inicio difícil. A pesar de crecer entre algodones de azúcar por ser el hijo de un marqués; muy pronto, la vida le demostró que las rosas también tienen espinas. Pero, gracias a su voluntad inquebrantable, decidió que ninguna adversidad lo derribaría.

Aunque Zach y Emily tienen muchas razones para permanecer unidos, el destino los pondrá a prueba una y otra vez.

¿Se les agotará la paciencia cuando más necesiten mantener la calma?

NOTA DE LA AUTORA

Una nueva serie siempre trae nuevos desafíos… ***English Roses School*** y ***Ettie*** llegaron a mí hace algunos años, cuando aún estaba inmersa en otros proyectos. Tuve que dejarlo esperando mientras terminaba la Serie de Romances Victorianos; sin embargo, siempre acudía al manuscrito a llenarlo de todas esas ideas que me iban surgiendo para las señoritas: Ettie, Emily, Florence, Charlotte, Valery, Bonnie…

Ahora que al fin puedo dedicarme en cuerpo y alma a contar sus historias, no puedo estar más feliz. Mi único deseo es que ojalá puedan amar a Ettie y Valentine tanto como yo.

¿Cuáles creen que serán las siguientes parejas? Me encantará leer sus teorías y suposiciones. ¿Conseguirá lady Abbott unir a las parejitas? ¿O Cupido será más rápido y terminará flechando a los solteros?

Tengo mucho que contar, muchísimo… El segundo libro va muy avanzado y espero que no tarde en salir.

Este es solo el principio de un recorrido en el que espero seguir contando con el apoyo de todas, muchísimas gracias por leerme y dejarse seducir por los protagonistas de estas historias de amor. Si desean conocer más de lo que seguirá con mis debutantes victorianas, no duden contactarme en mis redes sociales, en todas me encuentran como @milebluett.

Por aquí les dejo Mi Instagram para que lo tengan al alcance de un clic, las quiero.

MILE BLUETT

Mile Bluett es una autora de novela romántica, que no solo adora crear personajes y mundos inolvidables, también es muy cercana a su comunidad lectora. Tras apasionarse por la lectura, decidió comenzar a escribir siendo una adolescente y, lo ha hecho desde entonces, compaginándolo con su formación como psicóloga y psicoterapeuta, profesión que también le ha dado satisfacciones. Se considera muy familiar y ser madre es un reto que ama.

Es una enamorada de los libros de amor y sus referentes son Jane Austen, Julie Garwood, Lisa Kleypas, Johanna Lindsey, Karen Marie Moning y Susan Elizabeth Philips.

Escribe romance histórico, principalmente, pero también ha publicado contemporáneo y fantasía, siempre dentro del género romántico.

Sus series más leídas son: Romances Victorianos, Amor Amor, Dioses Paganos y Herederos del mundo. Y los *best sellers* por los que se siente más agradecida son *El corazón del duque, La pasión del marqués* y *Amor Sublime*. Sus personajes más queridos: Lord Oso, el duque de Weimar, Morten y Sebastián Casals.

Búscala en sus redes sociales y con gusto te hablará de sus estrenos. Síguela en Amazon y enamórate con sus novelas.

Página de Amazon: http://relinks.me/MilePDBluett

Instagram, Facebook, Tiktok: @milebluett

Goodreads: https://www.goodreads.com/author/show/15456250.Mile_Bluett

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento es inmenso para cada una de mis lectoras, gracias por esperar cada nuevo libro, por leerlo, disfrutarlo, reseñarlo, compartirlo y hacerme saber qué les hizo sentir.

Muchísimas gracias a todos los que me ayudan de un modo u otro a que mi libro sea una realidad. A Janette Bajuelo y Marlene Fernández por ayudarme siempre y ser mis fieles y amadas lectoras beta. Millones de gracias a mi madre por apoyarme tanto para que yo pueda tener más tiempo para dedicarle a este trabajo que amo. Gracias a mi queridísima Pamela Díaz, Hilda Rojas Correa, por apoyarme tanto con la imagen del libro —cubierta y diagramación—, así como por leer mi manuscrito. Gracias Cecilia Pérez y Fanny Mussa con las bellas del Olimpo por siempre estar pendiente de mis lanzamientos y ayudar para que lleguen a sus lectoras.

Infinitas gracias a todas las que apoyan desde las redes en sus diversos canales de difusión (Instagram, Facebook, Tiktok, Youtube, ect), compartiendo, reseñando, haciendo esas ediciones de imágenes y videos que me dejan sin aliento. Cada una es muy importante para mi trabajo y lo aprecio de todo corazón.

Gracias a todos.